

JOSE LUIS MELGAREJO

ANTIGUA HISTORIA DE MEXICO

TOMO III

SEP/ DOCUMENTOS



Antigua historia de México

Secretaría de Educación Pública

5

José Luis Melgarejo

Antigua historia de México

Tomo III

F 1219
M44
V. 3



Sep/Documentos



BIBLIOTECA
INSTITUTO DE ANTROPOLOGÍA
UNIVERSIDAD VERACRUZANA
XALAPA, VER.

1. Escritura

DURANTE la exploración arqueológica realizada en Viejón, Ver., próximo a la Villa Rica, fue hallado "un vaso de silueta compuesta con rebordes decorados por muescas", en el tipo cerámico denominado "Baño negro pulido", por Alfonso Medellín Zenil, correspondiente al Preclásico Medio, luciendo una pintura hecha con cinabrio, mediante la cual representaron el hocico de un tigre, sus garras, y alternativamente, cuatro círculos y cinco cruces, de las cuales, la central, es la típica cruz griega, como fue representado el Sol en Mesoamérica, y traducido a lengua náhuatl por la palabra *téotl*, dios. Tal vez podría llegarse a considerar las cuatro lunas o sus cuatro fases, y cinco soles por Macuilxóchtli, pero esto será tiempo futuro. De momento y por cautela, sólo se ha destacado el símbolo de la palabra *téotl*, la más antigua palabra escrita de que se tiene noticia. Como ese mismo símbolo ha sido encontrado en el Ecuador, y publicado en la obra de Clifford Evans y Emilio Estrada, los datos quedan reforzados mutuamente. Además, Medellín Zenil escribió: "Para una posterior discusión sobre el motivo de las cruces, se hace necesario indicar que tales representaciones tienen corporeidad en un objeto de tezontle, encontrado en la misma profundidad que la vasija de referencia." Tal palabra seguía escribiéndose igual, en los días de la conquista española.

Estos esfuerzos en favor de la escritura mesoamericana, desde fechas tan remotas como unos 1500 años antes de la Era, debieron mantenerse progresivamente. Alfonso Caso ha encontrado en Monte Albán, y en el Preclásico Medio, es decir, unos 1500-600 años antes de la Era, etapas más evolucionadas, tanto como para identificar el signo *máztatl* (venado) entre los del Tonalpohualli, o en función de plenas inscripciones, al tenor de la Estela 13 de Monte Albán, que Caso ha situado en su Horizonte Monte Albán I. Signos bien identificados como *atl* (agua) ya serían suficientes para diagnosticar una escritura del calendario, aun cuando sólo se tratara de la vieja cuenta de los días; pero el empuje cultural había ido mucho más lejos, porque tanto en su Horizonte I como en el II, de Monte Albán, Caso ha identificado símbolos del año, lo cual despeja cualquier duda, y son preci-

samente glifos que habrán de llegar, con la natural evolución, hasta el siglo XVI.

En el Horizonte Clásico, y en el propio Teotihuacan, Alfonso Caso ha identificado el glifo que Hermann Beyer denominó "ojo de reptil", como Ehécatl, de todos modos, abierto a más larga discusión, porque, lo ha dicho él mismo: "El único signo que puede estar representado por la cabeza de reptil, o el ojo de reptil, es Viento, puesto que éste se simboliza con la cabeza de Quetzalcóatl, la serpiente emplumada", y en la muy citada lápida de Tenango, en donde tal vez debía estar "ojo de reptil" hay la cabeza de una culebra. Mas, identificó al día océlotl (tigre); pero, tal vez podría seguirse avanzando si algunos entrelaces decoradores de la cerámica, se interpretan como son en verdad, símbolos del nahuiollin, y en dos ilustraciones con sus numerales. En su Lámina Uno, a colores, la figura número 3, en la parte inferior lleva el numeral diez con dos barras, enmedio, el símbolo del rayo (xonecuilli), y arriba dos nubes; el xonecuilli era distintivo de Huracán, pero también lo llevó Tláloc, y aquí debe significar el día quíáhuil. Estos primeros testimonios de la escritura en Teotihuacan comprendieron, al parecer, nombres del Tonalpohualli, como ya en otro trabajo lo señaló Alfonso Caso; pero también escribieron sus numerales con puntos y rayas, a la manera maya, si bien un tanto heterodoxa, para no decir olmeca, y siendo Teotihuacan II realización totonaca, en el futuro será importante fijar estos principios de la escritura en los Horizontes ¿II o III? De momento, la propensión es al II. Sin embargo, ya César Lizardi Ramos, lo ha glosado Caso, señala el problema de un glifo con el numeral 14, totalmente fuera del conocido ritmo de numerales hasta el 13. Para Lizardi Ramos podría ser la posición 14 dentro de una veintena del año trópico; para Caso, y condicionado al encuentro de pruebas, también podría señalar "tunes y uinales o bien uinales y kines".

Carente de ubicación cronológica la escultura de Temango, pero seguramente del Horizonte Clásico, Clásico Tardío, tiene cuatro glifos afectados por numerales; uno, repetido en dos ocasiones, y los otros: mázatl, cóatl, éste, tal vez como lo ha pensado Caso, en lugar del Ehécatl; por llevar el conocido símbolo del año, también registrado en Teotihuacan, se pueden considerar algo así como portadores de año: "En Mesoamérica un sistema calendárico que tenga entre los días anuales el venado tendrá necesariamente como días anuales los cuatro siguientes: viento, venado, torcido o hierba y movimiento. Es decir, será el segundo sistema posible, y el primero real que hemos encontrado en esta área." Lo de la Estela de Tenango está en el viejo sistema de la Cuenta Larga, cuyos conductores eran cipactli, miquiztli, ozomatli, cozcacuauhtli, conservados por inercia en Piedra Labrada, Ver., pero arreglado a la manera del calendario tenochca,

salvadas las distancias, y sólo por cuanto a llevar el día del nombre del año en la parte final de la veintena; en consecuencia, para cipactli, comenzaría ehécatl; para miquiztli, con mázatl; ozomatli, con malinalli; y cozcacuauhtli se iniciaba por ollin; la Estela de Tenango pone a esos días: mázatl, ollin, ehécatl.

Los Horizontes Teotihuacan III y Clásico Tardío deben haber contemplado un trabajo muy fuerte de perfeccionamiento, de complementación en la escritura. Los zapotecas de Monte Albán, a juzgar por las estelas y las inscripciones que Caso ha estudiado, redondearon muy bien la fijación de sus ideas fundamentales, y esta pugna por la palabra escrita se mira en sitios como Xochicalco, donde la mano zapoteca no está oculta; Seler había publicado, y Caso identificó a "ojo de reptil", pero sobre todo, el sensacional encuentro realizado por César A. Sáenz, de las Estelas, donde leyó el propio arqueólogo: "Entre los glifos nahuas que se encuentran en las estelas debemos mencionar: Olin (Movimiento), Calí (Casa), Tochtlí (Conejo), Acatl (Caña), Quiáhuítl (Lluvia), Técpatl (Pedernal), y Ozomatli (Mono). Estos glifos se hallan aquí acompañados de numerales, es decir, como fechas"; hay además, escritas, las palabras téotl y cozcacuauhtli, más los conocidos glifos del año, y del xiuhmolpilli. Alfonso Caso ha dicho: "En la escritura de Xochicalco hay dos modos de representar los años. Uno de ellos, semejante a Teotihuacan, consiste en el trapecio y el ángulo. . . Esto nos demuestra que el símbolo del año fue usado desde Monte Albán I (por lo menos 600 antes de Cristo), hasta bien entrado el siglo XVII, pero naturalmente no permaneció invariable. . . El segundo modo de representar el año, lo entendemos hasta ahora por su representación en Xochicalco. Consiste en una cuerda que ata el cuadrado y que sobresale a un lado. Esta forma no aparece en las estelas pero se encuentra en el Monumento, en la 'Lápida de los 4 glifos', en la 'Piedra del Palacio' y en la 'Piedra Seler' ". Hay más; las representaciones de xiuhmolpilli ya son como las usadas en los últimos tiempos mesoamericanos, no ignorando que las Estelas guardan cierto nexo con Tula, y esto es de la mayor trascendencia para fijar sus fechas. Las tres magníficas Estelas fueron esculpidas después de haber transcurrido 7 Xiuhmolpillis. No estaría muy desencaminado suponer por Fecha Era el año 427 del sur de Veracruz, de las cabezas colosales, lo cual pondría las cosas después del año 791, es decir, que por diferente principio de año, podría mirarse cierta coincidencia con el año 792 (9.4.18.16.8) de la Estela Ocho en Cerro de las Mesas, Ver. Como hay fechas fundamentales en las diversas maneras usadas, puede considerarse a Xochicalco no sólo punto de confluencias culturales, también corresponde a la época de las estelas, la del cambio fundamental, y a reserva de un estudio más afortunado, se podría intentar algo empleando el calendario de Piedra Labrada, en el cual, si la Este-

la número Uno de Xochicalco debe leerse por su fecha principal como 5 cóatl, sería 807 y si 7 cóatl, 835. En la Estela Dos es más difícil, pero su cara correspondiente parece con pocas dudas para leer 13 cozcacauhtli, lo cual daría el año 802, y si en la Estela Tres puede aplicarse lo supuesto en la Estela de Tenango, y su fecha principal es 4 olin, debía corresponder a un año 9 cozcacauhtli del viejo sistema de la Cuenta Larga, de donde correspondería con 798. No importa la validez en las primicias, lo cierto es el testimonio de una escritura muy desarrollada en el Clásico Tardío.

En El Tajín, donde se considera su florecimiento arquitectónico dentro del Horizonte Clásico Tardío, se han encontrado tepalcates con días afectados por numerales, en ocasiones con barras y puntos, como para pensar en el Tonalpohualli o fechas del Xihuitl; pero también las esculpieron, y en el Juego de Pelota Sur, hay una fecha que puede corresponder, con alguna posibilidad, al año 7 técpatl; como ahí mismo está indicada la sucesión de 3 Xiuhmolpillis en la característica forma del téotl usado por los totonacas, lo básico es discutir la posible Fecha Era, y ellos la dieron indirectamente a Juan de Torquemada en su sistema mnemotécnico, arrancando la dinastía de Mizquihuacan con Omeácatl, es decir, partían de ce ácatl, o sea 635, exactamente igual a los *Anales de Cuauhtitlan*, adelantándose al año 695 del fin del Cuarto Sol, como en el caso de quienes informaron a Motolinia. Si de tal Fecha Era se dejan pasar 3 Xiuhmolpillis, resulta el año 791, exactamente como en Xochicalco y por distinto principio, casi como en Cerro de las Mesas; pero la posible fecha 7 técpatl conduce, ya en detalle y para el Juego de Pelota Sur, al año 836, también muy próximo al 835 supuesto en la Estela número Uno de Xochicalco. Es prudente seguir buscando acontecimientos trascendentes de la época. Los *Anales de Cuauhtitlan* dicen lacónicamente: "En 6 ácatl (835) murió el llamado Totepeu, padre de Quetzalcóatl", lo cual puede anunciar un cambio religioso, tal vez político, como ciertamente ocurrió años después, aun cuando según los historiadores de Cuauhtitlan, después, Quetzalcóatl fue a buscar los huesos de su padre. Será en otro lugar donde pueda probarse que se trata del primero de dos pasos de Venus por el disco solar. Sea cualquier cosa; en El Tajín, la escritura, para la época, estaba conformada.

El sur de Veracruz, o la cultura olmeca, viene planteando sus problemas. En primer lugar, Alfonso Caso ha señalado a esa región como la cuna de la escritura y el calendario, basado en la existencia de las más viejas inscripciones; pero la más antigua en la proposición, es la Estela C de Tres Zapotes, Ver., encontrada por Matthew W. Stirling y leída como 7.16.6.16.18, lo cual sería el año 228-29 de la Era, en la correlación Escalona Ramos, y el año 32 antes de la Era en la de Goodman-Martínez Hernández-Thompson. Morley refutó con airado



La palabra encendida



Sello tenochca



Sello mexicana

vigor esta posibilidad: "En el caso del monumento de Tres Zapotes, el primer número a la izquierda, 7, que lo hace tan increíblemente antiguo, falta por completo en el original y solamente ha sido restaurado como un 7 caído del cielo por los que creen en la mayor antigüedad de esta inscripción", y la objeción debe ser atendida, porque no se ha encontrado el resto de la piedra donde inscribieron el baktún; en consecuencia, se debe trabajar con supuestos, y existe la manera, recurriendo a los ajustes; así, examinadas las lecturas posibles en este campo, parece correcta: 8.16.6.16.18 y su ajuste muy exacto, del 30 de abril al 27 de julio inclusive, para los 89 días restantes; la fecha, en consecuencia, sería el año 623 (2 ácatl) de la Era. Muy recientemente apareció el fragmento de la Estela con el numeral siete para el baktún, pero el problema continúa, porque su reverso corresponde al Horizonte Clásico y porque junto al baktún hay un océlotl. Morley también impugnó la propuesta lectura de una fecha tan vieja como 7.19.7.8.12 en el Monumento Uno (Estela Uno) de El Baúl, Guatemala, y en dos publicaciones de Thompson, incluyendo la fotografía, no se mira posibilidad a un supuesto año 288 de la Era, máxime con el problema del día malinalli, tan característico de la etapa nahuatlaca; pero, en lo general, esos testimonios que Thompson llama no-mayas, corresponden a la cultura olmeca o a su influencia, y de alguna manera se miran fieles a su escuela de inscripciones.

Eliminadas esas posibilidades en inscripciones olmecas, la Estatuilla de Tuxtla continúa en pie con su indudable registro en 8.6.2.4.17 y equivalente al año 421-422 de la Era. Para entonces los adelantos impresionaban, y correspondían al Horizonte llamado Teotihuacan III en la metrópoli del imperio, porque no se trata, en esta inscripción, de un simple registro de la fecha, dice también haberse implantado el culto a Ehécatl, y su lectura completa es el año 421, sobrando 188 días y medio, exactamente los que había del 21 de mayo al 24 de noviembre, divididos en: 180 días de nueve veintenas (etzalcualiztliquecholli), descontando en cada caso los 8.5 días de bisiestos, porque la corrección se había hecho el año 387 de la Era, y todo esto no podía ser una improvisación, sino un experimentar tan largo, cuando menos, desde 2853 antes de la Era. Sin embargo, no todo fue tan simple. Ahí mismo se advierten ya dos corrientes; la de la Cuenta Larga, que se difundiría en el barroquismo maya, o en línea enteca rumbo al norte, para encontrarla coexistiendo en Cerro de las Mesas, Ver., en las estelas número Seis (727-28) y número Ocho (792-93); alargándose por Zempoala en el sello del coyote (985) y llegando a finales del siglo XV en el sello del Eyipantla (1483). La otra corriente fue la Cuenta Corta, más ágil, menos complicada, con Fecha Era en el año 427 y con inscripciones tan exactas como la de la Cabeza Colosal número Uno de San Lorenzo Tenochtitlan, Ver., que dice han pasado

cuatro xihmolphillis y es el año ce ácatl, cuando los totonacas y los de Cuauhtitlan iniciaban sus modernos cómputos.

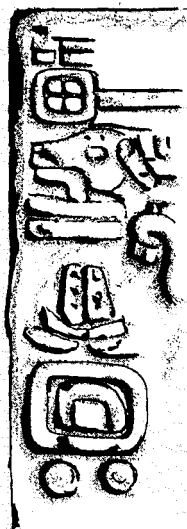
En diversos lugares del México central quedan problemas, tal es el de la escritura huasteca, pese a que ya se han leído los *Códices Tuxpan*, en el Instituto de Antropología de la Universidad Veracruzana, y publicados por Petróleos Mexicanos bajo la dirección del Lic. Jesús Reyes Heróles, o afinaciones como en la escritura mixteca, que logró salvar muchos libros y donde Alfonso Caso ha realizado una labor meritísima de interpretación. En verdad, han sido los códices, las inscripciones tenochcas, quienes han ayudado más poderosamente, porque de su territorio, de su cultura, se salvó el mayor volumen informativo en el momento del choque cultural, y como enlace valioso para las culturas del Golfo, y en tiempo anterior, los documentos tlaxcaltecas del Grupo Borgia. Frente a la escritura de todo este conjunto monumental, el arqueólogo contemporáneo ya tiene mucho qué decir, mas, aún queda largo camino por delante, la cuesta es muy escarpada, pero pronto, con perseverancia y esfuerzo, podrá decirse que la tarea está cumplida.

No sucede lo mismo en el área maya, Sylvanus G. Morley ha resumido con claridad sus conclusiones en torno a la escritura, por sus etapas: pictónica, ideográfica, fonética, considerando a la escritura maya en el caso de las ideográficas, porque según él, "sus caracteres representan ideas y no figuras, como los de la clase I, ni sonidos, como los de la clase III". Lo anterior hace pensar en la escritura tenochca, suficientemente conocida y cuyo mayor volumen quedaría en el rubro de pictográfica, con ciertos gémenes de ideográfica y hasta de fonética, en algunas muestras. Morley consideró una especie de Piedra Roseta la obra del obispo Diego de Landa, y es fuerza preguntarse si ese caso no se parece demasiado al intento de otros frailes en el Valle de México, para escribir el catecismo cristiano con caracteres aborígenes. Tal vez no se abuse demasiado citando a Morley: "Las inscripciones mayas tratan en primer lugar de cronología, astronomía, tal vez podría decirse con más propiedad astrología y cuestiones religiosas... No refieren historias de conquistas reales, ni registran los progresos de un imperio, ni elogian, ni exaltan, glorifican o engrandecen a nadie... fundándonos en la tercera parte de los jeroglíficos cuyo significado se ha podido averiguar hasta la fecha, creemos estar en lo justo al suponer que el resto no descifrado probablemente se refiere a asuntos ceremoniales, ofrendas, días faustos e infaustos y a las deidades benévolas y malévolas relacionadas con el año ritual." Tal vez no pueda ser más correcto lo anterior, aun cuando entraña una muy sutil contradicción, porque si el cuerpo de las inscripciones mayas es igual a lo del centro de México, no se mira una razón tan poderosa para pensar en dos lejanas etapas de la escritura.

J. Eric S. Thompson, seguramente quien ha penetrado más hondo en el piélagos de los jeroglíficos y de la cultura maya, escribió una obra trascendente que siempre se consultará con provecho; pero, en esencia, concuerda su pensamiento con el de Morley; en su *Grandeza y decadencia de los mayas* lo había sintetizado: "Los mayas no tenían un alfabeto, tampoco tenían una escritura silábica, excepto hasta donde la mayoría de las palabras mayas son monosílabos. Existe un uso considerable de una escritura fonética simple que podríamos describir como una forma avanzada de pictogramas, en la que el dibujo se ha convencionalizado tanto que el objeto original ya no puede reconocerse más. . . Los mayas escribían oraciones sencillas, pero yo más bien dudo de que hayan tenido afijos para expresar pronombres y tiempos verbales, . . como los mayas aborrecían la repetición exacta. . . el escultor. . . se permitía todas las variaciones posibles", y con menos palabras, acaso no se puede ser más contundente.

A raíz de una incursión hecha por Y. V. Knorozov a la selva de la escritura maya, y presuponiendo exacta matemáticamente la información de Landa, se ha pretendido que las máquinas resuelvan el problema de la lectura, y han surgido seguidores del intento ruso, no sin esclarecido ingenio. Cuando existía pasión por la buena lectura, era muy conocido *El escarabajo de oro*, escrito por Edgard Allan Poe; ahora se trata de aplicar igual solución al criptograma de la escritura maya, y muy sinceramente se les debe desear un gran triunfo; mas, en tanto llega, tal vez no fuera ocioso entretenerse con una postal de la realidad mesoamericana.

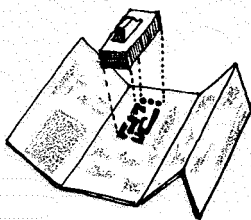
En tanto no aparezcan testimonios arqueológicos más antiguos, el sur de Veracruz y en conjunción las culturas olmeca y tolteca, seguirán siendo la génesis que cuajó la escritura. Ultimamente, Shook ha podido leer, en la Estela 29 de Tikal una fecha: 8.12.14.8.15, correspondiente al año 552 de la Era, y la más antigua en el área maya. También grabada en Tikal, seguramente, aun cuando encontrada cerca del río La Graciosa, Motagua, Guatemala, es la conocida Placa de Leyden con su fecha 8.14.3.1.12, equivalente al año 580 de la Era, y esculpida en Tikal, en una ciudad con tan grande alcurnia cultural, pero en donde no se puede negar la influencia teotihuacana, ni la nahuatlaca, con dioses tan característicos como Tláloc, elementos reconocidos por el propio Edwin M. Shook. Si las fechas anteriores representan, hasta hoy, los elementos más antiguos, es fuerza compararlos con los datos históricos. La fase III de Teotihuacan, en grueso, comprendió del año 300 al 600 de la Era. Los toltecas contaban el año 387 como el de su establecimiento en Huehuetlapalan, es decir, para sólo citar lo más conocido, entre Laguna de los Cerros y San Lorenzo Tenochtitlan, Ver. Por luchas intestinas, hubo migraciones toltecas el año 544, tenían ocho años para llegar a Tikal, y el año 580 de la



Escritura zapoteca



Escritor



Germen de la imprenta

Placa de Leyden podría contemplar al grupo que se dirigió al norte, y si la ruta peninsular de otros toltecas tuvo a Tikal por primera meta lógica, para de ahí remontar Yucatán, para el año 695 ya estaban haciendo sentir su presencia en la zona Bakhalal-Chichén Itzá.

Si la presencia olmeca-tolteca ya está en el arranque de las inscripciones, y si el llamado Viejo Imperio resulta sincrónico del Imperio Tolteca en su fase tolteca-tolteca (itzaes), y en la tolteca-nonolca (xiües), como lo prueban, para el final, estelas como la 12 de uaxactún, 10 en xultún, y Uno de xamantún, Campeche, correspondientes al año 1149, y las últimas, no es posible imaginar a los toltecas impermeables al intercambio cultural. En los límites australes de la zona maya, Copán, la ciudad insigne, sólo registra inscripciones de 720 a 1061 de la Era, exactamente como Tula; y Quiriguá sólo pudo realizarlas durante 65 años, entre 1006 y 1070; en ambas, es trascendente la presencia de los tigres olmecas y de los zoomorfos, con remotos parientes en Misantla, Ver., indicadores del gran cambio. Torquemada supo de las conquistas olmecas en la región, prolongadas hasta Nicoya por el año 1040. El Zoomorfo "B" de Quiriguá tiene la fecha 1040 precisamente, y el "P" marca el año 1055; la erección de las estelas fue abandonada y las inscripciones, largas, tediosas, fueron suplidas por más ágiles registros; las inscripciones del tipo nahuatlaca, usadas en los imperios de Tula-Tenochtitlan, representaron adelanto, y resultará inconcebible que los mexicas, infiltrados en Yucatán de manera tan fuerte, no hubieran aprovechado cualquier manifestación superior de cultura; en cambio, las crónicas mayas (Mani, Tizimín, Chumayel) fueron escritas, originalmente con la lengua maya, pero en una técnica igual a la del centro de México; si sus textos resultan difíciles hoy, también fue incomprensible para legos de la época, el idioma esotérico del alto sacerdocio maya. En resumen, el camino para llegar hasta el secreto pleno de la escritura maya, será el dominio previo de las escrituras del centro de México, teniendo muy presente que la cultura mesoamericana fue una unidad que los detalles accidentales no pueden cambiar, y la lectura del tablero del Templo XIV de Palenque lo alienta.

El mexicano venía deplorando la destrucción de sus bibliotecas, la quema de sus libros en todas partes. Pocas cosas herían tanto su sensibilidad como el auto de fe de Maní, en el cual, el obispo Diego de Landa, quemó los códices mayas; o el acto similar del obispo Zumárraga, en el Valle de México, e incluso la quema de historias antiguas ordenada por Itzcóatl. Como curiosidad, lograron salvarse algunos libros en Europa, y hoy, merced al cariño, a la preocupación por lo mexicano, que sembró la Revolución Mexicana en la conciencia del pueblo, se ha ido rehaciendo ese bagaje cultural. Tan sólo en el ramo de códices, ya es posible hablar de prehispánicos y post-hispanos; de

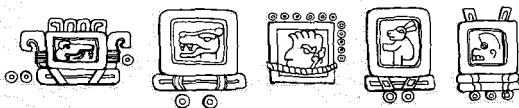
históricos, geográficos, judiciales, religiosos, cronológicos, dinásticos. Para el grupo mexica se cuenta con el valiosísimo *Códice Mendocino*, que comprende un estudio preliminar conservado en forma oral y a continuación la historia detallada, desde 1325, momento en el cual fundaron Tenochtitlan, con la sucesión de los gobernantes y hechos más notables ocurridos en sus gobiernos. Después viene un esquema de la organización administrativa del Imperio, seguida por su informe sobre las recaudaciones en su Hacienda Pública y finalmente, un texto sobre organización social: nacimiento de las criaturas; crecimiento y educación; enseñanza superior; vida en templos y seminarios; organización militar; gobierno político y policía; sistema judicial; clasificación de los trabajadores por gremios. Otros dos códices, inspirados en una misma fuente aborígen son los llamados *Telleriano-Remensis*, y *Vaticano Latino*. Principiaban (al *Telleriano* se le perdieron las primeras láminas) con una explicación cosmogónica y hundían sus raíces en un pasado tan remoto como la sucesión de las Edades, pero no a la manera de otras fuentes que las daban en grandes bloques, aquí conservaron hasta el día en el cual ocurrió la calamidad, así, la Primera Edad terminó a los 1048 años en un día 10 atl, para un solo ejemplo. Tras dedicar unas páginas a sus dioses, ilustraban un Tonalpohualli, con sus 260 días encabezados por cipactli, pero sucediéndose de manera ininterrumpida los dioses protectores de los días, que al mismo tiempo eran guardianes de las horas, y las deidades protectoras de las treceñas, generalmente formando parejas. Luego mostraron el xihuitl o año trópico, aun cuando sólo en la sucesión de símbolos correspondientes a cada una de las 18 veintenas, y el *Telleriano-Remensis* incluyó no sólo a los nemontemi, sino también al bisiesto, bajo influencia española. El capítulo siguiente lo dedicaron a noticias etnográficas, para cerrar con una historia iniciada en Chicomóztoc, terminada materialmente con la muerte de fray Juan de Zumárraga, el año 1549, con pretensiones para llegar a 1556.

Realizado antes de la llegada de los españoles, el *Códice Borbónico* es el más valioso ejemplar conservado, de la escritura tenochca, y del cual don Francisco del Paso y Troncoso realizó magníficas interpretaciones. Ilustra un Tonalpohualli; después, refiriéndose a los años trópicos en la ronda del xiuhmolpilli, pone a los dioses acompañantes de los años en cada Tlapilli, del uno al 13, formando ciclos de 364 años. Otros códices importantes resultan, el *Xólotl*, estudiado por Charles E. Dibble; contiene datos de capital importancia histórica para el retorno de los otomíes, con fechas tan precisas como el poblamiento de Xóloc en el año 5 técpatl (1068), o algo más: hace una referencia de Chololan evocando el año 985 del cambio en tiempo de Mitl, más 78 años, igual a 1063 (13 ácatl) o fin del esplendor tolteca. El llamado *Mapa Tlotzin*, con pruebas de los elementos culturales que los oto-

mies del área de Tototépec tomaron de sus vecinos totonacas. El *Mapa Quinatzin*, también con datos a partir del célebre año 985; el que contiene los *Anales de Tepechpan*, o el *Codex Magliabecchiano*, pintado cuando el siglo XVI iba escurriéndose. Si a este rápido espigar se agregan todos los documentos que por brevedad no se incluyen, y todas las crónicas llegadas hasta nuestros días, traducidas de los libros indígenas, y algunas en tal forma que se antoja estar leyendo la pictografía nativa, como la *Historia de los mexicanos por sus pinturas*, resulta impresionante su cuerpo de fuentes históricas, para enorgullecer a cualquier país, y cimentar sólidamente su historia, destacando, en este caso, su importancia en el conocimiento de la escritura náhuatl.

El muy conocido *Lienzo de Tlaxcalan*, es propiamente un libro que los tlaxcaltecas escribieron por la conquista española, y es de gran utilidad como introducción al estudio de la escritura; pero indudablemente los *Códices prehispánicos de Tizatlan*, son mucho más bellos e importantes para el conocimiento de la cultura indígena. Eduard Seler publicó, hace más de medio siglo, sus comentarios al *Códice Borgia*, el documento insigne de su grupo, y recientemente se ha hecho nueva lectura en el Instituto de Antropología de la Universidad Veracruzana, utilizando la estructura matemática de la obra, dividida en 15 cuadernos que tratan de la correlación entre los días del tonalpohualli con los del año lunar, instruyendo al pueblo en torno a sus deberes en cada símbolo diario; la veintena en su relación agrícola; las horas del día, con sus dioses protectores y sus obligaciones; un periodo religioso de 80 días; un tratado astronómico-meteorológico; los dioses protectores; una especie de tratadillo sobre riesgos agrícolas, para beneficio de la clase sacerdotal; un largo discurrir en su cosmogonía; una tabla para la predicción de los eclipses, con ejemplos concretos; los tlapillis con sus Fuegos Nuevos; un tratado sobre cómputos lunares; en torno a las estaciones; el viejo año de 400 días en el xihuitl y el tonalpohualli; las 20 trecenas del tonalpohualli; finalmente, una especie de biografía del Sol, y de Venus. Dentro de su grupo, haciendo notable unidad, están los códices *Laud*, *Vaticano B 3773*, *Fejérvary-Mayer*, *Cospi* (Bolonía).

En la Mixteca se salvó un tesoro de libros que Alfonso Caso ha venido leyendo. Sus largas historias dinásticas abarcan el llamado por los arqueólogos mexicanos, Horizonte Histórico. En el *Códice Nuttall*, además de la espectacular historia del rey 8 Máxatl, que Zelia Nuttall había detectado, comprende los anales de un señorío mixteco, desde 635 de la Era, o sea el punto en que se inicia el cómputo de los totonacas en Mizquihuacan, o el de los *Anales de Cuauhtitlan*, hasta, posiblemente, 1518, con registros de tipo cultural, especialmente astronómicos. El *Códice Vindobonensis*, que inicia sus registros por el año 947, y anota importantes acontecimientos, tal el gran cambio he-



Calendario y escritura en Xochicalco, Mor. (A. Caso)

cho al finalizar el gobierno de Mitl, el año 985; aun cuando estos dos códices deberán ser examinados otra vez. El *Rollo Selden*; el *Códice Selden*, que si como parece, inició sus relatos el año 792, está considerando un acontecimiento igual o similar al que sirvió de base a las estelas de Xochicalco, y guarda silencio, seguramente por ajustes, cuando el año 1090 cerró el baktún diez y los *Anales de Cuauhtitlan* anotaron: "Desde Aztlán se movieron hacia acá los mexicanos", e insistió, el año 1483, registrando, como lo hizo Piedra Labrada, Ver., en el cierre del baktún once, alargándose con seguridad, hasta el año 1545 (uno casa) y posible Fuego Nuevo mixteco. El *Códice Bodley* que se inicia con el final Teotihuacano, aun cuando lo llame Tamoanchan, a buen seguro los años de 7 calli (693) y el fundamental 9 ácatl (695), cuando los tlaxcaltecas le dijeron a Motolinia, terminó el Cuarto Sol y principió el Quinto; la gran reforma del año 13 calli (985); el paso de Venus por el disco solar un año 5 tochtli (1354). El *Códice Colombino*, y las pictografías del siglo XVI, tan importantes para penetrar en el mundo de los libros mixtecos.

Se salvaron códices de otras regiones. El *Lienzo de Jucutúcató*, Michoacán, traducido a la lengua náhuatl, cuenta la llegada de aquellos técnicos en metalurgia, llamados nonoalcas, y su viaje desde la Isla de Sacrificios (Chalchihuitlapazco) a las minas y asentos de Michoacán. Los códices cuicatecos que conserva el Museo Nacional de Antropología. El *Códice de Quauhtinchan*, base para la magnífica *Historia tolteca-chichimeca*. Los que custodia el museo de Puebla. Los códices veracruzanos: el *Dehesa*, también relatando actos de un grupo nonoalca de Zongolica, y en cierta forma conectado con el *Códice Chiconquiacó*; los de la zona totonaca, el *Misantla*, con el viejo relato de la primitiva ciudad ocupada por tropas de Mazatecuhtli, aquel viejo señor de Huexotlan, junto a Tezcoco, y siguiéndose hasta la etapa española del siglo XVI; el *Códice Coacoatzintla*, el *Actopan*; y en la zona huasteca, ese bello conjunto de los *Códices Tuxpan*, relatando hechos históricos, haciendo demarcaciones geográficas, delimitando predios y defendiendo sus tierras con el tesón de la justicia.

La suerte fue tan cruel con la cultura maya, que sólo tres libros han llegado al conocimiento actual, en jeroglíficos: el *Código de Dresde*, el *Tro-Cortesiano*, y el *Peresiano*. Aun cuando se han intentado muchas lecturas, es consenso general que aún hay mucho trabajo por delante. Del *Código Peresiano* se piensa trata temas religiosos y se le asigna un periodo de 1224 a 1441; debe contener otras noticias en esa ciertamente no corta sucesión de katunes. Parece que principió el relato cuando terminaba la marcha de los itzaes a Chichén, y el establecimiento de Ah Suytok Tutul Xiu en Uxmal, dejando Chakamputún, durante los katunes 6 ahau y 4 ahau, "dos veintenas de años... y vinieron a establecer sus hogares, de nuevo, después de que perdieron a Chakamputún", dice la *Crónica Matichu*. El katún 4 ahau cerró en 10.8.0.0.0 (1247) y es el surgimiento del llamado Nuevo Imperio, que habría de cerrar su ciclo de 260 años, precisamente para 1507, con el Fuego Nuevo de Tenochtitlan. Si el *Código Peresiano* sólo glossó a once katunes, le faltaron dos para esta cuenta, es decir, se detuvo el año 1467 (ce ácatl), cuando dedicaron sus nuevos teocallis los de Tezcoco y los de Chalco, cuando tenían sus Fuegos Nuevos los tezcocanos y los totonacas. Al *Código Tro-Cortesiano* se le considera únicamente dentro de la esfera del Tzolkin; urge también de revisión; y el más comentado *Código Dresde*; dice Morley, "aunque contiene muchos horóscopos y algún material ritual, es esencialmente un tratado de astronomía"; la revisión deberá ser más drástica. Se ha supuesto que sus conductores de año son ik (ehécatl), Manik (mázatl, eb (Malinalli), cabán (ollin); pero ya se indicó, al comentar la escritura del clásico Tardío, que tal sistema es el de la cuenta larga, cuyos conductores de año eran cipactli, miquiztli, ozomatli, cozcacuauhtli, como para 1483 aún se usaba en Piedra Labrada, Ver., y lo manejaron colocando al conductor en la posición última de la veintena, de donde los otros parecen conductores. Los verdaderos conductores eran ben (ácatl), eznab (técpatl), akbal (calli), lamat (tochtli), así lo indica muy claro el *Código Peresiano*, y cuando a finales de la época prehispánica se piensa que cambiaron a los conductores ix (océlotl), cauac (quíáhuatl), kan (cuatzpallin), muluc (atl), está manejándose al calendario exactamente a la manera tenochca. John D. Teeple ha considerado la posible redacción del *Código Dresde*, a juzgar por su tabla de los eclipses, en el año 1016. En Zempoala, Ver., considerando al Templo de las Caritas anterior a las principales construcciones de la etapa renacentista, no se puede retroceder más allá del año 1027, y su Tabla de Sicigias era válida para 13 tunes. La tabla del *Código Dresde* fue para 32.75 años; la del *Código Borgia* por 65 años, a finales del siglo XV; la de los *Anales de Cuauhtitlan* buena por 74 años, y no sería prudente considerar grandes discrepancias en la evolución científica mesoamericana. El propio Teeple ha subrayado la

circunstancia de que los eclipses pueden repetirse con toda exactitud cada 375 años, de manera que la misma validez puede tener uno en 1016 que otro en 1391; y si a partir de la última fecha se aplicaba no sería remoto que hubieran buscado, tomada nota de la clásica discrepancia de cuatro años, el gran ajuste del año 1427; por otra parte, sería más fácil suponer la conservación de un libro escrito sobre papel de amate a partir de 1391 que desde 1016; y quién sabe si no por afinidad, en un futuro se pueda firmar esa Tabla como la del *Códice Borgia*, en el año 1474; porque coincidiría en el año 1214-15 con las crónicas mayas que fijan ahí el abandono de Champotón, con la nueva cuenta, tolteca, de Chichén Itzá el año 1279, y pasando, después de 1474 al ritmo del *Códice Borgia* (9-28-28), el siguiente alto sería precisamente 1483, cuando cerró el Baktún Once; recuérdese que Teeple mismo buscó la fecha exacta por el cierre de tal Baktún, aun cuando en otra correlación. Si además, ya se ha leído el "Cuademillo de Xólotl" en el *Códice Dresde*, hay un esperanzado futuro.

Los tesoros bibliográficos aborígenes van llegando a los quinientos; aquí sólo se ha pretendido un reducidísimo muestreo; la cifra es para ufanar a cualquier pueblo expresado por sí mismo, en una escritura que pretendía transmitir su pensamiento, y cuyo mérito fue ganado a pulso.

Bibliografía

- Barrera Vásquez, Alfredo and Sylvanus Griswold Morley, *The Maya Chronicles*. Carnegie Institution, Washington, 1949
- Caso, Alfonso, "Glifos teotihuacanos", en *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, México, 1958-59
- Calendario y Escritura en Xochicalco*. Sociedad Mexicana de Antropología, México, 1962
- Códice Chimalpopoca* (Anales de Cuauhtitlan). Universidad Nacional, México, 1945
- Dibble, Charles E. *Códice Xólotl*. Universidad de Utah y de México, México, 1951
- Knorozov, Y. V. "La antigua escritura de los pueblos de la América Central". *Boletín de Información de la Embajada de la URSS*. No. 20, México, 1953.
- Medellín Zenil, Alfonso, *Cerámicas del Totonacapan*. Universidad Veracruzana, Xalapa, Ver., 1960
- Maggess, Betty, J., Clifford Evans y Emilio Estrada, *Early Formative Period of Coastal Ecuador*. Smithsonian Institution, Washington, 1965
- Morley, Sylvanus G., *La Civilización Maya*. Fondo de Cultura Económica, México, 1947
- Nuttall, Zelia, *Codex Nuttall*. Harvard University, Cambridge, Massachusetts, 1902
- Paso y Troncoso, Francisco del, *Descripción, historia y exposición del Código Pictórico de los Antiguos Nahuas*. (Que se conserva en la Biblioteca de la Cámara de Diputados de París.) Florencia, 1898

- Sáenz, César A., "Las Estelas de Xochicalco", en *Actas y memorias del Congreso Internacional de Americanistas*. México, 1964
- Seler, Eduard, *Comentarios al Códice Borgia*. Fondo de Cultura Económica. México, 1963
- Shook, Edwin M., "Archaeological Investigations in Tikal, Peten, Guatemala", en *Actas y Memorias del Congreso Internacional de Americanistas*. México, 1964
- Stirling, Matthew W. *An Initial Series from Tres Zapotes, Veracruz, México*. National Geographic Society. Washington, 1940
- Teeple, John D., *Astronomía Maya*. Secretaría de Educación Pública, México, 1937
- Thompson, J. Eric S., *Maya Hieroglyphic Writing*. University of Oklahoma, 1960

2. Ingeniería

LOS RESTOS de cultura material mesoamericana pueden ir entregando datos para seguir el gestar de la ingeniería, propiamente con el urbanismo, y éste, podría considerarse a partir de la vida en poblados. Desde los más viejos horizontes de la costa central veracruzana, se mira la propensión a buscar lugares resecos, donde la vida humana tuviera mayores posibilidades de alargarse, frente a la insalubridad en tierras tan húmedas pero, a la vez, tan ricas en satisfactores alimenticios. Con el transcurso de siglos, el hombre fue subiendo la cordillera y se fincó en el Altiplano. Examinada esta mecánica en la cultura de Remojadas, queda la sospecha de que la primera preocupación anduvo por los campos de la ingeniería sanitaria y después en los de la ingeniería civil; más que un hogar donde guarecer al hombre o a los dioses, urgía un sitio con oportunidad para la salud humana, marginando la circunstancia de haber sido tal actividad pensante, meramente selectiva, y sólo muy posteriormente se pudo traducir en obras exprofeso. Así, contrayéndose a pionera de gustos arquitectónicos, la ingeniería fue un hacer al servicio del hombre. Hoy, solamente la obra suntuosa, grandilocuente, recibe la denominación de obra de ingeniería; pero en aquellos remotísimos tiempos, el constructor de los primeros jacales tuvo igual derecho a ser admirado, y era revolucionario quien, para substituir el techo de dos aguas, inventó el de cuatro; ni dejaba de tener mérito el encuentro de redondeados, redondos, como lo hicieron los primitivos ingenieros mayas y huastecas; o descubrir el problema de la humedad constante, su relación con la salud humana, el peligro de las inundaciones, y contestar con el palafito, con la terraza primero, con la pirámide a continuación. Una posterior búsqueda, un juicio compendiador, deberá dejar por un momento sus alturas académicas y bajar a las profundidades históricas desde donde un día, el hombre inició la escalada triunfal.

Esfuerzos ignorados ocurrieron en el Preclásico Inferior, y en el Medio; cuando en el Preclásico Superior, emerge llena de lauros la ingeniería civil, habrá de parecer obra de milagro; infortunadamente, casi nada puede afirmarse sobre su desenvolvimiento en el Preclásico

Medio, sin embargo, hay montículos, de los cuales aprenderían una sabia lección: el ángulo para el deslizamiento de la tierra, que habrán de aprovechar posteriormente, como la ha señalado el arquitecto Ignacio Marquina. En Cuicuilco, del Preclásico Superior, ya se puede hablar incluso de arquitectura; la pirámide se conserva, con influencia huasteca visible, y el autor de *Arquitectura prehispanica* dice: "conforme fue pasando el tiempo y los basamentos adquirieron mayor importancia, se fueron inventando diversos sistemas de construcción, todos con la tendencia de evitar la disgregación de los materiales bajo la acción de su propio peso y de las edificaciones que sostenían... Se evitó también el resbalamiento por medio de hileras concéntricas de grandes piedras empotradas en el suelo, como sucede en Cuicuilco y en algunos monumentos de la Huasteca, o por el uso de grandes troncos de árbol, que formando parte del núcleo, transmitían el peso de los edificios que ocupaban la parte alta, al relleno de piedra que servía de cimentación, y en algunos casos por muros transversales de barro, cocido en el mismo lugar, que servían también para reforzar la estructura". Es una lástima no tener grabada la discusión de aquellos hombres en torno al peso de las masas o a la resistencia de los materiales, pero, su construcción estaba orientada, dando el frente a la salida del sol y utiliza escalinata que se apoya en el cuerpo de la construcción, formada por conos truncados. En la etapa correspondiente de Teotihuacan I, cuando los totonacas chocan cultural, o militarmente con los otomíes, mestizándose, aparecen los adobes, que seguramente habían usado en la costa y aún siguen usando en Zempoala, Ver. Este nuevo material para construcción hoy se mira con desprecio; no lo vieron así los hombres de Sumeria, Babilonia, o Asiria; el adobe, aislante, proporciona hogares frescos en tiempo de calor y tibios en época de frío; eran simples ladrillos cocidos al sol, estaban en condiciones de haber producido tabiques cocidos al fuego de leña, pero no habrían superado las cualidades del adobe frente al clima de Mesoamérica; su desventaja era la poca resistencia y no lo siguieron usando en la construcción de las pirámides.

El gran impulso a la industria de la construcción ocurrió seguidamente y en el primer siglo de la Era, siendo típico Teotihuacan, no sólo por capital del más grande Imperio del Horizonte Clásico, sino como verdadero centro cultural. En esta etapa conocida por Teotihuacan II, el gobierno totonaca levantó las grandes pirámides al Sol y a la Luna, con otra serie de construcciones donde ya quedaban delimitadas las características civiles de las religiosas. La ingeniería comprueba su progreso porque ya se puede hablar de ingeniería municipal; Teotihuacan tuvo su Plano Regulador; si con el tiempo dejaron de seguirlo, ya no sería culpa de quienes lo concibieron; una sociedad que había vivido bajo el matriarcado en Remojadas Inferior, tomó co-



Baños de Netzahualcôyotl (Tezcatzinco)

mo punto de partida la pirámide a la Luna, y de su fecundo vientre, arrancó la gran vía conocida hoy por Calle de los Muertos (Miccaotli); a su lado quedaría la pirámide al Sol, y la Ciudadela o Templo de Quetzalcóatl. Los mexicanos acomplejados no lo dicen o no lo saben, y los extranjeros mezquinos lo regatean, pero, en el primer siglo de la Era, Teotihuacan fue uno de los lugares donde la ciencia remontaba grandes alturas mundiales, pese a deficiencias evidentes en otros campos. Este imponente núcleo urbano, cuyo solo centro ceremonial llegó a tener un poco más de dos kilómetros y medio de largo, por uno de ancho, ya presentaba el desnivel de unos treinta metros de altura entre la pirámide a la Luna y la Ciudadela, que sus ingenieros resolvieron por nivelaciones tan bien calculadas, que lo volvían imperceptible, con el agregado del cruce del río, satisfecho mediante un puente de mampostería.

Quedará un problema para solución posterior. Actualmente, los grandes edificios de Teotihuacan, muestran una desviación de 17 grados con relación a la línea oriente-poniente, y tanto el arquitecto Marquina, como Ruiz, han encontrado la explicación correcta de haberlos orientado no en razón del día del equinoccio, sino del paso del

Sol por el cenit de Teotihuacan, y así fue seguramente, mas, cabe recordar cómo la ciudad insigne se halla en los 19 grados y medio de latitud norte y con tal cifra coinciden los cálculos matemáticos, astronómicos, de constelaciones tan importantes a ellos, cual fueron Las Pléyades, y Orión. Sea cualquier cosa; los ingenieros normaron su orientación por los astros, y el paso del Sol en su cenit ocurría dos veces al año: el 19 de mayo, fiesta de Tóxcatl, y el 26 de julio, partiéndose con Tlaxochimaco pero buscando el cierre de Copán, y en el caso del 26 de julio, los mayas lo tomaron para iniciar su año, rindiendo, sin decirlo, tributo de admiración a Teotihuacan. Esta norma de orientación fue seguida en Tula, en Chichén Itzá, en Tenayucan, en Chololan. Ya en otro renglón; un buen ingeniero municipal debía encarar el problema del agua de lluvia, de los desagües, y éstos, lo resolvieron enviando las corrientes al río.

En la edificación, el progreso también está indicado por los materiales. Encontraron la comodidad en la piedra cortada; pero era dura, demandaba mucho esfuerzo, y se refugiaron en la economía para dar el salto; substituyeron al mortero de lodo por el de cal; ésta fue ciertamente una gran revolución, cuya defensa hizo a su tiempo, Francisco Javier Clavijero. Los volúmenes, los pesos, crecieron desmesuradamente y otra vez las resistencias debieron acicatearlos; echaron mano de la vieja experiencia con los palafitos, ideando un sistema de pilotes que aún siglos después, continuaría resolviendo problemas como los de Tenochtitlan; en la metrópoli clásica, reforzó muros primero, después, los pilotes fueron obras de albañilería, entre los cuales colocaban rellenos para ir ganando altura y seguridad. Este descubrimiento los trocó en pilares, y no quedó truncado; pronto advirtieron el desperdicio de material e inventaron la columna; en algunos casos, los fustes de las mismas iban ensamblados. La comodidad, y la higiene, los hicieron poner bruñidos pisos; la gran avenida fue pavimentada; y en cuanto a los techos, una solución barata era con madera y paja, terminaron haciéndolos de un hormigón primitivo; pero uno de los mayores índices de progreso lo constituye la esencia definidora, el talud y el tablero; el talud venía del Preclásico; con el tablero, el muro se levantó, fue como el hombre cuando se volvió bípedo; la gran liberación.

En la etapa Teotihuacan III y bajo gobierno de los olmecas, había crecido la oferta de mano de obra, era más barata, y la capitalización del grupo manejador de la riqueza estaba en condiciones de permitirse lujos. Los ingenieros ¿ya se habrían divorciado de los arquitectos? , concibieron el alarde técnico de la Ciudadela, con mayor amplitud en sus pisos y en sus flotantes jardines; dieron a las escalinatas conjunción de resistencias a la manera de Ur, y sus alfardas consolidaron el impulso que casi las liberaba del edificio. En el tempo de Tláloc-



Alcantarilla mesoamericana (Cholula)

Quetzalcóatl, la piedra pulida, esculpida, desde la fase II había substituido a los aplanados de argamasa, resolviendo el problema de las adherencias por presión en tal forma, que casi eliminaron el mortero. Frente a la incitación de la vivienda para los hombres de grandes recursos económicos, espoleados por el afán de progreso y presunción, seguramente los arquitectos pusieron su sensibilidad artística; escultores y pintores dejaron la impronta de su arte, pero la ingeniería de la época es un convidado de piedra en la distribución, en el funcionamiento interior, en la solución al uso de materiales, en la conquista de los espacios utilizables, así como en el disfrute del aire, de la luz; una complicada ciencia. La parte decorativa irá en otro apartado, mas, es incuestionable que fue bajo procedimiento matemático, de simetría, la colocación de las alternantes cabezas de Quetzalcóatl y Tláloc. Marquina, refiriéndose a tales motivos, ya dijo: "están colocados de tal manera, que en una proyección ortogonal de la fachada aparecen en líneas verticales los de una misma clase", y por cuanto al número, se ha contado los de los días del año lunar, equivalentes al número de nichos de El Tajín posterior, o a los pintados en una subestructura de Chololan; esta conjunción matemático-artística, de ingeniería y arquitectura es tan valedera cual un pacto de ayuda mutua, y no ha sido estimada en sus fases más nobles.

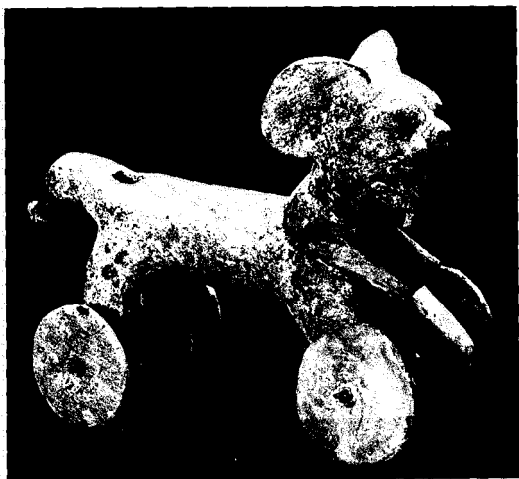
En el periodo Clásico Tardío, Teotihuacan ya no fue capital de un imperio; sin embargo, el movimiento nacionalista no se pudo sacudir el atavismo cultural, siendo ejemplo Xochicalco y El Tajín, para el centro de México. En Xochicalco, los problemas de ingeniería fueron el alojamiento de la ciudad en plena sierra, mientras en El Tajín disponían de planicie y cerros; las más graves incógnitas de ingeniería parecen haber sido las de contención, aun cuando no tanto por humedad ambiental en El Tajín, sino por el paso de los años, casi para pensar en tareas de conservación. García Payón dice haber encontrado techos planos, de mortero, sin descansar en vigas, lo cual obliga la consideración en torno a un germen de los actuales colados: "Este sistema que no ha sido encontrado en otra región de Mesoamérica, representa con los nichos una de las más interesantes peculiaridades de El Tajín. Es de suponerse que para su construcción, como lo hacemos actualmente para colocar el techo de concreto, se construía una andamiaje de madera o bien, y esto es lo más factible por ser una modalidad actual indígena de la región, se llenaba el cuarto de tierra y piedra (como hoy construyen un horno) y sobre él se colaba el techo y una vez seco se extraía el relleno".

En el área maya, la ciudad venerable por sus años es hoy la llamada Uaxactún (Piedra del Ocho); si sus ingenieros adelantaron las ideas geopolíticas, deberían considerarse ingenieros militares, y la parrafada de Pijoan también sería valedera para Tikal; pero vale la pena repasar-



Ensamble de columna (Tula, Hgo.)

la: "Topográficamente, es el lugar ideal para establecerse una población que pretendiera colonizar los países circundantes. No es de creer que los mayas, al establecerse en Uaxactún, tuvieran ambiciones imperialistas; pero se cree hoy que muchas ciudades vecinas fueron retoños brotados de Uaxactún." ¿Escogieron el sitio de una futura metrópoli? En ese caso, resultó Tikal. Morley, descubridor de Uaxactún, explorador y padrino, defendería su antigüedad; en ella está el más viejo edificio maya rengueando en el bastón de su Estela Nueve (8.14.10.13. 15), o sea 588 de la Era, con visible influencia olmeca en los mascarones del templo E-VII-sub; pero Edwin M. Shook encontró en Tikal a la Estela 29, más vieja, tanto como (8.12.14.8.15) 551, y si en 695 los toltecas llegaron a Bakalar, se comprenderá por qué cuando las más viejas inscripciones de la Cuenta Larga cuchichean, hablan de los toltecas difundiendo una cultura mestiza cuya placenta fue olmeca. De todos modos, la presión de los problemas en el intelecto fue tan grande como la presión demográfica; Morley, haciendo cálculos para el área Uaxactún-Tikal dijo: "Existen muchas pruebas de que esta sección del Viejo Imperio era una de las áreas más densamente pobladas de su tamaño en el mundo durante los... ocho... primeros siglos de la era." La contestación al reto fue que los ingenieros, en el caso del centro ceremonial de Tikal tuvieron que ganar altura, el templo IV subió a 70 metros, como para que por su crestería el espíritu del hombre alcanzara las estrellas, y lo intentó; volviendo a Morley: "El primer observatorio astronómico del Viejo Imperio se encontró en Uaxactún, donde fue definido su tipo, que ha servido para identificar de doce a dieciocho semejantes en otros tantos sitios del Viejo Imperio", trasminándose al Caracol, de Chichén Itzá. El caso de las cresterías es otra prueba de ingeniería competente; parece que ya no puede ponerse arriba ni una gota de rocío, y pasma pensar cómo las hicieron. Con todo lo escalofriante de su audacia, no era la carta del triunfo, éste fue haber encontrado el principio de la bóveda; en Uaxactún parecen arrancar en el período de la cerámica Tzacol, equivalente a Teotihuacan III (300-600); Marquina dice: "Las bóvedas más antiguas están toscamente construidas con piedras casi sin labrar y un aplanado irregular, pero en la época más reciente las piedras que forman la bóveda son de mayores dimensiones y bien labradas en su cara expuesta que pudo cubrirse con un ligero aplanado", mientras en Tikal se miran los afinamientos: "en muchos de ellos las piedras de la bóveda no asientan en las que están abajo de ellas, sino por uno de sus bordes, pero el concreto que las une entre sí y con el núcleo, es tan resistente, que se conservan en perfectas condiciones... La bóveda, en su arranque, sobresale ligeramente del muro". Los ingenieros que descubrieron estos equilibrios de masas, de pesos, podían descansar satisfechos; no lo hicieron, su afán de adelanto los impelía



Juguete con ruedas (Mixtequilla)

y llegaron al arco, ilustrado de manera triunfal en Labná, una especie de tercera posición entre los arcos de medio punto y la ojiva. Hubo más; el mesoamericano venía confrontando el cosquilleo de los dinteles y lo fue resolviendo; quedan ejemplares en piedra, verdaderamente notables cual ese de Xicochimalco custodiado por el Museo de Antropología en Jalapa, Ver., pero los de Tikal, en madera de Chicozapote, son, además, un saleroso desplante artístico.

Redundante parece traer a colación el caso de Monte Albán. Ya su sistema de acondicionamiento pediría nota especial a la fatiga; lo insoslayable son sus tumbas, y hay un hilo mesoamericano que conduce por sus laberintos, desde aquel entierro primario de Viejón, Ver., explorado por Alfonso Medellín Zenil, hasta la cripta esplendente que Alberto Ruz encontró en el Templo de las Inscripciones de Palenque; lo de Monte Albán es distinto, se percibe un extraño ingrediente: su parábola evolutiva es lógica, mas, el cotiledón, la yema,

quién sabe; sin embargo, valdría la pena un examen mucho más acucioso en Colombia y el Ecuador, para el caso, el área Esmeraldas, donde ya Estrada, y Evans, han señalado relaciones importantes que ha subrayado Alcina Franch. José Corona Núñez exploró en El Arenal, Etzatlán, Jalisco, una tumba de la época llamada por él, Horizonte II, Cora Antiguo, correspondiente al Clásico mesoamericano; consta de un gran tiro por el cual se descende a los túneles que comunican con tres bóvedas "y es semejante a otras muchas que se han localizado en Nayarit, Colima y Jalisco. Hasta esta fecha, no se han localizado tumbas semejantes en el resto de Mesoamérica, solamente las hay, casi idénticas, en la región del Río Cauca Superior, en Colombia", sospecha reforzada por Noguera, basado en las exploraciones colombianas hechas por James A. Ford, en Cali, así como las de Henri Lehman en el suroeste; y es lo más próximo a Monte Albán. El futuro tiene la oportunidad para otear, entre las inquietudes ingenieriles, fermentos latinoamericanos.

Otros jalones en el progreso de la ingeniería fueron dándose. Consideradas las más firmes e importantes fechas, entre los años 796 y 1042, Palenque tuvo impresionante actividad; para la ingeniería municipal es interesante haber aprovechado las aguas del Otulum en el desagüe, con inodoros que se perfeccionarían sólo actualmente, y la construcción de la torre, a manera de campanario, desde donde, con su caracol, el sacerdote daba las horas, como lo sugieren los nueve regentes de las horas en los tableros descubiertos por Miguel Angel Fernández.

El primer periodo tolteca (600-900) ejerció influencia indirecta, propiciando los desarrollos nacionales del Clásico Tardío; sin embargo, el uso de los Juegos de Pelota se difundió; los ingenieros estudiarían los apremios en una escala que pasa por El Tajín para florecer en Chichén Itzá, lugar donde su Juego de Pelota es una de las maravillas del mundo, y no por su atuendo decorativo, valioso en sí; el Juego de Pelota en Chichén Itzá es el mejor monumento a la ingeniería mesoamericana; sus dimensiones ya son espectaculares, con 70 metros de ancho y 168 de largo, al través de los cuales, en singular despliegue de conocimientos acústicos, pasa la palabra del hombre. Un periodo, entre los años 895-1155 puso las bases del renacimiento mesoamericano, sustentado en el trabajo del cobre, que al crear mejores instrumentos de trabajo, impulsó la economía, y ésta, las manifestaciones culturales. De un lugar no bien determinado, llegaron por mar, técnicos industriales; cabría mirar en ellos nuestro más remoto antecedente para los ingenieros metalúrgicos, y si no impresionan hoy los tiros de sus minas, ellos iniciaron el inventario de los recursos disponibles; la ingeniería se partió en gajos especializados.

Más por conveniencia que por galantería, deben pasar primero los



Juguete con ruedas (Pánuco)

ingenieros de caminos; ellos abrieron las brechas del sistema vial, y la mayoría de sus localizaciones no han sido superadas; en algunos casos, México ha pagado muy caro el desprecio a sus viejos trazos. La topografía planteó encuestas graves, que fueron contestadas venturosamente; un día, las torrenteras, bramando, le cerraron el rumbo; ellos pasaron silbando su canción de triunfo sobre los puentes colgantes, o los hicieron de cal y canto, como el de Teotihuacan en la Vía de los Muertos, o como el descrito por Thompson en el área maya, donde blanqueaban sus caminos, tal el estupendo, de aproximadamente cien kilómetros, entre Yaxuná y Cobá, casi la ruta del sol entre Oxkintok y Cozumel. Otro día, debieron trasladar grandes pesos, como el palo para la danza del Volador, o las tremendas moles de piedra para labrar las Cabezas Colosales, los Atlantes de Tula, o la Piedra del Calendario, y la mecánica vino en su ayuda; una larga fila de pequeñas ruedas las verían pasar sobre sus lomos; habían encontrado el principio de los rodillos, hechos con troncos de árboles, que una vez usados, volvían a ocupar la delantera, en movimiento sin fin, como las bandas en los tractores de oruga; por eso en el Horizonte Clásico, descubrieron la rueda, su función mecánica y, carentes de animales de tiro, la emplearon en juguetería, de lo cual el Museo de Antropología en Jalapa, Ver., tiene magníficos ejemplares, y para el sueño ciclópeo, el *Código Borgia* ilustra, cómo los tlaxcaltecas imaginaban, después de medio día, el cadáver del Sol, sobre un carro con ruedas, conducido por Tlazoltéotl en persona, rumbo a su cotidiano reposo de occidente; ya el pueblo sabía: era la corrida de las doce. Inventiva mecánica no faltó; quisieron insuflar vida en sus figurillas y surgieron las articuladas del Horizonte Clásico; en el pentagrama olmeca, con llave de sol mayor, el Chicomexóchitl encontrado por Michael D. Coe, con brazos móviles en el arranque de sus axilas y al cual, una voz telúrica dijo: "levántate y anda"; o la dulce placidez que Medellín Zenil contempló bajo las arqueológicas frondas de Remojadas, la niñez mecida en su columpio. Y no se desanimaron por no haber dispuesto de animales de tiro, ni de mayores elementos. En Isla de Sacrificios, un pebetero descansaba en los hombros de un atlante de movable cabeza, y en el complejo de la danza del Volador, todavía, la de las Aspas, reproduce al Nahuíollin, los movimientos del Sol, y desde lo alto del mástil, bajan las guacamayas del tiempo, describiendo trece círculos, que multiplicados por cuatro, darán el xiuhmolpilli, de 52 años.

Hubo ingenieros agrícolas; quién sabe si se debían contar dos especialidades: agrícola propiamente dicha, para desembocar, siglos después en ingenieros agrónomos, e ingenieros hidráulicos. Lo real es el testimonio arqueológico. Un fuerte crecimiento demográfico hizo aguzar el ingenio buscando el máximo aprovechamiento de las tierras en cultivo; pero el reto era más fuerte; los terrenos indicados para se-

menteras, eran los planos; en loma y ladera cultivaban con el sistema de roza y acahual, erosionando tremendamente las tierras, hasta provocar verdaderas hecatombes, que con chocante ritmo de unos trecientos años, casi aniquilaban a las naciones. Para prolongar la vida de la tierra laborable, descubrieron la formación de terrazas agrícolas, que aún se conservan en algunos puntos de Oaxaca; pero no sólo en las pendientes; lugares como Zempoala, Ver., planos, tuvieron urgencia de nivelar sus tierras para que funcionara satisfactoriamente su irrigación. Antes del riego, en las vegas de la costa, en la orilla de las cuencas lacustres del interior, se cultivó de tonalmil; el paso lógico fue desviar los arroyos, los riachuelos, para regar sus tierras; en el valle de Tehuacán, en el apogeo del Horizonte Preclásico, varios siglos antes de la Era actual; y en el Teotihuacan así se hizo desde la época de su bonanza, y los españoles, cuando conocieron Zempoala, se quedaron maravillados de un sistema de riego que no sólo podía inundar sus parcelas, ponía el agua rodada en los patios de sus casas; era un sistema comprendiendo a la cuenca baja del río de las Chachalacas, a partir del Descabezadero, y más arriba, desde por Almolonga; este magnífico sistema, y sin costo, sigue funcionando, aun cuando ahora padece los males causados por algunos técnicos. No era lo asombroso ésto, sino la introducción del agua potable a muchos lugares, en especial, a Tenochtitlan, y el reconocimiento a sus ingenieros fue la feroz batalla que indígenas y españoles libraron en los días del sitio a la metrópoli, cuando la soldadesca hispana cortó el acueducto; en tanto, sigue causando tonificante asombro visitar las ruinas conocidas por Baños de Netzahualcóyotl, en Tezcotzincó; del flanco del Iztaccíhuatl, un acueducto salvó cerros y barrancos para llevar el preciado líquido al collado, y depositarlo en sus albercas, o hacerlo borbotear en sus fuentes, y más todavía; esos ingenieros portentosos, que presentían el técnico alarde realizado en Panamá siglos después, encararon también los desniveles de las aguas en los lagos de la cuenca mexicana, y los manejaron a voluntad, con un sistema de compuertas que les permitía, en caso necesario, provocar inundaciones, como las utilizadas por emergencia, contra Hernán Cortés. Fue una lástima que las excelentes obras del Valle de México, en ese caso, no hubieran sido de ingeniería militar, como las de Tulum en Quintana Roo, las de Oztuma en Guerrero y tantísimas otras; éstas eran de ingeniería civil, y el valor cívico todavía no utiliza el adecuado logaritmo para contener las agresiones bélicas.

Bibliografía

- Alcina Franch, José, *Manual de Arqueología Americana*. Ed. Aguilar, Madrid, 1965
- Clavijero, Francisco Javier, *Historia Antigua de México*. Ed. Porrúa, México, 1945
- Corona Núñez, José, *Tumba de El Arenal*. Instituto Nacional de Antropología, México, 1955
- Estrada, Emilio y Clifford Evans *Cultural Development in Ecuador*. Washington, 1963
- García Payón, José, *La ciudad Arqueológica del Tajín*. Universidad Veracruzana, Xalapa Ver., 1951
- Krickeberg Walter, "El Juego de Pelota Mesoamericano y su simbolismo religioso", en *Traducciones Mesoamericanistas*. Sociedad Mexicana de Antropología, México 1966
- Marquina, Ignacio, *Arquitectura Prehispánica*. Instituto Nacional de Antropología, México, 1951
- Medellín Zenil, Alfonso, *Cerámicas del Totonacapan*. Universidad Veracruzana, Xalapa, Ver., 1960
- Morley, Sylvanus G, *La Civilización Maya*. Fondo de Cultura Económica, México, 1947
- Noguera, Eduardo, "Distribución de Tumbas de Tiro o Pozo", en "*J. Corona Núñez*", México, 1955
- Pijoan, José, *Summa Artis*. Tomo X, Espasa-Calpe, Madrid, 1946
- Ruz Lhuillier, Alberto, *La Civilización de los Antiguos Mayas*, Instituto Nacional de Antropología, México, 1963
- Shook, Edwin M., "Archaeological Investigations in Tikal, Petén, Guatemala", en *Acta y Memorias Congreso Internacional de Americanistas*, México, 1964
- Séjourné, Laurette, *Un Palacio en la Ciudad de los Dioses*. Instituto Nacional de Antropología, México, 1959
- Thompson, J. Eric S. *Arqueólogo Maya*. Ed. Diana, México, 1965

3. La familia

EN EL MUNDO de las teogonías aborígenes, puede mirarse una imagen de la familia en tiempo muy remoto, y sus representaciones en la cerámica sugieren, para el Horizonte Preclásico Inferior, un estado confuso, en el cual, un concepto de feminidad se abre camino. Ya en el Preclásico Medio, la representación de madres con sus hijos no sólo es inconfundible, sino en ocasiones de gran realismo y progreso plástico; así lo ha mostrado Román Piña Chan en Tlatilco; pero el más vívido ejemplo de una familia del Preclásico fue hallado por Alfonso Medellín Zenil en Remojadas, Ver. Ya es la trilogía: el padre, la madre, y el hijo; esa misma de la Zempoala de 1519, descrita por el paje de Cortés a Bartolomé de las Casas, con la circunstancia de que según los totonacas las máximas devociones eran todavía para la Luna, y en las esculturas de Remojadas, la madre, la luna, es de mayor tamaño.

Estaba muy difundido el mito de la creación de los hombres a cargo del matrimonio formado por Omecihuatl y Ometecuhtli, cuyos nombres encierran, seguramente, una más antigua tradición, cuando no se ponía en claro el predominio de alguno de los sexos, resolviéndose a favor de Omecihuatl, que domina, por su frecuencia en las informaciones. Noticias posteriores, y actuales datos etnográficos de zonas indígenas, todavía permiten diagnosticar, sin temor, un substrato de matriarcado. Sin embargo, es altamente curioso constatar, en los mitos indígenas, las creaciones colectivas, de grupos, y no de una persona o de una pareja. Para los quichés, fueron cuatro los primitivos linajes, encabezados por Balam-Quitze, Balam-Akap, Majucutaj, e Iqui-Balam, aun cuando los Balam sólo hayan sido tres. A Francisco de Burgoa, los mixtecos, metafóricamente, le dijeron haber brotado de la selva, cuando se decían proceder del ayuntamiento de dos árboles que unieron sus frondas, en mestizaje; y los zapotecas, cuentan "que los habían parido escollos y peñascos".

Un momento crítico en la historia debió ser aquel en el cual, según la *Leyenda de los Soles*, Mixcóatl (Iztacmixcóatl) deja el norte para ir al sur (Huiznáhuac) y luchar contra Chimalman. En vano; por dos ocasiones le disparó un total de ocho flechas; ella, desnuda, reta-

dora, las desvió. El dios terminó ayuntándose con la diosa, y de aquel amor bélico nació el *Ce Acatl*, Quetzalcóatl, héroe civilizador; el matriarcado iniciaba su declinación por el cielo. En la lista de dioses aborígenes cada uno va con su esposa, principiando por el Sol, con la Luna, y son así, Tonacatecuhtli con Tonacacihuatl; Oxomoco y Cipactónal; Ometecuhtli con Omecihuatl; Tlaltecuhltli con Ilancuéytl; Tláloc y Chalchiuhtlicue; Cintéotl y Chicomecóatl, e incluso Mictlantecuhtli con su Mictecacihuatl; en verdad sólo hay una excepción en la extensa lista, Xólotl y Quetzalcóatl, los gemelos, de padres desconocidos, porque la celestial oficina del Registro Civil no contiene anotación; se dijo del nacimiento del *Ce Acatl* y este puede ser Quetzalcóatl, mas, falta el acto de Xólotl; ya es incitante que al nacimiento de gemelos le den carácter divino y sean del mismo sexo, como si Quetzalcóatl se hubiera desdoblado en dos, porque tal cosa asemeja mucho a viejos mitos del Dahomey. De todos modos, los matrimonios de los dioses no se miran fecundos, y fue una bendición; si la casta divina se hubiera multiplicado, no le habrían dejado al hombre un lugar. En otra parte, se ha podido conocer la fidelidad conyugal por el ojo de la cerradura; el teochichimeca Diego Muñoz Camargo pintó a Xochiquetzalli como una pecadora, esposa de Tláloc en primera instancia, pero que, cual una Helena cualquiera, hizo que se la raptara Tezcatlipoca. Mayáhuel amamanta un pez, en el *Código Borgia*, y es una lástima no saber por qué su concepción había sido una romántica leyenda. Dentro del tremendo respeto del hombre a sus divinidades, en ocasiones lograba embonar sus ironías, como lo ha ejemplificado graciosamente J. Eric S. Thompson: "y es que en las leyendas sobre el romance entre el sol y la luna, se decía que el sol había rellenado una piel de venado con ceniza y día tras día pasaba con ella frente a la casa de la luna, con el fin de impresionarla con su supuesta habilidad para mantener la despensa siempre llena de provisiones. Mas, cierto día, el sol tuvo un tropiezo frente a aquella casa y al caer sobre el suelo, la piel del animal liberó toda la ceniza que le daba volumen, lo que causó al enamorado profunda humillación". El maya, también había creado a sus dioses a su imagen y semejanza.

Las familias de los gobernantes aborígenes aparecen, como las de los dioses, en iguales condiciones a las del pueblo, en cuanto a relaciones internas. Parece un poco exagerada la nota de Juan Bautista Pomar, aun cuando contenga mucho de verdad, cuando afirma: "Tenía el rey las mujeres que quería de todo género de linajes, altos y bajos, y entre todas tenía una por legítima, la cual procuraba que fuese de linaje principal y alta sangre." Tal vez lo más antiguo de las crónicas corresponde a la etapa de la expansión tolteca. Fernando de Alva Ixtlilxóchitl cuenta que después de tomar asiento en Tula, los toltecas "acordaron de jurar uno de los más principales para rey y



Familia de Remojadas, Ver. (anterior a nuestra Era)

señor de todos; y visto que cuando estuvieron en Xiuhcóhuac y Huexutla, que es punto de Pánuco y Tampico, y que por este lado estaban muy cercanos los chichimecas sus competidores, que les habían hecho ciertas molestias en estas dos partes, y viendo que los tenían tan cerca, temiéndose no se levantaran algún día contra ellos y les quitaran sus tierras, pueblo y lugares, acordaron de ir a ver al señor que a la sazón era de los chichimecas, y pedir les diera un hijo o deudo más cercano de su linaje para jurarlo por su rey y señor, y con esto pedirle su palabra de que él ni sus descendientes en ningún tiempo les dieran molestias"; así surgió el matrimonio de conveniencia política entre Chalchiuhtlanetzin y Acapitzin, primeros reyes en Tula. No sería distinto en otros lugares; Alfonso Caso ha encontrado, en los Códices mixtecos, matrimonios en serie para dinastías que se inician en fechas muy próximas al principio del Quinto Sol, con sospechas para creer que, pese a su indiscutible independencia, mantenían un ojo puesto en la capital, por entonces llamada Tula, y después en Te-

nochtitlan; el rey zapoteca Cocijoetza, se casó con la princesa Copo de Algodón, hija de Ahuizotl, aun cuando haya querido disfrazar su miedo, y lo convenenciero, en la belleza de la muchacha, o en el asesoramiento de su dios. También sincrónica de la tolteca fue la dinastía totonaca, en las páginas de Torquemada, y hacían arrancar sus evocaciones de veinte familias originales que tras abandonar Teotihuacan primero, Atenamitic (Zacatlan) después, ocuparon Mizquihuacan, donde vivieron su historia; seguramente cuando Xatontan, el segundo señor (739-791) gobernaba, y llegaron los primeros chichimecas repatriados, hubo uniones matrimoniales otomí-totonacas, e incluso quien sabe si deba colegirse un resabio de familia extensa por el hecho de que, como era ley, el primogénito, Tenixtli, heredó el reino, pero sus hermanos Ichcatzintecuhtli, e Itcupinqui, fundaron sendos principados en Macuilacatlan (Ahuacatlan) y Tianquizolco (Quiahuiztlan) respectivamente; sin faltar la humana caída disolvente del reino, cuando el último soberano, Nahuácatl, quiso compartir el poder con su hermano Ixcáhuatl y terminaron compartiendo la cama con sus mutuas y casquivanas esposas.

En la etapa de las oleadas chichimecas, el sistema de los matrimonios continuaba; se ve así en la *Relación de Michoacán*; Ticátame inició su dinastía después del mestizaje, para terminarla también con dos hermanos; o cuando "los dos hermanos, señores de los chichimecas, hicieron su vivienda cerca de Pátzcuaro, y tomaron una hija de un pescador y se casó uno de ellos con ella". Xólotl, caudillo del principal grupo, con asiento en Otontépec, Ver., debió a su matrimonio con Tomiyauh, señora de Pánuco y Tampico, la solvencia económica merced a la cual pudo equipar sus huestes, pese al cambio del amor por conveniencia en verdadero amor que sólo la muerte disolvió, e incluso ella dejó la tierra pródiga, porque seguramente no había en su caso asientos de matriarcado, sino inflexibilidad en las leyes para herencias y legados. Ya en Tenayucan, cuando aquellos otomíes-acolhuas regresaron decepcionados del área Zacatecas-Jalisco, fueron proveídos no sólo con las manos tibias de las hijas de Xólotl en matrimonio, sino con señoríos en el Valle, recompensa por su esfuerzo de bizarros exploradores. Esta gran insurgencia otomí, que los llevó triunfalmente hasta la consolidación del Imperio en Tezcoco, y una serie de leyes revolucionarias, culminadas con la gran reforma de Quinatzin, se vio menguar en el sucesor, Techotlalatzin, que no era el primogénito, sino el xocoyotl, y frenó mucho a la revolución por influencia de Papaloxóchitl, la mujer tolteca que lo formó.

Ya en plena etapa renacentista, lo común es ver surgir las dinastías del matrimonio entre personajes de dos grupos. La *Tira de la Peregrinación*, iniciada el año 1064, desde una isla, pone a un matrimonio inicial, en donde la esposa pudiera ser Chimalma por llevar un escudo



Mujer muerta en el parto (Museo de Jalapa)



Ilancuéytl, fundadora de dinastías (985)



Casamiento mexicana (C. Mendocino)

como nombre. La escena siguiente, al enumerar a ocho grupos, coloca tres mujeres y un hombre. Huitzilopochtli tuvo una hermana de nombre Malinalxóchitl, a la cual abandonaron en Tzompanco; ella fue a dar por Malinalco, tuvo un hijo llamado Copil que, sacrificado por los aztlaneas, fue despojado de su corazón para enterrarlo en el punto donde posteriormente nacería el nopal de Tenochtitlan. Finalizando su cuenta de 1324, y para fundar en 1325 a Tenochtitlan, con párrafo críptico, los *Anales de Tlatelolco* destacaron la importancia de la mujer: "se examinaron los mexica, cuyas mujeres eran colhuaque; las mujeres trajeron sus escritos de papel de amate. Y las mujeres que allá habían tomado marido, trajeron los escritos sobre amate de sus maridos"; es decir: de Aztlan salieron más hombres; en Teoculhuacan

se casaron con muchachas del área de Meztitlan. Ya en Tenochtitlan, para iniciar su dinastía, planearon la unión matrimonial de Acamapichtli, su rey primero, criado en Coatlinchan, con Ilancuéytl, princesa de Colhuacan, que representaba el viejo prestigio tolteca, en cuyo nombre se invocaba la protección de la Tierra, y en cierta forma, del Agua.

Parecería monótono encontrar a la conveniencia determinando los matrimonios y no al amor. Hubo de todo. Tecpancaltzin, a primera vista, quedó enamorado locamente de Xóchitl, y nada valió para separarlos, ni la intriga palaciega de las princesas casaderas, ni el despecho de sus padres, ni la guerra dinástica. Los rancios cartabones de la corte le cerraron las puertas en los palacios de Tula; le hizo una casita de campo, y con el tiempo, heredó el imperio a su hijo, que lo perdió en Tultitlan finalmente, pero quedaba, en el rodar de los relatos, una historia de amor. Y más violenta se mira la pasión de Yacanex por Atoztotli. Ciertamente que se trataba de un príncipe conservador, y que su lucha contra Quinatzin era para impedir la revolución desde arriba; pero además, era sincera su pasión amorosa. La bella princesa de Culhuacan fue dada en matrimonio a Huetzin; Yacanex reclamó indignado en defensa de su amor y se fue a la sangrienta lucha; era un enamorado valiente al servicio de una causa equivocada.

En la etapa final de aquel mundo, el siglo XV que terminaba y los comienzos del XVI, los matrimonios de la nobleza continuaban en su ritmo humano de luz y sombra. Morley ha resumido muy bien una estampa de Yucatán: "La causa de la guerra entre Chichén Itzá y Mayapán ha permanecido en el misterio, aunque se ha sugerido un motivo semejante al del rapto de Helena, que dio origen a la guerra de Troya. Dos pasajes muy oscuros de los libros de Chilam Balam de Maní y Tizimín hablan del rapto de la joven esposa de cierto Ah Ulil, cacique de Izamal, por Chac Xib Chac, cacique de Chichén Itzá." Hoy se ha fijado la fecha de tales acontecimientos en el significativo año de 1475, y en el trasfondo se mira la quinta columna mexicana sobornando a los entreguistas mayas; pero el amor también puede caber en un jarrito. Un segundo ejemplo, al azar, podría ser el de Gonzalo Guerrero, náufrago de los de Valdivia en 1511; fue a parar en Chetumal donde casó con la hija del señor Nachán Can. Terminó siendo amor del bueno, porque cuando en 1519, Cortés llegó por esas tierras, no se le quiso incorporar, según Díaz del Castillo, y le respondió a Jerónimo de Aguilar, su compañero: "Yo soy casado y tengo tres hijos... e ya veis estos mis hijitos cuán bonicos son." Aguilar le insistió: "que mirase que era cristiano, que por una india no se perdiese el ánima, y si por mujer e hijos lo hacía, que la llevase consigo si no los quería dejar". La brava hembra lo atajó: "mira con qué viene este esclavo a llamar a mi marido; fós vos y no cureis de más pláticas". En este solo



El hogar indígena contemporáneo

negocio de la Conquista, parece que por su novedad, los ultramarinos tuvieron demanda; era un preludio del intercambio de baratijas; en Tabasco, y en Zempoala, pretendieron alianzas matrimoniales con los españoles, que las pasaron por alto; pero, aquella muchacha cargada de complejos, con retorcida psicología como su nombre de Malinalli, aun cuando de buen cuerpo y agraciada cara, resultaba la típica monedita de oro, con la cual, Cortés trató de sobornar al capitán Alonso Hernández Porto Carrero, primo del conde de Medellín. El amor, o el antojo, avanzó en la entraña de Cortés y, desde la Villa Rica, lo despachó en comisión a España. La Malinche quedó en su poder con amancebamiento, aun cuando su hijo nació en manos de Jaramillo.

Los dioses, o los mandatarios, podían hacer la vida matrimonial que les viniera en gana; el pueblo seguía y sigue su tradición, en la que por siglos y siglos ha respondido a la problemática del medio y de sus más íntimas características. Un día se podrán analizar con suficientes datos las posibles influencias extrañas; hoy sólo pueden sospecharse; así la familia extensa, entre los popolocas del sur de Veracruz, materializada dentro del corral, que sugiere otro punto de contacto con la cultura del Dahomey, donde Herskovits parece haber encontrado algo similar. En la propia Mesoamérica, no se ha rastreado la posible influencia de la organización familiar popoloca en los puntos

donde quedan restos de cultura olmeca, o remanentes de tal grupo; quién sabe si cuando Franz Tiermer, describiendo a mames y chujes de Guatemala dice: "Si esta familia o parentela se vuelve demasiado grande, y si hay dos hombres con igual aptitud para el puesto de jefe, se procede a hacer una partición de la familia y de sus terrenos", está reflejando condición similar a la de los popolocas (olmecas) veracruzanos, y de igual manera podría ocurrir en la costa del Pacífico, en el área de los huaves o en otras donde, indudablemente, hubo presencia sudamericana.

Lo anterior, en cualquier forma, sería la excepción; la familia común mesoamericana fue y sigue siendo, evolucionada, la de la etnografía moderna; es el reflejo, con variantes leves, de hace cuatro siglos, cuando la cultura occidental recogió información de primera mano. En esta familia, el padre representa la jefatura y él determina el sitio para la radicación del hogar; comúnmente, los matrimonios, ocurren con miembros de la propia comunidad o comunidades vecinas y son monogámicos, y no podían, no debían realizarse con parientes más o menos próximos. A Sahagún le informaron, con muchos pormenores, desde cuando los padres consideraban que sus hijos ya debían casarse. Su descripción corresponde a las uniones oficiales, omite lo más común, simple acuerdo entre los novios y fuga de la muchacha. Dentro de la norma legal, había una comida, donde los maestros eran informados de tal decisión y por lo cual el joven suspendía sus estudios. En otra reunión de parientes discutían lo conveniente o inconveniente de las posibles consortes, tras lo cual, unas mujeres ya especializadas en hacer estas peticiones, actuaban. La primer solicitud era rechazada muy cortésmente; la del segundo y la del tercer día; en el cuarto prometían efectuar una reunión de familia, tras la cual, si accedían, comunicaban su aprobación a la familia del novio. Consultado el sacerdote Tonalpouhque, buscaba en su Tonalámatl un día próspero para el enlace, preferentemente ácatl, ozmatli, cipactli, cuauhtli, calli. La familia entraba en gran actividad preparando la fiesta bajo el dictado de una economía de prestigio, pero en la que también recibían obsequios. La muchacha, bañada y adornada, se colocaba en un estrado para presidir y escuchar una tupida discursería. Con la puesta del sol, era colocada sobre una manta gruesa (tlilquémitl) para ser cargada por los parientes del novio, pero le acompañaban en el trayecto, con hachones, los parientes de la novia. Ya en la casa del novio, los dos era colocados próximos al fuego del hogar; ella, junto al brazo izquierdo de su esposo. Cada suegra iniciaba la entrega de regalos. Las casamenteras anudaban una punta de la manta del novio con otra punta del huipil de la novia. Les ponían enfrente la comida, en especial, tlatonilli; "luego, dice Sahagún, daban a comer a la novia cuatro bocados, los primeros que comían, después daban otros cuatro al no-



Niño chamula

vio, y luego a ambos juntos los metían en una cámara y las casamenteras los echaban en la cama, y cerraban las puertas y dejábanlos a ambos solos"; las especialistas permanecían en la casa cuatro días, por cuanto se pudiera ofrecer, porque, aminorada, la fiesta continuaba por cuatro días, entre ambas familias.

Terminado el tiempo de la ceremonia, cada cónyuge acometía sus tareas: él, ganar el sustento del hogar; ella, los quehaceres domésticos. La preocupación por los hijos principiaba tan pronto percibían que habría de nacer como gracia especial de Yoalli-Ehécatl, una de las advocaciones del dios Tezcatlipoca. Ciertamente debieron ser poco eficaces los cuidados prenatales, pero a cambio, trasudaban retórica, y por lo menos, hacían una fiesta cuando se cumplían siete meses del embarazo, y buscaban a la partera.

En el momento de nacer una criatura principiaban los discursos, a cargo de la partera. Cuando cortaba el ombligo, invocando a Yoaltecuhtli (Señor de la Noche) y a la diosa Yoalticilt (Señora del Temaxcal), por quienes había nacido la criatura, lo presentaban cual ofrenda para el Sol (Totonámetl in manic) y la Tierra (Tlaltecuhltli); si era de varón, un soldado lo enterraría en algún campo de batalla; si de niña, junto al hogar, simbolizando un futuro destino. La placenta, en la casa. Lavaban a las criaturas, a tiempo que decían oraciones a Chalchuihtlicue. Con el agua de su lavatorio mojaban alguna parte de otras criaturas para evitar determinadas infecciones. De igual manera cabe mencionar la vieja costumbre llamada "couvade", mediante la cual, el padre simulaba ser quien alumbraba, cuya vivencia mesoamericana es actualmente la costumbre de "quemar los pepeyotes" a los padres, tras el nacimiento de su hijo. Transcurridas las diversas prácticas, daban gracias a Cihuacóatl-Quilaztli, advocación de la tierra, y a Quetzalcóatl, dios creador. Acordes con las posibilidades económicas, los parientes y amigos hacían obsequios a la criatura, entregándolos con breves o amplias frases galanas. En el caso de los gobernantes, despachaban embajadores para complimentar el fausto suceso, ceremonias de hasta veinte días.

A los padres, el protocolo les ordenaba enviar por un tonalpouhque y éste consultaba su tonalámatl para, según el día, la hora del nacimiento, encontrar el nombre de la criatura, no sólo el que le correspondía, sino el que le convenía, según los buenos o malos agüeros, independientemente de que al nacer ya su nahual había dejado su rastro estampado en la ceniza que rodeaba el hogar. La imposición del nombre reclamaba su fiesta, y con tal tesitura iba desenvolviéndose la vida infantil en tanto llegaba la temprana edad para iniciar la educación práctica, tradicional, o ingresar a las escuelas. En algunos pueblos, como los totonacas, fue descrita con seguridad y amplitud la costumbre de circuncidar a los varones y correlativamente a las niñas;

es una lástima no haber dispuesto de mayores datos para los popolos u olmecas, pero también practicaban esta costumbre. Una manera especial de cortar el pelo a los niños, de vestir, de jugar, de prepararlos para la vida, los acompañaba, para llegar a la pubertad. Cuando los investigadores contemporáneos encuentran en algún lugar costumbres muy específicas de juventud, pueden pensar en el Telpochcalli, en el Calmécatl, y sin embargo, en muchos casos, están en presencia de remanentes en torno a ritos de pubertad, que según parece, no se contraían a uno solo, de tipo general, sino a varios, específicos; así, parece haber existido uno para la iniciación de la vida sexual, con muchos elementos a flote todavía entre las comunidades rurales; para la vida campesina, que ligaba la época de la siembra con el arribo a la plena virilidad, o el más extendido en relación con la guerra, sumergido impulso que los hace pelear públicamente, bajo cualquier forma, para tener derecho a ser incluidos entre los adultos de la comunidad.

La familia mesoamericana no era un escaparate de virtudes ni una sentina de vicios; era, como en cualquier célula del cuerpo de la humanidad, eso, humana. Unos cuantos cometían adulterio; la mayoría guardaba fidelidad. Unos hombres golpeaban injusta, bárbaramente a sus esposas; la mayoría las adoraban con un silencio arrodillado de ternuras. Los había desobligados para con el hogar; pero la mayoría se sacrificaba, jubilosa o resignadamente, sin pedir tregua en la fatiga ni altos en las privaciones personales. Los había depravados; pero la gran masa del pueblo usaba un idioma de pudorosas humildades, y en sus actos cristalinos, la blancura diluía los rubores. Lo anterior no fue patrimonio mesoamericano, es la razón de ser de la humanidad.

Bibliografía

- Alva Ixtlilxóchitl, Fernando de, *Obras históricas*. Secretaría de Fomento, México, 1891
- Anales de Tlatelolco. Ed. Robredo-Porrúa, México, 1948
- Burgoa, Francisco de, *Geográfica descripción*. Archivo General de la Nación, México, 1934
- Caso, Alfonso, *Base para la sincronología mixteca y cristiana*. El Colegio Nacional, México, 1951
- Díaz del Castillo, Bernal, *Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España*. Espasa-Calpe, Madrid, 1933
- Las Casas, Bartolomé de, *Apologética historia de las Indias*. M. Serrano y Sanz, Madrid, 1909
- Leyenda de los Soles*, en *Códice Chimalpopoca*. Universidad Nacional, México, 1945
- Manuscrito de Chichicastenango (Popol Buj)*. Guatemala, 1927
- Medellín Zenil, Alfonso, *Cerámicas del Totonacapan*. Universidad Veracruzana, Xalapa, Ver., 1960
- Morley, Sylvanus G, *La Civilización Maya*. Fondo de Cultura Económica, México, 1947

- Muñoz Camargo, Diego, *Historia de Tlaxcala*. Ateneo Nacional de Ciencias y Artes, México 1947
- Noguera, Eduardo, *La Cerámica arqueológica de mesoamérica*. Universidad Nacional, México, 1965
- Piña Chan, Román, *Las Culturas preclásicas de la Cuenca de México*. Fondo de Cultura Económica, México, 1955
- Pomar, Juan Bautista, en *Relaciones de Texcoco y de la Nueva España*. Ed. Chávez Hayhoe, México, 1941
- Relación de las Ceremonias y Ritos... de la Provincia de Michoacán*. Ed. Aguilar, Madrid, 1956
- Sahagún, Bernardino de, *Historia general de las cosas de Nueva España*. Ed. Robredo, México, 1938
- Termer, Franz, *Etnología y etnografía de Guatemala*. Ministerio de Educación Guatemala, 1957
- Thompson, J. Eric S, *Grandeza y Decadencia de los Mayas*. Fondo de Cultura Económica, México, 1959
- Tira de la Peregrinación*, en *Antigüedades de México*. Secretaría de Hacienda, México, 1964
- Torquemada, Juan de, *Monarquía Indiana*. Ed. Chavez Hayhoe, México, 1943

4. La comunidad

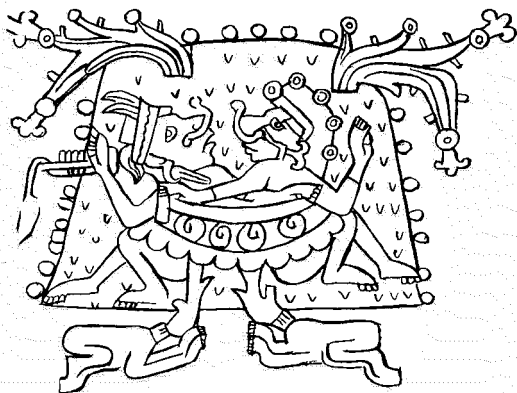
DESPUES de la familia, sigue la comunidad o grupo de familias. Geográficamente, la comunidad puede ocupar una superficie pequeña en relación con el total de sus miembros, como en las de tipo urbano; más amplia, en esta misma relación, si se trata del tipo rural; pero en el último caso, hay comunidades mucho más extendidas geográficamente, al grado de parecer que no forman un poblado, por lo cual se habla de dispersión demográfica. La familia extensa, dentro del marco del "corral", como se observó entre los popolocas de la Sierra de Sotepan, Ver., ofrece una imagen muy aceptable de un poblado en gestación; cuando varias familias así, se multiplican, ha nacido, no sólo el poblado, la comunidad, sino también el barrio. Pero un investigador acucioso apartaría en los poblados, a dos tipos de agrupamiento. Uno, muy claro en la vida moderna, cuando se forma la colonia o barrio de la gran ciudad: ocurre un agrupamiento de familias en una superficie proporcionalmente muy reducida pero, generalmente, falto de lo que constituye la esencia, el espíritu de comunidad, resultado de viejas, reiteradas incitaciones y respuestas, razonadas, memorizadas, hechas reflejos, depositadas en el subconsciente, y en ocasiones, operando casi como actos instintivos. Cuando hay espíritu de comunidad, todos, consciente o subconscientemente, se sienten, pertenecer a ella, deberse a ella, luchar por ella. La comunidad mesoamericana fue producto de su propia cultura. El doctor Gonzalo Aguirre Beltrán lo ha explicado con su envidiable sencillez: "la cultura condiciona al individuo en forma que interpreta la realidad de acuerdo con normas previamente establecidas y que nacer en una sociedad cualquiera no es crecer y vivir en un mundo de hechos y acontecimientos desnudos de valor, sino por el contrario, en un universo de relaciones y significados que determinan las perspectivas desde las que se contempla la realidad". México ha padecido juicios erróneos de críticos o potencias extranjeras, porque han ignorado que la comunidad mexicana hunde sus raíces en el origen de su ser, y que los individualismos anarquizantes no tienen cabida en ella; la Revolución Mexicana, la Reforma de Juárez, la Insurgencia de Hidalgo y de

Morelos, han sido expresión de las más caras tradiciones y de los más limpios anhelos de una gran comunidad, en cuyo seno, se han fundido todas las comunidades regionales. Como en todo país, aún continúa, y continuará rumbo a siempre renovadas metas, el proceso de integración; eso significa que hay un pueblo en marcha. Richard S. MacNeish, desde los reconfortantes miradores de Tehuacán, ha pintado un cuadro de las posibles organizaciones humanas primitivas, a partir del mesolítico; según él, entre unos diez mil años a 6 500 antes de la Era, "los habitantes estaban agrupados en pequeñas familias nómadas o microbandas que cambiaban sus campamentos tres o cuatro veces al año, según las estaciones". El siguiente milenio, tal vez llegando hasta una cifra tentativa como el año cinco mil antes de la Era, le sugirió, por el examen de sus detritos, los inicios de agricultura y consecuentemente, de una organización patrilineal. Ya en su Fase Coxcatlán (4900-3500 A. E.) principian los pueblos agrícolas en Mesoamérica, es decir, sincrónicos de los del llamado Viejo Mundo, si se compara con los estudiados restos de Wadi-el-Natuf en Palestina; si se prefiere seguir las líneas de trigo-cebada, o arroz, en Mesopotamia-Persia, en Indostán-China vía cuenca del Yang Tse Kiang. La primitiva comunidad puede parecer distinta, desde un criterio contemporáneo, y su marcha evolutiva debe considerarse impresionante, pero aun los cambios aparentemente más extraños, obedecieron siempre a lo esencial de su patrón original, y no hace al caso evocar los impactos de pequeñísimos grupos extracontinentales, que no pudieron realizar sensibles cambios, ni alguno seguramente mayor, como el de los olmecas, o los persistentes y afines de Centro, Sudamérica, y hasta, porqué no, de los grupos del norte, recolectores-cazadores; el tremendo choque ocurrido a principios del siglo XVI contra la cultura cristiano-europea y el posterior sometimiento durante unos trescientos años, no logró destruir el espíritu de la comunidad, no en los grupos indígenas, que resistieron victoriosamente sobre sus montañas y frente a la ignorancia extranjera, sino entre los propios mestizos, más mestizos culturales que mestizos físicos.

Haya sido cualquiera la historia evolutiva, las noticias del siglo XVI, y las modernas investigaciones de sus vivencias, permiten una visión confiable de la comunidad mesoamericana. Unas cuantas estampas tal vez la perfilen. El nuevo matrimonio debe construir su hogar, y tal cosa es responsabilidad del esposo; pero la comunidad se siente obligada y todos cooperan en la medida de sus posibilidades; no es favor que se pida, o por el cual se deba recibir gratitud, es obligación de grupo, natural, a grado de parecer orgánica. La siembra, no sólo en donde conserva las características de comunal, aun siendo individuales los predios, las parcelas, es el grupo quien selecciona la parte de selva por talar, y aun trabajando cada quien lo suyo, el total forma un



Mujer beoda (C. Mendocino)



Linaje de Tizatlán (C. Borgia)

conjunto, se ponen de acuerdo en torno al día y la hora para quemar la roza; cuando principian las lluvias, también procuran ir juntos a sembrar y a las demás tareas; en general así realizan otros trabajos y aún persiste, dentro de comunidades en las cuales el cambio cultural parece más intenso, lo que llaman "vuelta de mano", es decir, un campesino ayuda en sus tareas a otro, que a su tiempo, le devolverá los jornales. La cacería, la pesca, las alegrías, las tristezas, generalmente son en común; las fiestas de los pueblos presuponen el viejo y tácito acuerdo para celebrarlas, y en comunidades fuertemente mestizadas, el momento de bailar comprende a todos, bailan en comunidad los niños, los adultos, los ancianos, en ausencia completa de cualquier discriminación, por sutil que pudiera ser. Frente a proposiciones novedosas o contradictorias, una comunidad, o sus conductores, podrán discutir hasta el infinito y exponer las ideas más violentamente contrarias; pero cuando finalmente se toma un acuerdo, la comunidad actuará como unidad monolítica.

El conductor, los conductores de la comunidad, fueron apareciendo en cuidadosa y larga selección. La naturaleza, la vida, puso las pruebas; la comunidad calificó. Al paso del tiempo se fueron acusando características especiales como para diversificar los rubros: brujos, curanderos, cazadores, pescadores, agricultores, sacerdotes, guerreros, gobernantes, hasta cubrir todas las necesidades de la organización social. Parecería que hubo, en un remoto pasado mesoamericano, una organización totémica, remanente de la cual podría ser el águila entre los mexicas, proyectándose hasta nuestros días en el escudo nacional; pero esta leyenda, si por tal debe tomarse, representó al sol en el águila y a la tierra en la culebra, en su simbólica correlación propiciadora de la vida humana, con la circunstancia de haberla conocido los mexicas en la frontera norte del Totonacapan, donde ya se había este-reotipado en esculturas como las llamadas "palmas", al finalizar el Horizonte Clásico, a principios del Clásico Tardío, y entre los totona-cas, no hay base ninguna para suponer con esto, una organización to-témica sumergida. Parecería con más posibilidades el tigre de los ol-mecas, que los acompañó desde los tiempos del Preclásico, y a juzgar por su significado último, representó al sol nocturno, a la noche, al cielo estrellado, a Tezcatlipoca, que retrocediendo, se podría fundir con la luna; sin embargo, los datos conocidos alumbran tan poco, que parece prematuro cualquier bosquejo en este sentido; y en el caso de los quichés, francamente, no lo parece. Pero si el caso del tigre olme-ca corresponde propiamente a una religión superior mesoamericana, todavía queda el recurso del murciélago, en el grupo tzinacanteco, y en el cual, Evon Z. Vogt ha realizado profundos buceos espirituales como para localizar "enormes corrales situados en el interior de la B'ankilal Muk'ta Vits, Gran Montaña Hermano Mayor, que se yergue

majestuosamente sobre el borde oriental del centro de Zinacotan; en estos corrales sobrenaturales están guardados 7600 animales salvajes, jaguares, coyotes, ocelotes, etc., que son los chanules de los 7600 zinacantecos", con lo cual parece claro que los vestigios mesoamericanos inclinan a considerar el nahualismo, pero no el totemismo.

Lo generalizado en la comunidad era una división en barrios. Una investigación en torno al número de barrios en cada población aborigen, ofrecería un mapa de gran trascendencia. Una sola muestra permite separar dos corrientes: la totonaca, en cuyos poblados existían tres barrios básicos, y la nahuatlaca, con cuatro. Esta distinción debió ser muy antigua, porque pese a una muy larga transculturación mexicana, tan vieja como el año 50 de la Era, cuando iniciaron el regreso, ellos continuaban siendo fieles a este patrón cultural que podría llegar a ser otomí. Quién sabe si la primera lámina en la *Tira de la Peregrinación* los marque cual un islote rodeados por hauxtecas y totonacas, aludiendo a ellos los tres y tres grupos de casas, o con otras palabras, cada calli representara un barrio y fueran dos pueblos. Es muy curioso que la segunda lámina ya ilustre la salida en Teoculhuacan de ocho grupos, el doble de los cuatro barrios, pero en donde los conductores mexicas resultan cuatro y seguirán siendo cuatro hasta llegar a Chapultepec. En el momento de la fundación de Tenochtitlan, el *Códice Mendocino* pintó a la tierra dividida en cuatro barrios, aun cuando uno, el matriz, continuó multiplicándose por cuatro, para señalar su condición generadora. Diversas informaciones del siglo XVI hablan de otros números de barrios en diversas poblaciones, y en Tenochtitlan mismo, Alfonso Caso ha estudiado número mayor, lo cual podría ser obligada transgresión a un mandato divino, porque según testimonio del *Códice Ramírez*, Huitzilopochtli ordenó: "di a la congregación mexicana que se dividan los señores cada uno con sus parientes, amigos y allegados en cuatro barrios principales tomando en medio la casa que para mi descanso habéis edificado, y cada parcialidad edifique en su barrio a su voluntad. Estos son los barrios que hasta hoy en día permanecen en esta ciudad de México, que ahora se llaman San Pablo, San Juan, Santa María la Redonda y San Sebastián. Después de divididos los mexicanos en estos cuatro barrios, mandóles su dios que repartiesen entre sí los dioses que él les señalase, y que cada principal barrio de los cuatro, nombrase y señalase otros barrios particulares, donde aquellos dioses fuesen reverenciados, y así cada barrio de estos cuatro principales se dividió en muchos barrios pequeños conforme al número de los ídolos que su dios les mandó adorar, a los cuales llamaban Capultetes (¿calpultéotl?), que quiere decir Dioses de los Barrios". Por cuanto a los totonacas, no tendrían problema; el Sol quedaría en el barrio central, en otro la Luna, y Venus en el tercero, como en Teotihuacan. Pero en el propio *Códice Ramírez* hay un

substrato aflorando: "algunos de los viejos y ancianos, pareciéndoles que en la partición de los sitios no se les daba la honra que merecían, como gente agraviada, ellos y sus parientes y amigos se amotinaron y se fueron a buscar nuevo asiento", que lo hallaron en Tlatelolco, "y éstos hicieron la tercera división del real mexicano, porque como queda referido, los de Michhuacan hicieron la primera, y los de Malinalco, descendientes de la hechicera, hicieron la segunda"; resumiendo: el grupo de la Peregrinación se partió en cuatro. No sería sorpresivo si futuras investigaciones concluyeran en dos ramas de agrupamiento de barrios; la de números nones y la de números pares. Por cuanto a los cuerpos piramidales, los teocallis de la costa del Golfo constan de números nones, y los del Altiplano de pares, aun cuando por expansiones hayan sido contruidos en territorio distinto. En este caso, ya se podría incluir a los tarascos, donde, según los papeles de Nueva España, tenían tres barrios Acareno, Araro, Yrameo, Tebequaro, Yndapapeo, Aran, Taximaroa y Tancítaro; siete, Uruapan, Guariscaro, Maravatío, y Tazazalca; nueve, Zacapo, San Miguel, y Pamacoran; once, Pururandiro y Tiripitío; y trece, Acámbaro, Guaniqueo, y Ucareo, es decir, dentro de los números nones.

En la señalada configuración de los barrios, con tierras para el usufructo, dioses, y jefaturas del barrio como prolongación del mando del pueblo, hay una evolucionada organización. En la base de su economía, el barrio (calpulli) era guardián de la tierra demarcada para ellos, con derecho a beneficiarse del producto. Del añoso y casi desprestigiado brujo, había evolucionado el curandero, el médico; el rezandero y el sacerdote; los curiosos y los investigadores; el intermediario y los políticos; el defensor y los militares. Cada grupo se consagró más específicamente a su actividad; pero, sacerdotes, guerreros y políticos, disputaron el mando de la comunidad y de otras comunidades. Las batallas lejanas debieron ocurrir entre sacerdotes y guerreros; la fuerza material, el valor personal en defensa del pueblo, y el valor de la creencia, de la capacidad para creer y hacer creer en una fuerza extranatural. Mientras los guerreros le tuvieron miedo a los anatemas, la organización social parecía teocrática; cuando sin quererlo, y deliberadamente, se pasó por alto a esa fuerza impalpable, los militares arrollaron esos impedimentos y el militarismo se impuso; en muchos casos hubo un cordial entendimiento. Un observador inteligente acabó aprovechándose de los dos, el político, y asumió el mando. La casta sacerdotal justificó el arribo de los gobernantes como mandato divino, con derecho a legado, en transfusiones de sangre, y los protegió con sus exorcismos; los militares, con sus mesnadas listas para la pelea; la monarquía emprendió su marcha rumbo a la república; la dictadura rumbo a la democracia. En el barrio, los hombres más viejos, más capacitados o serviciales, retuvieron la representación de la comunidad y



Guerrero de El Faisán, Ver.

cada vez le dedicaron mayor tiempo a los asuntos de interés colectivo; en la comunidad, las autoridades recurrieron al auxilio de las personas experimentadas y surgió el Consejo de Ancianos. La integración gubernamental funcionó en lugares pequeños y en centros urbanos muy grandes. Aquí se ha planteado el caso del Centro Ceremonial. Thompson ha puesto mucho énfasis explicándolo para el área maya, y seguramente valedero para cualquier zona donde persista la dispersión demográfica; en el Centro Ceremonial "venía la gran celebración y después de ella el éxodo general desde los templos y palacios a la rutina de la vida diaria. La ciudad debe haber vuelto entonces a quedar casi desierta, de no ser por la presencia de quienes aseaban patios y edificios, de quienes guardaban máscaras y vestimentas y de los oficiantes en turno". Si así fue por algunas regiones mayas, o en alguna época, en el Yucatán visto por los españoles ya no lo era, ni lo vieron así en la ruta Zempoala, Tlaxcala, Cholula, Tenochtitlan.

Si como Aguirre Beltrán, y Ricardo Pozas han configurado a la familia indígena en "unidad funcional que, por la división del trabajo, la cooperación económica y la mutua dependencia, por el intercambio de afectos y lealtades, obligaciones y derechos, y por la participación ritual en creencias y prácticas mágico-religiosas, liga a un grupo menor de personas en un sistema de seguridad estable y coherente", cuando el grupo de personas es mayor en un conjunto de familias, únicamente un gobierno puede garantizar ese sistema de seguridad. En su etapa final, el gobierno mesoamericano debió reunir a todas las fuerzas de la comunidad para ofrecer el régimen estable, y en una sociedad cuya población era fundamentalmente agrícola, los trabajadores de la tierra significaban el contingente humano más numeroso, por eso todo gobierno debía contar con el apoyo de la gente de los barrios, del calpulli, tanto como actualmente los ejidatarios, aparentemente sin fuerza, pero muy efectivos a la hora de los acarreo para las urnas electorales. La sociedad tenochca se jugó su existencia en la guerra con Azcapotzalco, según lo ha descrito muy bien Anne M. Chapman, pero en primer término, arreglando sus problemas internos con una drástica separación de clases. En la pirámide socioeconómica, los más desventurados eran los tamemes, equivalentes al sindicato de cargadores; le seguían los tlacotines, esclavos que podían ser dedicados a la carga, pero también ocuparse de tareas agrícolas; los macehuales desposeídos que podían substituir como "renteros" de la tierra de los pillis; los mayeques, que al perder sus derechos o su libertad, debían aceptar la esclavitud, aun cuando se disfrazara en el jornal; y los macehuales, que vivían del trabajo en el calpulli o ayudándose con artesanías y pequeño comercio; estos grupos constituían el estrato inferior.

Desde su punto de vista, para el gobierno era no menos importante la clase superior, de donde iba emergiendo la minoría dominante, cu-



Comienza la comunidad indígena



Los músicos del pueblo

ya estratificación base-cúspide, seguramente se iniciaba con el tecalec, adelantado de la burocracia, el empleado de palacio; seguía el teachcutin, algo así como instructor en el servicio militar y comandante de calpulli; el capullec, en cierta forma equiparable a un presidente municipal; el capixqui, equivalente al exactor de hacienda; el pochteca, comerciante profesional; el pochtecahuhtli, señor de los comerciantes o presidente de la cámara de comercio; el teopixque o sacerdote, con sus graduaciones; el tectecutzin, mezcla de militar y latifundista; el tlatoque, con amplio espectro en el mando, tal vez virrey; el tlatatecuhtli o rey, pero con la misma palabra era designado el emperador; en resumen, a la minoría dominante se le consideraba integrada por pillis o nobles, y a la mayoría explotada como macehuales o plebeyos. Hay quienes no desean hablar de clase en la sociedad mesoamericana, creyendo que tal vocablo sólo se puede usar con propiedad a partir de la revolución industrial, o de las confederaciones obreras, pasando por alto el proceso evolutivo de ambas cosas.

El enriquecimiento de una clase y el empobrecimiento de la otra, funcionó como en todos los pueblos del orbe; con la propiedad privada de la tierra, el comercio, las conquistas, la minoría dominante y el gobierno mismo, aumentaron su fuerza económica, manteniendo grandes extensiones de tierra como propiedad pública y haciéndola trabajar gratuitamente, sin contar con las depredaciones o los pesados tributos. En Mesoamérica, sin animales de tiro ni de carga, se recurrió a la esclavitud que, como ha procurado esclarecerlo Carlos Bosch García, basado en una información de Vasco de Quiroga, "los indios que por necesidad se vendían no perdían su libertad ni sus bienes, sino que eran como gente alquilada in perpetuum y que lo único que empeñaban en la venta era su trabajo", lo cual casi los colocaría en la condición del obrero, que al perder los instrumentos de producción vende su fuerza de trabajo, y más quedaría fortalecida esta sospecha si se consultan los resultados del análisis hecho por Manuel M. Moreno, para quien, la relación esclavo-amor, casi tenía el carácter de contrato, pero lo enajenado no sería sólo su fuerza de trabajo, sino su libertad. Tal vez menos poética sea la información de los cronistas cuando, al glosar la tremenda carestía del año ce ochtli en el Altiplano, dicen que iban a la costa del Golfo para venderse, por hambre. Una manera más común para lograr mano de obra muy barata, o hacer esclavos, era la guerra; negociaban a los cautivos, y los conducidos a tierras del vencedor, si eran declarados "criminales de guerra" sufrían la pena de muerte para escarmiento de muchos, pero no rendían ganancias, o lo más apetecido, eran puestos a trabajar para su amo cuando no en las propiedades o negocios de los gobernantes. Había otras normas para crear esclavos, como no saldar deudas o sufrir ciertas condenas en los tribunales, pero según parece, no se consideraba e

clavitud pasarse toda la vida trabajando en una existencia llena de miseria, sin la más remota esperanza de mejoría, porque a tal esclavo disfrazado le llamaban campesino, artesano, aun cuando en sus lenguas vernáculas. Había mercado para esclavos, como en Azcapotzalco, donde Acamapichtli se prendó de la posteriormente madre de Itzcóatl; pero "los hijos del esclavo eran libres, y lo mismo eran los de la esclava, como uno de ellos fuese libre; y lo que es más, que los hijos de esclavo y esclava, eran también libres", dice Torquemada.

Por más paradisiaca que se imagine a Mesoamérica, existía la explotación del hombre por el hombre; la riqueza no se distribuía equitativamente; persistían el hambre, la injusticia, la inconformidad, y el aparato gubernamental, para sostener aquellas relaciones, no tenía suficiente con la persuasión de sus políticos, la resignación del pueblo y el temor a lo sobrenatural, con el que un sacerdocio y un rito, lavaban el cerebro a sus fieles, juzgó necesaria la fuerza de las armas, una organización militar, al servicio de quienes mandaban en aquella sociedad, por conducto del gobierno. Friedrich Katz ha dibujado con mucha soltura esta institución en donde aparece la guerra como la más importante ocupación tenochca. Tomó al fenómeno en el crítico instante de un imperio que, para su época, realizaba tareas imperialistas; pero no todas las comunidades, ni en todo tiempo, pueden o deben catalogarse como belicistas; hay pueblos que han peleado fieramente defendiéndose, y hay pueblos agresores; un pueblo mismo, en alguna época, pudo ser agresor, y en otra, pacifista; es común, ciertamente, que los poderosos no resistan la tentación de aplastar al débil; pero también hay débiles que abusan de su debilidad. La sola presencia de un ejército no indica si es o será utilizado para el bien o para el mal. En el caso concreto del Imperio Mexica, realizó guerras de conquista, y su soldadesca fue terrible, tanto, que sus depredaciones contribuyeron con mucho del odio que las naciones aborígenes tenían contra Tenochtitlan; pero en el caso de la Guerra Florida, sólo fue una convenida práctica de los cadetes, donde temperamentos exaltados llegaban a producir algunas muertes; y en el caso de Tlaxcalan, habrían podido arrasarla en cualquier momento, si no les hubiera sido más útil a los imperialistas para presumirle a otras naciones, de su buen corazón.

Hasta la época tolteca, las armas importantes parecen haber sido lanzas, y dardos que se disparaban con el atl-atl hasta parecer un aguacero, y el escudo como defensa. Jiménez Moreno ha considerado que aun cuando el arco y la flecha eran usados con anterioridad por otros pueblos, fueron los chichimecas de la época de Xólotl quienes los introdujeron al Valle de México. Llegaron a fabricar lanzas de cobre, y Díaz del Castillo ha provocado discusión entre los arqueólogos por haber dicho que los chinantecas fueron en auxilio de Cortés, a

Zempoala, "con gran ordenanza, de dos en dos, y como traían las lanza muy grandes, de buen grosor, y tienen en ellas una braza de cuchillas de pedernales, que cortan tanto como navajas... y traía cada indio una rodela como pavesina, y con sus banderas tendidas y con muchos plumajes y atambores y trompetillas, y entre cada lancero e lancero un flechero..." Los huastecas del Pánuco, al chocar contra los primeros españoles, demostraron ser hábiles manejadores de sus hachas de cobre, y todos lo eran lanzando piedras con sus hondas, e incluso varas arrojadizas, con puntas endurecidas al fuego. En el arte olmeca, normalmente las cabezas llevan casco, que aparte de ahorrar el trabajo de hacer los rizos, podían significar protección en la guerra posteriormente, los cascos eran ornamentales, pero en cambio, el ichcahuipilli llegó a ser casi una coraza. Para la defensa construyeron fortalezas, pero lo reducido de su número hace suponer que confiaban en el ataque como la mejor defensa.

El Telpochcalli, colegio para los jóvenes de la clase popular, los preparaba como militares, y realizaban sus prácticas en el frente de batalla, entreverados con la tropa; en cambio, los niños ricos, educados en el Calmécac, practicaban con la nobleza de pueblos vecinos en simulacros. Cuando el Imperio movilizaba sus ejércitos contra una región, ésta ya estaba minada por la quinta columna, integrada por comerciantes, que no sólo espiaban todo, sino que sobornaban. El aprovisionamiento llegó a constituir serio problema, sobre todo, cuando se alargaban mucho las líneas; en ese caso, y en todos, las poblaciones de la ruta sufrían las más graves depredaciones, aun cuando no fueran enemigas.

Para integrar los ejércitos, era básica la gente del calpulli en torno a su bandera; pero los barrios muy poblados, no sólo se dividían para el reparto y el trabajo de la tierra, como lo ha explicado Monzón, sino también para integrar sus batallones. No son muy seguras las noticias, pero tal vez cada batallón constaba de cuatrocientos hombres (centzontli), y un ejército de 8000 (ce xiquipilli); la unidad mínima era de 20, correspondiente al pelotón. Falta una nomenclatura completa de los grados entre la tropa, oficialidad, y jefes. Itzcóatl estableció seguramente veinte grados; como el *Códice Mendocino* sólo ilustra ocho, deberán suponerse los más altos; quedarían ocho grados para oficiales, y cuatro entre la tropa.

No es posible dudar del arrojo de un hombre dispuesto a morir, que lucha por alcanzar fortuna material, renombre, y la gloria, porque quienes morían en combate, a los cuatro años, transformados en colibríes, o en luceros, formarían el séquito del Sol; pero no contaron con animales útiles para el combate, ni la industria para matar estuvo tan desarrollada como la europea, por ejemplo, y esto fue decisivo en el choque de la Conquista. Las tácticas del Altiplano adolecían de

graves defectos y sus tropas no estaban preparadas para la derrota en alguna batalla de la guerra; en otras regiones, como en la Huasteca, la organización era mejor, pero estos altibajos habrían sido superados prontamente, si además de la inferioridad industrial, no hubiera contado el espíritu del pueblo mesoamericano, corroído por las tremendas explotaciones a que lo habían sometido sus reyes nacionales, y para colmo, el Imperio.

Macehuales, mayeques, renteros, tlacotines, y tamemes, formaban la clase popular, en la base de la pirámide. Los pillis constituían la nobleza, pero en la cual se podría distinguir un estrato intermedio, constituido por simples tecallec, teachcautin, capullec, calpixqui, pochteca, pochtecahuhtli, teopixque, y tectecutzin. Como cúspide quedarían los tlatoques, y el tlacatecuhtli; éste, para el conocido caso de Tenochtitlan, tenía un segundo de a bordo, el Cihuacóatl, que cuando tal cargo fue cubierto por el célebre Tlacaelel, era en verdad "el poder tras el trono", y los altos jerarcas de la iglesia, y los más distinguidos generales, también participaban, directa o indirectamente, del mando. En la política mexicana, el momento supremo es la determinación de quién será el nuevo jefe del país; había reunión del Consejo, encabezada por el emperador de México, el semi-emperador de Tezcoco, y el rey de Tacuba, con asesoría de los ancianos más tenidos en consideración, aun cuando a Sahagún se lo presentaron con amplitud tanta, como para pensar en una especie de Congreso de la Unión: "cuando moría el señor o rey, para elegir otro juntábanse los senadores que llamaban tecutlatoque, y también los viejos del pueblo que llamaban achcacahtin; y también los capitanes, soldados viejos de la guerra, que llamaban yaotequiuaque, y otros capitanes que eran principales en las cosas de la guerra, y también los sátrapas que llamaban tlenamacazque o papauaque. Todos estos se juntaban en las casas reales, y allí deliberaban y determinaban quién había de ser señor, y escogían uno de los más nobles de la línea de los señores antepasados, que fuese hombre valiente, ejercitado en las cosas de la guerra, osado y animoso, y que no supiese beber vino; que fuese prudente y sabio, que fuese criado en el Calmécac, que supiese bien hablar, fuese entendido y recatado, y animoso y amoroso, y cuando todos, o los más, concurrían en uno, luego le nombraban por señor. . . Elegido el señor luego elegían otros cuatro que eran como senadores, que habían siempre de estar al lado del señor y entender en todos los negocios graves del reino", algo así como un gabinete de cuatro ministros en sistema parlamentario. Lo común era, en los reinos, que la herencia del mando recayera en el primogénito, aun cuando en ocasiones podía heredar otro hijo, e incluso hubo casos de mujeres gobernando en interinatos o todo un periodo. La situación de Tlaxcalan, a la llegada de los españoles, parecía en manos de un cuadrilátero.

Las peculiares condiciones políticas del gobierno tenochca exigen alguna consideración, y sea la primera que nació cual insignificante reino, sometido al ambicioso de Azcapotzalco, éste luchando por ser cabeza del Imperio Acolhua y señorear, primero el Valle, después. Pero con Itzcóatl nació un Imperio y una casa reinante mantuvo el poder; Acamapichtli trataba de llevar sangre chichimeca pura desde los manantiales de Coatlinchan, y su esposa, rebautizada con el nombre de la diosa del agua (Ilancuéytl), certificó su abolengo en los hematies de un Culhuacan con añoranzas toltecas. Huitzilíhuítl era hijo de Acamapichtli; Chimalpopoca, de Huitzilíhuítl, con lo cual el reino funcionaba igual a todos; pero se transformó en Imperio: Itzcóatl también era hijo de Acamapichtli, y lo fue Moctezuma Ilhuicamina. Axayácatl representó, en cierta forma, otro cambio, pero era nieto de Ilhuicamina, por haber nacido de Atotoztli, hija de Moctezuma I, y fueron hermanos de Axayácatl, Tízoc, y Ahuízotl; ya Moctezuma Xocoyotzin era hijo de Axayácatl; Cuitláhuac fue su hermano; Cuauhtémoc era hijo de Ahuízotl y, lo increíble, no discuten quién hubiera sido su padre, sino quién fue su mamá. Cuando el gobernante no era del agrado del pueblo, éste se insurreccionaba, como los de Cotaxtla contra sus autoridades cobardes frente a la soldadesca mexicana, o éstos contra Moctezuma Xocoyotzin, cuando no sutilmente, a la manera de los Borgia, cual en la persona de Tízoc, muerto, no se sabe, si por un veneno de su farmacopea o por el cianuro de las lenguitas viperinas.

Los maestros de la cultura occidental han enseñado a sus generaciones, un concepto ideal de la democracia, que provoca desilusiones en la vida ciudadana de toda nación; seguramente sería saludable volver a la realidad, a la verdad, y hacer comprender que tal función es característica de cada pueblo, en cada una de las etapas de su historia, porque ni el clásico ejemplo de Grecia cubre los requerimientos de la definición idealista, con sólo mencionar a los ilotas. En México, en Mesoamérica, existe, y existió una democracia mexicana, mexicana, para ejemplificar en el pueblo rector al ocurrir el contacto con Europa. Ciertamente, la gran masa del pueblo no contaba, como sigue no contando en parte alguna; quienes de alguna manera tenían conductos para expresar su opinión, eran algunos miembros del estrato superior. El emperador era la representación de dios en la tierra y su voz la última palabra; junto a él podían existir otras opiniones, en la medida en que lo permitiera; para designar gobernadores en la sojuzgada provincia, en verdad nunca fueron consultados aquellos pueblos y ni siquiera se hallan indicios de que tal idea hubiera podido estar en sus mentes; aun en los reinos donde recaía el mando en el primogénito, él podía cambiar, a capricho, cualquier condición. El Cihuacóatl, los cuatro ministros electos, los altos dignatarios de la iglesia o la milicia, el Consejo de Ancianos, podían ser consultados a guisa de informa-

ción y en ocasiones opinaban, pero cuesta mucho trabajo concebir cómo una persona rodeada por aduladores y escuchando día y noche su pretendida infalibilidad, podría conservar lúcida la mente; como sea, era la democracia mexicana, funcionando a la manera de cualquier democracia del mundo, desde arriba. Pero ese pálido, tembloroso hilito de luz del Consejo de Ancianos, en el momento supremo de buscar al nuevo emperador, sí funcionaba democráticamente, y sus miembros, desde la elección anterior, venían pensando, seleccionando, auscultando, quién convendría por sucesor, en caso de una emergencia. Este mecanismo, trasladado a las distintas formas de gobierno indígena, terminaba configurando la democracia mesoamericana, sin afeite, sin fraude; los aborígenes, previamente, habían sido conformados en este sistema.

Bibliografía

- Aguirre Beltrán Gonzalo, y Ricardo Pozas. *Instituciones Indígenas en el México actual*. Instituto Nacional Indigenista, México, 1954
- Aguirre Beltrán, Gonzalo, *El proceso de aculturación*. Universidad Nacional, México, 1957
- Caso, Alfonso, *Instituciones Indígenas Precortesianas*. Instituto Nacional Indigenista, México, 1954
- Códice Mendocino*. Museo Nacional de Arqueología, México, 1925
- Códice Ramírez*. Ed. Leyenda, México, 1944
- Chapman, Anne M., *La guerra de los Aztecas contra los Tepanecas*. Acta Antropológica, México, 1959
- Díaz del Castillo, Bernal, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*. Espasa-Calpe, Madrid, 1933
- Jiménez Moreno, Wigberto, *Historia Antigua de México*. Jalapa, Ver., 1958
- Katz, Friedrich, *Situación social y económica de los aztecas*. Universidad Nacional, México, 1966
- MacNeish, Richard, *El origen de la civilización Mesoamericana visto desde Tehuacan*. Instituto Nacional de Antropología, México, 1964
- Monzón, Arturo, *El Calpulli en la organización social de los Tenochca*. Instituto de Historia, México, 1949
- Moreno, Manuel M., *La organización política y social de los Aztecas*. Universidad Nacional, México, 1931
- Paso y Troncoso, Francisco del, *Papeles de Nueva España*. Madrid, 1905
- Sahagún, Bernardino de, *Historia general de las cosas de Nueva España*. Ed. Robredo, México, 1938
- Thompson, J., Eric S., *Grandeza y decadencia de los Mayas*. Fondo de Cultura Económica, México, 1959
- Tira de la Peregrinación*, en *Antigüedades de México*. Secretaría de Hacienda, México, 1964
- Torquemada, Juan de, *Monarquía Indiana*. Ed. Chávez Hayhoe, México, 1943
- Vogot, Evon Z., *Los Zinacantecos*. Instituto Nacional Indigenista, México, 1966

5. Jurisprudencia

EN EL ÁREA de las bajas culturas, donde puede suponerse a una sociedad fosilizada en un supuesto periodo mesolítico, se adivinarían ciertas formas jurídicas entre los recolectores-cazadores, pasando por alto la circunstancia de que los informes disponibles corresponden al siglo XVI, y el hecho de que la influencia cultural mesoamericana extendía sus tentáculos envolventes hasta la zona de los indios pueblos y la cuenca del Misisipi. Pames, Guamares, Cuachichiles, Zacatecas, debieron estar en un periodo crítico de aculturación; así parece sugerirlo uno de los estudios del gran mexicano que fue Miguel Othón de Mendizábal, refiriéndose al grupo zacateca: "su cultura era típicamente cazadora-recolectora, con base en la cosecha del mezquite, en la región limítrofe con Durango, que duraba dos meses y en la cosecha de la tuna, de ocho meses, principalmente realizada en los grandes tunales de Pinos y zonas aledañas, en competencia con los guachichiles", porque tenían conocimiento de un calendario de maduración, y al ocurrir fricciones con otros recolectores, presuponía esgrimir un derecho. Más desconfianza podían ofrecer datos en torno a los grupos de Tamaulipas, cuya conquista se realizó mediado el siglo XVIII, pero, no tanta como para no sugerir una evocación de aquella lejanísima época.

En un estudio de Atanasio Saravia se ve a los grupos de Durango reclamando fronteras con los tepehuanes; acataban a un jefe, aun cuando cada quien sentía tener derecho a la insurrección matando al jefe de su desagrado; pese a la poligamia, tenían una esposa, con muy débiles derechos; practicaban alguna danza, lo cual sugiere gérmenes de organización; los ríos, los manantiales, eran feudo de un ser sobrenatural, y aunque ya usaban para designarlo la palabra "chanes", de chaneques o tlaloques, no es posible concebirlos ajenos al temor de fuerzas desconocidas y a cierto derecho divino.

Sin jalonear demasiado los datos, Paul Kirchhoff resumiendo aquel estado cultural, dijo: "La distribución desigual de los recursos naturales se reflejaba en una distribución desigual de la población; en algunos casos, regiones especialmente ricas en materias alimenticias, como

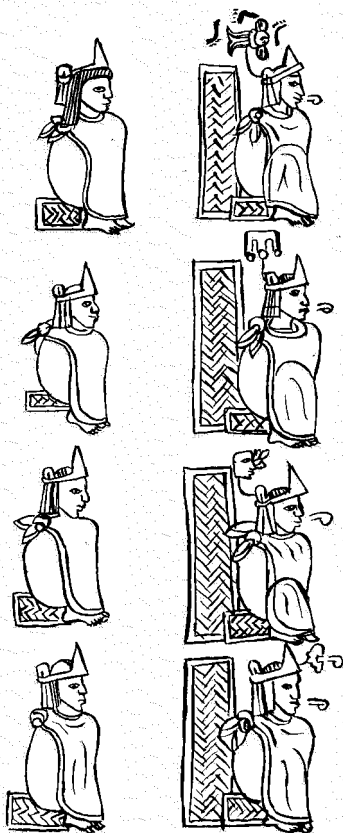
el Gran Tunal de San Luis Potosí, se dividían entre varias tribus que en ellas convivían¹³, y esta convivencia debe ser considerada como un germen del derecho internacional.

Seguramente, muchas leyes de cacería, que aún eran mencionadas en tiempos históricos, venían de aquel remotísimo pasado, como esas que recogió la *Relación de Michoacán*, cuyo desacato se utilizó por pretexto para conquistas o establecimientos. Parece ley generalizada entre recolectores-cazadores, que un muchacho, para lograr a la muchacha en quien se había fijado, debía llevar un ciervo a los padres de la proyectada novia, y este ordenamiento prenupcial era conservado por los mayas en aquella leyenda en torno a los amores del Sol a la Luna, divulgada por Thompson. Esta etapa, en Mesoamérica, y tal vez en el mundo, debió cubrir un lapso del año diez mil al cinco mil antes de la Era. Con el advenimiento del periodo agrícola y de la vida sedentaria, el progreso de la sociedad se aceleró y una más complicada forma de vida, producto del crecimiento de población, ampliaría el campo del derecho. Sin embargo, al hurgar en este subsuelo, no conviene desentenderse de la circunstancia de que la vida social puede realizar, en ocasiones, mayores progresos que la tecnología, y la sociedad mesoamericana se mira más preocupada por su progreso social que por sus avances materiales. Cuando en la fase que MacNeish llamó Coxcatlán, detecta microbandas en época de sequía y macrobandas en tiempo de lluvias, está siguiendo un agrupamiento de microbandas para formar las macrobandas, lo cual, aun cuando sólo sea por lógica, coloca en el arranque de las federaciones. Como ya se trata de un horizonte agrícola, por más que primitivo, el mismo MacNeish ha pensado en la posibilidad de un derecho de propiedad que seguramente arribó a nueva etapa. Del año 2500 antes de la Era, en adelante, se inició la fabricación de cerámica, y con ella, se han conservado testimonios más firmes de su cultura material para inferencias de tipo social.

Román Piña Chán, en su estudio del Horizonte Preclásico de la Cuenca de México, sugiere, con la reserva de su seriedad, que durante la etapa inferior, pudo existir el matriarcado; en el Preclásico Medio, habla de campesinos y semiurbanos, en los cuales operarían obligaciones y derechos distintos frente a la comunidad. En el Preclásico Superior, la sola existencia del centro ceremonial con arquitectura definida, la circunstancia de que los teocallis ya fueran mansión exclusiva para los dioses, y el gran fortalecimiento de los gremios de artesanos, plantean las posibilidades de un complejo de normas, e incluso, un principio de separación entre la Iglesia y el Estado. El sostenimiento de sacerdotes, mandatarios, y servicios públicos, implica igualmente un poder de mando, aceptación de obediencia o servidumbre, y un sistema legal manteniendo aquellas relaciones. La indudable conquista

olmeca en Tlatilco, Gualupita, y cuenca media del Balsas, en el Preclásico Medio, así como la posiblemente huasteca de Cuicuilco en el Preclásico Superior, apuntan la existencia posible de organizaciones imperialistas, con sus ampliaciones al campo del derecho, aun cuando no al de la justicia.

El advenimiento del Horizonte Clásico representó un avance impresionante, y en el que, sin mengua de glorias regionales, Teotihuacan fue la metrópoli, tal vez, del más grande Imperio Mesoamericano. Para esta finalidad concreta, sea suficiente la síntesis de Jiménez Moreno, porque sus estudios personales consideraron otros esclarecimientos logrados por Caso, Bernal, Armillas, y Palerm. Si el mundo clásico tuvo sistemas de riego y uso de chinampas, esto presupone grave problema de tierras ante fuerte presión demográfica, y consecuentemente, una rígida legislación agraria. La separación entre campo y ciudad se hizo completa, y en las grandes urbes, la existencia de una zona religiosa, otra cívica o gubernamental, otra residencial para el ciudadano del estrato superior, y el cinturón de miseria de los trabajadores, marcó jalones importantes en las normas de convivencia. Mantener la respetabilidad gubernamental en lugares tan lejanos como los que marca la presencia de los elementos culturales hechos en Teotihuacan; tener fuerza para obligar a la imitación en otros casos; infiltrar o hacer tolerable la religión de la metrópoli, o por lo menos, mantener el intercambio comercial, ya revela un complicado mecanismo administrativo que no podía funcionar sin leyes precisas, y su concomitante acatamiento, sugiere que había ejecución de sanciones. El cambio en la manufactura de figurillas, que se venían haciendo en talla directa, para después hacerlas en molde, habla de fuerte producción y demanda, en cierta forma, de mecanización, producción en serie, lo cual no hace al caso, pero sí debió repercutir en las relaciones con los trabajadores y sobre todo, en el pago de la fuerza de trabajo. El surgimiento de los gremios; el suministro de materia prima; el impresionante volumen de las obras públicas; el sostenimiento de grandes grupos no productores, como sacerdocio, militares, gobernantes y burócratas, hace reflexionar en primer término, en las leyes hacendarias y en toda una tupida ramazón de normas y reglamentaciones de las mismas, cuyo alcance no se columbra, porque hasta los muertos actuaban, al exigir, por boca de sus deudos, el cumplimiento de las leyes tradicionales en torno a ritos fúnebres, y cuyas tumbas, como en el caso de Monte Albán, no eran lo más insignificante dentro de la ciudad. Ahora no cabe duda, Teotihuacan, mediado el primer siglo de la Era, se constituyó en la metrópoli de su imperio, y aun cuando unos tres siglos después, los totonacas lo perdieron, su sitio fue ocupado por los popolocas; este cambio de manos no afectó lo esencial, siguió siendo imperio, y esta sola existencia configura un cuerpo de doctrina, se



Cuatro alcaldes mexicas con sus alumnos adjuntos (C. Mendocino)

mira una jurisprudencia, justa o no, pero eficaz en tanto ayudó a sostener aquella estructura.

Por el medio siglo VII se derrumbó el Imperio Teotihuacano; era el fin del Cuarto Sol; el Quinto ya quedó situado en un horizonte cultural donde los datos directos pueden recibir el nombre de históricos en lugar de arqueológicos. Los toltecas, ahora guías culturales, no brotaron por generación espontánea; venían marchando, penosa, lentamente, por la empinada cuesta; en un solo capítulo, el religioso, Quetzalcóatl parece dominar la escena y en una de sus facetas, como héroe cultural, en las páginas de Alva Ixtlilxóchitl resume su labor, "enseñándoles por obras y palabras el camino de la virtud y evitándoles los vicios y pecados, dando leyes de buena doctrina; y para refrenarles de sus deleites y deshonestidades les instituyó el ayuno", lo cual gira desde un código de honor, al reglamento de policía. Estos toltecas habían llegado al sur de Veracruz y fundado Huehuetlapalan el año 387 de la Era; extendieron su influencia cultural, cuando menos, por la comarca, de tal manera que su deidad, como Ehécatl, ya estuvo representada en la Estatuilla de Tuxtla, el año 422. Algo fue la causa o pretexto para que Chalcatzin, y Tlacamihtzin, recurrieran al golpe de estado, que fracasó, pero se mantuvieron como sublevados para, el año 531, perder la batalla definitiva en Tlachicaltzincan (o Tlaxicoliucan); su situación de vencidos resultó incomoda y el año 544 estos inconformes emigraron al norte. Cabe suponer, en tales acontecimientos, un derecho a la rebelión para corregir desmanes o para lograr el poder; derecho a disenter, a pelear, a emigrar. Su peregrinación pasó por la costa veracruzana, y de igual manera se supone un derecho de paso entre popolocas, totonacas, huastecos, cruzados en su recorrido, e incluso de asentamiento, porque permanecían periodos que van de tres años hasta 24; en cambio, cuando intentaron subir directamente por Zacatlan, fueron rechazados, y en la sierra de Otontépec, Ver., tuvieron que rodearla, para entrar por el camino Huejutla-Meztitan-Tulantzinco. Establecidos en Tula el año 661, celebraron una especie de convenio internacional con los otomíes, mediante alianzas matrimoniales, para fundar su dinastía y vivir en paz. Ya funcionando su reino pusieron por ley, que sólo durara 52 años en el mando un gobernante, cosa que cumplieron, y cuando Mitl siguió en el trono por más tiempo, la sociedad tolteca se agitó fuertemente para restablecer el principio constitucional. Allá por el año 771, al decir de Alva Ixtlilxóchitl, reunieron en un libro, el *Teoamoxtli*, la primera codificación concreta de que se tiene noticia, no importa que contuviera otros aspectos, como "sus persecuciones y trabajos, prosperidades y buenos sucesos, reyes y señores, leyes y buen gobierno de sus pasados, sentencias antiguas y buenos ejemplos". Por cuanto a un aspecto del Código Penal, el mismo cronista pone por supre-



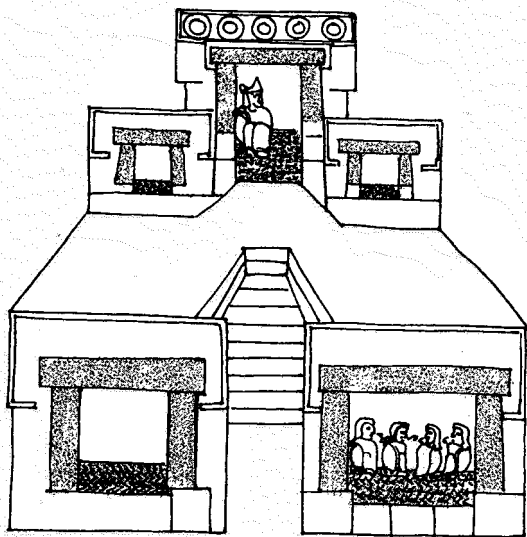
El tlacatecuhtli (emperador Moctezuma II)

mo juez al dios Tonacatecuhtli, presidiendo la justicia en una fecha determinada, cuando “al más malhechor que hubiera cometido grandes delitos, lo llevaban a cierto artificio que llamaban Telimonami-quian, que quiere decir, lugar del encuentro de las piedras, y allí lo ponían en medio, de suerte que dos piedras con las esquinas se encontraban y lo hacían allí pedazos con el artificio de estas piedras, y después lo enterraban”, manera de hacer justicia que, tal vez, al evolucionar, paró en el encuentro simbólico del téchcatl y el técpatl, teniendo en medio al pecho del delincuente, y a lo que los españoles, pérfidamente, llamaron sacrificio humano. En materia civil “no tenían más que una mujer, y esa legítima, y en muriéndose no se podían casar y guardaban castidad hasta que morían, y las mujeres, si morían sus maridos antes que ellas, heredaban el reino, y en muriendo ellas, sus hijos legítimos, y ni más ni menos no podían casarse otra vez así como sus maridos; y la gente común lo mismo en lo que es tener una sola mujer legítima, pero podían casarse segunda y tercera vez” con

lo cual no se sabe si al pueblo le iba mejor o peor. Entre la nobleza de la casa reinante, parece haber existido alguna forma de la endogamia, tomada nota del alboroto de la corte cuando Tecpancaltzin, deslumbrado por la belleza de Xóchitl, hija del pueblo, se unió a ella por amor, pero tuvo que hacerle su casita de campo en las afueras de Tula y sufrir la ley del hielo. Después, cuando quiso transmitir el trono al hijo de aquel amor, el Meconetzin, enfrentó no nada más la oposición moralizante de la nobleza, sino la guerra dinástica, que perdió. Un elemento afín pero extraño se había incorporado a la vida mesoamericana, los nonoalcas. Los cambios ocurridos en Tula, cuando finalizaba el gobierno de Mitl, fueron muy graves; el año 985, punto crítico, mereció la edición de un sello en Zempoala, Ver., y anotaciones en los libros mixtecos; cuando el próximo inmediato año ce ácatl ocurrió, el 999, levantaron en Cholula el gran templo de Quetzalcóatl, y 78 años después, en 1077, su sacerdocio pisoteaba las leyes del celibato, "y las señoras iban a los templos... y se revolvían con los sacerdotes, y hacían otros pecados graves y abominables, entre los cuales fue una señora de Tula, muy principal, a Cholula, a visitar los templos de aquella ciudad, que había setenta y ocho años que se acabaron de fundar, y especialmente a un templo dedicado al dios ce Acatl, en donde estaban dos sacerdotes, el uno llamado Ezcolotli y el otro Texpólcatl... Y así Texpólcatl, viendo a esta señora... la requirió, y tuvo su amistad, y parió de allí a pocos años un niño que se llamó Izcax..."; era la disolución de un viejo grupo en el poder.

Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, en su primera *Relación de los Chichimecas*, describe a los otomíes del Valle del Mezquital, para sublimar después las alturas a que llegó su grupo. De todas maneras, los describe sedentarios, monogámicos, con ritos funerarios, con accesible religión. "Tenían también ciertas órdenes de gobierno para la República, ciudades, pueblos y lugares, provincias, y reinos, distintos unos de otros", lo cual ya eran más la Teotlalpan y Meztitlan, en forma de ciudades-estados bajo sutil confederación. El disolvente tolteca-nonocalca llegó a su máximo el año 1064; nadie logró contener la insurgencia otomí; los chichimecas pudieron regresar; el año 1091 su bastión era Tenayucan; el Imperio perdió la batalla decisiva el 1116; Xólotl, en Otontépec, era el más opulento caudillo; fue traído por jefe principal y encabezó, desde Tenayucan, al nuevo Imperio, de 1168 a 1231; su descendiente, Quinatzin, cambió la capital a Tezcoco.

Una disposición trascendente dictó Xólotl sobre la marcha; tras dejar Cuextecatlichocayan, en Nepohualco, sus contingentes debían censarse, dejando en sitio señalado, una piedrecilla la gente del pueblo, y una muy grande, los del otro estrato. La toma de posesión de las tierras tenía sus normas, y "haciendo sus mojoneras en los más altos montes y cerros; y haciendo sus atadijos con unas yerbas largas



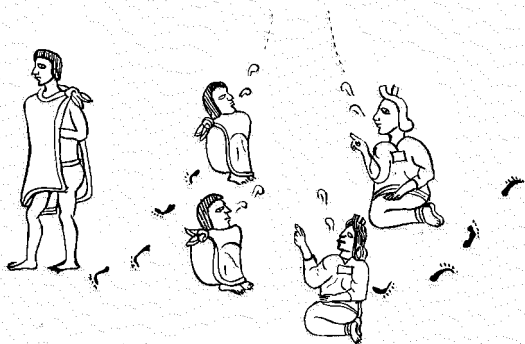
Tribunal de Justicia

que se crían en los montes, que se llaman malinalli. . . encender fuego sobre ellos, pues sin contradicción ninguna la tomaba por suya, no quitándosela a nadie”, dice Alva Ixtlilxóchitl, en un casi perfil de adjudicación o prescripción positiva. Tlotzin, sucesor de Nopaltzin, el año 1267 “Hizo algunas cortes, así como lo había hecho su padre y abuelo, en donde confirmó las leyes de sus pasados y constituyó de nuevo otras cuatro o cinco de que adelante se verán donde fuese su lugar”, dice Alva Ixtlilxóchitl; o sea, que con motivo de la gran ceremonia de ajuste calendárico, también se reunía el Parlamento. Las leyes anteriores, del gobierno de Nopaltzin, habían sido: “La primera, que ninguno fuese osado de poner fuego en los campos y montañas, si no fuese con su licencia y en caso necesario, so pena de muerte. La

segunda, que nadie fuese osado a tomar ninguna caza que hubiese caído en redes ajenas, so pena de perder el arco y flechas que tuviese, y que ningún tiempo pudiese cazar sin su licencia. La tercera, que ninguna persona tomase la caza que otro le hubiese tirado, aunque la hallase muerta en el campo. La cuarta, que por cuanto estaban puestos y dedicados los cazadores de particulares amojonados, ninguna persona quitase las tales mojoneras, so pena de muerte. La quinta, que los adúlteros fuesen (?) con flechas hasta que muriesen, así hombres como mujeres; y otras leyes”.

Quinatzin expidió leyes, o decretos para una nueva composición de tierras, impulso agrícola, e intensa labor de urbanismo, tan revolucionarias en su tiempo, que los conservadores financiaron la rebelión de Yacanex; sofocada la reacción, aceleró la reforma, comprendiendo a la educación, fortalecida por los maestros llamados tlailotlaques.

Los mexicas, en el curso de su Peregrinación, recibieron, al decir de Cristóbal del Castillo y dictadas por el mismo Huitzilopochtli, seis leyes primordiales: para su culto, derecho a la tierra y a la esposa, para lograr cautivos en la guerra, herencia del gobierno, la ceremonia del cuauhtemalcátl y exigencia de practicar la religión. Fundaron Tenochtitlan el año 1325; Acamapichtli fue su rey primero, y murió el año 1396; “al tiempo de su muerte, llamó a todos sus grandes y les hizo una larga y prolija plática, encomendádoles las cosas de la república y a sus mujeres y hijos, no señalándoles ninguno de ellos por heredero del reino, sino que la república eligiese de ellos a quien le pareciese para que los gobernase, que en esto los quería dejar en toda libertad; lo cual se guardó siempre entre estas gentes, porque no reinaban los hijos de los reyes por herencia, sino por elección”, como se puede leer en el *Código Ramírez*; pero el Oidor Alonso de Zurita coloca en su sitio a la democracia mesoamericana: “elegían un pariente del Señor, el más suficiente; e no lo habiendo, elegían otro principal, y jamás elegían macehual, que es la gente común o popular”. Los indígenas, como tantos pueblos, invocaban un derecho divino; pero también acumulaban su proceso legislativo, así fuera en mérito a un héroe cultural, como en el caso de Nezahualcóyotl; hijo del infortunio y la leyenda. Ignacio Romerovargas incluso llegó a considerar en su estudio, la existencia de un régimen “Constitucional por la adopción del principio de legalidad en el desarrollo político consagrado en la costumbre, respetado por tribunales y autoridades, y, por la limitación de poderes que este orden implica”. De cualquier manera, se llegó a constituir un conjunto de leyes integradoras de un cuerpo de doctrina, clasificadas en ramos. Alva Ixtlilxóchitl, en su *Historia Chichimeca*, le dedicó el capítulo XXXVIII “Que trata de las ochenta leyes que estableció Nezahualcoyotzin y cómo las mandó guardar”, el número es lo de menos, pero en cierta forma parecen corresponder a las



Un litigio (C. Mendocino)

que Andrés de Alcobiz examinó el año 1543, con apostilla interesante después del primer apartado: "Algunas destas leyes no son auténticas, porque se sacaron de un librito de indios no auténtico, como estotras que se siguen, las cuales son verdaderas"; es muy posible que se trate de la más moderna codificación, porque Alva Ixtlilxóchitl, en sus *Relaciones*, propiamente su materia prima, presenta bajo el rubro de *Ordenanzas de Nezahualcoyotzin* veinte leyes, y ocho en las *Relación Novena y Décima*. Este centón seguramente fue conocido también por Alonso de Zurita, que lo desperdigó en los ramos correspondientes, y las glosas de la época formarían criterio a Bartolomé de las Casas, que a veces transcribe de manera íntegra.

Sería tedioso aquí el análisis del material disponible; sea suficiente un rápido muestreo de las consignadas por Alva Ixtlilxóchitl. Una sobre garantías individuales: "si alguna persona forzase a algún muchacho y lo vendiese por esclavo, fuese ahorcado". Protegiendo el derecho a la tierra: "si alguna persona, aunque fuese principal, tomase de su autoridad alguna tierra, como fuese grande y el dueño se fuese a quejar, averiguándose ser así, que lo ahorcasen por ello". En tomo al derecho a la vida: "que si alguna persona matase a otro, fuese muerto por ello"; esto, ya se colige, durante la paz, en la guerra tenía premio. Como la industria periodística no había cundido: "si alguna per-

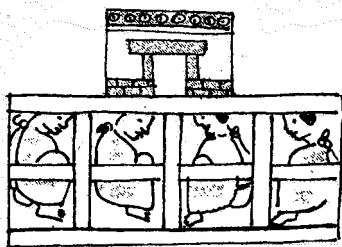
sona echase mala fama o algunas nuevas en el pueblo, que fuese cosa de calidad, y se averiguase ser verdad, que aquel que las dijese muriese por ello". En caso de timo: "si alguna persona vendía dos veces alguna tierra, el primer comprador quedase con ella, y el segundo perdiese lo que dio por ella, y el vendedor fuese castigado". Para la tranquilidad internacional, "el revoltoso o promovedor de disturbios entre un reino y otro, era atado a un palo de encina, a manera de asador, y en él asado entre las llamas de fuego". La protección a los bienes era tal, que, "El ladrón era ahorcado y arrastrado, aun cuando el robo fuera sólo de siete mazorcas"; como medida de previsión social se ordenaba que "todos los caminos reales, sendas y riberas de los ríos, se sembraran a ambos lados maíz y otras semillas, para que los caminantes menesterosos socorrieran su necesidad de aquellas sementeras, y no incurrieran en el delito de hurto tomando de las ajenas".

El monarca tenía un gabinete, integrado por cuatro ministros, encargados de los ramos de justicia, educación, guerra y hacienda. El ministerio de justicia, que también abarcaba funciones de gobernación, quedaba seccionado, según los asuntos, en consejos, integrados con seis personas de la nobleza y seis del pueblo, y para una justicia pronta y expedita, "no había de durar el pleito o pleitos, más de ochenta días, por grandes que fueran". Bartolomé de las Casas supo de buena fuente, cómo el ramo de justicia era similar en toda la Nueva España, que "Había, pues, jueces en aquellos reinos y leyes por las cuales se conservaban aquellas repúblicas en el estado político y temporal, castigando a los delincuentes, premiando los que se tenían por buenos, aunque no fuese el premio sino teniéndolos por tales, dirimiendo y determinando las contiendas y pleitos, que no eran muchos entre gente tan pacífica".

Por el decir de Zurita, en la circunscripción del Tecpan, había también edificios o salones para el Poder Judicial, "aposentos y salas levantadas del suelo, siete y ocho gradas, que era como entresuelos, y en ellas residían los jueces, que eran muchos, y los de cada provincia e pueblo e barrio estaban a su parte e allí acudían los súbditos de cada uno", lo cual supone numeroso personal que, al ascender en la jerarquía, por lo numeroso de los asuntos, debía dedicar todo su tiempo a la judicatura y recibir la correspondiente compensación. Para eso, dice Las Casas, el rey les mandaba labrar sementeras especiales; en algunos casos, la peonada ya era permanente. Cuando moría un juez, el usufructo de la tierra era para el sucesor en la función. El horario tenía sus apreturas porque, amaneciendo ya debía estar en su estrado; ahí le llevaban la comida, reposaba un rato y reanudaba las audiencias, retirándose al anochecer. La organización escalonaba las instancias y siempre quedaba el recurso de apelación, siendo la última, en las provincias, el rey o, dentro del imperio, el emperador.



Lapidación de adúlteros



Cárcel (C. Florentino)

Las Casas, en este asunto excelentemente informado dice que aparte del emperador, o del rey, había una especie de presidente del tribunal, o de la Suprema Corte, que se llamaba cihuacóatl, y sólo merecían tal designación en las capitales; "tenía cargo y oficio de proveer en las cosas de la gobernación y en la hacienda del rey, o ya de las causas que se devolvían a él por apelación, y éstas eran solas las criminosas, porque de las civiles no se apelaba de la justicia mayor". Después de tan encumbrada graduación, seguía, rumbo a la base, un juez mayor, tlacatécatl "y su oficio era conocer de todas las causas civiles y criminales", para lo cual tenía el auxilio de un juez llamado Quauhnochtli, "el cual era como alguacil mayor" y otro de nombre Tlailótlac, "que quiere decir regidor". A su vez, los asistían otros tres, con funciones de secretarios; pero sólo el tlacatécatl dictaba la sentencia y de la cual podían apelar dirigiéndose al cihuacóatl. Debjó ser impresionante su ceremonial en las audiencias (tlazontecoya); el juez con su vestido especial y su seriedad; el portero guardando la entrada, y el momento supremo del veredicto (tlazonteliztli).

La ley, dura ley, tenía sus acentos humanos. Zurita dice que tratándose de divorcios, el juez intentaba reconciliar a los cónyuges, amonestando más fuerte a quien consideraba culpable, recordaba los tiernos días del amor, el entusiasmo de parientes y amigos. Pero en cuanto a la ejecución de sanciones, el rigorismo volvía, personificado en el Quauhnochtli, no sin antes hacerlas del conocimiento público mediante un pregonero (tecpóyotl), e incluso había un empleado especial para citar a los acusados y hacer notificaciones. El régimen penitenciario ya era verdaderamente penoso, al decir de quien recogió los datos utilizados por Las Casas: "tenían cárceles aspérrimas, señaladamente, donde metían los de crimen y los presos en guerra. Estaban en una casa oscura o de muy poca claridad, y en ella hacían una jaula o jaulas, y a la puerta de la casa, que era pequeña como puerta de palomar, cerrada por de fuera con tablas y arrimadas grandes piedras y allí sus guardas. Y como las cárceles eran crueles, los presos que en ellas estaban en poco tiempo se paraban flacos y amarillos, y la comida era no demasiada, por lo cual desde la cárcel comenzaban a padecer la muerte que después les daban". Juan de Torquemada, que dispuso de la misma fuente desaparecida o no localizada, dice: "Tenían estas cárceles dos nombres: el uno era teilpiloyan, que quiere decir: lugar de presos, o atados; y quauhcalco, lugar de enjaulados, en los cuales dos lugares había diferentes presos, porque los condenados a muerte estaban en las jaulas, y los que por cosas civiles, en el llamado teilpiloyan; como quiera, los dos tipos parecen de sentenciados, y no hay, de momento, indicación en torno a los procesados, que como los presuntos criminales de guerra, debieron serlo."

Cabe preguntar por la rectitud judicial, comenzando en los testi-



Cárcel indígena (contemporánea)

gos. Bartolomé de las Casas dice que "pocas veces se hallaban falsos porque no osaban decir otra cosa sino la verdad: lo uno, por temo de la tierra, por la cual juraban como por cosa divina, y la forma de juramento era poner el dedo en la tierra y luego allegarlo a la lengua como si dijeran: Por la diosa Tierra o divina tierra que nos sustenta y mantiene, que diré verdad", semejante al actual, "que me trague la tierra" de los campesinos; y prosigue: "lo otro, por miedo a los jueces los cuales eran muy solícitos y sutiles en interrogarlos, y cuando algunos hallaban falsos, terriblemente los castigaban". Tanto en Las Casas como en Torquemada, se salvó la constancia en torno a la solvencia moral de los jueces; no aceptaban dádivas, ni hacían distinciones en cuanto a la categoría de los litigantes o acusados. Cuando se descubría que un juez, por antipatía, simpatía, cohecho, torcía el sentido de la justicia en agravio de alguna de las partes, o si lo sorprendían borracho; cuando tales faltas eran menores, el juez inmediato superior lo reprendía con severidad; si a la tercera vez no lograba enmendarse, lo trasquilaban y destituían. En asuntos más graves, las penas eran mayores. A guisa de una ejemplaridad contaban cómo el rey de Tezcoco, Nazahualpilli, había mandado ahorcar a un juez que sin tenerla, dio la razón a un rico que había desposeído a un campesino; apeló de la sentencia, y en segunda instancia, el noble fue condenado y el pobre tomó posesión de sus bienes.

Había un derecho internacional en donde la paz, por asombroso que parezca, era un bien muy apreciado, y castigaban a los provocadores con pena de muerte; pero en caso de guerra, no sólo debían observar ciertas normas, incluso la declaración debía cubrir ciertas formalidades. En la enconada guerra de los tenochca contra los azcapotzalcas, Tlacaoeltzin, que actuó como parlamentario, tuvo toda clase de garantías y personalmente declaró la guerra con el ritual descrito por Alvarado Tezozómoc, diciéndole: "Señor, esteis en buena hora: catad aquí que os envía el rey Itzcóatl, mexicano, este pequeño presente con que satisface vuestra tristeza y lágrimas este tizatl albayalde y pluma, que es la señal de rodela y dardos, que es tener en atención, por honor de vuestra persona y acatamiento que él propio los aderezó para vos. Tomolos el rey en la mano, y díjole: sea mucho de enhorabuena, Atempanécatl Tlacaoeltzin. Téngoselo en merced a Itzcóatl, y así le untó con el albayalde el cuerpo, y le emplumó la cabeza con la pluma, y púsole en la mano (el chimalli) y en la otra el dardo vara tostada Tlatzontectli, y así hecho esto, el rey le dijo al Tlacaoeltzin: tomad también vos en que vais envuelto, y esta rodela, y este espadarte macuáhuil".

Por su parte, Bernardino de Sahagún describió un juzgado para causas criminales, llamándole Tlaxitlan o primera sala, en donde, aparte cosas ya conocidas, agrega: "usaban dar muchas maneras de

muerte por justicia, y también allí juzgaban a los principales nobles y cónsules, cuando caían en algún crimen, condenándolos a muerte o destierro, o a ser trasquilados, o les hacían macegales o los desterraban perpetuamente del palacio, o echábanlos presos en unas jaulas recias y grandes. También allí los señores libertaban a los esclavos injustamente hechos". Lo anterior establece un fuero judicial para la nobleza y da pábulo a la conjetura sobre presos políticos y desterrados. Alvaro Patiño, alcalde mayor de la Veracruz, informó el año 1580, con otras palabras, desde luego, que la provincia de Mictlanquauhtlan (el monte de los muertos) estaba llena con alborotadores de Tenochtitlan, desterrados a lugar tan malsano para que muriesen. Sahagún habló de otra Sala, llamada Teccalli o Teccalco, para la civil, en cuya descripción se perfilan los litigios por tierras, con sus mapas geográficos, tan comunes en el siglo XVI; los jueces "primeramente demandaban la pintura en que estaban escritas, o pintadas las causas, como haciendas, o casas, o maizales", agregando, en plan de confidencia, que Moctezuma sentenció a muerte nada menos que a siete jueces de Tlatelolco, sin aclarar si eran del mercado, porque había en los mercados un juzgado con jurisdicción, incluso, en pesas y medidas. Por otra parte, había una Tercera Sala, Tecpilcalli, para la nobleza y los militares, abiertamente de fuero, y una cuarta Sala que funcionaba como consejo de guerra, Tequiucacalli o Quauhcalli, al decir del franciscano.

En una sociedad estable, cabe las limitaciones humanas, implicarían torpeza o mala fe suponer a la justicia un mito. Para un observador tan calificado como fue aquel paje de Cortés entre los totonacas de Zempoala, dice Las Casas, en "todo aquel tiempo nunca vido cosa fea injusta que hiciesen uno a otro, ni agravio, ni rencilla, ni afrenta de palabra, ni de obra, sino que todos vivían en gran paz, sosiego y conformidad, humildes y amables unos con otros, no teniendo cuidado de otra cosa sino de guardar sus leyes y ocuparse en los actos y ejercicio de su religión". Tampoco sería prudente sugerir que por el hecho de ser aborígen una forma de gobierno, una ley, un aparato de justicia, una moral, resultan impecables; pero entre virtudes y defectos, representan las respuestas locales a las incitaciones del medio material y social, a la tradición y a los anhelos. Cuando fatalmente ocurrió el choque con la cultura occidental, en el vencedor dominó la soberbia, el complejo de superioridad, y un pueblo, una cultura, sucumbieron cruelmente tras agonizar en el siglo XVI, y uno de los estertores fue captado por Alonso de Zurita: "Preguntando a un indio principal de México qué era la causa porque ahora se habían dado tanto los indios a pleitos y andaban tan viciosos, dijo: 'Porque ni vosotros nos entendéis, ni nosotros os entendemos ni sabemos qué quereis. Habeisnos quitado nuestra buena orden y manera de gobierno; y la que

nos habeis puesto no la entendemos, e así anda todo confuso y sin orden y concierto. Los indios hánse dado a pleitos porque los habeis vosotros impuesto en ellos, y síguense por lo que les decís, e así nunca alcanzan lo que pretenden, porque vosotros sois la ley y los jueces y las partes, y cortáis en nosotros por donde quereis, y quando y como se os antoja. . .”; Zurita era oidor, oyó, y lo escribió.

Bibliografía

- Alcobiz, Andrés de, “Estas son Leyes que tenían los Indios de La Nueva España”, en *Relaciones de Texcoco*. Ed. Chávez Hayhoe, México, 1941
- Alva Ixtlilxóchitl, Fernando de, *Obras Históricas*, Secretaría de Fomento, México, 1892
- Alvarado Tezozómoc, Hernando, *Crónica Mexicana*. Ed. Leyenda, México, 1944
- Código Ramírez. Ed. Leyenda, México, 1944
- Castillo, Cristóbal de, *Migración de los mexicanos al país de Anáhuac*. Florencia, 1908
- Jiménez Moreno, Wigberto, “Síntesis de la historia pretolteca de mesoamérica”, en *Esplendor del México Antiguo*, México, 1959
- Kirchhoff, Paul, “Los Recolectores-cazadores del norte de México”, en *El norte de México y el sur de Estados Unidos*. Sociedad Mexicana de Antropología, México, 1943
- Casas, Bartolomé de las, *Apologética Historia de las Indias*. M. Serrano y Sanz, Madrid, 1909.
- MacNeish, Richard S., *El origen de la civilización mesoamericana visto desde Tehuacán*. Instituto Nacional de Antropología, México, 1964
- Othón de Mendizábal, Miguel, *Obras Completas*. México, 1946
- Patiño, Alvaro, *Relación de la Vera Cruz*. Fotocopias, Universidad de Austin, Texas
- Piña Chan, Román, *Las culturas preclásicas de la Cuenca de México*. Fondo de Cultura Económica, México, 1955
- Relación de Michoacán*. Ed. Aguilar, Madrid, 1956
- Romero Vargas Yturbe, Ignacio, *Organización política de los pueblos de Anáhuac*. Libros Lucíemaga, México, 1957
- Sahagún, Bernardino de, *Historia General de las cosas de Nueva España*. Ed. Robredo, México, 1938
- Saravia, Atanasio, “La Nueva Vizcaya, Durango Oriental”, en *El norte de México y el sur de Estados Unidos*. Sociedad Mexicana de Antropología. México, 1943
- Thompson, J. Eric S., *Grandeza y decadencia de los Mayas*. Fondo de Cultura Económica, México, 1959
- Torquemada, Juan de, *Monarquía Indiana*. Ed. Chávez Hayhoe, México, 1943
- Zurita, Alonso de, “Breve y Sumaria Relación”, en *Relaciones de Texcoco*. Ed. Chávez Hayhoe, México, 1941

6. Religión

ATENIDOS a los restos materiales de la cultura, habrá de ser sumamente difícil intentar una historia de la magia y la religión prehispánica en Mesoamérica, máxime cuando sus pueblos aparecen con mayores progresos de tipo social, y en el caso de las dos corrientes apuntadas, no puede considerarse a la religión a manera de una escala o perfeccionamiento de la magia, sino evolucionando paralelamente cada una. Si la fase cultural denominada El Riego, en el Proyecto Tehuacán (6500-4900 A. E.) marca hoy un principio ceremonial por los entierros encontrados, ésta fue anterior al inicio agrícola propiamente dicho, que ocurrió en la fase Coxcatlán, y todavía le sigue Abejas, para llegar a la Purrón y la cerámica.

En el tiempo llamado Preclásico, se perfilan ideas mejor conocidas posteriormente. Hay en el Preclásico Inferior (2500-1500 A.E.) el culto a los muertos: entierros con ofrendas, entre las cuales, posiblemente algunas figurillas intentarían representar a sus divinidades, y el rojo cinabrio ya cubriría los huesos en función mágica, protectora. En el Preclásico Medio (1500-600 A.E.) ya existe, bien delimitada, una zona para entierros; en la cultura olmeca es perfectamente reconocible la deidad Jaguar, y los totonacas de Remojadas, con práctica total del entierro secundario, ya esbozan su trilogía, madre, padre, hijo, en representación, seguramente, de Luna, Sol, Venus. En el Preclásico Superior (600-0) ya tiene sus líneas generales el dios del Fuego, y no sólo en la costa del Golfo hay gran actividad arquitectónica; en el Altiplano, se han encontrado, el templo del Cerro del Tepalcate y la pirámide de Cuicuilco, tal vez influida por los cuextecas; más, los restos arqueológicos de Tlapacoyan, México, de los cuales ha dicho Beatriz Barba de Piña Chan: "El concepto del edificio ceremonial y su función señalan que ya hay culto organizado, dioses a quienes propiciar e invocar y servidores de esos dioses, que conocen los secretos del ceremonial y actúan como intermediarios entre el hombre común y corriente y las divinidades." No sólo eso; Alfonso Medellín Zenil, que dio a conocer una figurilla de Loma de los Carmona, Ver. representando al Ehécatl preclásico, halló en Viejón, Ver., tal vez para la

data más antigua hoy conocida y sobre un vaso, pintada con cinabrio, la palabra Téotl, Dios, en forma de una cruz griega, que habrá de llegar al siglo XVI.

El Horizonte Clásico Temprano (cero a 300 de la Era) ya muestra en Teotihuacan bien definido el campo religioso; las pirámides al Sol y a la Luna, construidas exprofeso, marcan, incluso un principio de separación entre la Iglesia y el Estado, aun cuando hubieran conservado buenas relaciones y la influencia religiosa fuera importante sobre los grandes conjuntos populares. En la etapa Clásica, del 300 al 600 de la Era, los olmecas, desalojando a los totonacas de la gran urbe, impondrían sus modalidades religiosas; pero en el llamado Templo de Quetzalcóatl, de fines de la época II, dos divinidades han atraído sugerencias: Tláloc, y un primitivo Quetzalcóatl, si se juzga por las cabezas de sierpe, con hojas de maíz a manera de plumas, pero sobre todo, esas culebras nadando entre conchas y caracoles. Además, de haber sido correctamente calculadas ambas cabezas, hacen un total de 366 (¿364?), para pensar en la cuenta del año; y las pinturas, en plena época III (300-600), abundantes, también muestran divinidades que van siendo identificadas paulatinamente. La conformación religiosa ocurrió en las otras regiones activas en aquel periodo, a tal grado, que después, ya serán pocos los dioses nuevos. Esta visión panorámica de hoy no tendrfa validez en su tiempo; para ellos, esas pequeñas modalidades tuvieron características de grandes reformas; porque los dioses, el sacerdocio, el rito, se miran en evolución constante, camino de abstracciones más y más elaboradas, hasta ser ininteligibles e indiferentes para el pueblo, mientras el racionalismo de los pensadores iba reduciéndolos a su mínima expresión.

En este subjetivo campo, la pasión sectaria deformó y sigue deformando la realidad histórica. Por eso se acrecienta el juicio de Francisco Javier Clavijero, jesuita, cuando desde tierra italiana evocaba el choque cultural: "Yo no dudo, decía el rey Moctezuma al conquistador Cortés, en una conferencia de religión, yo no dudo de la bondad del Dios que adorais; pero si él es bueno para España, los nuestros son igualmente buenos para México." Todo el complejo religioso Mesoamericano brotó por las mismas causas y cumplió función igual a las de otros pueblos del mundo, en correlativas épocas. Puede hablarse de religiones locales en el México antiguo; pero esto, es propiamente un espejismo en el calor de la hojarasca decorativa; la estructura fundamental es la misma. Tal vez en el mundo maya todavía pudiera sostenerse un criterio diferenciador, porque no han sido lo afortunadas que debieran las pesquisas emprendidas para la identificación; un día, lo serán; existen puntos de apoyo, en aumento, y su historia se antoja sincrónica; Sylvanus G. Morley así contempló al panteón maya: "arqueológicamente no se



Huehuetéotl (Laguna de los Cerros, Ver.)

nos presentó hasta que aparecieron, en Uaxactún, los monolitos esculpidos, hacia..." (577), o en Tikal, distante sólo unos 18 kilómetros y la más grande concentración humana del maya.

Se ha repetido mucho la circunstancia de haber llegado al mono-teísmo y al dios impersonal o inmaterial; si Netzahualcōyotl, mente privilegiada, concibió y le construyó un templo a ese dios intangible, cabría en su espíritu de poeta; Clavijero dice lo llamaban "Ipalnemoani, aquel por quien se vive; y Tloque Nahuaque, aquel que tiene todo en sí", mientras Torquemada, describiendo al Sol, asentó: "...y Tonatiuh quiere decir: el que va resplandeciendo... le llamaban Ypalnemohuani que quiere decir, aquel por cuya virtud vivimos, y este nombre mismo es el que daban al principal Dios que ellos imaginaban, que es todopoderoso y está en todo lugar", en tanto los datos arqueológicos demuestran que la cruz griega, escritura de la palabra náhuatl Téotl (Dios) casi en abstracto, siempre representó, materialmente, al Sol.

Era el Sol, supremo dios en Mesoamérica. Las teorías en torno a la creación de las Edades, correspondían a periodos cronológicos, equivalentes a Eras; pero un mito, recogido ya en la etapa teotihuacana, intentaba explicar la creación del astro, y de la Luna, en función cosmogónica; de ahí a su deificación había un largo camino. Alva Ixtlilxóchitl dice "Declaran por sus historias que el dios Teotloquenhuaque Tlachihualeipal nemoani il cahua Tlalticpaque, que quiere decir conforme al verdadero sentido, el Dios universal de todas las cosas, creador de ellas y a cuya voluntad viven todas las criaturas, Señor del cielo y de la tierra, etc. el cual, después de haber creado todas las cosas visibles e invisibles, creó a los primeros padres de los hombres, de donde procedieron todos los demás; y la morada y habitación que les dio fue el mundo, el cual dicen tener cuatro edades"; era el dios Tonatiuh de los mexicas, que había tomado su nombre de Mexitl, otra manea de llamar a Huitzilopochtli, también advocación del Sol; y el Sol era Curicaueri, según la *Relación de Michoacán* en la identificación de José Corona Núñez; era el supremo dios de los mayas, aún envuelto en el espeso ropaje de Hunab Ku, que dice Sylvanus G. Morley "En efecto, Hunab Ku significa precisamente eso en maya: de hun, uno; ab, existir; y ku, dios"; para decirlo con palabras del *Manuscrito de Chichicastenango*, la "claridad deslumbrante"; Chichini de los totonacas; Kinich Ahau de mayas más evolucionados; o en el Nayar, según José Ortega, "era una piedra blanca. ... dándole el nombre de Tayaoppa, que quiere decir Padre de los Vivientes; porque en ella creían Sacramentado al Sol", con templo principal en Toacamota. La más conocida representación del Sol, Tonatiuh, es el rostro del dios en el centro de la escultura conocida por Piedra del Calendario.

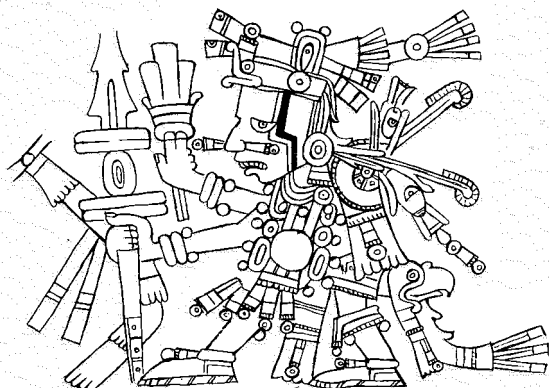
Tal vez una de las más viejas advocaciones del Sol sea la del Fuego, en su aspecto de Huehuetéotl (dios viejo). El fuego, en los pueblos antiguos, era parecido al Sol, el Sol de o entre los hombres, con su culto y perpetua conservación; tal sugieren las esculturas mesoamericanas del Preclásico. De todas las representaciones conocidas, la más impresionante por su alto logro artístico, parece ser la olmeca encontrada en Cerro de las Mesas, Ver. y acaso la más destacada en las crónicas pudiera ser Itzamná, el héroe cultural de los mayas. Pero aun cuando Huehuetéotl siguió teniendo culto y fue representado hasta los días de la conquista española, surgieron otras variantes, como la de Xiuhtecuhtli, también Dios del Fuego, no como un bien eterno, sino el fuego en constante renovación accidental, de ahí su liga con el año calendárico y con la yerba o vegetación; así lo recordaba Clavijero, y Pedro Ponce, que recogió sus datos en Tzumpahuacan, la anota por Xiuhtecuhtli, Huehuetzin, Xoxeptzin, Ximeontzin, "Tocentah, Padre de Todos", ya como dios creador. Los otomíes le llamaban Xócotl, Ocotecuhtli, Otontecuhtli. Sahagún anotó para Xiuhtecuhtli los nombres de Ixcouzauhqui (Cari-amarillo) y Cuezaltzin (Llama de Fuego), tal vez indicadores, el primero, de su aspecto calendárico, porque durante la veintena de Izcalli, que se la consagraban, levantaban a los niños de las orejas para su crecimiento, y chapoleaban, podaban magueyes o nopales con igual finalidad; en tanto lo segundo sería el simbolismo de un viejo drama, como el del Volador, cuando las guacamayas (cuetzallin) solares bajaban a la tierra.

Esta relación del Sol con la Tierra podía tener expresión en la Xiuhcóatl, o serpiente de fuego sino serpiente verde, azul, jugando con la circunstancia de que verde y azul se decían de igual manera. Un año, xihuitl, quedaba circunscrito por dos culebras, xiuhcóatl: la de sequía y la de verdura, como en el templo de Tenayucan la deidad estaba rodeada por un coatepantli de xiuhcóatl, en la observación de Alfonso Caso; y como un año que principiara con el día cipactli ajustaba invariablemente sus 365 días en uno cóatl, así lo representaron en la Piedra del Calendario. Esta dualidad Sol y fuego, la conservaron muy gráfica los tarascos en la persona de Curicahueri, mientras los mexicas, parientes muy próximos del último grupo gobernante, la expresaban de manera más activa, según Torquemada, en el nacimiento de Huitzilopochtli, el Sol que renace: "Hizo aparecer allí luego una forma de culebra hecha de teas (que llamaron Xiuhcóatl) y mandó a un soldado, llamado Tochancalqui, que la encendiese... que con la culebra encendida abrasase a Coyolxauhqui, como a la más culpable del consejo..." La *Historia de los mexicanos por sus pinturas* afirmó "había culebras de fuego que hizo el dios del fuego, y dellas salen los cometas y señales del cielo", para volver a las

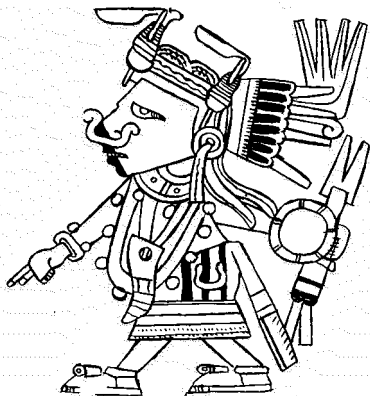
cronologías. A este complejo se referiría, más críptica que brevemente, Alvarado Tezozómoc, cuando acotó la ceremonia en el templo "del Huitzilopochtli Tlenemácatl, y llevaban fuego en un brasero, y bajaba de allá una figura a manera de una culebra verde que llamaban xiuhcoatl, y trayéndola en los brazos, la ponían en la batea de piedra agujereada que llamaban cuauhxicalli, y allí le ponían fuego y se quemaba la figura de culebra, hasta dejarla hecha ceniza", casi un simbolismo de Quetzalcóatl; principiaría la consunción de los vegetales, tal vez era por Panquetzaliztli. El *Chilam Balam de Chumayel* remacha: "Y bajo Pizlimtec, el de los huesos verdes, al pie de la flor, y el que es Eterno lo transformó en colibrí. Y entonces chupó la miel de la flor... cuando se abrió el cáliz de esta flor, el Sol estaba dentro, y en medio de ella se leía su nombre".

Independientemente de su carácter agrario, Macuixóchitl es también una deidad solar. La flor era símbolo del Sol, a él representaba en la nómina de la veintena, conservando el sitio de honor, el último. Su nombre calendárico Flor Cinco, indicaba las cinco posiciones del astro: norte, sur, oriente, poniente, y centro. J. Eric S. Thompson, en su *Grandeza y decadencia de los mayas*, ha publicado un clarísimo dibujo de un dios de Palenque; se trata de Macuixóchitl; frente a la nariz va dibujada una flor; tras la oreja, cinco numerales; una hoja de la mata de maíz, que sale atrás, termina con un dibujo de una flor grande, en cuyo centro inscribieron la palabra Téotl; y en opuesta dirección, tras esbozar otra flor, un jeroglífico maya muy conocido: ahau, xóchitl, flor; a él se refirió el *Chilam Balam* hablando "del Dios de la Flor". En cambio, no se ha estudiado a fondo el caso de Chicomexóchitl, pero en el *Códice Laud* no puede ser más gráfico, y se trata de Ixcozauhqui, el amarillo; su numeral siete, y la flor, castrada por el huitzitzillin, son medulares más que latos, mientras en otra lámina, para borrar suspicacias, es el propio Tonatiuh. Últimamente, Michael D. Coe desenterró en San Lorenzo Tenochtitlan, Ver. una magnífica escultura olmeca de brazos articulados, con el nombre nahuatlaca Chicomexóchitl, en su pectoral, y también está su imagen tototona en El Tajín.

Tal vez debería usarse la palabra panteísmo en el complejo de Huitzilopochtli; de momento sólo está evocándosele como Sol invernal, en el sur, o a la izquierda; etimológicamente, posición izquierda del colibrí, con centro en el 22 de diciembre, cuando esa declinación lo colocaba en la extrema izquierda. El colibrí también era su ave simbólica; la plástica mexicana lo ha representado así, en el llamado Teocalli de la Guerra Sagrada; su rostro emerge de un yelmo de colibrí, como en la conocida Piedra de Tízoc. Hay abundante y repetida literatura en torno al pajarito; baste citar a Motolinia, de primera mano, con los tiempos de las xiuhcoatl (noviembre-abril;



Centeotl (C. Borgia)



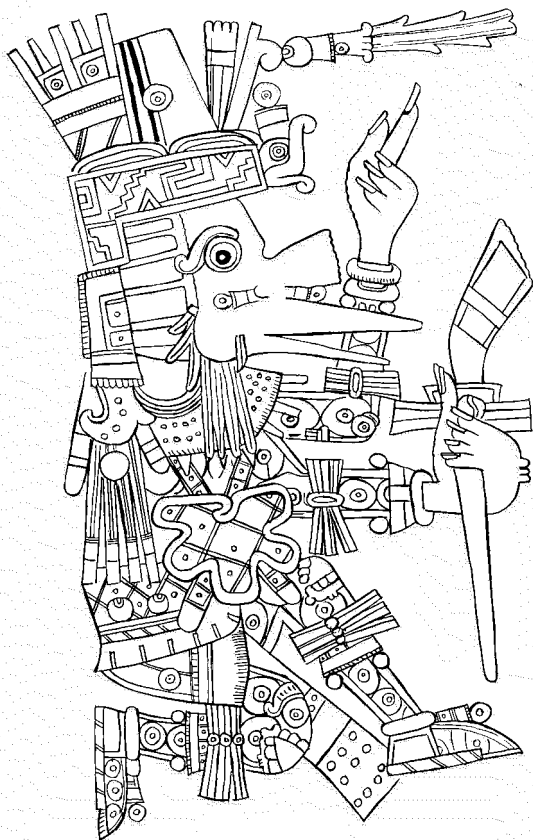
Tlazoltéotl (C. Borgia)

mayo-octubre) "y como en esta tierra por el mes de octubre comienza la tierra a se agostar y secar las yerbas y flores, que hasta entonces siempre hay rosas, faltándole al pajarito vicilin, busca lugar competente a do pueda estar escondido en alguna espesura de árboles, o algún árbol secreto, y en una ramita delgada apégase de los pies y pónese allí escondido, y muérese, y estase allí hasta el mes de abril, que con las primeras aguas y truenos, como quien despierta de un sueño, torna a revivir y sale volando a buscar sus flores". Entre las aves, el águila también fue usada como representación del Sol, incluso sus plumas indicaron, por cuanto al tiempo, el período de 52 años o Xiuhmolpilli.

Muchísimo más intrincado es el complejo de la Luna. Cuando en la escultura de Remojadas, correspondiente al Preclásico, la divinidad ya es reconocible, ostenta mayor tamaño y sería más importante. Sin embargo, al principiar el Horizonte Clásico (Teotihuacan II) ya la pirámide al Sol es más grande. Una tradición, cuya hondura histórica de momento no se puede calibrar, hablaba de igualdad, es decir, hubo dos soles iguales, y fue necesario estrellar en el rostro del de la Luna un conejo, para restarle brillo. El armisticio concluiría en matrimonio; algunas fuertes históricas los dan como esposos, así Muñoz Camargo, para los tlaxcaltecas y, en el caso de los eclipses, volvían a reñir.

El conejo del cuento era mensajero de la Luna, como el venado lo era del Sol. Astronómicamente la dividían en cuatro fases; terminaba o moría una, seguía la otra, y como el cuchillo de pedernal o de obsidiana se utilizaba para ejecutar la muerte, cuatro cuchillos representaron, primero, el fin de las cuatro fases, de donde, asentó el escriba en la *Leyenda de los Soles*: "Nahuitécpatl: este es la Luna". Posteriormente, un solo pedernal representó a la Luna, como lunación concluida, muerta, enterrada dentro de una vasija con agua, en la vívida expresión del Templo de las Caritas, en Zempoala, Ver. o en algunos códices.

Por atavismo, la *Leyenda de los Soles* puso al determinativo en género masculino, recordando a la Luna como Sol, el sol de la noche. Si aparentemente creían que moría el Sol a diario, alcanzaron el concepto de su eternidad, en tránsito, durante la noche, por el mundo desconocido, y se lo imaginaron así, al mismo Sol produciendo negrura en vez de claridad. Aquí fue donde chocaron las corrientes de la Luna con las del Sol en la concepción y representación de Tezcatlipoca, tal vez cuando en Tula, el parteaguas de la tecnología se ofreció hermanado con la reforma religiosa. Ciertamente había concluido el Cuarto Sol; el Quinto estaría enseñoreado por el nuevo Dios. Todavía Quetzalcóatl tendría un ocaso esplendoroso; pero ya eran piadosos funerales; Tezcatlipoca dejó de representar a la Luna para ser el complemento de Tonatiuh, y en el desplazamiento



Ehécatl (C. Borgia)

de los olmecas, el tigre, como Tepeyólotl, únicamente lo habrá de representar en algunos actos.

La Luna continuó teniendo su vieja relación con el agua, pese, a la formación de nuevos cuadros, de donde salieron dioses del agua trabajando a tiempo completo, y si en Teotihuacan el binomio Sol-Agua (Luna) producía la dicha del Tlalocan o el Omeyocan del templo donde Tláloc (Sol) y Quetzalcóatl (agua) generan igual efecto, cuando la gran reforma, Tezcatlipoca llegó cual moderna edición de Huracán, el terrible dios de las tempestades, que pronunciaba la última palabra sobre las agonías de las milpas y que los quichés transmitieron en los trozos maestros del *Popol Buj*. Esta Luna se desdobló en prolíficas advocaciones. Los cuextecas la representaron largamente con su paradisiaca semidesnudez, y nunca renegó de su nacionalidad la diosa Tlazoltéotl, que hacía pareja con Xipe Tótec en el rito de la vegetación; diosa de la cosecha, regente cuando principian a caer las hojas, cuando los vegetales parecen quitarse la piel. Era la diosa de la procreación, de los partos; a ella invocaban las parturientas y si entonces morían, eran llevadas al cielo, con rango de guerrero muerto en combate, para engrosar el séquito del Sol, del medio día para la media noche, y en ocasiones (*Códice Borgia*) era ella en persona quien conducía el carro con el regio cadáver.

En Michoacán, la Luna, el astro, era Xarátanga, y cuando presidía los partos, Pahuame, según Corona Núñez. Entre los mayas hay una curiosa literatura en tomo a Ixchel, también considerada inventora del arte de tejer, como en el México Central representaban a la diosa las pictografías, con el huso y el copo de algodón; allá también parece guardar algún contacto con Ixtab, la diosa que se suicida colgándose de una cuerda, o patrona de quienes tal hacían. Si en el Altiplano una forma de culto vino de la Huasteca en tiempo relativamente próximo, sería esta la noticia proporcionada por los historiógrafos de Cuauhtitlan, fijando el año 1058: "llegaron ahí las diablasas que se decían Ixcuiname. . . vinieron de Cuextlan (a Cuextecatlichocayan). Ahí empezó este flechamiento, con que se celebra la fiesta de las Ixcuiname", y el año 1059 arribaron a Tula. Esto pediría nota. Como lo ha pensado Medellín Zenil, a este rito deben corresponder esas figurillas, características y abundantes, del Clásico Central Veracruzano, en el complejo Xipe-Tlazoltéotl, y sobre todo, su consecuencia, esas todavía no superadas esculturas de Cihuatéotl o Cihuatéotl que han llevado al Museo de Jalapa, Ver., tanto el propio Medellín Zenil, como Manuel Torres Guzmán. El caso de la fecha es muy notable, sólo cuatro años antes de la disolución tolteca; serían su nuncio. Ya para 1089-90, cuando cerró el baktún diez, los mexicas cubrieron la ruta de Aztlán a la Mesa Central. A Sahagún le pudieron informar sobre Tlazoltéotl como Ixcuina, y le dijeron eran cuatro:

Tiacapan, la mayor; Teicu, la segunda; Tlaco, enmedio; y Xocotzin, la menor, correspondientes a las fases: luna recia, cuarto menguante, llena, y luna tierna.

El mayor alejamiento del matriarcado, haría más profundo el cambio religioso, hasta considerar a la Luna como simple hija del Sol, con derecho no mucho mayor al de cualquier estrella de la cual era hermana. Ese puede ser el trasfondo del relato en torno al nacimiento de Huitzilopochtli, como hijo del Sol y de la Tierra; en última instancia, reinó en el Sol de Tierra. La Luna (Coyolxauhqui) y las estrellas (Centzonhuitznáhuac) comprendieron que su madre les daría un hermanito; decidieron matar a la madre; pero la criatura nació, y con un rayo (xiuhcóatl) cercenó el cuello de Coyolxauhqui. El solecito quedó triunfante protegiendo a la Tierra; la Luna, decapitada, fragmentado su poder, se atomizó en otras deidades, aun cuando más concretas.

A riesgo de fastidio, conviene mirar al Horizonte Preclásico, cuando la Luna y el Sol habían procreado un lucero: Venus, para integrar la Trinidad Sabeísta, que cambió de forma, pero la conoció muy bien Ortega, el paje dejado por Cortés en Zempoala, Ver., cuya descripción publicó Bartolomé de las Casas, dando a Venus como un enviado del pueblo, intercesor ante su madre, o su padre; por contrapartida y con el tiempo, se adjudicaría esta función Tezcatlipoca, el joven dios que personificado por un mancebo era el mensajero al Sol, de los últimos tiempos, en el más avanzado sincretismo teológico.

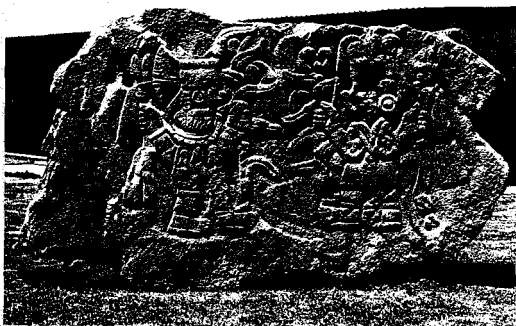
Una paciente observación astronómica los llevó a notables conocimientos del planeta Venus. Encontraron similitudes con la Luna: los dos astros aparecían y desaparecían periódicamente; mostraban cuatro aspectos, y sus matemáticos terminaron por establecer las "razones y proporciones"; por eso, esas líneas paralelas terminaron uniéndose, no en el infinito, sino en Tezcatlipoca, que si se conectaba con la Luna, representaba sus cuatro fases; con Venus, evocaba los cuatro tiempos de su revolución sinódica, e incluso con el Sol, sus cuatro posiciones en solsticios y equinoccios; era positivamente, Napatecutli, Cuatro Veces Señor.

Aquellas lúcidas mentes, dejaron a la vera el aspecto religioso descubierto y continuaron ejerciendo su conciencia crítica, para sintetizar la revolución sideral de Venus en dos aspectos fundamentales: aparición y ocultamiento; la idea estaba encinta; partenogenéticamente, brotaron Xólotl y Quetzalcóatl, representando el primero, a Venus en ocultamiento, y el segundo, la etapa luminosa. No se detuvieron ahí. Ante la incredulidad científica, lograron conocer la revolución sideral del planeta y la midieron; registraron sus tránsitos por el disco solar o, lo cual sería más prodigioso, los calcularon

matemáticamente. Su panteón quedó enriquecido con otra deidad: Itzpápálotl. De momento se carece de suficientes datos para pronunciarse por un punto de partida. El tránsito de Venus, ocurrido el año 582-83, cuando los toltecas, en su peregrinación, llegaron a Zacatlan, Puebla, significó un punto clave de futuros ritmos cronológicos, y es altamente notable que los *Anales de Cuauhtitlan* se inicien el año 635, exactamente 52 años después de ocurrido el fenómeno y más, que antes de la fecha pongan unos párrafos previos y precisamente, lo relatado en el primero, son instrucciones de Itzpápálotl para concluir con su propio sacrificio y cremación, en el fuego, como en las llamas del Sol; mas, de no querer mirar en esto, su vieja data en la crónica, los párrafos posteriores no dejan duda del culto a Itzpápálotl, y el Templo de las Caritas, en Zempoala, Ver., que consideró a la revolución sideral de Venus, debió construirse un poco antes del Renacimiento Mesoamericano. Después no hay problema; sus representaciones abundan en códices prehispánicos y en escrituras de tanta solvencia como la propia Piedra del Calendario, que la muestra en su canto. El Teteu ynan ycuic, himno a la madre de los dioses, no sólo le consagró la estrofa número cinco, sino la consideró en igualdad.

Xólotl, era el planeta Venus en los periodos de ocultamiento; mas, deberá estudiarse si su verdad es el planeta como Lucero de la Tarde; si como Lucero de la Mañana se llama Tlahuizcalpantecuhtli, ¿cómo se llama cuando vespéral? máxime recordando que a medio día muere todo, el Sol, el día; por eso tal vez Xólotl pudiera ser Lucero de la Tarde. Su aventura nocturna, cuando se le representa en forma de coyote, su viaje al mundo de los muertos, en busca de los restos de sus padres, lo efectúa en compañía de su hermano, a quien sirve de nahual. El *Códice Borgia*, en estupenda pintura de Xólotl, sugiere la igualdad con el Bubosito de Teotihuacan, arrojado a la hoguera por propia voluntad para dar nacimiento al Sol; en ese caso la *Leyenda de los Soles* le nombra Nanáhuatl. No se ha investigado quién era el rico que por tres ocasiones tuvo miedo de inmolarse, aun cuando Sahagún le dice Tecuciztécatl, y como Quetzalcóatl era dios de los ricos, el de las plumas preciosas, quién sabe si no fue él; porque ciertamente se muestra (Lucero de la Mañana) como adelantado del Sol, mas, no lo espera, huye, teme a su hoguera; en tanto Xólotl (Estrella de la Tarde), a la hora del ocaso, va jubilosamente a ella. Estos gemelos tienen actuación señera en el *Popol Buj*, donde Quetzalcóatl es denominado Gucumatz (gug, quetzal; cumatz, culebra). De igual manera cabe pensar hasta dónde hay simbolismo en el nombre de Xólotl, fundador del Imperio Chichimeca.

Tal vez a la circunstancia de tener el planeta Venus una preponderante relación cronológica, se puede atribuir su condición de creador del calendario. Si su más antigua identificación es de momento la de



Tláloc y Chalchiuhtlique (Castillo de Teayo)

Teotihuacan, y los totonacas parecen arrancar esta historia del año 63 (ce Acatl), el año anterior, 13 Tochtli (62) había sido el tránsito de Venus por el disco solar. Pero en el campo arqueológico, las identificaciones más antiguas parecen corresponder a Ehécatl, o dios del Viento; así se dijo lo identificó Medellín Zenil en la zona central veracruzana, y eso representa la Estatuilla de Tuxtla, con la más vieja e indiscutible fecha de la Cuenta Larga conocida (8.6.2.4.17), correspondiente al año 421-422 de la Era. En el templo de Quetzalcóatl y en Teotihuacan, está ciertamente la culebra; pero en el agua, y las cabezas van rodeadas más por hojas que por plumas; como sea; no se debe negar la presencia de Quetzalcóatl ahí, mas, ése ya es Teotihuacan II, entre los años 50-300 aproximadamente, continuándose con Teotihuacan III (300-600). Si los toltecas tuvieron que ver con la última variante de la deidad, ellos habían llegado el año 387 para fundar Huehuetlapalan en el mero riñón de los olmecas, mientras por cuanto hace a Ehécatl, en el Tonalpohualli estaba considerado en segundo lugar, después de cipactli. El viento, el aire, fue principio creador. En el *Códice Borgia*, el tlacuilo captó el instante cosmogónico en que del fluido, los vientos van conformando la creación.

Acaso en Teotihuacan se fue integrando la idea de la Serpiente

Emplumada. César A. Sáenz ha insistido, y seguramente con verdad, en "que la serpiente emplumada esta íntimamente relacionada con los dioses de la lluvia y en un concepto más amplio con los de la vegetación"; esta idea medular podría tener múltiples vivencias campesinas, basten al minuto las expresiones "el viento culebrea", la "culebra de agua". Ya se ha bordado mucho la tela razonadora del culto a la culebra. En Mesoamérica, y para este caso, destacan dos; la de cascabel, todavía tótem de los artistas, que va contando los años en las roscas de su crótalo, y la verde, voladora, o chirrionera, símbolo de Quetzalcóatl-Ehécatl. Esta relación, alternadora de sequía y reverdecimiento vegetal, en los dos grandes periodos del año, parece insinuar las dos formas: la culebra Quetzalcóatl y la Xiuhcóatl.

Quetzalcóatl, para los toltecas, fue una especie de numen tutelar; mas, una fuente tan bien informada como Alva Ixtlilxóchitl, no da las fechas precisas de la introducción del culto. El cotejo de sus *Relaciones* parece indicar que lo traían en su peregrinación y con él llegaron al agónico mundo de los olmecas en Teotihuacan III. "Hallábanse en la mayor prosperidad, cuando llegó a esta tierra un hombre a quien llamaron Quetzalcóatl y otros Hueman... el cual habiendo predicado las cosas referidas en todas las más de las ciudades de los Ulmecas y Xicalancas, y en especial en la de Cholula, ... se volvió por la misma parte de donde había venido, que fue por la de Oriente, desapareciéndose por Coatzacoalco". Lo cual marca tres etapas: llegada de los toltecas a Tula (661); expansión a Cholula (895-985); y regreso de Quetzalcoátlida (1116) aproximadamente. Resulta lógico lo primero; mas, para lo segundo, es fuerza explicarse ciertas contradicciones en los textos.

Para gente con tanto criterio histórico cual probaron tener los de Cuauhtitlan, el nacimiento de Quetzalcóatl ocurrió hasta el año 843, mas, no dijeron que se tratara de la deidad, sino del Topiltzin, al cual intentaron cubrir después con manto de prodigios; pero la circunstancia de ligarlo en cierta forma con el flechamiento, enmendarle la plana del año 883 a los de Tezcoco en la muerte de Quetzalcóatl, y finalmente colocar su muerte para 895 (ce ácatl), a 260 años del paso de los toltecas por Meztitlan (Chicomóztoc) y principio de sus Anales, hace afianzar la creencia en un cambio que comprendió entre otras cosas a la religión. El relato es amplio y no deja dudas; fue substituido por Tezcatlipoca y ésta era, en Tula, nueva forma religiosa traída por los nonoalcas, pese a la metáfora del sacerdote al decir "vengo de la falda de Nonohualcatépetl". Este tiempo de angustia religiosa quedaría despejado en el gobierno de Mitl (985), cuando se consolidó el dominio político y la nueva religión de Tezcatlipoca debía adquirir carácter oficial; una vieja generación estaba imposibilitada para resucitarlo, y tras la batalla de Tultitlan, el derrumbe debió

ser definitivo, en su vieja concepción. Viene actuando como agente perturbador, el Topiltzin, gobernante de Tula, porque llevando su nombre y asumiendo la más alta jerarquía sacerdotal, ha sembrado mucha confusión. Pese a todo, el dios Quetzalcóatl-Ehécatl siguió en el panteón mesoamericano, resumiendo el complejo de su historia.

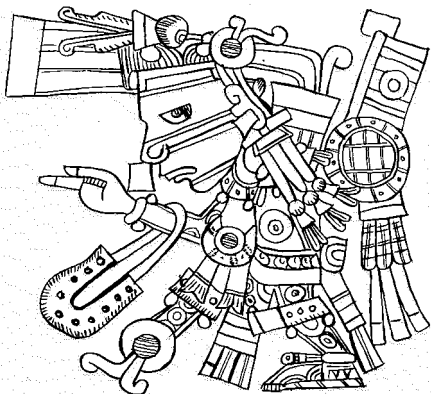
En los últimos tiempos, Quetzalcóatl, como lo recordaba Clavijero, era Dios del Aire, "las mujeres estériles se encomendaban a él para obtener fecundidad. Decían que barría el camino al dios del agua". Los *Anales de Cuauhtitlan* lo daban por creado en el símbolo 7 ácatl tratando de fundirlo con Huitzilopochtli (1187), al grado de considerarlo hijo de Chimalma, que lo concibió por haberse tragado un chalchihuitl, y había razón calendárica: la temporada de nortes iniciaba el invierno, reinado de Huitzilopochtli; así la *Historia de los mexicanos por sus pinturas* lo dio como uno de los cuatro hijos de Tonacacihuatl y Tonacatecuhtli, los cuatro Tezcatlipocas, en donde a Quetzalcóatl correspondería ser el Yahualiehécatl; mientras a Motolinia los indígenas le precisaron el punto de Chicomóztoc y la paternidad en el viejo tronco del cual habían brotado los grupos étnicos, pero, de su segunda mujer, Chimalma, la procreación de Quetzalcóatl. Con el nombre de Chignahuiehécatl, Bobadilla lo encontró por Nicaragua; era Kukulcán en la península yucateca; o en el Nayar, Quanamoa, cuando no, sólo en vagos resplandores, por los rumbos más remotos.

Con el tiempo, se comercializó la clase dirigente; ya el comercio era "el arte de acumular la riqueza", y adquirida, la deseaban conservar. En plan conservador, escogieron un viejo dios, a cuya nueva forma llamaron Yacatecuhtli, porque los comerciantes metían la nariz en todas partes, olfateando el negocio y espiondo; fueron la quinta columna del Imperio Mexica. Dijeron a Sahagún: "Una de las cosas con que le honraban era, que le ofrecían papel y le cobijaban con el mismo papel, donde quiera que estaban sus estatuas", y no habían inventado el papel moneda. La *Histoire du Méchique*, hablando seguramente de los popolocas de Teotihuacan III, rezagados por el Valle de Tezcoco, anotó "Tenían estos popolocas otro ídolo de la estatura de un hombre, al cual ellos nombraban Amatéotl, que quiere decir Dios de Papel, teñido con sangre de hombres, porque todas las veces que ellos ganaban una batalla le sacrificaban el mejor esclavo que prendían, ... y mojando en la sangre del corazón un papel tan grande como una mano, el cual le pegaban". Quién sabe si aquí asoma el viejo simbolismo de la impresión de manos ensangrentadas o uno como culto a las manos en el Horizonte Clásico del centro de Veracruz, ni se debe silenciar que la escultura de Viejón, Ver., una de las más antiguas, conocidas, ya insinúa un culto donde se usa papel, como lo ha propuesto Alfonso Medellín Zenil. Estos comerciantes de

Yacatecuhtli, eran instigadores de la guerra; por eso la ceremonia del esclavo la realizaban en la fiesta de Panquetzaliztli, a Huitzilopochtli. Sahagún también lo hace caer en el círculo de seis deidades: "tenía cinco hermanos y una hermana, y a todos los tenían por dioses. . . Chiconquiáhuatl, Xomócuil, Nacxítl, Cochímetl, Yacapitzáhuac y la hermana, Chalmeacáhuatl", por donde principia el hilo, era de Chalco; este punto fue poblado por olmecas o popolocas, y Miguel Acosta Saignes, en su estudio sobre los pochtecas sugiere un antecedente olmeca. César A. Sáenz ha recordado, en un trabajo para Quetzalcóatl, una opinión de Wigberto Jiménez Moreno a Miguel Acosta Saignes para derivar el nombre Yacatecuhtli de una palatización del ce Acatl Tecutli; otra de Robert H. Barlow sacándolo de i-aca-tecutli (su carrizo señor), y la propia de Sáenz: Ehécatl, Yécatl-tecutli; en cualquiera forma, era Quetzalcóatl el núcleo de la divinidad.

En las fuentes históricas el registro de dioses tuvo lugar por fechas muy recientes; la *Leyenda de los Soles* lo hizo por 955, y esos datos del *Popol Buj* deben corresponder a fechas parecidas cuando en la primera tradición, entre los seis dioses creadores figura Gucumatz, o Quetzalcóatl; sin embargo, el preámbulo únicamente mencionó a dos dioses, tal vez remontándose al Omeyocan, donde Tzakol (el edificador) y Bitol (quien lo manifiesta) equivaldrían a la pareja creadora del centro de México. El origen estaría en la etapa sabeísta, porque Ometecuhtli también era llamado Citlatónac, y Omecíhuatl recibía el nombre de Citlalicue, o sea un astro masculino y uno femenino, el Sol, y la Luna. Coincide la *Leyenda de los Soles* en citar seis dioses ante los cuales representan el milagro de la creación última: se habían muerto los antepasados; Quetzalcóatl y Xólotl fueron a pedirle a Mictlantecuhtli, en la morada de los muertos, aquellos huesos; hubieron de salir huyendo con ellos; pero al tropezar Quetzalcóatl en un hoyo y caer, los tiró, fragmentándolos; los recogió, envolvió, y llevó a Tamoanchan (Teotihuacan); ahí, una mujer, llamada Quilaztli, o Cihuacóatl, los molió; Quetzalcóatl, sangrándose de su miembro viril inyectó vida; hicieron penitencia los dioses Apantecuhtli, Huictlolinqui, Tepanquizqui, Tlallamánac, Tzontémoc, y Quetzalcóatl. Torquemada también supo que a la Cihuacóatl (mujer-culebra) le decían Quilaztli, considerándola, en la nota de Pedro Ponce, con papel semejante a Eva, y a Sahagún le dijeron categóricamente que Cihuacóatl era Tonatzin, nuestra madre, sin duda la Tierra; ya era tiempo.

El caso de la Tierra no ha sido misterio en la cultura mesoamericana; de sobra es conocido Tlaltecuhltli, Señor de la Tierra, y su representación como sapo monstruoso, abunda, especialmente decorando "yugos", esas esculturas totonacas muy usadas en el Horizonte Clásico, destinadas a proteger los restos humanos en los entierros



Tezcatlipoca (C. Borgia)



Iztacmixcóatl (C. Borgia)

secundarios. Pero los dioses creadores parecen operar en parejas, y tampoco se ignora la rana fantástica; mas, ya debe ponerse muy especial énfasis en ella. Es muy posible que su incorporación a la utilería teológica del Altiplano tuviera lugar por el año 985, cuando la gran reforma de Mitl. El soberano tolteca realizó como su más importante labor constructiva, informa Ixtlilxóchitl, el Templo de la Rana, seguramente coetánea, en líneas generales, de su presencia en el área maya, que Antonio Villacorta describe: "La diosa rana P., se representa por una figura humana con los dedos de las manos, y a veces de los pies, terminados en pelotillas, como los de la salamandra, y en dos líneas paralelas y curvas hacia arriba que parten de detrás del ojo. Su jeroglífico es una cabeza con el ojo característico de la divinidad. Es la diosa Uo, rana, en maya".

Si como parece, Olmos recogió los datos originales en torno a los dioses, que contienen estas noticias en la *Histoyre du Mechique*, aún quedaba duda por el sexo: "Había una diosa llamada Tlateutl, que es la misma tierra, la cual según ellos, tenía figura de hombre: otros decían que era mujer". Tampoco habían tenido tiempo de aclarar si el anfibio era de tierra o de agua, y en el futuro, podrá determinarse si el matrimonio representó a la tierra en su concepto universal conteniendo tierra y agua; fue Alva Ixtlilxóchitl quien relatando el gobierno de Mitl, escribió: "Este Mitl... quebró en él el orden antiguo de los Tultecas... y edificó entre los templos que hizo uno de la Rana, diosa del agua, muy hermosísimo templo; todos sus aderezos eran de oro y piedras preciosas, y la rana era de esmeralda, la cual los españoles que vinieron a esta tierra la alcanzaron y dieron buena cuenta de ella".

Gerónimo de Mendieta, que declaró haber tomado esos datos de Olmos, asentó: "a la tierra tenfan por diosa, y la pintaban como rana fiera con bocas en todas las coyunturas llenas de sangre, diciendo que todo lo comía y tragaba", y Sahagún, hablando de la fiesta Títíl: "La diosa llamatecuhtli llevaba también una máscara de dos caras, una atrás y otra delante, las bocas muy grandes y los ojos salidos", con lo cual está explicándose a esas pinturas logradas por los tlacuilos en los códices, como también la dio la *Histoyre du Mechique* al asentar que Tezcatlipoca y Quetzalcóatl "bajaron del cielo a la diosa Tlatecuhtli, la cual estaba llena por todas las coyunturas, de ojos y de bocas, con las que mordía, como bestia salvaje", realmente, con la sarteneja; era la derivación de lo fantástico mientras para circular entre los hombres aparece la denominación Ilancuéytl (ilama, vieja; cuéyatl, rana), por eso, cuando el grupo mexica fundó su dinastía con Acamapichitli (1350) lo casó con una princesa tolteca de Culhuacan, llamada Ilancuéytl, en cerrado simbolismo, que ocurría 260 años después de aquel 1090, cuando habían dejado Aztlán, y cerrado el baktún diez;

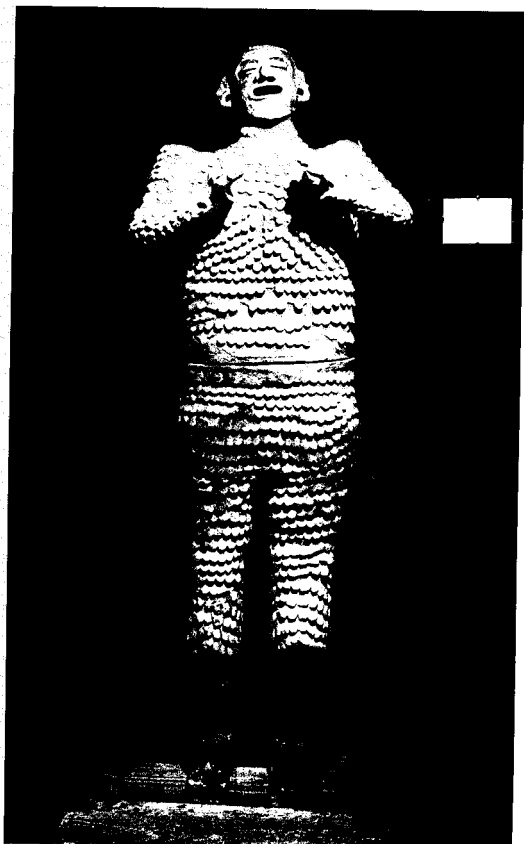
previamente, cuatro años atrás, Ilancuéytl con sus damas de corte había ido a Cohuatlinchan por Acamapichtli, y ella fue quien, un año ce técpatl, a 260 de la batalla de Tultitlan, logró el renacimiento de Colhuacan (1376), para sólo utilizar los datos de Cuauhtitlan. Como mero apéndice, queda por investigar el caso de la tortuga representando a la tierra, muy bien lograda en esa lámina del *Códice Laud*, en donde Mayáhuel realiza su ceremonia sobre la tortuga, que a su vez descansa en la tierra, o el nexo con los toponímicos de muchas pictografías cuyos locativos tépetl se constituyen con placas de la concha de la tortuga. El Ayopectli ycuic tal vez no tenga el sentido con el cual Selser lo tradujo, y él mismo no parecía seguro.

Había una corriente más vieja donde la Tierra estaba representada por cipactli. Clavijero redactó su párrafo pensando en el principio de la peregrinación mexicana y casi frente al *Códice Sigüenza*, volviendo equivalentes a Coxcox y a Teocipactli; pero la *Historia de los mexicanos por sus pinturas* dice; "los dioses hicieron el agua y en ella criaron a un peje grande que se dice cipactli, que es como caimán, y deste peje hicieron la tierra", que Caso indentifica con el catán o peje-lagarto, aun cuando también usaron elementos del pez sierra, como lo ha probado Jorge Angulo V. Procedente de El Tajín, hay en el Museo de Antropología, en Jalapa, Ver. una lápida donde plasmaron el mito. Por otra parte, la pareja completa, Cipactonal y Oxomoco creó el calendario, según otra corriente histórica. Cipactli, ciertamente, principia el Tonalpohualli, lo cual hace pensar en antigüedades como las de la Cuenta Larga. Ya en fecha tan reciente como la llegada de Tezcatlipoca, cipactli mutiló al dios; y más próximo aún, en el *Códice Borgia*, la tierra, sin abandonar el simbolismo de cipactli, o de Tlaltecuhltli, fue representada por la coralillo, quién sabe si sólo para especificar a la tierra en su anual correlación con el hombre, como tierra de labranza.

El agua también fue deificada. La pareja de dioses era Tláloc o Tlalocatecuhtli y su esposa Chalchiuhtlicue; al varón correspondía propiamente la lluvia como acción, en tanto a la mujer, el agua contenida en la tierra. Tláloc resulta fácilmente indentificable como el Cocijo zapoteca o el Chac de los mayas, que al decir de Alberto Ruz Lhuillier "simboliza no sólo la lluvia sino el viento, el rayo, el trueno y el relámpago, dividiéndose además en cuatro deidades para los cuatro puntos cardinales. . . asociados con los cuatro Chaques estaban los cuatro Bacabes. . . sosteniendo al cielo", muy parecido a como lo describió Sahagún enviando granizo, relámpagos, rayos, tormentas de agua y peligros tanto en los ríos como en el mar; "En llamarse Tláloc Tlamacazqui quiere decir que es dios que habita en el paraíso terrenal, denominado Tlalocan", y con sobrada razón en un territorio como el mesoamericano, con perpetuo problema de agua, por falta o

por exceso. Su ambivalencia fuerza una reflexión para la dualidad y el Omeyocan, ¿a eso aludían los dos grandes numerales colocados a manera de anteojos? Así está en las esculturas de Teotihuacan y así se le siguió representando, aun cuando en ocasiones los forman una o dos culebras. A Sahagún le dijeron que allá en el sur veracruzano quedaba el Tlalocan, y una pintura mural, en Teotihuacan, lo ilustró. Para quien obtuvo los datos de la *Histoyre du Mechique*, los indígenas tenían conciencia de la filtración al decir era Tláloc "por quien dicen que el agua de la lluvia sale por los montes" y al dios lo consideraban muy antiguo, al agua, mucho más; este documento dice relatando el descenso de la tierra: "y antes de que fuese bajada, había ya agua, que no saben quien la creó, sobre la que esta diosa caminaba", casi la culebra en el agua de los relieves teotihuacanos. El dios iría capitalizando atributos con el tiempo. A Motolinia ya se lo describieron, entre otras cosas, como pescador, porque llevaba "por encima a manera de red... el cuerpo tenía tiznado", y en Tenochtitlan, el teocalli mayor era compartido por Tláloc y Huitzilopochtli, quedando, en el santuario, el primero al norte y el segundo al sur.

Lo anterior conduce a pensar en Huracán, que vino a la Mesa Central en la forma de Tezcatlipoca y fue representado como el llamado chac mool de los mayas. Los quichés, en su libro, lo consideraron mantenedor de la vida humana "el que es el Corazón del Cielo, cuyo nombre es Jurakán" y lo definieron con el rayo, el trueno, y el relámpago. Los totonacas, en una escultura estudiada por José García Payón, frente a uno de los teocallis de El Tajín (Huracán) lo plasmaron con una sola pierna, como la etimología quiché (jun, uno; ra, muslo; akán, pie) y la circunstancia de que la Mictlan del siglo XVI, en totonaco llevara el nombre del dios, Tajín, ya sugiere que le había sido dedicada. Francisco de Burgoa dice que al hijo de Cocijoeza pusieron por nombre Cocijopij "rayo del aire", mientras Cocijo era el dios de la lluvia, por lo cual se parece a los dioses de los aires de Diego Muñoz Camargo: "a ellos atribuían los rayos, relámpagos y truenos". Huracán era borracho, y trabajaba los metales; por eso se le mira liga con Xipe-Tótec, dios de la metalurgia y beodo; un canto le llama cuextécatl beodo, de donde su culto llegó a la Mesa Central desde aquel rumbo y en tiempo del arribo nonoalca, era el Tezcatlipoca sin un pie; a este respecto, la deidad podía no tener una pierna, un pie, o simplemente cojear, porque un día, en la taberna del cielo disputaron los dioses a la manera homérica, lo empujaron, cayó a la tierra y se lastimó. Por cortesía, lo representaban acostado sobre su espalda, con las piernas flexionadas, y cuando Augusto Le Plongeon interrogó a los indígenas mayas por la extraña escultura, éstos le dijeron era: chac mool, garra del agua, o el dios del agua con garras, es decir, huracán, casi Tláloc; así lo encontró



Xipe-Tótec (Mixtequilla)

Manuel Torres Guzmán en la Mixtequilla de Veracruz, y en esa posición se lo describieron a Roberto Williams García, como deidad del océano; después García Payón lo halló en el tablero central del Juego de Pelota Sur, en Tajín. Lleva su recipiente con bebida, que también puede funcionar como espejo. La *Relación de Michoacán* coloca en labios de Tariácuri contra su hijo menor y sus dos sobrinos, esto: "¿Es por ventura nuestro dios Curicaueri como los otros dioses comunes y como los dioses primogénitos, que le habeis de echar vino en una taza y ponérsela a la puerta? "; de donde Huracán llegó antes, a tierra tarasca. El desdoblamiento de Tláloc y Huracán debió suceder porque hay en el trópico mexicano dos periodos de lluvias; el primero, que preside Tláloc, de fines de mayo a la canícula o verano de agosto; el segundo después de la canícula, o temporada ciclónica, presidida por Huracán, que termina con el "cordonazo de San Francisco". Sus características esculturas han sido encontradas en Tula, donde se llamaba Tezcatlipoca; en Tlaxcala, en Querétaro, en Michoacán, y en otros lugares; Paso y Troncoso lo encontró en Zempoala; los españoles pudieron haberlo conocido en uso.

Chalchiuhtlicue era la diosa del agua y esposa de Tláloc, aun cuando las lenguas viperinas consideraban como primer mujer del dios a Xochiquetzal, para decir que, como la Helena griega, se había dejado raptar por Tezcatlipoca, más joven y pese a su cojera. Los tlaxcaltecas también denominaban Matlacueye a Chalchiuhtlicue y la identificaban con su gran montaña, otorgándole poderes generales; así se mira en la contestación dada por uno a Cortés, cuando les pedía dejaran su religión: "Nuestra diosa Matlacueye nos manda la lluvia necesaria a nuestros campos y nos defiende de las inundaciones", redacta Clavijero. Torquemada supo también le llamaban Apozonálotl, o Acuecuyotl "que quiere decir la onda y hinchazón de las aguas", así como "Atlacamani, como quien dice Tempestuosa y Alborotadora, y Ahuic y Ayauh porque se mueve a diversas partes, y Xixiquipilhui porque sus olas suben y bajan". Aquí ya están evocándola como diosa del mar, característica en la provincia de Mictlancuauhtlan, donde hoy es el puerto de Veracruz, sitio llamado Chalchicueyecan. Como Tláloc, era diosa de los pescadores, y en Boca del Río, Ver. fue substituida por Señora Santa Ana (julio 26), mientras en Catemaco, Ver., por la Virgen del Carmen (julio 16); los diez días ponen a ésta en el calendario juliano. Por el atavio se le puede considerar parentesco a la diosa de la sal, Huixtocihuatl, con templo en la isleta donde sale al mar el río Cazonas, y adoración de salineros. Sahagún, que la incluyó entre las cuatro doncellas para la fiesta del mensajero del Sol, supo "era hermana del dios de la lluvia y, por cierta desgracia que hubo entre ellos y ella, la persiguieron y desterraron a las aguas saladas, y allí inventó la sal, de la manera que



Xilonen (Quauhtochco)

ahora se hace, con tinajas y con amontonar la tierra salada"; no se debe amordazar este rumor; Chalchiuhtlicue también era hermana de Tláloc.

Había epígonos, aun cuando también muy antiguos. En Yucatán, ha escrito Morley, perduran "los dioses sencillos de la naturaleza, los Chaces, o dioses de la lluvia y la fertilidad", equivalentes a los tlaloques, e iguales o emparentados íntimamente con los enanitos o chaneques de la costa veracruzana. Estas deidades también mantendrían fuerte conexión con los bacaba de Diego Landa, sostenedores del cielo, aun cuando en el Altiplano se presentarán un poco distintos; pero en el área olmeca del sur de Veracruz, los chaneques fueron esculpidos como atlantes del cielo y, Sahagún, en el capítulo dedicado a los tlaloques, los coloca en cerros, acaso suponiendo que las grandes elevaciones de la cordillera eran sostenedoras del cielo.

La pareja de la vegetación estaba formada por Macuilxóchitl y Xochiquetzalli. El Sol tenía por símbolo a la flor; para un pueblo de tanta sensibilidad por la belleza, una flor, en la tierra, era como el sol en el cielo. El águila fue también su símbolo por el aparente alabón de su vuelo, entre la tierra y el astro; una pluma del ave caudal ya lo insinuaba; por eso Chichiní, el Sol, dios máximo de los totonacas, fue representado en las esculturas, invariablemente, con cinco distintivas plumas de águila por penacho y es el Macuilxóchitl de los viajeros mexicas. En otro apartado, cinco flores eran cinco posiciones del Sol en su aparente movimiento: dos equinoccios, dos solsticios, y el cruce al centro. Las cuatro posiciones reales del astro pudieran corresponder a otras tantas formas, y valdría la pena ensayarlas: Tonatiuh, Macuilxóchitl, Xochipili (Piltzintecuhtli), y Chicomexóchitl. La más bella de las representaciones de Macuilxóchitl es la conservada en el Museo Nacional de Antropología. Cubierto de flores, podía considerarse dios de la primavera; sería más, dios de la eterna primavera. En la escultórica de Remojadas, Ver. parece desprenderse del complejo agrario Xipe-Tlazoltéotl, para quedar independiente como dios de la música y de la danza, en los primeros instrumentos musicales de las Caritas Sonrientes, que logran su más resonante triunfo en la Mixtequilla, donde Alfonso Medellín Zenil ha encontrado los vertederos de las fábricas, y ofrendas masivas, conservándose simplificadas para ser prácticas, en las flautas de la línea Isla de Sacrificios-Quiahuiztlan. Sahagún alcanzó datos en torno a una fiesta llamada Xochihuitl, movable, y en quinto lugar; era la de ce Xóchitl; en Tlatelolco tenía dedicado el Templo de los Jeroglíficos, "hacían gran fiesta los principales y señores; bailaban y cantaban a honra de este signo y hacían otros regocijos. . . y en esta fiesta el señor hacía mercedes a los hombres de guerra, y a los cantores y a los del palacio".

En el himno a Xochipilli se le considera dios del juego, concreta-

mente del Teotlachco, y su condición de Sol en movimiento se comprende claramente cuando recorriendo los cuatro puntos del Naollin, está en el centro, la quinta posición: "Llegué al lugar donde los caminos se juntan... ¿A dónde debo ir ahora? ¿qué camino debo seguir?" En el dios maya de Palenque tampoco hay duda, por el signo naturalista de la flor custodiando al Téotl y por su jeroglífico Ahau. Si en la región zapoteca, se considera la barra con valor de cinco numerales, y el símbolo llamado "turquesa", que parece sintetizar al glifo maya del Téotl en el cáliz de la flor, y así es en la urna publicada por Caso, y Bernal, procedente de la Colección Martell, en las de Xoxocotlan y Tlacoachahuaya, pero sobre todo en la de Monte Albán (6-721), sería esta la versión de Macuixóchitl. Para los mayas de los últimos tiempos también era claro; el *Chilam Balam de Chumayel* dice "y salieron olorosos sacerdotes... servidores del Dios de la Flor". A su modo, Pedro Ponce lo supo en Tzumpahuacan: "Otro dios: Piltzintecutli, y al sol Tonatiuh, y por otros nombres Cuauhtlehuanitl y Xi (uh)pilli", es decir las cuatro advocaciones del astro.

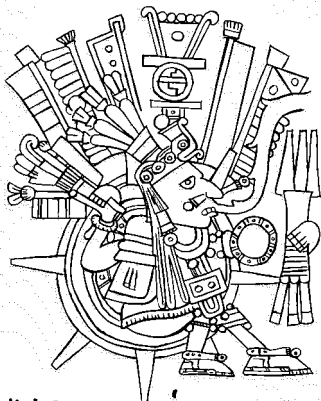
Las mujeres bellas han tenido siempre muchos pretendientes y deturpadores; Xochiquetzalli no podía escapar a calificativos de coqueta, y más. Diego Muñoz Camargo recogió la maledicencia pulquera sobre un cielo conturbado por pasiones, y la da como diosa de los enamorados, con su departamentito llamado Tamohuanichan Xochitlihacac Chitamohuan y Chicuhnauhuepaniuhcan Itzehecayan, "lugar de Tamahuan, en asiento del árbol florido. De este árbol Xochitlihacac, dicen que el que alcanzaba desta flor o de ella era tocado, que era dichoso y fiel enamorado... Dicen que fue mujer del dios Tláloc, dios de las aguas, e que se le hurtó Tezcatlipoca, e que la llevó a los nueve cielos e la convirtió en diosa del bien querer". En la *Histoyre du Mechique*, el chismorreo tiene por escenario a Teotihuacan (Tamohuanichan): "En este tiempo había otro dios llamado Piltzintecuhtli y su mujer se llamaba Xochiquetzal, los cuales tenían un hijo llamado Xochipilli, y un otro, que no era suyo, pero lo criaban, que se llamaba Nahuahuaton." Su himno se contrae a presentarla como procedente de Tamoanchan y esposa de Piltzintecuhtli; pero Torquemada, en sus acotaciones a la fiesta Quecholli, la perfila como patrona de las mujeres, y de los hombres, de mala nota. Si Macuixóchitl es el Sol actuando sobre la flora, Xochiquetzal, por el silencio de Sahagún y por similitud en atributos, es la Luna, variante de Tlazoltéotl.

La vegetación era mucha clorofila; preocupaban los alimentos para el hombre, y tuvieron esa pareja: Tonacatecuhtli y Tonacacihuatl. En la *Historia de los mexicanos por sus pinturas*, figuran ocupando el cielo número trece, de donde resultan equivalentes de Ometecuhtli y

Omecihuatl, procreando a cuatro hijos, los Tezcatlipocas. Esta mitología llegó a tener un símbolo en forma que se ha pretendido tomar por cruz cristiana. Fernando de Alva Ixtlilxóchitl se refirió a ella: "la cruz que llamaron Quiahuiteollchicahualizteotl y otros Tonacaquáhuil que quiere decir: dios de las lluvias y de la salud y árbol del sustento o de la vida". Esto, el Tonacaquáhuil es lo más conocido como Cruz de Palenque, representando, cual en el caso de El Tajín, al cacaotero; pero en códices como el *Borgia*, se trata de la planta de maíz dispuesta en esa forma; en el Altiplano jamás prosperó el cacao.

Al tenor de la *Historia de los mexicanos por sus pinturas*, Cintéotl era hijo de Piltzintecuhtli. Sería forzoso ver en el nombre, la palabra maíz; pero también, tratándose de alimentos, lo concreto era una pareja de divinidades: Cintéotl y Chicomecóatl. Cintéotl era el dios del maíz, presentado confusamente por algunos informes del siglo XVI, trasminados hasta el tiempo de Clavijero, y el actual: "Centéotl, diosa de la tierra y del maíz. Llamábanla también Tonacayohua, la que nos sustenta"; era una confusión, porque para quien proporcionó los datos de la *Histoyre du Mechique*, Cintéotl era hijo de Piltzintecuhtli y Xochiquetzalli, también le decían "Tlazopilli, que quiere decir Señor Amado", a buen seguro, después de la cosecha. En el área maya, Morley ha destacado brillantemente la importancia del maíz y su deidad es fácilmente reconocible por llevar iguales atributos a los del centro de México, donde ciertamente, para el siglo XVI no quedaba duda: Sahagún anotó describiendo la fiesta de Hueytozoztli, era para honrar "al dios de las mieses, llamado Cintéotl, y a la diosa de los mantenimientos llamada Chicomecóatl", y sería la cosecha del tonalmil, mientras al ocuparse de Ochpaniztli, para honra de la Luna, madre de los dioses, o Tlazoltéotl, dice "Lo primero, la desollaban el muslo, y el pellejo del muslo llevándole al cu de su hijo que se llamaba Cintéotl... el cual llevaba puesto por carátula el pellejo del muslo", de donde se resume haber sido, en última instancia, procreado por el Sol y la Luna. Por eso en la cerámica de Remojadas, Ver., los dioses del maíz brotan de los de la vegetación, y llevan ya sus adornos hechos con granos de maíz.

Su esposa, Chicomecóatl (siete culebra) fue representada en Tenochtitlan por esa escultura de la serpiente con siete mazorcas de maíz, como lo ha identificado Alfonso Caso. En Aparicio, Ver., unas lápidas la muestran en su más amplia gama; del cuello cercenado de la diosa brotan siete chorros de sangre simulando siete serpientes. También se le representó como una diosa de rodillas, ofreciendo sus mazorcas, y en el *Códice Magliabechi*, que si se pintó a mediados del siglo XVI pudo venir de un original de 1480, la diosa está precisamente arrodillada, lleva la palabra Dios (Téotl) inscrita, y ha colocado ya, en el ara, sus dos mazorcas, la de maíz rojo y la de amarillo, en



Tonatiuh [redacted] (C. Borgia)



Mayahuel (C. Borgia)

tanto el intérprete, pensando en el segundo paso del Sol por el cenit de Teotihuacan, comenta la fiesta llamada Hueytecuilhuitl: "al demonio a quien se hacía esta fiesta se llamaba Hitzocihuatl (diosa de la sal); sacrificaban en ella una mujer que llamaban Xilonen... que quiere decir mazorca de maíz, los granos no cuajados, porque en este tiempo los había así". Lo anterior es de claridad meridiana, Xilonen era la diosa de los xilotes; para un campesinado que sembraba de temporal, el drama ocurría cuando la milpa jiloteaba en la canícula; esa cosecha podía perderse o mermar mucho; de ahí el culto y las fechas; pero, con todo, era sólo una representación juvenil de Chicomecóatl y ésta, derivación, o concreción, de Xochiquetzalli-Tonacacihuatl.

Si todo lo anterior ha venido sucediendo a la luz del día, del conocimiento, quedaba otra porción en el misterio, lo desconocido, la oscuridad. Cada tarde, cuando se ocultaba el Sol, insondables preguntas debieron hincar el acicate de la meditación: el Sol no moría; para el crepúsculo matutino, nuevamente y hasta el infinito, alumbraría. Ese viaje nocturno del Sol, hizo brotar, de la oscuridad y la nada, una deidad proteica; ya no la Luna, ni las estrellas, ahora Tezcatlipoca, el dios joven del Quinto y Ultimo Sol. Debíó venirse gestando largamente, sin descartar que los buenos catadores intentarían añejarlo. Se columbra su cotiledón en el dios invisible, Ipalnemoani, en el Tloquenahuaque, y en el momento de la creación. Así debieron habérselo contado a fray Andrés de Olmos en torno a la nueva edad, pero el cielo quedó muy bajo y fue preciso que ciertos dioses lo sostuvieran, es decir, ya están interviniendo, como diría un yucateco, los Bacab, que, transmitió Diego de Landa: "Estos, decían, eran cuatro hermanos, a los cuales puso Dios, cuando crió el mundo, a las cuatro partes de él sustentando el cielo, no se cayese." La *Historia de los mexicanos por sus pinturas* dice, Tonacatecuhtli y Tonacacihuatl engendraron cuatro hijos: el Tezcatlipoca Rojo (Xipe-Tótec); el Negro (Tezcatlipoca); el Blanco (?) (Quetzalcóatl) y el Azul? (Huitzilopochtli). Por cuanto al tiempo traza un párrafo de apretado simbolismo: "Volviendo a los gigantes que fueron criados en el tiempo que Tezcatlipoca fue sol, dicen que como dejó de ser sol perecieron y los tigres los acabaron y comieron, que no quedó ninguno; y estos tigres se hicieron de esta manera: que pasados los trece veces cincuenta y dos años, Quetzalcóatl fue sol y dejólo de ser Tezcatlipoca, porque le dio con un grande bastón y lo derribó en el agua, y allí se hizo tigre y salió a matar los gigantes, y esto parece en el cielo, porque dicen que la ursa mayor se abaja al agua porque es Tezcatlipuca, y está allá en memoria del". Por partes. La constelación de la Osa, con sólo un imaginario pie, se prestaba para considerarla imagen de Huracán-Tezcatlipoca. Una deidad, estupendamente lograda por el tlacujlo del *Códice Borbónico*, se llamaba Tepeyolohtli, el

Corazón del Cerro, y era el tigre de la noche, nahual de Tezcatlipoca. Estos tigres comieron a los gigantes, o sea, los olmecas de Teotihuacan III acabaron con los totonacas de Teotihuacan II; cabría investigar si algunos tigres pintados en los muros de la gran urbe, son el germen del Tepeyolohtli posterior, o si podría otearse hacia más añejas lontananzas.

Tal vez la fuente informativa sabía mucho en torno a la condición astral del numen, porque dice "alzado el cielo iban por él el Tezcatlipuca y Quetzalcóatl, hicieron el camino que parece en el cielo, en el cual se encontraron, y están después acá en él, y con su asiento en él", como para pensar en la Vía Láctea. Tenía fama de taumaturgo; "Tezcatlipuca dejó el nombre y se lo mudó en Mixcóatl, que quiere decir culebra de nieve". Como patrono del norte frío, donde cae nieve, recibía el nombre de Iztaccoliuhqui, y el *Códice Borbónico* lo representó un tanto a la manera de un Xipe blanco, para sugerir a la vegetación cubierta de nieve.

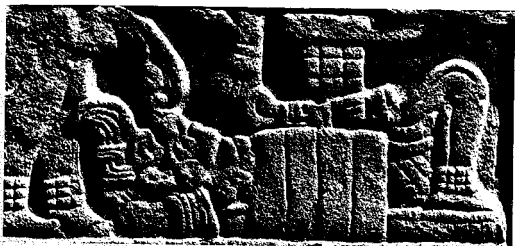
Si Mixcóatl tenía un significado astronómico, era cosa del cielo; en la tierra fue Camaxtli, para los tlaxcaltecas; desde luego, era también equivalente de Huitzilopochtli, como dios de la guerra; pero, en general, se le consideraba dios de la cacería. Los *Anales de Cuauhtitlan* ponen como dios muy antiguo a Mixcóatl, quien junto con Tozpan e Ilhuítl, a manera de tenamaxtles, guardan a Xiuhtecuhtli, dios del fuego; y en el momento generatriz de su grupo chichimeca, dicen que Itzpapálotl, cual culebra que se come a sus hijos, "se comió a los cuatrocientos mixcoas y los consumió. Solamente Iztacmixcóatl, el que se nombra Mixcoaxocoyótl, huyó, escapó de sus manos y se metió apresurado dentro de una biznaga. Itzpapálotl arremetió contra la biznaga. Salió de prisa Mixcóatl; luego la flechó repetidas veces y evocó a los cuatrocientos mixcoas que habían muerto y aparecieron y en seguida la flecharon una y otra vez". Aun cuando parezca distinto, el informe que utilizó Mendieta lo coloca en el principio de la formación de los grupos étnicos: "comienzan a contar y tomar principio de sus generaciones de un viejo anciano Iztacmixcóhuatl, que residía en aquellas siete cuevas llamadas Chicomoztoc", en fuerte tufo del héroe cultural, como se mira en la *Relación de Michoacán* cuando se refiere a la irrupción chichimeca. Volviendo al punto; el celeste dios, con Ilancuéytl tuvo seis hijos, caudillos de seis grupos culturales, y después, con Chimalma, engendró a Quetzalcóatl; en el futuro, ésta podría ser una explicación de Mitl como Mixcóatl.

Sahagún dice que su fiesta era en la veintena de Quecholli; "decía que hacían penitencia para ir a cazar venados", y no lo dio como soltero: "Al hombre y a la mujer que eran imágenes del dios Mixcóatl y de su mujer." Es deplorable no tener ese nombre; acaso se llamaría

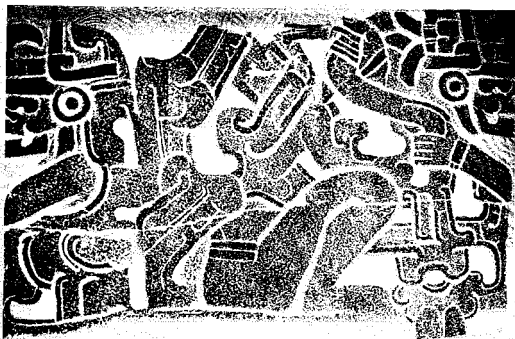
Mixcoacihuatl; posteriormente, al describir la fiesta, se ciñó al patrón maya de los acompañantes, porque a los diez días de la veintena debió llegar la imagen de Huitzilopochtli, pues "del hilo blanco colgaban el pajarito que se llama huitzitzilin, muerto"; es decir, seguía la veintena de Panquetzaliztli, a más del invierno, cuando la simbólica chuparroza está invemando, casi muerta. Pero tal vez la noticia más trascendente la sirvió el franciscano al hablar del tarasco: "Su dios que tenían se llamaba Taras... y este Taras en la lengua mexicana se dice Mixcóatl, que era el dios de los chichimecas", y no andaba muy equivocado; la *Relación de Michoacán* describió a Huracán, Tezcatlipoca, en cuyo complejo giraba Mixcóatl, dijo: "que ninguno podía beber de aquel vino, que era de aquel dios Tares Uperme, dios de Cumanchen, que era muy gran dios, porque los dioses, estándose emborrachándose en el cielo, le echaron a la tierra, y por esto estaba cojo este dios". Por verdadero prejuicio, no se han considerado las noticias que dan a los otomíes, o chichimecas, por los más antiguos habitantes del Valle, y como la población más numerosa; si sus muertos fueron al cielo transfigurados en estrellas, resulta correcta su nominación de mimixcóatl, o centzonmixcóatl.

En la *Historia de los mexicanos por sus pinturas*, dijeron que Camaxtle triunfaba en las guerras porque traía un ciervo que lo favorecía. Como el venado era mensajero del Sol, y el mensaje, a veces, era el rayo, sería casi arma invencible; a este venado se le pone cayendo del cielo y con dos cabezas, quién sabe si aludiendo a la bifurcación de la Vía Láctea, camino de Mixcóatl; después, el dios puso al venado como protector de los de Cuicláhuac. Torquemada también lo supo, más adobado, lo "llamaban Amímitl, que quiere decir cosa de pesca o de caza en agua".

El Tezcatlipoca Rojo era Xipe-Tótec. Sahagún lo consideró eficaz para el alivio de algunas enfermedades como sarna, enfermedades de los ojos, apostemas, y sus representaciones lo identifican rápidamente bajo la forma de un hombre que viste la piel de otro, desollado. Su condición de Tezcatlipoca Rojo está indicada por su fiesta, que tenía lugar en el equinoccio de primavera, y presidía la estación de los grandes calores; le seguirán, el Tezcatlipoca Negro, a partir del solsticio de verano; el Tezcatlipoca Blanco, desde su equinoccio de otoño; y el Azul en el solsticio de invierno. Quién sabe si también como Tezcatlipoca Rojo lo consideraba el *Chilam Balam de Chumayel* cuando, refiriéndose desde luego a los Bacab, dice "lloraban ante el dios Chacab, que era el que entonces reinaba en su estera roja", y en Michoacán, según su *Relación*, para la veintena de Cuingo, "los sacerdotes del dios del mar, llamados Tupiecha... y vestían sus pellejos y bailaban con ellos", no deja duda, la raíz es Huracán, con advocación en Xipe-Tótec. Este pariente del Vulcano aborigen había



Huracán atado con el Arcoiris (Tajín)



Huracán-Mictlan (Tajín)

heredado la fragua, era el numen de los orfebres. Dios de los placeres, gozaba fama de borracho; lo traía en la sangre; su himno le llamaba "Bebedor Nocturno" (Yoallauana); lo ubica en el tiempo de la sequía: "¿por qué no llueve? ", rige la temporada de la serpiente de fuego (Xihcōatl) y debe producir la serpiente verde, para jugar con el idioma; porque también simboliza la primavera, cuando la vegetación, desnuda, se cubre nueva piel de hojas, como las que integran su

vestido en algunas representaciones. Aquel bonemiazó de ruexot-zinco, el poeta Tececepouhqui, brindándoselo a Netzahualpilli, dijo en su canto esta estrofa: "El cuexteco Tótec, mi noble Señor, no obstante ser beodo y macilento por el exceso del néctar de las marciales flores, del licor divino de las floridas aguas", y si como el pueblo mexicano asegura, los borrachos dicen la verdad, ya le agarró a Sahagún el dedo contra la puerta, porque fray Bernardino dijo: "era honrado de aquellos que vivían a la orilla de la mar, y su origen tuvo en Tzapotlan, pueblo de Xalisco", porque Xalisco era también la playa y los medanales, o porque Tzapotitlan, Tzapotlan, era el actual Castillo de Teayo, donde abundaban las esculturas de Xipe-Tótec, y es tierra cuexteca, de donde, no cabe duda, llegó a la Mesa Central, el culto a la embriaguez y el desollamiento.

La borrachera fue prolífica y socorrida; no sólo tuvo sus retoños; creó toda una selva; e incluso produjo su "entremés". Había, para principiar, el nombre de Omeácatl, tal vez anfitrión, con el cual Tezcatlipoca presidía los comelitones; pero también había un dios del vino al cual llamaban Ometochtli; su importancia se advierte cuando Sahagún enumera nueve sacerdotes que se le relacionan; mas, la revelación está en principiar definiendo al dios del vino con el nombre de Ometochtli tomiyauh, es decir, era huasteco de Tamiahua, mientras en la nómina, sin tediosas antesalas, puede saludarse a otros paisanos, el de Acala (Acaloametochtli) y al de Pantépec (Ometochtli pantécatl). Carecería de seriedad sugerir una investigación en torno al pulque curado, para determinar si en esa gama iridiscente podría verse raíz a los Centzontotochtín, aun cuando la fórmula Cuatrocientos Conejos, emplea su número como abundancial, y si por ligado a la Luna el conejo, pudiera ser el equivalente a los cuatrocientos guerreros del séquito solar. La etimología de Tezcatzóncatl, dios del vino a quien Sahagún le brindó las otras noticias, tal vez insinuaba la característica incoherente para el habla de los borrachos que, desde luego, achacaban al dios; después puso la nómina de la taberna celeste: Yiauhtécatl, Acolhoa, Tlilha, Pantécatl, Yzquitécatl, Toltécatl, Papaztac, Tlattecaioa, Ometochtli, Tepoztécatl, Chimalpanécatl y Colhoatzintecatli, trece, uno para cada cielo, mejor, una liga de las naciones.

No paró ahí el tema; existía una diosa del pulque (octli) denominada Mayahuel, proyectada sobre un maguey por los tlacuilos. En verdad eran cuatro mujeres, agregando a Tepéxoch, Xochitécatl, Matlalcuéyatl, y un hombre, Milnáhuatl, tal vez marido y acaso nombre distinto de Patécatl. Para celebrar la veintena llamada Tepeilhuitl, el drama los tenía por actores, y el vestuario los presentaba en forma de culebras, ¿culebras de pulque, o de agua?, sería vieja reminiscencia de Teotihuacan; más categóricamente, se dice la fiesta



Tzontémoc (en una "palma" totonaca)

era para Tláloc, aun cuando sea nombre muy elegante para Huracán, que sí era borracho y había terminado su labor en los primeros días de octubre.

Huitzilopochtli era el Tezcatlipoca de color Azul; hijo de Coatlicue, la tierra; sacerdotisa y esposa en el templo de un dios, había procreado a la Luna y las estrellas. Un día, barriendo, puso en su seno extraña boria de pluma como la semilla de la ceiba que flota en el viento, con lo cual percibió nueva gestación, o aludiendo, tal vez, a la levedad y blancura de la nieve de Iztacmíxcóatl. Celosos los hermanos, acaudillados por la Luna, decidieron matar a la madre; mas, al tratar de consumir su crimen, el niño prodigioso vino al mundo y con sus rayos mató a los hermanos. La faena extraordinaria mereció que lo llevaran en hombros a los medios del cielo, y posteriormente, al punto de la izquierda, donde reinaría, y por lo cual era opochtli, correspondiéndole un tiempo en el cual inverna el colibrí; del avecilla completó su nombre y fue su distintivo en forma de yelmo; posteriormente se le consideró dios de la guerra, cuando la expansión imperialista quiso silenciar a su conciencia, escudada en la religión. Al decir de la *Leyenda de los Soles*, en un segundo parto divino nacieron cinco mixcoa "y les dio de mamar Mezitli. Este Mezitli es el Señor de la Tierra", con abierta tentación para el sexo femenino; pero en otras partes Mexitli es otro nombre para Huitzilopochtli, como el de Teoyaotlatoani, siendo prudente recordar que Xólotl crió a la primera pareja humana con leche de cardo, en la evocación de Clavijero.

La *Historia de los mexicanos por sus pinturas*, que parece ir leyendo un códice donde las fechas van por katunes, tradujo: "El Uchilobi, hermano menor y dios de los de México, nació sin carne, sino con los huesos, y de esta manera estuvo seiscientos años." El punto de partida parece aquel simbólico año 583, cuando los toltecas llegaron a Zacatlan, Puebla, más los cuatro años de las discusiones, o sea 587, para sumar 187 (7 ácatl) en Coatépec, próximo a Tula. Como ese año principió el día 2 de noviembre y en un calendario de Tenochtitlan habría sido 12 océlotl, el alumbramiento tuvo lugar el día 5 xóchitl, equivalente al día 8 de noviembre, cuando se iniciaba el invierno indígena, y todavía les quedaba en la bolsa la circunstancia de contarse 260 días del 8 de noviembre al 25-26 de julio, cuando el Sol hacía su segundo paso por el cenit de Teotihuacan y principiaba el año yucateco. Había un dios llamado Painal, y en el sur de Veracruz un punto, Painalan. Sahagún lo definió como Vicario de Huitzilopochtli, simbolizando, en la fiesta de Panquetzaliztli, dentro del Teotlachtlí, después en el perímetro de la ciudad, los aparentes movimientos del Sol. Sahagún mismo despejó la incógnita en otra parte ceremonial: "Este Paynalton era un dios prenuncio de la

muerte", así estaban "esperando por momentos cuándo entraría el mensajero de la muerte que se llamaba Paynalton".

Con lo anterior han pasado revista, el Tezcatlipoca Blanco, el Rojo, el Azul; el Negro lo era por antonomasia. Ya es curiosa su negrura, pese a que lógicamente lo es por evocar al sol nocturno, a la noche; con la misma silogística por la cual son de pelo crespo los dioses de la muerte; mas, aun cuando parezca sofístico, la circunstancia de haber confinado a Tepeyólotl al campo de la brujería, sólo indica su antigüedad; es el dios tigre de los olmecas, y los olmecas eran de pelo crespo y epidermis negra. Este Señor del Cerro, Corazón del Cerro, era Tláloc al tomar esta forma especializada, diferenciada de lluvia; pero también resulta sintomático ponerlo como dios del primer periodo de lluvias, y dejar a Huracán en el final, el de la honra. Recuérdese que Motolinia describe a Tláloc: "El cuerpo tenía tiznado y untado de un licor de un árbol que llaman olli", casi diciéndole olmeca. Quien examine fría y cuidadosamente a los dioses, no encontrará diferencias esenciales de otro tipo, en consecuencia, Tepeyólotl está escondiendo a Huracán, y Tezcatlipoca, para no representarlo, debía ir al taller de reparaciones, al arreglo del pie faltante.

Tal vez convendría examinar a otros como Ixtlilton y Opochtli. Sahagún escribió poco de Ixtlilton, pero se le mira conectado a Tláloc y a la embriaguez, distinguiéndolo un suministro de agua negra, "tlatl" que guardaban en unas tinajas misteriosas, y su nombre significaba "El Negrillo", llamándole también, Tlattecuin. A Opochtli "le contaban con los dioses que se llamaban Tlaloques, que quiere decir habitantes del paraíso terrenal", y no es necesario recordar su teórica existencia en el sur de Veracruz; decían había inventado las redes para la pesca y la cacería, un lanzadardos e incluso los remos. Tláloc vestía una red, y deidades o mandatarios empuñando remos a manera de bastones de mando, no son desconocidos en el arte olmeca de Veracruz, o en el transculturado de Tlaxcalan, cual se mira en el *Códice Borgia*. Sahagún agrega: "La imagen de este dios es un hombre desnudo y teñido de negro todo." Ya Clavijero había dicho se trataba de Amímil, adorado en Cuicláhuac por patrono de la pesca, con posible antecedente de Torquemada; pero la *Historia de los mexicanos por sus pinturas* fue tajante al anotar: "El dios de Chalco (Amímitl) era Tezcatlipoca Napatecuhtli."

Napatecuhtli, o como le decían los costeños entronizándolo en el Cofre de Perote, Nahucampatecuhtli, era en primer término cuatro veces señor, así lo dieron la *Leyenda de los Soles*, o Torquemada, "tiene la virtud y poderío de cuatro dioses", en tanto para Sahagún era el dios de quienes hacían esteras o petates, "La imagen de este dios es como un hombre que está teñido de negro todo, así el cuerpo

como la cara, salvo que la cara tiene unas pecas blancas entre la negro... y en la mano izquierda, tiene una rodela a manera de ninfa que es una yerba de agua, ancha como un plato grande... tiene una banda... pintada de unas flores negras sobre blanco". Si como parece, Napatecuhtli es la deidad emergiendo de la Xiuhcóatl izquierda, en la Piedra del Calendario, puede cobrar mayor importancia. Desde luego está por símbolo de la oscuridad, y las esteras eran utilizadas de noche, para dormir, una suave manera de morir. En cualquier forma, se trata del Tezcatlipoca Negro; su fiesta, y la de Tláloc, eran en mayo, para Tóxcatl, y se contraían a pedir agua; el mito va más allá y los da por maridos, al alimón, de Xochiquetzalli, como para significar que la siembra de maíz precisa de las primeras aguas (Tláloc) y del segundo periodo de lluvias (Tezcatlipoca).

Todo declinaba, y moría. Las enfermedades, la vejez, ponían fin a la vida. Revisando las noticias no aparece un dios, o una pareja de dioses generales de la medicina; tal vez faltó tiempo y estaban en fase de integración; porque varias deidades interponían su influencia en casos concretos. Este incompleto muestreo sugiere que la futura condensación habría girado en torno a la Luna y el Sol. Como en todo tiempo y en toda sociedad, había otro campo para la brujería. Por cuanto a la muerte, sí tuvo a Miclantecuhtli, perfectamente definido en la etapa Remojadas Superior del centro de Veracruz, y a su esposa Mictēcacihuatl, sin descartar el culto a los muertos entre las primeras actividades del hombre. La representación de los dioses de la muerte no tiene titubeos: el esqueleto. Los cronistas del siglo XVI, lógicamente, amoldaron a su propia idea y sin respeto, las concepciones mesoamericanas, llamándole infierno al reino de Miclantecuhtli; ya fue condenar y sin la galanura poética de Dante; para el indígena era el sitio a donde iban quienes morían; punto. Cuando apareció la costumbre del entierro secundario, los huesos fueron cubiertos con pintura roja, y ese color terminó distinguiendo a estos dioses; cabría investigar si fue generalizándose por el Preclásico Medio, cuando la influencia olmeca, razón tomada de haber tenido ellos al rojo por distintivo, es la tonalidad en su territorio y allá situaban el Tlalocan o paraíso, pero paraíso terrenal, práctico, para disfrute del hombre común y no para quienes con su vida negaran los más brillantes atributos de la misma. No creyeron en otro mundo, sino en otros mundos o cielos, y esto suponía la idea de otra vida. En Diego Muñoz Camargo se mira con toda claridad, cómo el nahuismo llevaba por el camino de la transmigración de las almas. Creían que las personas bondadosas reencarnaban en animales nobles, y las de mala conducta, en sabandijas. Los totonacas ponían, frente a los mausoleos de sus tumbas, al nahual, para que continuara protegiendo al difunto, y en la parte posterior dejaban un conducto, para la

comunicación de la cámara mortuoria con el mundo exterior. Gerónimo de Mendieta inscribió al Tlacatecólotl como candidato a Diablo; según parece, no fue candidato del partido en el poder, y siguió en plan de tecolote, asustando a los ingenuos; había muchos que pensaban, les habían lavado el cerebro, que tales aves nocturnas anunciaban la muerte, y en México, aún hay quien recuerda la frase: "cuando el tecolote canta, el indio muere"; con razón más pragmática consideraban de mal agüero el encuentro de alacranes o culebras.

Para ligar a la muerte con el cielo, habían encontrado la cuadratura del círculo. Consideraban la muerte del Sol cada medio día, y cada media noche nacía de nuevo. Al morir, una etérea reencarnación de las mujeres muertas en el parto, denominadas cihuateteo, cihuapi-piltzin, con grado de capitán, escoltaban el cadáver, para entregarlo, mediando la noche, a la escolta de los guerreros muertos en combate. La luna, y las estrellas, tenían su propio ritmo de muerte y resurrección. Entre los mayas, Ah Puch era el dios de la muerte; para Sahagún, en el apéndice al tercer libro, Mictlantecuhltli también recibía los nombres de Tzontémoc o Aculnahuácatl, aun cuando a Tzontémoc se le ha considerado el sol que cae, al occidente, o aplicado a los astros, los que caen de cabeza. Ya J. Eric S. Thompson ha publicado jugosa nota en torno a dioses descendentes; en El Tajín es diáfana su liga con la muerte, pero la figura típica del Tzontémoc es la magnífica lápida de Tzicoac, hoy en el Museo Nacional de Antropología, con un complejo de atributos, acaso para significar la muerte de varias divinidades representativas y su incorporación a la tierra, con la muerte. Había también unas creaciones de su fantasía, las "fantasmas de tzitzimilcoleletli duende", como escribiera Hernando Alvarado Tezozómoc; el pueblo las temía. Para Clavijero, aun cuando se ignora la fuente, una Cicímitl fue abuela de Mayahuel, y para Sahagún, que las trató frecuentemente, la credulidad nativa decía, en las tinieblas del fin del xiuhmolpilli "vendrían y descenderían los tzitzimime, que eran unas figuras feísimas y terribles, y que comerían a los hombres y mujeres"; tan lúgubre pronóstico podía ocurrir también al amparo de la oscuridad ocasionada por los eclipses. Alvarado Tezozómoc adelantó más el esclarecimiento, cuando al glosar la época del Ilhuicamina dijo: "iban acabando un dios de piedra, que le llamaban Tzitzimítec, Ilhuizatztizique, ángeles de aire, sostenedores del cielo: otro nombre que les ponían a estos ídolos Petlacotztiziquique, tenedores del tapete de caña", y para la consagración del Teocalli Mayor, por Ahuizotl, fue la ceremonia en el "templo alto que llamaban Tzitzimime", tal vez el "arma secreta" por la cual, un pueblo ingenuo soportaba la sujeción.

En cada lugar consideraban al Mictlan, o lugar de los muertos, en el norte. Para llegar a él, preparaban el cadáver y lo proveían,

especialmente de papel, para que pudiera pasar entre dos montañas que chocaban una contra otra; con otros papeles debía salvar el camino custodiado por una gran sierpe; con otros, donde lo guardaba una lagartija verde (xochitónal, o la madre-culebra); otros le permitían cruzar los ocho páramos; más papeles eran para salvar ocho collados; otros para librarse de un viento cortante cual navaja (itzehecayan). El difunto debía llevar un perro de color bermejo para que nadando sobre su lomo cruzara el río Chiconahuapan; después, con otros presentes procuraría serle grato a Mictlantecuhtli, para finalmente llegar al punto definitivo, denominado Chiconahumictlan, es decir, noveno estrado, pagando su ingreso con la cuenta de jade que le ponían en la boca cuando el sepelio primario; el secundario se realizaba cuatro años después. La estratificación social había establecido ya tres categorías de residencias póstumas: una para el ciudadano común; otra, el Tlalocan, para muertos de rayo, ahogados, leprosos, bubosos, samosos, hidrópicos. La más encumbrada categoría era para los guerreros; acompañaban al Sol, y a los cuatro años transmutaban en aves de ricos plumajes. Así era el ámbito donde reinaba Mictlantecuhtli, un dios que perteneció al pasado, con su pelo crespo, con su rojo color distintivo, con su ornamentación de papel y con una de las más tremendas infiltraciones en la sensibilidad mesoamericana; pero, curiosamente, al menos entre los totonacas, un dios bueno, porque no era él quien provocaba la muerte, ni quien acogía el cuerpo, este último quehacer era de Tlaltecuhli; él era un anfitrión que sabía reír, cual ríe su escultura en el Museo de Jalapa, con la placidez contagiosa del solar jarocho.

En todos los pueblos, la ocupación sacerdotal, intermedia del hombre y el misterio, principió siendo eventual, para terminar de tiempo completo. En Mesoamérica, llegó a tener escuelas para la formación profesional, y quedó estratificada. Básicamente, había un bajo clero, en los pueblos pobres, y un alto clero en los puestos directivos y en las áreas mejor pagadas. No hay datos para vislumbrar si los ascensos eran a base de méritos, o había, finalmente humanos, el complicado tráfico de la vida. En Zempoala, Ver., donde Cortés dejó un paje, que luego fue religioso y proporcionó a Bartolomé de las Casas magnífica información, la dignidad máxima la tenía un sacerdote con equivalencia de sumo pontífice, pero queda la duda de que hubiese comprendido, bajo su autoridad, a la nación totonaca, cuando parece no haber pasado del Totonacapan del sur. Quedan suficientes indicios para considerar al clero alto, participando en la investigación científica y en la divulgación de alta cultura; en el caso de Zempoala, con especialidad en la historia, como también ocurría en Michoacán, donde su *Relación*, al ocuparse del petámuti o sacerdote mayor, dice "contábales allí toda la historia de sus

antepasados: cómo vinieron a esta provincia y las guerras que tuvieron, al servicio de sus dioses; y duraba hasta la noche... Esta historia sabía aquel sacerdote mayor y enviaba otros sacerdotes menores por la provincia, para que la dijese por los pueblos, y dábanles mantas del caciques", de donde no era solamente historia sagrada, y actuaban a manera de conferencistas. También había mujeres en ocupaciones religiosas, consagradas a ello por sus padres desde la infancia, o voluntarias; Torquemada dice había unas por voto, "unas prometían estar un año, otras dos, otras más... estos votos hacían... porque estaban enfermas... por que les diesen buen marido o hijos". Recibían denominación de cihuatlmacazqui (sacerdotisa) o cihuauaquilli. Se cortaban el cabello, eran muy hacendosas, y aun cuando en varias ceremonias actuaban junto a sacerdotes, decían que todo era muy honesto.

Sahagún, refiriéndose al sacerdocio tenochca dice de los dos principales, Quetzalcóatl-Tótec tlamacazqui, Quetzalcóatl Tláloc tlamacazqui, a quienes llama "sumos pontífices", encargados del santuario de Huitzilopochtli y el de Tláloc, en el teocalli mayor de Tenochtitlan, los cuales designaban al Mexícatl, algo así como director del seminario, Calmécac, con instrucciones de castigar a sacerdotes pecadores, asistido por un subdirector, llamado huitznáhuac tehuatzin. La circunstancia de nombrar a otro, Tepantehuatzin, con funciones de director general de seminarios foráneos, hace pensar en el central para el grupo dirigente, y otro para una categoría secundaria. En este campo, el franciscano enumeró 39 sacerdotes caracterizados. Debíó existir una espesa muchedumbre, porque su *Relación de los edificios del Gran Templo de México*, enumera 78; debieron tener un personal tremendo, como para dejar sin vigencia el artículo 130 de la Constitución y, al menos en la metrópoli, había mujeres consagradas exclusivamente al culto religioso, a tal grado, que desempeñaban la función sacerdotal, o hacían vida monástica.

También resulta humano que hubiera sacerdotes consagrados en alma y cuerpo, a las tareas específicas de su ministerio, y un clero político, amante de la buena vida o de probar su influencia en la vida pública, moviéndose dentro de las cortes y actuando en la intriga palaciega. Para los gobernantes era cómodo disponer del sacerdocio cuando se agotaban las razones políticas; este consorcio de ayuda mutua les dio resultado, aun cuando se ignora la opinión popular, si llegó a formularse un día. El pueblo sí participaba grandemente para sufragar el gasto. Alonso de Zurita supo cómo en Tezcoco, para el sostenimiento del sacerdocio, y éste algo le participó a los dioses, disponían, a la manera feudal, de quince pueblos cabeceras, incluyendo a los de sus respectivas jurisdicciones; "Demás de los pueblos,

tenían muchas y muy buenas tierras aplicadas a ellos... y las arrendaban o las labraban para los templos, personas que daban para ello su trabajo por devoción... y se encerraba en trojes y aposentos del templo... y de allí se sacaba para hacer las fiestas y otros gastos que hacían en honra de sus ídolos, y para el sustento de los ministros de ellos, que eran muchos... También eran muchas las ofrendas que se daban, y los Señores daban cierta parte de sus tributos"; pero tampoco es posible formular juicio, porque no se dispone de ninguno de los cortes de caja que rendía el sacerdocio a sus divinidades. Finalmente, aquellos intermediarios, al transcurrir de siglos, habían ido considerando que tal actividad les untaba un poco de divinos poderes, y en sus conciencias, y en el temor de los demás iría creciendo la transfiguración. Por las esculturas, representaciones en códices, y noticias de los cronistas, es evidente que llegaron a creerse, no trabajadores para un fin mundano, sino parte de los dioses, al grado de ponerse sus ornamentos para suplantarlos en la tierra.

En tomo al rito de la religión mesoamericana, se han venido manejando las ideas fanáticas que produjo en España la lucha contra los moros, o la Reforma, y las represiones tremendas, volvieron a los nativos herméticos al contestar preguntas relacionadas con su religión. De todos modos, un fuerte caudal pudo acopiarse; pero sigue faltando una comprensión libre de prejuicios, mas exenta de obligados moldes europeos. Por eso es un cristalino remanso encontrar a Clavijero, jesuita, sosteniendo: "Si los españoles que escribieron la historia del reino de México no se hubieran olvidado de lo que antes había sucedido en su península, no se hubieran admirado tanto de los sacrificios de los mexicanos". Matar a un ser humano debe condenarse siempre; matarlo en la guillotina, en la cámara de gases, en la horca, o en la guerra, quieren que no signifique sacrificar una vida humana. Los mesoamericanos tenían la pena de muerte, y conforme a sus leyes, y posibilidades, ordenaban ejecutarla. Jamás tal cosa revistió características de una hecatombe, porque materialmente no estaban en condiciones de realizarla; carentes de armamento destructivo, no sacrificaron diez millones de seres humanos como en la primera guerra europea, ni dispusieron de una bomba para carcajearse de Hiroshima.

Por ese fenómeno de la renovación incesante, los viejos ritos languidecen, cual danzas típicas en sus regiones, y los investigadores, ahora, trabajan desentrañando sus identificaciones. Un sacerdote, mentado tonalpouhque, tenía la clave de una especie de calendario religioso, el Tonalpohualli, sin excusa de su libre albedrío. Tal vez la función más popularizada fue a manera del más antiguo Galván, para encontrar el nombre de la criatura recién alumbrada; disponían de veinte nombres, que se multiplicaban con anteponerles números del

uno al trece, y siendo tan fiestero y discursero el mexicano, era oportunidad para francachelas y largos cuanto tediosos discursos. Había quienes hacían penitencia, o cualquier acto de culto en ciertas horas del día, o cada día; un socorrido período de ayuno era de cuatro días. Como lo equivalente a la semana contemporánea era un período de cinco días, marcaban un ritmo del culto, y teóricamente la fiesta obligatoria era la de cada veintena, impropriamente llamada mes, para 18 en el año; pero siendo los dioses generalmente casados y divertidos, encontraron pretexto para comenzar la celebración futura en mediando la que cursaba, con lo cual reducían a diez días el pretexto. Había otros periodos, como los de cuarenta y ochenta días, Al cerrarse la cuenta del Tonalpohualli, cada 260 días, ameritaba jolgorio, y eso destapaba las oportunidades, porque principiaba en uno cipactli; debía conmemorarse uno xóchitl, y todas las incidencias cabalísticas. También año con año había ritos en los equinoccios, solsticios, pasos del Sol por el cenit, inicio de las estaciones, fases de la Luna, de Venus, estrellas, constelaciones; al ajustarse 365 días; cada cuatro años, en que los conductores (ácatl, técpatl, calli, tochtli) daban la vuelta, y cada ocho años por el culto a Venus. Cada trece años cerraba un Tlalpilli, y cada 52 un Xiuhmolphilli, para no seguir al infinito en celebraciones. Hoy resulta desesperante contemplar tanta fiesta ritual; pero, en descargo, sólo pocos ayunaban o mortificaban su cuerpo, desvelándose, o sacándose unas gotas de sangre, y sobre todo, sin que hubiera sido satisfactoria la situación de los grupos populares, no deja de sugerir tanta fiesta, un pueblo plácido, ni deja de presuponer cierto margen económico para solventar el gasto. Si todo aquello acredita el calificativo de malo, fue substituido por algo que, al menos en el coloniaje, de ninguna manera fue mejor.

Bibliografía

- Alva Ixtlilxóchitl, Fernando de, *Obras Históricas*. Secretaría de Fomento, México, 1891.
- Alvarado Tezozómoc, Hernando, *Crónica Mexicana*. Ed. Leyenda. México, 1944.
- Barba de Piña, Beatriz, *Tlapacoya, un sitio preclásico de transición*. Ed. Acta Antropológica, México, 1956.
- Benavente, Toribio de (Motolinia), *Historia de los Indios de la Nueva España*. Ed. Chávez Hayhoe, México, 1941.
- Burgoa, Francisco de, *Geográfica descripción*. Archivo General de la Nación, México, 1934.
- Caso, Alfonso, e Ignacio Bernal, *Umas de Oaxaca*. Instituto Nacional de Antropología, México, 1952.
- Caso, Alfonso, *El Pueblo del Sol*. Fondo de Cultura Económica, México, 1962.
- Clavijero, Francisco Javier, *Historia Antigua de México*. Ed. Porrúa, México, 1945.

- Codex Magliabecchiano*. Danesi, Rome, 1904
- Códice Borbónico*. Copia del Instituto de Antropología, Jalapa, Ver.
- Códice Chimalpopoca*. Universidad Nacional, México, 1945
- Códice Laud*, en *Antigüedades de México*. Secretaría de Hacienda, México, 1964
- Corona Núñez, José, *Mitología Tarasca*. Fondo de Cultura Económica, México, 1957
- Historia de los mexicanos por sus pinturas*. En *Relaciones de Texcoco*. Ed. Chávez Hayhoe, México, 1941
- Histoire du Mechique*, en A. M. Garibay, *Teogonía e Historia de los Mexicanos*. Ed. Porrúa, México, 1965
- Landa, Diego de, *Relación de las cosas de Yucatán*. Ed. Robredo, México, 1938
- Leyenda de los Soles*, en *Códice Chimalpopoca*. Universidad Nacional, México, 1945
- Libro de Chilam Balam de Chumayel*. Universidad Nacional, México, 1941
- Manuscrito de Chichicastenango (Popol Buj)*. Guatemala, 1927
- Medellín Zenil, Alfonso, *Cerámicas del Totonacapan*. Universidad Veracruzana, Xalapa, Ver., 1960
- Mendieta, Gerónimo de, *Historia Eclesiástica Indiana*. Ed. Chávez Hayhoe, México, 1945
- Morley, Sylvanus G., *La civilización maya*. Fondo de Cultura Económica, México, 1947
- Motolinia (Benavente), Toribio de, *Memoriales*. Ed. L. García Pimentel, México, 1903
- Muñoz Camargo, Diego, *Historia de Tlaxcala*. Ateneo Nacional de Ciencias y Artes, México, 1947
- Ortega, José, *Maravillosa reducción y conquista de la provincia de San José del Gran Nayar*. Ed. Layac, México, 1944
- Ponce, Pedro, "...del Partido de Tzumpahuacan", en Garibay, *Teogonía*. Ed. Porrúa, México, 1965
- Relación de las ceremonias, ritos, población y gobierno de los indios de la provincia de Michoacán*. Ed. Aguilar, Madrid, 1956
- Ruz Lhuillier, Alberto, *La civilización de los antiguos mayas*. Instituto Nacional de Antropología, México, 1963
- Sahagún, Bernardino de, *Historia general de las cosas de Nueva España*. Ed. Robredo, México, 1938
- Sáenz, César A., *Quetzalcóatl*. Instituto Nacional de Antropología, México, 1962
- Thompson, J. Eric S., *Grandeza y decadencia de los mayas*. Fondo de Cultura Económica, México, 1959
- Torquemada, Juan de, *Monarquía Indiana*. Ed. Chávez Hayhoe, México, 1943
- Zurita, Alonso de, *Breve y sumaria relación*, en *Relaciones de Texcoco*. Ed. Chávez Hayhoe, México, 1941

7. Filosofía

SI POR FILOSOFÍA es fuerza entender un enredado libro impreso en caracteres alfabéticos, visado por algún descendiente de Platón, o de Aristóteles, entonces, no hubo filosofía en Mesoamérica; pero si filosofía es el esfuerzo humano hacia el conocimiento verdadero de la naturaleza, o un pensar crítico, no se mira cómo pudo estar impedido para ello el hombre de América. Un griego antiguo tenía derecho a ser llamado filósofo, si amaba la sabiduría, y esta sabiduría era un conjunto de conocimientos correspondientes a su época y sociedad. "El conocimiento filosófico, si lo que hemos venido diciendo es cierto —dice Bertrand Russell—, no difiere esencialmente del conocimiento científico. . . La filosofía se distingue de la ciencia solamente en que es más crítica y más general. . . Pero al decir que la filosofía es crítica, no se quiere decir que trate de criticar el conocimiento desde fuera." El conocimiento, en el hombre, ha sido una heroica y constante marcha de superación, y aun cuando, al decir de M. A. Dynnik, "la filosofía ha sido siempre la concepción del mundo de determinados grupos o clases sociales" termina siendo patrimonio colectivo, porque también tiene proyecciones al futuro, como lo ha escrito Leopoldo Zea: "su importancia ha estribado, precisamente, en su capacidad, no sólo para plantear los problemas que la han originado, sino para anticipar soluciones adecuadas a estos problemas". En el caso americano, para seguir con Zea: "si algo caracteriza a la filosofía en América es su preocupación por captar la llamada esencia de lo americano, tanto en su expresión histórica y cultural, como en su expresión ontológica".

En el caso concreto de Mesoamérica, ya Miguel León Portilla publicó la *Filosofía náhuatl*, en donde consideró aquellos aspectos contenidos en los textos escritos con caracteres latinos, y no sólo se impone calar en los códices prehispánicos, lo cual es imperativo, sino recurrir a otros medios del conocimiento. Samuel Ramos, cuando, seguramente con limpia sinceridad, se preguntaba si había existido, entre los antiguos mexicanos, la filosofía, y pretendió asomarse a la superficie de la cultura nativa, dice: "Faltó sin duda a los aztecas la

conciencia del conocimiento racional, como algo distinto a las representaciones religiosas. No llegaron por lo tanto a comprender la posibilidad de un conocimiento científico, ni siquiera aun a la noción de la ciencia"; y no vale la pena un examen puntualizado de lo anterior, porque los avances actuales en el conocimiento de aquella cultura, lo relevarán; en este caso, la metodología reclama revisión. Más afortunado estuvo Salvador Domínguez Assiayn mirando cómo "En la alta teogonía náhuatl, Ometecuhli no era un hombre, sino un principio astronómico, físico y espiritual. Ellos admitían la inmortalidad de la energía y de la materia, reconociendo la contemporaneidad de ambas... El calor era la primera manifestación de todo lo existente."

Para centrar el método, conviene oír una voz enterada íntimamente y al mismo tiempo lejana, como la de Melville J. Herskovits investigando en el viejo Dahomey: "En una cultura tan altamente organizada como la del Dahomey, donde el superávit económico ha hecho posible el ocio para las clases gobernantes y sacerdotales, no había de faltar oportunidad para el desarrollo de una filosofía complicada sobre el universo. Un dahomeyano de la clase superior no necesita limitarse a describir ejemplos concretos cuando se discuten los amplios conceptos en que se apoya una práctica religiosa diaria; y si se le hacen preguntas sobre la naturaleza del mundo en conjunto, o sobre principios abstractos tales como el de la justicia o el occidente, sabe qué responder." Trasladado lo anterior a Mesoamérica, no es posible inventarle una incapacidad al hombre de aquí. Por separado, Eli de Gortari, mentalidad efectivamente dialéctica, puso los guiones para una futura metodología en los horizontes Formativo, Clásico, pero, en el caso mesoamericano, también valederos para el Horizonte Histórico, es decir, un método científico.

No hay en la naturaleza, y el hombre no podrá salirse de ahí, nada que no esté sujeto a la evolución. A estas fechas, causaría estupor si alguien pudiera no reconocer el proceso evolutivo de los artefactos, de las instituciones, de la ciencia, o de las ideas; esperar que la filosofía hubiera nacido, por generación espontánea, en un cerebro seleccionado por la divinidad, para crearla en ese minuto exacto, es perder la más elemental condición para entrar al campo de la ciencia; la filosofía viene acompañando al hombre por la esarpa de su historia y habrá de seguir ascendiendo con él. Más ingenua es la otra consideración: conmovería la simpleza de quien, para dibujar el perfil de un político, pretendiera intentarlo ateniéndose a las palabras, en lugar de a los hechos. En el caso de la filosofía mesoamericana, y dada la peculiaridad en su escritura, más que por las palabras, debe conocerse por los hechos. Finalmente, para no alargar esta nota y en cuanto al proceso mental; conviene trabajar más intensamente la línea



*La mariposa (el alma) deja el cráneo como deja las corolas
(Zapototlán, Ver.)*

de la intuición. Ya se ha venido señalando, aislada, intermitentemente, la presencia de una mentalidad intuitiva, y se acentúa el énfasis como para considerarla extra o antilógica. Nada sería más incorrecto. Quien conozca bien el discutir de una comunidad indígena sabe, por paciencia bien probada, lo tesoneramente razonadores que son; pero cuando han llegado a conclusiones definitivas para el mayoritario interés de la comunidad, archivan la experiencia, que habrán de seguir utilizando, aun cuando en el futuro deja la impresión de ser un acto intuitivo, y ciertamente, así se formó la intuición; es un acto lógico, instantáneo casi de tan reiteradamente razonado, y fenómeno similar debió haber originado el instinto; ya en función histórica, el instinto corresponde al nivel más antiguo, la intuición al medio, y la razón en el contemporáneo; una experiencia de siglos, que no pudo descargar en la escritura sus largos procesos lógicos, aparece como intuitiva, lo cual no deja de ser una fortuna para las resoluciones, aun cuando vuelva penosa la busca de su razón.

Al hurgar hoy en el mundo de noticias que los hombres del siglo XVI transmitieron, resalta el hecho trascendente de que los indígenas contestaron a cuanta pregunta se les formuló, y en el caso de no tener el dato, de ignorar, de igual manera fueron categóricos y probos; así, ahora debe deplorarse que no los hayan interrogado en torno a los asuntos filosóficos; ¿los debatidos hoy?, o lo que los españoles del siglo XVI, y en la Nueva España, consideraban filosófico; porque ni las palabras conservan el mismo significado, ejemplo: policía, era cortesanía, hoy lo contrario. No más llanto. Espigando en los cronistas; Alva Ixtlilxóchitl da como primera relación la iniciada con estas palabras: "Los tultecas alcanzaron y supieron la Creación del Mundo y cómo el Tloque Nahuaque lo creó, y las demás cosas que hay en él, como son planetas, montes, animales, etc.; asimismo supieron cómo creó Dios al hombre y una mujer de donde los hombres descendieron y se multiplicaron, y sobre esto añaden muchas fábulas que por excusar prolijidad no se ponen aquí; y no es de espantar, que lo mismo han hecho las demás naciones del mundo." No se trata de discurrir si lo anterior es filosofía kantiana o existencialista; es filosofía mesoamericana de una época determinada, y en donde, lo que menos falta es el examen crítico; el tezcocano se negó a escribir fábulas, puso lo considerado cierto en aquella escuela del conocimiento. ¿Que la creación abarcaba pocos años atrás?; el hombre ha ido corriendo esta fecha de manera incesante. ¿Que no se trataba del verdadero Dios ese Tloquenahuaque? Lo mismo habría opinado en España un mesoamericano que hubiera ido a conquistarla. ¿Que su conocimiento de planetas, montes y animales, era imperfecto? Ya se ha probado lo contrario. ¿Que hacían descender a sus naciones de una pareja humana? Era, y es, más estrecha esa mente occidental que, de una pareja con-



*Síntesis del universo (tierra, cielo, árbol-sostén)
("Candado" totonaca, Museo de Jalapa)*

creta y única, quiere hacer descender a toda la humanidad. Por cuanto a la época, de momento la noticia de Alva Ixtlilxóchitl principia cinco mil años antes de la Era, y por ahí andaba la cifra de la cristiandad, tomando ambos el mismo cambio cultural. Puede muestrear-se uno de sus momentos estelares; cuando convocan a un congreso científico, en el año 115 y, se pusieron de acuerdo en tomo a varios asuntos científicos, destacando los astronómicos y el ajuste perfecto del calendario. Cuando Alva Ixtlilxóchitl tradujo los códices de sus antepasados, no era empleada la denominación astrónomo, sino astrólogo, de ahí que con ella califique a Huematzin, fallecido en Tula; este Huematzin aparece como gran filósofo; en Tlaxicoliucan, cuando el grupo rebelde había perdido la guerra de Huehuetlapalan, aconsejó el éxodo, y en sus palabras aparece, no como erudito, sino como filó-

sofo de la historia, conocedor de la periodicidad mesoamericana, de la capacidad con la cual se regeneraban las tierras, en relación con sus tecnologías agrícolas y, cómo esos factores económicos, repercutían en el derrumbe o crecimiento de la población. Esa misma capacidad con la cual abstraía las leyes generales en una serie de fenómenos individuales, conformaron la visión geopolítica durante la peregrinación, y seleccionó sabiamente la fundación de Tula, en cuyo mirador étnico y con impecable lógica, presintió, intuyó el desenvolvimiento de los otomíes y, antes de morir, compiló una enciclopedia, donde se contaban a más de sus historias, los conocimientos científicos en general, incluyendo a la filosofía, la moral, y el arte. Un día se meditarán profundamente los alcances del Teoamoxtlí; al instante, sea suficiente destacar el conocimiento enciclopédico de Huematzin y, como lo asentó textualmente Alva Ixtlilxóchitl, su categoría filosófica. Sin embargo, hay en el cronista tezcocano datos para dudar de la realidad en torno al filósofo, y son, hacerlo abarcar el periodo del año 427 al 719, con lo cual parece asignarle una vida de 292 años, casi trescientos, y así es en sus páginas: "murió de edad casi de trescientos años"; exagerado, pero no falso, simplemente distinto. Suponiéndolo muy viejo al morir, habría vivido un Huehuetiliztli, 104 años; en él deberá mirarse a una serie de sabios, de filósofos, manteniendo, acrecentando, transmitiendo, una doctrina, una escuela de sabiduría, que terminaba (719), para dejar paso a la que nacía. Los *Anales de Cuauhtitlan* son lapidarios al registrar este principio el año 720: "8 técpatl... Edad del Quinto Sol", con perdón del amanuense, del paleógrafo, y del traductor.

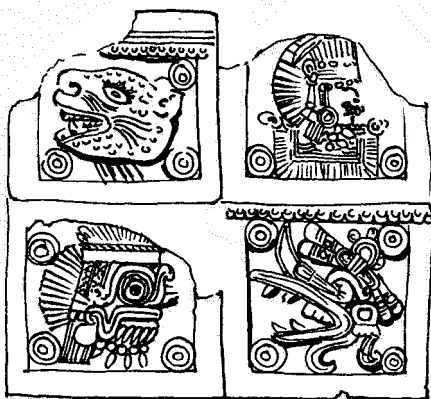
Para la mentalidad mesoamericana, se imponía un ajuste que facilitara la memorización, y no vale la pena regatear muy pocos años para fijar la fecha clave del final un año 13 calli (725), preparando el nuevo ciclo de 260 años, que había de terminar el 985 tan comentado. En este periodo tuvo su auge la filosofía de Quetzalcóatl. Con él, se trata de un complejo muy amplio, que conviene desglosar en cada ramo, para quedarse con el héroe cultural como la personalidad más brillante del periodo. Cuesta mucho trabajo forjar un panorama de su doctrina; las noticias fueron proporcionadas por cofrades de una nueva, juvenil corriente, que consideró a la de Quetzalcóatl reaccionaria, caduca; sin embargo, parece que sus más limpios resplandores ocurrieron en el cielo de la ética; es al menos, la tónica dominante de los datos. La última gran figura en el campo del filosofar parece haber sido Netzahualcóyotl, aun cuando su actividad fundamental no haya sido la de filósofo; sin embargo, es conveniente recordar que las actividades científicas o artísticas en Mesoamérica, no se preocupaban por transmitir nombres propios; fue tarea de conjunto, y lo realizado individualmente se consideraba sólo parte del patrimonio común.

Caro a toda meditación ha sido el tema del origen del mundo, su creación, y el principio del hombre. Los mesoamericanos terminaron sintetizando su largo discurrir, en la *Leyenda de los Soles*. Un primer examen revela que glosa varias escuelas filosóficas, y tan sólo en su carácter historicista ya presenta variadas concepciones. Alva Ixtlilxóchitl, representante de la escuela tezcocana, usó cuatro periodos de 13 Huehuetiliztlis cada uno, es decir, de 1 352 años por edad. Los informantes de Motolinía, seguramente tlaxcaltecas, le dieron a las Edades el ciclo del gran ajuste calendárico, 1040 años a cada una. Los documentos básicos para los códices *Vaticano Latino* y *Telleriano Remensis*, en afán de precisión histórica señalan, y ésa sería una tradición en el Valle de México, periodos de 1 358 años, 1 248, 1 050, y 1 048 que, desentendiéndose de los detalles, parece mixto; las dos fechas más largas debieron corresponder a la escuela tezcocana u otomí, en tanto las más cortas a la escuela tlaxcalteca o popoloca (olmeca). Por último, si no genuinamente mexicana, sí vuelta oficial en Tenochtitlan, una escuela moderna les asignaba 676 años a cada edad, producto de 13 xihmoltpillis, que son desde luego, la mitad tezcocana, y con la cual, hacían principiar su creación por el año 2109. En otras palabras, los más antiguos actos de Tezcoco eran para el principio del vivir sedentario, agrícola; los más recientes, en Tenochtitlan, a partir de la invención de la cerámica. Esta nueva escuela quedó esculpida en la Piedra de los Soles, parece haber sido la considerada en la *Historia de los mexicanos por sus pinturas* y es exactamente la del documento denominado *Leyenda de los Soles*: "Este Sol nahui ocelotl fue de 676 años." Lo anterior era en la ciencia de la historia. En el campo geográfico, los quichés lo expresaron bellamente; primero el ciclo infinito, luego el mar, la luz, y la sombra; después, el agua se apartó para que surgieran las montañas: "El agua no se retiraba aún. Que se vacíe el agua para labrar la tierra y que aparezca la superficie de ella como un plato." La ciencia biológica presintió al darvinismo en la escala zoológica: en la Primera Edad, los peces; las aves, en la Segunda; en la Tercera, los monos; en la Cuarta, hombres gigantes. El muestreo anterior sería la presentación de los hechos científicos; faltaría tantear la generalización, abstraer lo esencial; y lo hicieron a su modo, considerando que todo se originó partiendo de un principio, que fue, según cada escuela filosófica, el aire, el fuego, el agua, la tierra. La página 36 del *Códice Borgia*, trata del nacimiento de Quetzalcóatl como Ehécatl, dios del aire, y es el mito cosmogónico, la creencia de que había sido el aire principio de todas las cosas; con el tiempo, esta corriente filosófica parece haber decaído, pero todavía en los últimos años, cuando Tezcatlipoca enseñoreaba el panteón, se le concebía como Yohualiehécatl, el viento nocturno, salido de la negrura de la noche, y el mito más divulgado para explicar la creación, seguía siendo

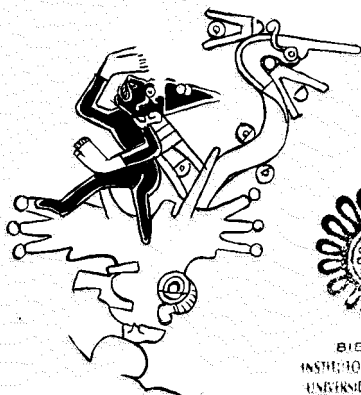
el que contaba el viaje del dios Ehécatl al Mictlan para, con los huesos de sus antepasados, hacer la nueva generación. La escuela que pensaba en el agua, conservaba sus bastiones. En la *Histoire du Mexique*, y bajo el rubro, "Mito cosmogónico de Chalco", quien haya sido, si no fue Olmos, anotó: "En otra provincia llamada Chalco cuentan haber sido el agua la primera causa del mundo, no saben empero quien la hizo", y como de alguna manera Chalco parecía vivencia olmeca, sería interesante ahondar esta corriente. Por cuanto al fuego, Eli de Gortari lo ha razonado: "con el uso del fuego, el hombre consiguió el dominio de una energía física poderosa y un agente químico sumamente activo, dando el primer gran paso en la emancipación de su servidumbre del medio ambiente", y en su teogonía, Huehuetéotl, el dios viejo, y el más viejo, lo era del fuego. Con respecto a la tierra, los dioses la crearon para morada y sustentación del hombre; Tlaltecúhtli e Ilancuéytl eran los dioses de la tierra como planeta, divisible y dividido en tierra y agua; para la tierra tierra, otro era el dios, y para el agua agua, otra la diosa.

Si lo anterior es poco en un enfrentamiento cosmogónico, la mente audaz de aquellos investigadores llegó hasta la galaxia. Su símbolo calendárico parece haber sido cuetzpallin (lagartija), con funciones de creación, procreación; Gonzalo Aguirre Beltrán anotó: "El Cuetzpallin tenía además otra significación análoga: la de fecundidad. En las imágenes trazadas de modos diferentes en los manuscritos en que los varios signos del día se refieren a las partes corporales de un hombre, el cuetzpallin es símbolo, unas veces, del pene, otras, del útero." En la Piedra del Calendario parece fundir sus atributos con la Xiuhcōatl, en la versión altamente mágica de lagartija con dos colas, y circundando al universo conocido. También parecen haber coincidido en observar el aspecto lechoso de la Vía Láctea, porque según los *Anales de Cuauhtitlan*, Mixcōatl, el arquero celeste, capitaneaba, en esa región, un ejército numeroso de astros, los Centzon Mimixcoa y los Centzon Huitznáhuac, los innumerables astros del norte, y los del sur, a quien Itzpapálotl, el planeta Venus, opacó, metafóricamente, se tragó, escapando Mixcōatl oculto en una biznaga, contra la cual arremetió también, pero en donde la flechó el Guerrero del Norte. Mixcōatl, en la *Leyenda de los Soles*, procreó a los mixcōatl que fueron criados por Mexitli con leche de biznaga; si sólo fue intuición el situar al sistema solar en la galaxia llamada Vía Láctea, mostraron mucho tino.

Sería fortuna extraordinaria encontrar al Jenófanes chichimeca, pero el complejo mesoamericano de inferioridad, se puede consolar. No creían los aborígenes que los dioses fueran inmortales; ya sería ejemplo sobrado la reiterada tradición, según la cual, habían muerto los viejos dioses y fueron creados otros en Teotihuacan, y a los días actuales ha llegado un drama divino; la lucha mortal de dos dioses,



Una teoría de la evolución (Piedra de los Soles)



Uno de los soplos creadores (C. Borgia)

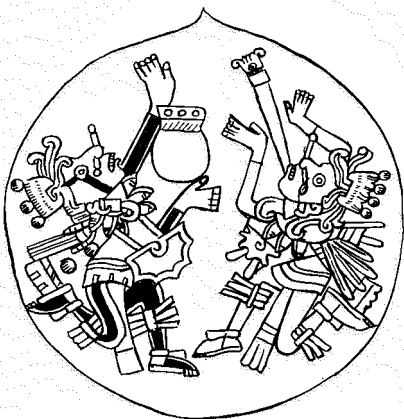


BIBLIOTECA
INSTITUTO DE ANTROPOLOGÍA
UNIVERSIDAD VERACRUZANA
XALAPA, VER.

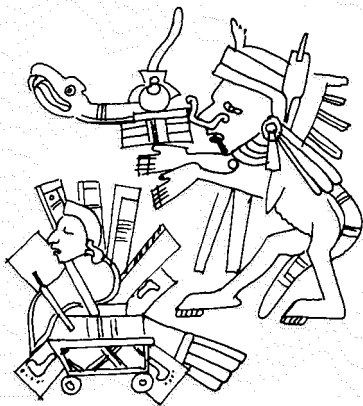
Quetzalcóatl y Tezcatlipoca, pelea en donde la emplumada serpiente muere. Aceptar la muerte de un dios tan cuando, no dejaba de ser una lección trascendental: había un espíritu crítico casi temerario, que no se atreverían a ejercer muchos y muy temerosos filósofos contemporáneos. Que los hombres hacían los dioses a su imagen y semejanza, también era evidente: Tlazoltéotl era representada como Huasteca. Un mismo dios, Macuilhóchtli era, tenía las características físicas mayas en Yucatán, totonacas en Zempoala, o mexicas en Tenochtitlan, y la ingenuidad sublimada sería para quien creyera que no habían visto trabajar al escultor o al pintor, mientras hacía la imagen de un dios. Esto debió plantearles la consideración entre concepto de la divinidad y representación de la misma. Ya en el estado de aquellos conocimientos, y de su evolución artística, debe considerarse que las representaciones de sus deidades eran más antropomorfas que fitomorfas o zoomorfas. En el pueblo continuaban arraigadas prácticas de nahualismo y las trasladaban a sus dioses; no creían que la serpiente fuera un dios, era el nahual de un dios: Xólotl no era un dios cóyotl, el coyote fue nahual de Quetzalcóatl. Pero había mentes lúcidas, culturas respetables que llegaron a concebir, como en el caso de Nezahualcóyotl, a un dios impersonal, inmaterial; mas, este concepto, actualmente, sigue siendo raramente comprendido entre los fieles de las religiones contemporáneas; el Tloquenahuaque se había desprendido de muchos atributos de Tezcatlipoca para quedar en Yohualhécatl, e iba camino de quedar en simple viento, exhalación, vaho.

En torno al hombre: ciertamente no tenían una teoría tan satisfactoria como los modernos enfoques físicos químicos; pero sí concebían una evolución larga, lenta, en la cual, penosamente, sufriendo verdaderas catástrofes, el hombre se había ido superando; mas, no ignoraban la verdad en el cotidiano reproducirse de los hombres, y por cuanto a su destino final, creían, como sigue creyendo la mayoría de los pueblos, en un culto a los muertos, elemental deber de solidaridad leal; pero siglos y siglos de manejar despojos mortales para el entierro secundario, debieron haber sembrado muy fuertes dudas. Concibieron un espíritu como algo desprendido de los muertos y como algo característico en los vivos, una idea muy semejante a la *psykhé* (alma) griega, que representaron con la mariposa, y en otros casos con el colibrí. Habían observado que todos los hombres, los animales, los vegetales, morían, y conocieron ciclos de reproducción; hasta en los astros, lograron medir su periodicidad, y de aquella experiencia total, substrajeron la suave filosofía en todos los pueblos en torno a lo transitorio de la dicha y de la vida, logrando expresarlo muy bellamente con su lengua cuajada de metáforas.

La marcha de los astros, el soplo del viento, los ritmos de la vida, el ajetreo del hombre, los vuelos de los pájaros, el salto de la fiera,



Alegría por la creación del Quinto Sol (C. Borgia)



El Sol muerto al medio día (C. Borgia)

toda una cadena de movimientos los llevó a la concepción del movimiento, y para ellos, todo se movía, incluso lo inanimado; chocaban los cantiles moviéndose para cerrar el paso a quien marchaba camino del Mictlan, y en el concepto de "mana", que todavía sobrevive por la región de Chicontepec, en el rito de Chicomexóchitl, no sólo puede mirarse un animismo primitivo, sino un comienzo de concepción en torno a la vida perpetua, la materia inmortal, generadora constante de vida; la tierra unía sus impulsos vitales a los de la semilla; el agua era una fecunda engendradora de vida; cuando no caía sobre la tierra, ésta, reseca, se volvía una fiera, la sarteneja daba tremendas mordidas; y el calor era indispensable, por eso, cuando el Sol se iba, en el solsticio de invierno, cuando su fuego languidecía, el mundo agonizaba, y cuando terminaba su fuga, y regresaba, la vida volvía; era el drama filosófico del rito a Huitzilopochtli, cuya vigorosa poesía no fue comprendida por los conquistadores, como tampoco es comprendido el drama de Cristo, del solsticio de invierno, a la llegada de la primavera.

Mañana, también podrán realizarse incursiones en el campo de la estética. Día con día se multiplica el acerbo artístico mesoamericano, y ya sus obras recorren el mundo, llevando su mensaje triunfal; pero de nada serviría que un pueblo hubiera elaborado los mejores cánones estéticos, de no haber vuelto realidad ninguno. En el caso mesoamericano, los hechos hablan por la teoría. La evolución científica tuvo su correlativa en el arte, y su doctrina, monolítica, sigue siendo valdera en épocas de nihilismo mercenario y cuando la batahola de copistas ensordece a la creación. Frente al criterio en torno al bien y el mal, Samuel Ramos logró advertir: "En la cultura mexicana aparecen con toda claridad un conjunto de normas éticas que muestran un profundo sentimiento de los valores humanos." Ahí fue donde la cultura mesoamericana logró, seguramente, sus más altas glorias. No fue un regalo gracioso; paso a paso, el hombre construyó su edificio desde sólido cimiento. Eli de Gortari lo descubrió con el inicio agrícola, cuando la producción de alimentos principió a exceder al consumo, "porque no se consumía todo desde luego, sino que se requería conservar y escatimar los granos para que durasen hasta la siguiente cosecha y, por otra parte, era preciso apartar la semilla para la siguiente siembra. Esto hizo que se desarrollara la previsión y la administración de los abastecimientos".

Otros hechos en cadena, condujeron al mesoamericano por el mundo de las normas éticas, que se fincaron, para principiar, en el más justo reparto de la tierra, con el calpulli. Ciertamente que cuando la guerra contra los tepanecas, el recién alumbrado Imperio Tenochca procuró desarrollar la propiedad privada de la tierra, presentándola más que como resultado de un convenio circunstancial, como un acto de justicia; pero la oposición popular encontró los canales adecuados para

frenarla, y si en todas partes era tolerada y favorecida la propiedad para el palacio, El templo, el juzgado; en el fondo, se trataba de instituciones públicas y no personales.

Las relaciones del trabajo, el derecho al producto del trabajo, el mutuo respeto, y sobre todo, el ejemplar espíritu de comunidad, constituían fuertes puntales de una ética muy aventajada para su época. En los espinosos casos de la relación entre gobernantes y gobernados, ésta debía funcionar no sólo dentro de las normas del derecho, sino de la justicia como valor moral, y si las autoridades podían castigar muy severamente las infracciones reales o supuestas, el pueblo tenía derecho, el supremo derecho de insurgencia. Sahagún transmitió muy abundantes conceptos morales, tomados directamente de labios indígenas, y aun cuando pudiera creerse que sólo se trataba de una hojarasca retórica, sin realidad pragmática, lo asombroso es que fue realidad, y queda el testimonio de los cronistas, haciéndose lenguas en elogio a la moralidad indígena.

Con lo anterior no debe suponerse ausencia del mal. Había, y hay en todo grupo humano, conductas antisociales, delinquentes, que los imperios no son congresos de moralistas, ni los reinos una cátedra de moral; pero aquella sociedad se preocupaba por yugular las causas, afinando su ojo clínico en la etiología, y con tareas de prevención social descansadas en la educación, básicamente. Y no se trata de pintar un cuadro paradisiaco, que las naciones uncidas al yugo Imperio sufrían tremendas vejaciones, independientemente de que muchos grupos padecían además a sus caciques; pero frente a los abusos del poder público, de los explotadores individuales, había un poderoso instrumento de lucha, emplazado en las trincheras de la ética: la comunidad.

Hoy existe una filosofía mexicana, y no se juzgaría correctamente creyéndola producto de la cultura occidental; con espíritu conciliador, parece más cuerdo calificarla de mestiza, y esta sería una cómoda transacción; pero en México, el mestizaje ha sido un espejismo de los apresurados viajeros, porque una cuantificación física del mexicano da saldos muy altos de población indígena, y en lo cultural, sólo funciona más o menos correctamente por cuanto hace al idioma; pero, aun en el caso de los primitivos cruzamientos, recuérdese que la madre fue indígena y ella nutrió al ser en gestación, lo crió, lo forjó ciudadano dentro de su cultura, con la propia filosofía de su mundo; que no ha podido mantenerse aislada y está ya, en el crisol de donde brotará la futura filosofía de la humanidad, pero que, antes del contacto europeo era, sin desdoro, la filosofía mesoamericana.

Bibliografía

- Aguirre Beltrán, Gonzalo, *Medicina y Magia*. Instituto Nacional Indigenista, México, 1963
- Alva Ixtlilxóchitl, Fernando de, *Obras Históricas*. Secretaría de Fomento, México, 1891
- Códice Chimalpopoca (Anales de Cuauhtitlan)*. Universidad Nacional, México, 1945
- Domínguez Assiayn, Salvador, "Filosofía de los antiguos mexicanos." *Revista Contemporáneos*, México, 1931
- Dynnik, M. A., *Historia de la Filosofía*. Ed. Grijalvo, México, 1960
- Gortari, Eli de, *Filosofía de la prehistoria de México*. en *Dianoia*. Fondo de Cultura Económica, México, 1961
- Herskovits, Melville J., *Dahomey, an Ancient West African Kingdom*. New York, 1938
- Histoire du Mechique*, en A. M. Garibay, *Teogonía e Historia de los Mexicanos*. Ed. Porrúa, México, 1965
- León Portilla, Miguel, *La filosofía náhuatl*. Instituto Indigenista Interamericano, México, 1956
- Leyenda de los Soles, en *Códice Chimalpopoca*. Universidad Nacional, México, 1945
- Manuscrito de Chichicastenango (Popol Buj)*. Guatemala, 1927
- Ramos, Samuel, "¿Hubo filosofía entre los antiguos mexicanos?". *Cuadernos Americanos*, México, 1942
- Russell, Bertrand, *Fundamentos de Filosofía*. Ed. José Janés, Barcelona, 1956
- Zea, Leopoldo, *La misión de la filosofía americana*, en *Dianoia*. Fondo de Cultura Económica, México, 1961

8. Arquitectura

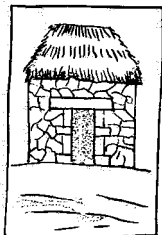
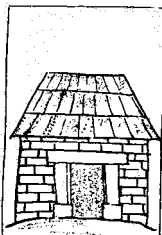
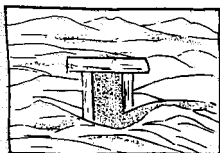
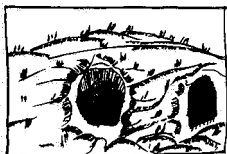
DESDE UNA fecha hoy tan lejana como 1927, José Juan Tablada, en su *Historia del arte en México*, había hecho una incursión por el *Código Florentino*, descubriendo los remotos antecedentes arquitectónicos, a juicio de los tratadistas aborígenes; para ellos, la historia principiaba con la vida en cavernas, y así la encontró según sus restos arqueológicos, Richard S. MacNeish en el área de Tehuacán, Puebla; vivían en las covachas de las rocas; pero la etapa siguiente sería, según los indígenas historiadores de arquitectura, la construcción de lo que ahora los investigadores norteamericanos llaman *cavate dwelling* (habitación en cueva) y *cliff dwelling* (habitación en rocas), en estos casos, comparando con restos históricos de allá. En México, la noticia conocida la proporcionó José García Payón, cuando el año 1959 realizó en Chalahuite, Veracruz, una exploración para “tratar de resolver definitivamente si los vestigios de construcciones que se habían encontrado en las excavaciones anteriores correspondían a habitaciones subterráneas y a qué tipo, pues como puede verse por los resultados de las anteriores, no se habían hallado vestigios de viguería o morillos para techos, y corroborar si efectivamente todo el montículo era un midden”. Realizó el trabajo y su conclusión fue: “no cabe ninguna duda que sus habitantes construyeron sobre ese montículo tres series de habitaciones superpuestas, las cuales, por su tipo de construcción, no tuvieron estabilidad, salvo cuando los muros se apoyaron en toda su altura sobre una pared de tierra; inferimos que estas casas fueron subterráneas, o más bien semisubterráneas, con un revestimiento de tierra exterior y cierto tipo de techo de maderamen cubierto de tierra, y puerta al nivel del piso del interior de la casa”, lo cual vuelve muy curiosa la noticia, sobre todo, por situada en la planicie del Golfo.

Para Mesoamérica, no está la solución en el extranjero, sino en ella misma. Después de la covacha, de la caverna y sus adaptaciones, vino la construcción del jacal en sus diversos tipos, ilustrados por el *Código Florentino*: techo de paja, y maderos ensamblados; techo de paja, y embarre; techo circular de paja, y adobe; planta cuadrangular, y adobe; techo de tejamanil, y adobe; techo de paja, y adobe para llegar

finalmente a los tipos de casas urbanas, con planta circular o cuadrangular, sus agrupamientos, y anexos, como el temazcali. Quedan todavía, sobreviviendo fuertemente, por los ríos de la cuenca del Golfo y de manera muy especial en la del Coatzacoalco, los palafitos, posiblemente gestores de los pilotes usados tardíamente para cimentaciones. Tal vez no fuera prudente usar a los palafitos para fijar fechas, pero su enorme antigüedad es indudable; ni para establecer procedencias porque son claro ejemplo de paralelismo cultural; el palafito fue la correcta solución del hombre de cualquier lugar del planeta, y de cualquier época, frente al problema de sus lugares de habitación inundados; no se trataba de huir, abandonando sitios tan pródigos; el punto era, recoger el reto de la naturaleza y superarlo con inteligencia; eso representó el palafito. Con el tiempo, la construcción dejó de ser de madera y se hizo el montículo, una especie de isla, ciertamente artificial, construida por el hombre; y el montículo se transformó en pirámide, o en cono. Cuando los hombres opulentos pudieron vivir como los dioses, también levantaron sus palacios, las viviendas, en lo alto de montículos, de pirámides; nació el sesgo más característico de la gran arquitectura mesoamericana, pasando por alto detalles por los cuales cabe meditar si la corriente cultural de la cuenca del Golfo, filial de la Circuncaribe, fue de planta circular, más adecuada frente a las aguas desbordadas y el viento desatado; si posteriormente surgió la planta cuadrangular, afectando simultáneamente a la pared y al techo.

Cuando ya se puede hablar de arquitectura en función artística, el tiempo ha corrido tanto, como para llegar al Horizonte Preclásico superior, en Cuicuilco, y es curioso que al examinar ahora los restos arqueológicos entre la capa de lava del Xitle, se note una profunda influencia huasteca, para decidir el tipo de construcción del templo principal. Se podría pensar en la Estructura E-VII Sub. de Uaxactún, en el centro de El Petén y con influencia olmeca en los mascarones de sus escaleras, pero hasta el momento su fecha más antigua corresponde a la borrosa Estela 9, leída por 8.14.10.13.15, traducible al año 587-88 de la Era. Tal vez una construcción muy antigua fuera el Templo de los Danzantes, en Monte Albán, Oaxaca, del Preclásico Medio, pero sólo sería ese basamento lo salvado por los reconstrutores aborígenes.

El adelanto urbanístico de Teotihuacan II, cuando se construyeron las pirámides al Sol y a la Luna, y por último la de Quetzalcóatl, es impresionante. Suponiendo que al principio sólo se debió haber construido la del Sol, sin previa planeación de la obra futura, la circunstancia de que su escalinata y la puerta del santuario miraran al poniente, de manera exacta por donde se oculta el sol al pasar por el cenit de la ciudad, desviando la construcción los mismos grados de la



Evolución de las habitaciones (C. Florentino)

esfera celeste, indica un progreso muy grande, hasta en el campo astronómico. La planta, cuadrada (222 x 225 metros), ya da idea de la magnitud, y su altura, de unos 63 metros en el cuerpo piramidal, sin contar el santuario, igualmente; por cuanto a su volumen, ya indica el tremendo esfuerzo constructivo y la organización social en la cual descansó. Al norte colocaron la pirámide a la Luna, mirando hacia el sur, a lo largo de la Calle de los Muertos, para ir al frente del gran conjunto llamado La Ciudadela; el total ya es de orden, armonía, grandiosidad y belleza.

Los méritos exclusivamente arquitectónicos de Teotihuacan, en sus dos grandes teocallis, descansan en el juego de luces y de sombras, de masas y espacios, del tablero enmarcado por cornisas, a manera de una melodía sostenida por el armónico trasfondo de los taludes, y en donde la nota graciosa, juguetona, la ponen las escalinatas, un poqui-

to a la manera del Ziggurat en Ur, como lo reprodujo Leonard Woolley. Estos elementos característicos habrán de servir para el diagnóstico en otros lugares del país, destacando hacia futuras investigaciones, que los contiene un teocalli de la no explorada zona entre Poza Rica y Cazones. En la pirámide a la Luna, para una persona familiarizada con las esencias arquitectónicas totonacas, la relación es muy evidente.

Si como se ha pensado, la zona de La Ciudadela es típica de Teotihuacán III, o sea, cuando los olmecas habían desalojado de la urbe a los totonacas, todavía encaja la reflexión para el Templo de Quetzalcóatl, porque indudablemente fue cubierto, sepultado, por las edificaciones de La Ciudadela. El arquitecto Ignacio Marquina, uno de sus exploradores, con toda claridad lo sitúa en la etapa II. La destrucción fue tremendamente irreparable, pero la reconstrucción teórica, lograda por los investigadores mexicanos, merece toda confianza. La impresión general es de un edificio emparentado íntimamente con El Tajín, si se substituyen los nichos por las conocidas "cabezas de serpiente y de Tláloc". El número de las mismas, principiando por el cuerpo inferior, es de 79 y en cada cuerpo disminuyen 8, así, continúan 71, 63, 55, 47, 39, para sumar 354; en las alfardas irían seis y seis, doce para un total de 366, que tal vez pudieron ser 364 sin romper la eutimía buscada; en El Tajín son 364 nichos y la ciudad llevó el nombre de Huracán; aquí, el Templo a Quetzalcóatl en Teotihuacán podría relacionarse también, según ha dicho Pedro Armillas: "Hay otros motivos para creer que el Templo de la Serpiente Emplumada de Teotihuacán es un monumento del dios de la lluvia", y desde luego, las cabezas de la serpiente surgen de una especie de gola que se han supuesto plumas de quetzal, pero también podrían ser las verdes hojas del maíz, y no hay duda en las culebras de los taludes; ahí son culebras de agua, de mar, haciendo a la relación con Tláloc más evidente y en el instante de su máxima fuerza, la lluvia huracanada, cuando el dios lanza, tal un rayo, la culebra de agua, la tromba, el huracán.

En las líneas anteriores no ha existido la intención de restar lauros a un pueblo agobiado de condecoraciones; empero, sobre su territorio del sur de Veracruz, los olmecas no se distinguieron por su arquitectura; sólo se conoce, hasta la fecha, el teocalli de Matacapán, Ver., explorado por Juan Alenzuela, en el sistema de talud y tablero. Tal vez resulte prematuro mirar en el tardío Templo de Quetzalcóatl un incipiente mestizaje totonaca-olmeca en Teotihuacán, donde contribuirían los del país del hule, con su indisputada maestría escultórica, para envolver al teocalli con su ornamentación de piedra; monumento feliz; antes, las pirámides al Sol y a la Luna, elegantes, eran tan sobrias que imponían su serenidad al paisaje; después, las líneas de La Ciudadela fueron el clasicismo impecable; pero, aquel monumento

crepuscular, del mestizo, impregnó de humanidad a la piedra por encima del simbolismo misterioso de la divinidad.

Teotihuacan era, en el admirativo venerar de sus pueblos, una ciudad para los dioses. Mas, he aquí que también la poblaron los reyes, los emperadores, rodeados por una nube de nobles y cortesanos, que sabían disfrutar los ríos de riqueza emanados desde todos los veneros del sudor de los pueblos; ahí vivió una clase media de profesionistas, comerciantes, intermediarios, administradores, y todos ellos, unos más, otros menos, quisieron vivir a la manera de los dioses, y también construyeron para ellos, palacios, residencias, multifamiliares, obras públicas para las transacciones comerciales o para distracción y deleite común. Laurette Séjourné ha ilustrado al detalle un palacio en la Ciudad de los Dioses; el plano, en esa perspectiva levantada por el arquitecto Ricardo Rivas y pintado por Abel Mendoza H. impresiona por su grandiosidad, con la decoración a cargo de frescos magníficos en derroche de riqueza y arte, incitante desde los rojos, distintivos de los olmecas. Y se construyó para los pobres; pero eran tan deleznales los materiales embarrados en los arrabales, que nada se conservó para testimonio de su miseria, excepto la prueba de que nada poseían.

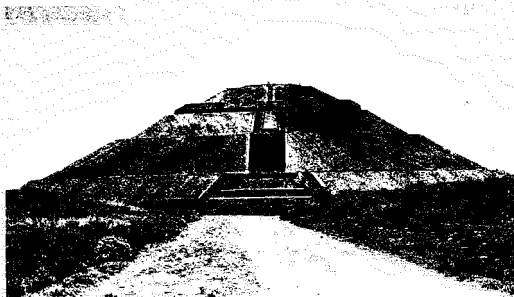
En otros lugares también progresaban los empeños arquitectónicos; así Monte Albán, Oaxaca, que sin salirse de los grandes lineamientos teotihuacanos logró conservar una filtrada personalidad, resolviendo, a su manera, el juego de luz y sombra en sus tableros; pero, acaso lo más impresionante sea la majestuosa concepción del conjunto, como se mira en la perspectiva realizada por Salazar Ortégón, publicada por Marquina, y más aún cuando se visita la zona, engarzada en la dulce transparencia de un valle con tan hondas resonancias históricas para los mexicanos. En Monte Albán compiten, caballerosamente, dos arquitecturas: la de los vivos, hombres o dioses, y la de los muertos. El mundo conoce triunfalmente la tumba número Siete por su tesoro mixteco, más que por su arquitectura, en cierta forma, desusada en Mesoamérica, no una en particular, el conjunto de más de 150 ya exploradas. Los investigadores han encontrado en ellas la evolución, comprendiendo las épocas Primera, Segunda, Tercera en su primer periodo, Tercera en su segundo periodo, y Cuarta. Ya en el segundo periodo de la Tercera época se puede hablar de fachada en sentido arquitectónico, sobria, elegante, sin ocultar un sutil tufillo de barroquismo en la decoración, aumentado por la colocación de las famosas urnas de barro. En el interior, naturalmente, los decorados fueron suntuosos; la tumba 104, por ejemplo, tiene pinturas que sin olvidar a los artistas de Teotihuacan, imponen su sello étnico; en las 105 hicieron mayores concesiones a la lejana capital del Imperio.

En el área metropolitana de Teotihuacan, llegó un día en que se agotaron las tierras, los montes habían sido talados, las lluvias dismi-

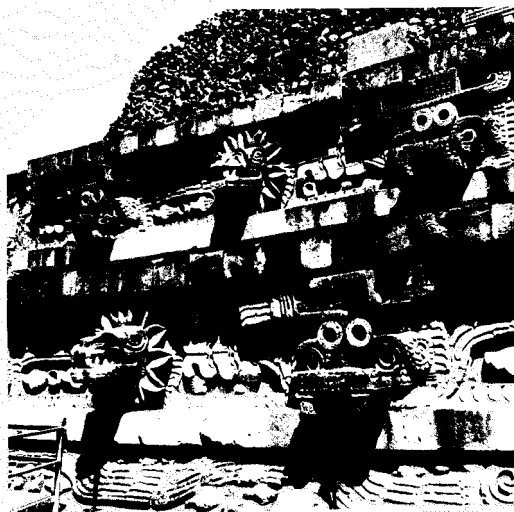
nuyeron, haciéndose más irregulares, la producción agrícola se desplomó, se agotaron la cacería y la pesca; sin poder adquisitivo, la gran masa campesina redujo la compra de los productos de la ciudad, el comercio vino a menos, la industria fue paralizándose por las ruinosas reservas de sus bodegas; disminuyó la demanda de mano de obra y el salario dejó de circular; por otra parte, la población había crecido, ya eran graves los fenómenos de la presión demográfica y de la inconveniente distribución de los recursos humanos, que se traducían en desazón, inquietud, irritabilidad, abulias fatales o ciego espíritu levantisco; y sobrevino el colapso. La combustión de la cultura clásica se desplazó a otros lugares, donde sus luminarias marcaron días de gloria; mas, ya era el Horizonte Clásico tardío. Uno de tales puntos fue Xochicalco.

Los historiadores indígenas tenían conocimiento de Xochicalco y un criterio sobre sus méritos arquitectónicos; en la nota de Sahagún se deplora lo breve: "Hay grandes señales de las antiguallas de estas gentes, como hoy día parece en Tula y en Tulantzinco, y en un edificio llamado Xochicalco, que está en los términos de Quauhnáhuac; y casi en toda esta tierra hay señales y rastro de edificios y alhajas antiquísimos". Alva Ixtlilxóchitl ubicó bien su informe, obtenido seguramente de un código aborígen. Al glosar el gobierno de Mitl, rey tolteca con quien terminó una época, resumió los más grandes triunfos culturales, destacando los arquitectónicos; en aquel tiempo se había construido "en Cuauhnáhuac otro palacio con una ciudad que solía ser famosa, un palacio labrado todo de piedras grandes, de piedras de cantería sin lodo, ni mezcla, ni vigas, ni ninguna madera, sino unas piedras grandes pegadas unas a otras". Después de varias exploraciones realizadas por los arqueólogos mexicanos, y tras el sensacional encuentro que César A. Sáenz hizo de unas magníficas estelas, queda la certeza de que los días esplendorosos en Xochicalco habían terminado, en la epilogada fase de las estelas, antes del 843 de la Era, y el cambio, entre 895-985, en tal forma que para finales del gobierno de Mitl ya era pasado. En el futuro, tal vez no sea una temeridad considerar a la etapa triunfal de los arquitectos xochicalcas entre los años 725 a 985. Por cuanto a sus constructores, no ha sido posible una filiación precisa. Lógicamente serían los tlahuicas; pero no se ha deslindado la posible distinción de tal grupo con los llamados quauhnahuacas, tan recientes, como para ser uno de los grupos nahuatlacas que, desde Chicomóztoc, vinieron al Valle de México a partir del año 1155; y si fueron los tlahuica, también es indudable que recibieron poderosos influjos a lo largo de su historia, de las culturas del Golfo y del área zapoteca.

El aprovechamiento de una gran superficie arriba del cerro, demandó trabajo fuerte y una gran habilidad en la concepción y desarrollo



Pirámide (Teotihuacan)



Templo a Quetzalcóatl en Teotihuacan

de la ciudad; el plano rescatado es un aplauso a sus constructores, y el edificio por antonomasia, la pirámide, goza fama desde siempre. No es de grandes proporciones; la finalidad se antoja para sustentar a sus bellísimos relieves en piedra. Infortunadamente, la destrucción acaso nunca permitirá conocer el completo significado; logró salvarse mejor el gran relieve del talud inferior, en donde ocho serpientes emplumadas pueden sugerir un periodo de ocho revoluciones sinódicas del planeta Venus, de 585 días cada una, equiparables a 13 tunes, conteniendo 27 nodos para una tabla de Sizigias en la cual predecir los eclipses de Sol, a semejanza de la de Zempoala, Ver., correspondiente a un periodo anterior al Renacimiento Mesoamericano. Ha venido suponiéndose, por los relieves conservados a la izquierda de la escalinata, una corrección calendárica que seguramente ocurrió. Alva Ixtlilxóchitl, precisamente antes de referirse concretamente a esta pirámide, glosa el fin de una etapa tolteca que termina con Mitl, para iniciar otra con Tecpalcaltzin, previo interregno de la reina Xiuhltaltzin durante cuatro años, porque Mitl rompió el orden cronológico tolteca; el tezcocano enredó los datos del código del cual tomó sus apuntes, como cuando dice que Mitl asumió el mando "el año cinco calli; y ajustado este tiempo con el nuestro, fue en el año de ochocientos veintidós"; efectivamente, hubo una teórica corrección el año citado, 5 calli (821), pero abundan hoy los datos, en los *Códices Mixtecos*, leídos por Alfonso Caso, en un sello de Zempoala, Ver., con una fecha de la Cuenta Larga, y otros documentos, afirmando que la reforma calendárica tuvo lugar el año 985; lo sucedido sería: para fines de memorización, iniciaron el gobierno de Mitl el año 5 calli (925) y debía terminar 52 años después, el 977, también 5 calli; no entregó el mando, rompió el orden, y siguió en el poder hasta 9 calli (981) y ésta es la fecha que se inscribió a la izquierda de la escalinata en Xochicalco; pero fue sucedido por la reina, durante cuatro años, para llegar a 985, verdadero año de la reforma calendárica, porque las cronologías discrepaban, generalmente cuatro años, aquí los que van de 981 (9 calli) a 985 (13 calli); en Xochicalco era el más bello crepúsculo; siguió viviendo, pero su gente ya no fue capaz de levantar otra maravilla del arte y habrían de vivir ufanándose, con toda razón, de su glorioso pasado.

El Horizonte Clásico tardío contemplo a los totonacas rehaciéndose de su derrota. Pasó mucho tiempo desde cuando en los años del 300 fueron desalojados de Teotihuacan por los popolocas; en su repliegue rumbo a la patria costera, hicieron alto a orillas del Altiplano, en la zona de Zacatlán, Puebla, tal vez entre suspiros por una grandeza perdida y en oculta esperanza de lo que nunca más volvió a ser; finalmente, reconstruyeron su vida, tal vez alentados por sus hermanos huastecas, en una vecindad que siempre fue fecunda para los dos.

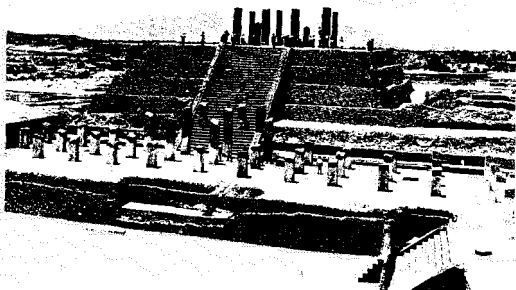
Habían recibido, además, el influjo tolteca, desde 554, en Hueyxcalan, 558 en Xalixco, 565 en Chimalhuacan Atenco, 571 en Tochpan, 576 en Quiyahuiztlan-Anáhuac, el significativo año de 583 en Zacatlan, el 590 en Tuzapan, y a lo largo de la línea fronteriza con los huastecas, los años 596 en Tepetlan y el 603 en Mazatépéc. Tomando como punto de partida o fecha Era el año 635, de reacomodo chichimeca, se decidieron por Mizquihuacan para establecer la cabecera de nueva monarquía, que se inició el año 687 con Omeácatl; su hijo y heredero, Xatontan (739-791) fue un gran constructor, en cuyo elogio, todavía finalizado el siglo XVI, sus descendientes dijeron, y Torquemada lo publicó, "fue enterrado en un honroso sepulcro, que El, poco antes que muriese, había mandado hacer, con este propósito, de enterrarse en él, El y todos sus descendientes, lo cual dejó mandado como en cláusula de testamento, y fue precepto inviolable que todos sus futuros descendientes guardaron". Este grupo totonaca era el de la gran aventura teotihuacana; los fieles del norte ahora tendrían su momento estelar en arquitectura, construyendo El Tajín.

Tajín, en totonaca, era el dios del trueno, del relámpago, del rayo, Huracán, una especie de Zeus tonante; fue una deidad circuncaribe, tremenda; no embargante, la única salvación de las cosechas amenazadas por la canícula; los totonacas le dedicaron la ciudad, hicieron en basalto negro que no hay por la región, su escultura, esa que José García Payón, tras identificarla, puso a la entrada de un templo. Uno de los tableros del Juego de Pelota Sur, lo reproduce acostado, en la pose del chac mool, señor del mar y las tormentas, identificable con el catán o cipactli, entre los totonacas de la región. Pero la lengua nahuatlaca ya se había infiltrado, y al escribir su nombre, tanto en la escultura de basalto como en las lápidas de los tableros, lo pusieron bilingüe, diciéndole Mictlan, y así continuaron llamándole a la ciudad en lengua náhuatl; el *Códice Mendocino* así la registró como tributaria de Tenochtitlan en el distrito de Tuxpan, y los *Códices Tuxpan* así la incluyeron sin titubeos. Por cuanto a la época, fue después del año 635, y sólo futuras exploraciones que salven los datos de su cronología, podrán ofrecer la secuencia; de momento, es posible aventurar una fecha: 7 técpatl, contenida en uno de los tableros del Juego de Pelota Sur, correspondiente a 836 de la Era, y están registrados los pasos de Venus por el disco solar en los años 834 y 842; pero, tal vez las construcciones recientemente descubiertas por García Payón, correspondan al Renacimiento, después de 1155, por su arquitectónico nexa con Zempoala y la forma de registrar los xiuhmolpillis.

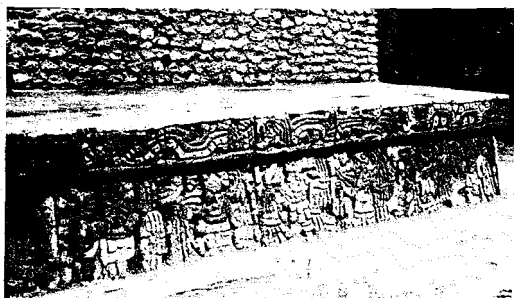
Desde cuando los *Códices Tuxpan* guardaron silencio, ninguna noticia profanó el secreto sagrado de la existencia de El Tajín, hasta la publicación hecha por el ingeniero Diego Ruiz, en *Gaceta de México* (julio 12 de 1785), iniciando, modernamente, la fama de las ruinas

arqueológicas. El trabajo del gobierno mexicano ha sido lento, con pocos recursos, y todavía lo ignorado sobrepasa con mucho a lo conocido; es una circunstancia muy deplorable que la máxima expresión de la finura en el campo arquitectónico del México central, siga sin explorarse. De lo conocido, se conservó siempre la pirámide con los nichos; ahora otros monumentos también los exhiben. Esta, luce por gala 364 nichos, uno por cada día del año lunar: fue construida con areniscas de color crema que le daban sensación de porosidad, calor de piel humana; sin embargo, un día, la cubrieron con estuco. Han ido conociéndose los otros monumentos; en este mismo núcleo, el Juego de Pelota, no precisamente campo deportivo, aun cuando en los últimos tiempos hubiera degenerado en ejercicio físico y distracción con apuestas, con jugadores profesionales; originalmente fue un rito solar, imitando los desplazamientos del Sol en el cielo, generadores de solsticios y equinoccios; además, la construcción fue decorada con seis retablos de manufactura exquisita, con los pasajes más importantes del culto, la leyenda, y con el nombre y dedicación de la ciudad. El Juego de Pelota del Centro, más pequeño, con relieves de gran belleza, destaca la deidad con el Naollin, o el personaje doble, mejor logrado en el Juego de Pelota Sur. También se ha trabajado en el núcleo denominado Tajín Chico, descubriendo monumentos tan importantes y bellos como el Edificio A, que García Payón considera civil, y sobre todo, el monumental Edificio de las Columnas, formadas por grandes tambores y hoy bárbaramente destruidas. Había en ellas una larga historia, perdida seguramente para siempre, y el más extraordinario alarde técnico para realizar esculturas increíbles en la decoración de las columnas. Tal vez en otros lugares del Totonacapan hubo ciudades parecidas, de la época; se ignoran. Vega de la Peña, es un apunte de la posibilidad, y Yohualichan, en el Estado de Puebla, continúa como pecado de los arqueólogos mexicanos por no explorarlo. La impresión que los recursos arquitectónicos empleados en El Tajín causa a los visitantes, va creciendo en el aplauso a un refinamiento artístico de verdadero ensueño tropical.

Tula impregna con su nombre la historia, porque con ella se inicia el rutinariamente llamado Periodo Histórico. No fue fundada por los toltecas; el año ce calli (661) de la Era, un grupo nahuatlaca pidió arrimo en la población otomí denominada Mamenhi (lugar con muchos vecinos); ahí se quedaron prosperando; se hicieron del gobierno, y la llamaron Tollan (lugar de tules). Los golpes de mano se sucedieron vertiginosamente: para 667 habían casado a su princesa con un príncipe otomí; el año 719 ya el heredero, príncipe mestizo, inauguraba un gobierno independiente, dominador. A la disolución del mundo clásico de Teotihuacan, ellos fácilmente asumieron el poder. El mundo mesoamericano seguía su expansión; Teotihuacan había sido



Templo a Venus (Tlahuizca pantecuhltli) en Tula, Hgo.



Aspecto de un templo de Tula, Hgo.

la marca nortehña, responsabilidad ahora en los hombros de Tula, pese a que Teotihuacan siguió siendo, sentimental, religiosa, y astronómicamente, un punto clave dentro de todos los paralelogramos de las fuerzas. Arquitectónica artísticamente, nada ilustra mejor el cambio. A la elegancia del arte clásico, a la finura del clásico tardío, se les pretendía emparejar un arte vigoroso, es verdad, con futuro por delante, no se necesitaba ser augur para presentirlo, pero primitivo en sus concepciones y torpe dentro de su realización; le faltaba seguridad en la mano, y un largo aprender, para expresar el mensaje.

Los arqueólogos mexicanos, y con especialidad Jorge R. Acosta, realizaron amplios, excelentes trabajos en Tula, y queda tarea por delante para separar las dos etapas; la tolteca-tolteca, de 635 a 895, y la tolteca-nonoalca de 895 a 1155. El edificio más bello de Tula tenía que ser el teocalli a Tlahuizcalpantecuhtli o Lucero de la Mañana, con una impresionante decoración a base de águilas y tigres, una novedad en el arte, pero entre los cuales, la serpiente-quetzal sigue ligando las dos culturas; así se mira espléndido en la reconstrucción de Marquina. Existe una más trascendente innovación arquitectónica, el empleo de pilares y columnas monumentales, imponentes en su grandiosidad, y el coatepantli, la barda protectora del edificio, arte por sí sola. Corresponde a futuras investigaciones la circunstancia de que, un edificio tan típicamente representativo de los cánones de la arquitectura nahuatlaca, tenga cinco cuerpos, valga por quedar bajo el círculo de los números nones, filiadore de las culturas del Golfo, sin olvidar su dedicación a Venus, cuyas cinco revoluciones sinódicas de 584 días cada una, sumaban 2 920 días, los mismos contenidos en el periodo de ocho años que Sahagún llamó Atamalqualiztli en su *Relación de la fiesta que se hacía de ocho en ocho años*. Cuando los toltecas, y a partir de 1064, abandonaron Tula, principió el saqueo y la destrucción de la ciudad, por siglos. Hoy quedan ruinas en pálido reflejo de su grandeza. Seguramente sus descendientes, en el recuerdo, magnificaron la realidad, y las crónicas tienen mucho de ditirambo, pero, para su época, sí debió ser una joya opulenta, lindando con el desolado paisaje de los recolectores cazadores.

Desde cuando los españoles pasaron por Cholula, se han sucedido noticias inexactas en torno a esta ciudad; por cuanto a lo estrictamente indígena, ya Marquina separó con toda precisión la etapa reciente, del culto a Quetzalcóatl impuesto por los comerciantes, de la más antigua, correspondiente a la gran pirámide. La historia del sitio puede seguirse con bastante seguridad gracias al estudio de la cerámica, realizado por Eduardo Noguera. La primer fundación correspondió al Preclásico Medio; en el Preclásico Superior, las oleadas totonacas fueron sobreponiéndose a los primitivos habitantes (¿otomíes?), impulsando la construcción del primitivo teocalli. Durante los primeros trescientos

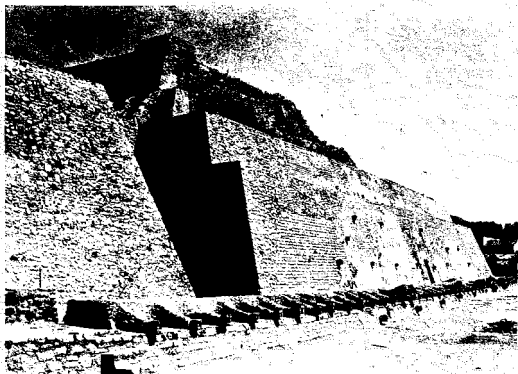
años de la Era, bien asentado en Teotihuacan el dominio totonaca, se construiría encima de la primera, la segunda construcción del teocalli de Cholula. Cuando la metrópoli pasó a manos olmecas, en Cholula sólo fue posible hacer (300-600) el anexo conocido por Etapa III y en donde, dice Marquina, "La faja ancha está pintada con rectángulos de color muy oscuro, que le dan cierta semejanza con los basamentos con nichos que después veremos en el norte de Veracruz". Pero también los olmecas abandonaron Teotihuacan, concentrándose por los valles de Cholula y Tlaxcala; Cholula fue su nueva capital, y aun cuando bajo dominio tolteca (mazapan), levantaron el máximo alarde constructivo de la Gran Pirámide, o sea la Etapa IV, entre los años 600-900 para decir números redondos. Después, en la propia Tula ocurrió un cambio importante que alcanzó a Cholula, el provocado por los nonoalcas, y seguramente a partir de 985 se construyó la Etapa V que también se antoja sólo un anexo, y cuya cerámica tipo Culhuacan, es decir, Azteca II, o Pánuco V, garantiza la ubicación cronológica. Después, continuó rodando el tiempo; los popolocas fueron siendo desalojados por pueblos otomíes, nahuatlacas, y para los días de la conquista española, Cholula sólo era para los popolocas, un refugio sentimental, porque seguían siendo empujados en la dirección Tepeaca-Tehuacán, aun cuando sus alfareros dieran los esplendores más brillantes, alentados por la gran demanda del mercado externo. Cholula debió ser una ciudad pasmosa; lástima que su ruina fuera tan completa y que no haya hoy testimonios mejores, aun cuando lo visible ya es muy digno de visitarse; por sus dimensiones, aquella sí fue obra de gigantes; los días están muy lejanos; pese a ello, se comprende que Motolinia no exageraba cuando escribió sus renglones de asombro.

El año 1155 marca el principio del Renacimiento Mesoamericano. En verdad el fenómeno social principió con la disolución tolteca, ya evidente para 1064; era uno técpatl, "En este año se desbarataron los toltecas", dirían los *Anales de Cuauhtitlan*; la insurgencia de las clases populares había principiado; comenzaba el retorno al Valle y al poder: "1 tochtli (1090). Desde Aztlán se movieron hacia acá los mexicanos". En el Valle de México se iniciaría el surgimiento de ciudades rivales con ansias de dominio, y con su arquitectura bien definida en sus líneas primordiales. Los otomíes (*chichimecas*) principiaron, por derecho de antigüedad, la serie. Para la zona maya cerraba el baktún diez; en la región de los lagos, el simbólico año 2 ácatl (1091) contempló la consagración de los primeros teocallis en Tenayucan y en Tlatelolco.

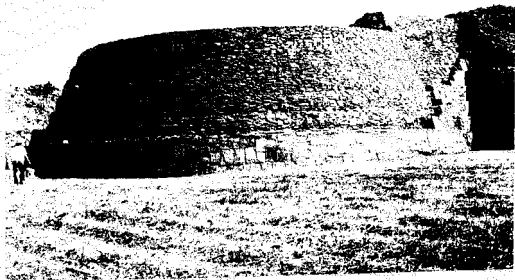
Los investigadores mexicanos han estudiado a Tenayucan de una manera exhaustiva, ejemplar. En el mismo sitio, el primitivo teocalli fue cubierto por nueva construcción, y así hasta ocho, realizadas cada

52 años, de 1091 a 1507, fecha del último Fuego Nuevo. La línea general fue la sobreposición de pirámides truncadas, llevando al frente, doble y gran escalinata, flanqueadas por sus respectivas alfardas, para conducir, directamente a cada uno de los dos santuarios, muy semejantes a los del gran templo de Tenochtitlan y bien caracterizados en la Estructura V, construida una rueda de katunes (260 años) después de la primera, quiere decir, el año 1351. La reconstrucción lograda por el arquitecto Marquina da una idea del buen gusto de sus constructores, en un juego de masas con sensación de solidez, aplomo, y elegancia, en cuyos planos jugó la decoración con su alegría traviesa y profunda, subiendo su acento telúrico en el Coatepantli, que la ceñía cual cinturón de serpientes de fuego. Por cuanto a Tlatelolco, no queda hoy el menor asomo a la duda; el primer teocalli fue consagrado también el año 1091, y vivió, como su gemelo de Tenayucan, para tener su etapa última el año 1507. Marquina lo intuyó muy bien al escribir antes de las recientes exploraciones: "Las exploraciones. . . de Santiago Tlatelolco, han permitido conocer. . . Existen, como en Tenayuca, numerosas estructuras superpuestas, pero las más recientes fueron totalmente arrasadas después de la Conquista. Las más antiguas son tan semejantes a las de las épocas correspondientes de Tenayuca, que hasta las medidas del conjunto y las de cada elemento son iguales en los dos lugares, lo que demuestra que Tlatelolco es mucho más antiguo de lo que generalmente se suponía"; tuvo pupila.

Los mexicas, finalmente, fundaron Tenochtitlan el año 1325, simbólicamente, cuando ajustó una rueda de katunes de la disolución tolteca; en el islote de un lago dedicado a la Luna y en el vértice de las fuerzas que se disputaban la hegemonía del Valle. Ciudad lacustre, supo marchar desde los palafitos a los más fastuosos palacios; del simple montículo de césped, al teocalli espectacular; de las parcelas flotantes llamadas chinampas, a los escuadrones invencibles del Imperio, y en tiempo muy breve. Pero aquella ciudad cuya fama reventaba todas las fronteras mesoamericanas, y de cuya grandeza los españoles siempre dijeron quedarse cortos al alabarla, un implacable sino hizo que únicamente salvara unas cuantas piedras encontradas al azar por la posteridad. Qué bella debió ser en la policromía del paisaje; bella y única. Hoy, tal vez la más fiel evocación sea la paciente reconstrucción lograda por el arquitecto Marquina, y por cuanto a su gran teocalli, donde mantenían encumbrados a Tláloc y a Huitzilopochtli, sus parientes con más parecido podrían ser los de Tenayucan y Santiago Huastusco, Ver. Tuvo diversas etapas constructivas; acaso la primera consagración se pudo hacer en 1351, y las de otras yuxtaposiciones en 1403 y 1455; la última, conocida por los españoles, fue iniciada el año 1483, "4 ácatl. En este año se cimentó la casa de Huitzilopochtli



Tenayucan. Restos de un templo mayor

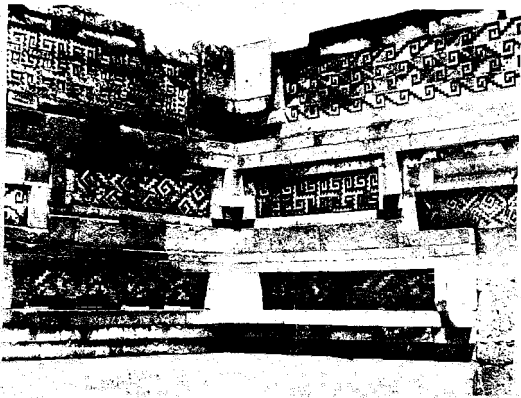


Yacata en Tzintzuntzan, Mich.

en Tenochtitlan; la empezó el rey Tizozicatzin", dicen los *Anales de Cuauhtitlan*; en la Cuenta Larga, cerraba el baktún once, y para entonces glosó Hernando Alvarado Tezozómoc la coronación de Tízoc; la construcción duró los mismos cuatro años del infortunado emperador, así, el año 1487 "8 ácatl. En este año se dedicó en Tenochtitlan la casa de Huitzilopochtli, que llegó a su cumbre en cuatro años", complementarán los cronistas de Cuauhtitlan, y en cuyo trabajo material participaron cautivos del Huastecapan meridional. Nunca podrá lamentarse suficientemente la destrucción de aquellos edificios donde se habría conservado pura una realidad, siempre por encima de la mejor fantasía; cuando el siglo XVI había caminado mucho, todavía los indígenas le numeraron a Sahagún 78 edificios religiosos bajo administración del Templo Mayor.

Aquel grupo nahuatlaca que un día retornó al centro de México tras de ostracismo dilatado, se componía de subgrupos entre los cuales, uno, dejó atrás el Valle de México, pobló en la parte suriana del hoy Estado de México; eran los malinalcas, inicialmente guiados por Citlalcóhuatl. Durante la peregrinación, venía con los demás grupos una mujer llamada Malinalxóchitl, hermana de Huitzilopochtli, causante de inquietudes por sus hechicerías; debido a ello, fue abandonada en Coatepec, antes de Tula; ella, no atinando con el rumbo, fue a la tierra que por su nombre se llamó Malinalco. Tuvo un hijo llamado Cópil, dispuesto a vengarla, concitando el odio de los pueblos ribereños contra los mexicas. Atalayaba el final desde un peñón cuando, hecho prisionero por instrucciones de Huitzilopochtli, fue muerto, y su corazón, sepultado en el islote, dio nacimiento al nopal de la fundación de Tenochtitlan, y en el propio sitio de la muerte, su sangre manó cálida en las termales fuentes llamadas Acopilco. El íntimo nexo de malinalcas y tenochcas es evidente; por venir en auxilio de la metrópoli, Hernán Cortés envió una expedición punitiva mandada por Andrés de Tapia, que aniquiló el nido de las águilas; pero José García Payón, al explorarlo, encontró la verdad en torno a su brillante periodo constructivo, datado por 1476, aun cuando el punto estuvo habitado ya en el Preclásico; hay en la ciudad un edificio de planta circular, los demás de planta rectangular, y por los elementos decorativos conservados, incluyendo el famosísimo huéhuatl, casi dejan la impresión de haber sido un centro de culto esotérico para los caballeros águilas y tigres; como sea, la concepción audaz de tallar un templo en la montaña, logra que Malinalco pase lista entre los pocos lugares del mundo en donde tal proeza fue realizada.

También el Estado de México, al norte de los malinalcas, fue asiento de otro de los grupos de la peregrinación o gran marcha, los matlatzincas, tradicionalmente pobladores del valle de Toluca. José García Payón los estudió ampliamente y exploró la importantísima ciu-



Detalle, de Mitla, Oax.

dad arqueológica de Calixtlahuaca, cuyo teocalli, bien conservado, es indudablemente un templo a Quetzalcóatl, redondeado como los de la costa del Golfo, y en un pueblo que conservó la redecilla popoloca, cual símbolo de su nombre, remedando a los chichimecas con la chita de los totonacas. La ocupación del territorio fue larga, desde cuando el clásico de Teotihuacan, pero su momento insigne corresponde a la última etapa constructiva mesoamericana.

En esta dirección debieron orientarse las familias de los pescadores que durante la gran marcha, se apartaron en Quetzaltépec para ir a encabezar, más tarde, al gobierno de Michoacán desde Tzintzuntzan, ciudad homenaje a Huitzilopochtli, en donde las yácatas vuelven a reproducir, arquitectónicamente, los templos a Quetzalcóatl, de la costa del Golfo. La circunstancia de que Acosta, uno de sus exploradores, haya podido distinguir hasta nueve superposiciones constructivas, plantea el problema de su fundación tan temprana como la primera parte del siglo XI (1051), cifra sólo superada en lo prematuro por el *Códice Ramírez*; mas, tomado el año clave de 985 para una primera filtración, cuando se consolidaba la religión de Huracán (Tezcatlipoca), estaría correcta la suposición de acuerdo con el *chac mool* de

Ihuatzio, y los cinco templos redondos a Venus, en Tzintzuntzan, corresponderían a cinco revoluciones sinódicas del planeta en el conocido periodo de ocho años. Hoy, la ruina de sus edificios nada dice de los arquitectos tarascos; debería imaginarse su arquitectura en los días de gloria, engarzada en el subido quilate de sus lagos, entre la policromía de su pueblo y el arrullo de su musical idioma.

En el Valle de Puebla, los olmecas, trasminaron sus impulsos genéticos en jóvenes pueblos llegados a la dirección de la historia con grandes ímpetus; así en los teochichimecas, que los desalojaron del área de Tlaxcalan, para quedarse con el territorio y fundar, a partir de 1350, un emporio comercial, que aun suplantado por los mexicas, logró alcanzar alto prestigio, y en arquitectura prehispánica, lo han conservado con las ruinas de Tizatlan, donde los exploradores han desenterrado, entre otros, los restos del palacio de Xicoténcatl, el templo de Macuilxóchitl; pero la fama de Tizatlan, en Tlaxcalan, hoy se debe más a sus pintores que a sus arquitectos. Otra corriente tomó el rumbo de la Mixteca, no soslayando que algunos llevaron los gérmenes culturales hasta Costa Rica; el más esplendoroso desarrollo tuvo lugar en la Mixteca Alta, con centro en Tlilantongo, aun cuando en arquitectura, el orgullo mixteco se ubica en Mitla (Mictlan). Las exploraciones realizadas por Alfonso Caso encontraron materiales correspondientes a las épocas III-IV de Monte Albán y como es lógico, las características arquitectónicas zapotecas; pero cambió la historia; las *Relaciones* publicadas por Francisco del Paso y Troncoso hablan de cómo ese territorio zapoteca fue conquistado por los mixtecos; de haberse realizado esas anexiones en tiempo de la IV Dinastía de Tlilantongo, según los estudios de Caso, deberá pensarse una fecha con punto de partida por el año 1375. Es una lástima no haber conocido completas las pinturas; por los restos conservados en el llamado Grupo de la Iglesia Católica, cabe la sospecha de un cifrado según el cual, habían transcurrido cuatro xiuhmolpillis del Renacimiento, lo cual daría el año 1363 para caer en ce ácatl, y como según Caso, tal inicio marca el nacimiento de "Serpiente de Fuego-estrellas", seguramente se trata del paso de Venus por el disco solar el año 1362 (13 tochtli); la nueva cuenta se inició y registró con esas pinturas, en donde no hay duda de la Itzpapálotl y el Sol en el centro, ni habría disparidad en las fechas desentendiéndose de la "discrepancia" mixteca. Por otra parte, si la ciudad fue considerada, por el nombre, lugar para el entierro de grandes personajes, el número de tumbas encontradas no niega la posibilidad, pero sí reduciría el hecho por circunstancias diversas. Mas, en cuanto a su arquitectura, esta nacionalidad puso muy alto su marca de paciencia; la decoración de los edificios, lo más impresionante, corrió a cargo de los pintores, en la parte baja de los muros, y casi se ha perdido de manera total; pero la parte



La torre. Palenque, Chis.

superior, decorada por lapidarios geniales, con un mosaico de piedra sin rival y acaso, con sus más remotos antecedentes en los mosaicos olmecas de La Venta, Tabasco, habrán de ser ufanía legítima de un arte que a cada paso reafirma su gran personalidad creadora.

La ocupación mesoamericana de la Huasteca viene desde los principios de la cerámica, con la seguridad contenida en sus antiquísimos restos; pero sólo a partir del Horizonte llamado Pánuco V (900-1200) puede hablarse con espléndidas pruebas arquitectónicas bien conservadas; en verdad, lo mejor fue construido a partir del Renacimiento (1155). Dominan construcciones de planta circular, incluyendo las viviendas para campesinos. Wilfrido du Solier, pionero en la exploración arqueológica moderna, dio a conocer edificios como los de El Ebano, San Luis Potosí, que son el antecedente directo de las yácatas michoacanas, o los de Tamposoque, también pertenecientes hoy a San Luis Potosí. Acaso el edificio que mejor alumbra este tramo de la historia huasteca sea el de Las Flores, en Tampico, Tamaulipas, explorado por Gordon F. Ekholm, y Du Solier. La circunstancia de haber encontrado 26 pisos del estuco mesoamericano, hace pensar en dos posibles ruedas de katunes (520 años) y el arranque cuando la Gran Reforma de 985, iniciando ellos el nuevo centro en 986, o sea con ce tochtli, para terminar el año 1506; en cambio, las cinco estructuras parecen corresponder al Huehuetiliztli (104 años), pero si la primera fue de 986, la segunda se construyó el año 1090, es decir al cerrar el baktún diez, y la quinta correspondió al 1402; por otro lado, las escaleras fueron construidas cada xiuhmoipilli (52 años) y la última, con el número once, debieron hacerla el año 1506. Como el material cerámico ha sido diagnosticado entre las etapas de Tenayucan y Tenochtitlan, hay perfecta concordancia con estos datos. Un juicio en torno al valor artístico de los elementos arquitectónicos huastecos publicados, tendría que ser de gran frialdad, si no se considera la estupenda ciudad arqueológica de Cacahuatenco, Ver., diseño de todo un gran señor en el mundo del arte; con línea sobria, segura, dentro de su ortodoxia, casi en corriente neoclásica, desenvuelve sus planos, masas, luces y sombras, en elegante rúbrica, saturada por un romanticismo de añoranzas, cuando todavía el viejo bosque acunaba sus abandonos. Los toltecas, cuña entre huastecas y totonacas, levantaron en Tzapotitlan (Castillo de Teayo) el teocalli perfectamente conservado hasta que la irresponsabilidad metió mano en la escalinata, y aun cuando aquellas poblaciones quedaron y siguen estando en territorio huasteco, arquitectónicamente son toltecas, y primitivas.

El Renacimiento de los totonacas fue uno de los impulsos constructivos más grandes realizados por pueblo alguno en Mesoamérica: infortunadamente se desvió más hacia el número que a la calidad, y cuando lógicamente debía entrar a la etapa ornamental, su plusvalía



El arco de Labná.

ya era usufructuada por el imperio Tenochca. En el área y en el propio Tajín, al tenor de las exploraciones últimas, los edificios achacables a la época ya denotan una gran pobreza, y en Paso del Correo, incluso aparece la uniformidad. Ya en la linde Misantla-Vega de la Peña, por desgracia no explorada, se antoja una transición, y en Paxil, donde parecen condensarse las principales directrices del Totonacapan Central, la ciudad trasudaba más tradición que arte, porque fincaban sus raíces en el *Popol Buj* como tierra de uno de los dioses creadores: Balam Quiché, Balam-Akap, Majucutaj, Iqui-Balam, las cuatro formas o colores de Tezcatlipoca, y a juzgar por la indicación del maíz: “De Paxil y de Cayalá, como se les llama, de allí vinieron las mazorcas amarillas y blancas”; lo primero estaría con Cintéotl y los totonacas, lo segundo con Quetzalcóatl y los huastecas; pero se mantuvo así, recatada, esotérica, incluso con misteriosas escalinatas en penumbra, con diseños que si revelan o no su consanguinidad con El Tajín. Esa parte al sur de Misantla, corriéndose para tener por capital a Zempoala, está materialmente tachonada de ciudades, todas interesantes, conservadas de manera magnífica, y escurriéndose hacia el sur por la zo-

na subtropical; conservan unidad arquitectónica y las define por encima de todo, la construcción, planificada o no, de cementerios con graciosas tumbas de mausoleo, a manera de maquetas magníficas, reproduciendo templos, palacios, casas urbanas o jacales. Zempoala sería el mejor ejemplo, y en 1519 deslumbró a los españoles primerizos, que la colmaron de no frenados epítetos; es arquitectura de sobriedad, señorío, pero sobre todo, un pretexto para gozar el paisaje, del cual fueron sibaritas consumados. En ellas, los templos a Quetzalcóatl alcanzaron su estereotipo, en Zempoala, Oceloapan, Centla, no hay amaneramientos, no se desea impresionar con decoraciones, preside la sobriedad clásica, el dinamismo de su grandeza, no individual, sino de grupo, de conjunto.

Más al sur, teniendo como hebra vertebral a la corriente del Japa, quedan las únicas muestras hoy conocidas de arquitectura olmeca renacentista en Veracruz, las ruinas de Cotaxtla, y Santiago Huatusco, Alfonso Medellín Zenil, que ha realizado breves exploraciones arqueológicas en los dos puntos, desgraciadamente mucho más breves en Cotaxtla, encontró a la ciudad clamando por darse a conocer, pero nadie ha podido atender esta urgencia. No hay duda para su filiación cerámica, hermanada con Cholula, y lo mismo se puede afirmar para Quauhtochco, aun cuando aquí la suerte conservó intactos casi, los monumentos, pero, en sus tiempos últimos, la ocupación mexicana era tan fuerte, que produjeron una cerámica hoy conocida por "aztecolide", y su gran teocalli, monumental, impresionante, bello, es el ejemplo mejor de arquitectura tenochca, con la sospecha de matriz en Tezcoco.

Hay un consenso general considerando al edificio E-VII-Sub. de Uaxactún como la más antigua construcción maya, con suficientes méritos para inaugurar las experiencias arquitectónicas, ubicado, por el nexo cerámico, en el periodo Chicanel, que por ser inmediatamente anterior a Tzacol, y éste típicamente Teotihuacan III, aquél debe considerarse forzosamente correspondiendo con Teotihuacan II, lo cual pone su estrato entre principios de la Era y el año 300. Esta construcción fue cubierta por otra más formal como técnica de albañilería y con suficiente gusto decorativo en sus grandes mascarones; pero la gran proeza de los mayas fue haber inventado la llamada bóveda maya, imitando el techo de sus jacales, acontecimiento que Morley sitúa por el año 577; a esta bóveda de piedra "salediza", siguió una más evolucionada, la "bóveda voladiza", por el año 636; Morley mismo ha calculado su difusión llegando a Copán el año 695, cuando terminaba el mundo clásico de Teotihuacan; a Oxkintok en 735; a Tulum el año 824 y al valle del Usumacinta por el 895, aun cuando, como él mismo lo presentía en este caso, mucho antes. La fuerte impresión causada por los edificios mayas tenía otros elementos a su favor; tales, la

piedra caliza fácil de trabajar, en la cual se podían hacer cómodamente las ornamentaciones más complicadas, y la crestería, que disparó al cielo el santuario del teocalli, como las agujas medievales en su desesperanza. Esa tarea, de todos modos esforzada, tenaz, artística, sigue llenando al mundo de asombros. En el recuento de Morley, consideró de primera clase sólo cuatro ciudades (Tikal, Copán, Chichén Itzá, Uxmal); pero de segunda 19, y aquí puso nombres como Uaxactún, Yaxchilán, Piedras Negras, Quiriguá, Kabah, Sayil y... Palenque; de tercera clase listó 39 sitios, en donde van Tulum, Labná, Izamal; y de cuarta, 54 ciudades, aquí con Dzibilchaltún y Bonampak.

Encarando una posible clasificación de los edificios mayas, el arquitecto Marquina delineó a ocho regiones geográficas con sus grupos respectivos; para un vistazo a esta selva ecuatorial no puede haber mejor guía. En la región de El Petén, donde varios arqueólogos ubican los principios culturales mayas, está la ciudad de Uaxactún, cargada de historia; pero, aún considerada la maqueta magnífica de Tatiana Proskouriakoff, artísticamente fue superada, y con mucho, por Tikal y, en prosapia, porque últimamente la Estela 29, descubierta y leída por Edwin M. Shook (8.12.14.8.15) corresponde al año 551, es decir, más antigua que la de Uaxactún, e indudablemente, ahí fue grabada la Placa de Leyden, el año 580. Tikal (Guatemala) fue la más grande ciudad maya y en donde los hombres, en su ansia de llegar al cielo, subieron las cresterías del teocalli IV a 70 metros de altura; una ciudad en donde los ingenieros y los arquitectos trabajaron dentro de la más íntima coordinación y en donde los escultores cooperaron con largueza, grabando la madera de los dinteles para eterna gloria de su gremio, y en la cual, hasta los matemáticos dejaron su torre de marfil, para vaciar sus profundos conocimientos en la estupenda Estela 10, colocada en ornamental juego con arquitectura y jardinería; urbe próspera donde los intereses utilitarios fueron desarrollados al máximo, sin cortar sus vuelos a la estética, y en cuya órbita metropolitana quedan, además, Nakum, San José, Calakmul.

El área de Copán fue de gran trascendencia; sus dos ciudades insignes, Copán y Quiriguá, siguen siendo el asombro de quienes buscan el señorío del arte; pero así como en el norte mesoamericano y guardando la marca, Teotihuacan fue la gran metrópoli del Imperio y siguió rigiendo con mucho la vida espiritual; en la marca del sur, Copán (Honduras), con menos proporciones de grandeza terrena, fue también el obligado punto de referencia intelectual, científica. Su antigüedad es muy grande como lugar ocupado por el hombre; allá parece haber cuajado la observación astronómica de donde se originó el Tonalpohualli, base remota de la Cuenta Larga, que principió a contar días desde 2853 años antes de la Era; pero su esplendor arquitectónico, a juzgar por los datos de sus inscripciones, ocurrió entre los años

719-20 (7 ácatl), coetáneo del de Tula dándose su primer monarca ya verdaderamente tolteca (Ixtililcuechahua), y 1063 (13 ácatl) o fecha de la disolución tolteca; en las inscripciones leídas por Morley (9.1.5.0.0. y 9.18.10.0.0.). Su acrópolis, hoy rebanada por el río, es bien logrado alarde, y aun cuando su ornamentación sobrecargada huele a churriguera, lo meramente arquitectónico no perdió el sentido de las proporciones ni su depurado gusto. Quiriguá, ya en territorio guatemalteco, más pequeña y septentrional, parece también más tardía. Si se considera por punto de partida, en material de inscripciones, la Estela T del Grupo A, sería el año 952, valga por el gran cambio religioso de los nonoalcas (895-985) y cuando se construyó en la meseta, en tanto las construcciones de la parte baja, cerca del río Motagua, se harían a partir del año mil aproximadamente. La planeación de los edificios fue realizada con mucha soltura y dinamismo que le dan su toque de gracia. La ornamentación, recargada, seguramente habría naufragado en simple hojarasca, si la irrupción olmeca no hubiera frenado los libres vuelos de sus artistas, que cambiaron estelas por zoomorfos, a partir del año 1040, cuando a un katún de la disolución tolteca, ya se presentía en el aire lo imperativo de abandonar los viejos conceptos; pero ahí quedó Quiriguá con los destellos de su época, cual una invitación contemplativa y profunda.

El distrito arquitectónico de Palenque tuvo su marca más norteaña en Comalcalco (Tabasco), difundida su existencia desde cuando la visitara Frans Blom, y en donde, lo mejor conservado para el arte, ha sido la cámara sepulcral con los relieves hoy famosos; pero la maravilla es Palenque (Chiapas), reina del estuco, es verdad, fácil, blando; así registró la pulsación emocional de sus artistas. Por cuanto a la historia de la ciudad, se dispone de las fechas leídas en algunas de sus inscripciones, que van del año 795 en la Tableta 2, cerca del Templo de la Cruz Foliada, para llegar a 1042 en la Torre del Palacio. La fecha tentativa para el final de su apogeo parece correcta si se considera el año 1027, propuesto para el Templo de las Caritas en Zempoala, Ver. donde, todavía en la urna para el Entierro del Siglo, se usó un yugo, y los datos de César A. Saénz en la exploración del Templo de la Cruz Foliada, con una fecha equivalente a 952: "Otro de los hallazgos efectuados durante la exploración de la pirámide mencionada fue un fragmento de yugo de piedra verde. A este respecto debemos recordar los numerosos pedazos de yugo aparecidos superficialmente en el Palacio de Palenque, principalmente en la temporada de 1951, lo que debe atribuirse a una ocupación tardía de pueblos procedentes de la costa (totonacas)." Tal vez únicamente de paso; los totonacas fueron anfitriones de un grupo de los quichés en Paxil; tal vez otro grupo de totonacas los acompañaron en el viaje, llegando hasta Guatemala con sus reliquias, ahora encontradas en ese territorio, y tal vez,

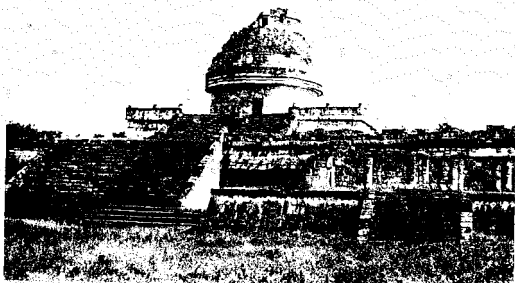


Casa del Gobernador (un detalle) Uxmal, Yuc.

confirmando la idea de Othón de Mendizábal y de Jiménez Moreno, quienes, en lugar de chol, consideraron al maya-quiché como el idioma de Palenque. La fama carga en su boca los nombres del Palacio, con sus ocho edificios y la torre, los templos al Sol, de la Cruz, de la Cruz Foliada, del Bello Relieve, pero sobre todo del Templo de las Inscripciones, una de las cuales contiene 620 jeroglíficos, y en cuyo interior, a manera de tumba faraónica, Ruz Lhuillier encontró la cripta de uno de los entierros más espectaculares de Mesoamérica. Tendrá, cada persona, sus preferencias artísticas; aquí se suscribe la de Palenque como el más limpio, sereno y alto monumento continental; cuando Palenque surge de la embrujada selva, mientras el trueno ronda sus edificios y el rayo sangra con su látigo las espaldas del paisaje, a la luz de los últimos relámpagos, Palenque tiene su más íntima y axiomática transformación.

Al remontar la cuenca del Usumacinta, para llegar hasta la ciudad de Guatemala, se va operando un cambio sorpresivo por conocido; la fuerte presencia teotihuacana, de las etapas II y III en Kaminaljuyú, que no se contrae a la cerámica, de fácil explicación, sino trasciende, conforma los edificios; este corredor, cuando sea estudiado como camino de culturas, arrojará mucha luz a los campos antropológicos. Arquitectónicamente, lo más notable se ha conservado, con su esencia maya, en Yaxchilán, margen izquierda del río y en consecuencia, mexicana, pero también corroída por las aguas de la corriente; sus arquitectos, un tanto eclécticos entre Palenque y Tikal. Morley, basado en las inscripciones, consideraba la gran etapa constructiva en una rueda de katunes, de 774 a 1031, muy parecido al tiempo de la dinastía tolteca, pero el verdadero florecer entre los años 952 a 986, es decir, cesando con la gran reforma. Su Juego de Pelota, semejante a los de Copán, Xochicalco, y Tula, conservó los anillos, donde los casi borrados glifos corresponden a Venus. La suerte fue más drástica con Piedras Negras, en la margen derecha del Usumacinta. El delicioso desorden de su plano le acentúa el sabor indígena, y la influencia de Uaxactún, en sus estructuras, es muy fuerte, aun cuando sus fechas leídas la colocan a fines del setecientos; como sea, Piedras Negras, para su fama, depende más de la escultura, en tanto no se acometa una fuerte labor exploradora y de consolidación, caso un tanto semejante a Bonampak (Chiapas), conocida por sus pinturas.

Se ha venido hablando, tanto en arqueología como en arquitectura, de dos regiones con sus estilos: la de los Chenes y la del Puuc; pero Marquina puso las cosas en su lugar al escribir: "Aun cuando se ha hecho una diferenciación entre los tipos de arquitectura de Los Chenes y del Puuc, en una misma ciudad se encuentran edificios tan distintos, que es muy difícil hallar características propias de cada una". Edzná, según el plano del arquitecto Mariscal, tendría en su

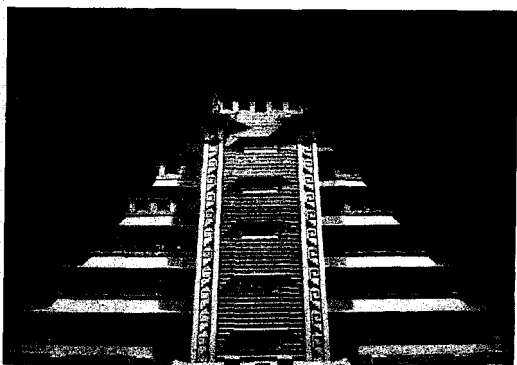


El Caracol, de Chichén-Itzá

teocalli mayor, un lejano airecillo de El Tajín toltequizado, pero en pleno estilo Puuc, la ornamentación de columnitas aparece con toda su personalidad, y desde luego, sin la trascendencia que le pretende obsequiar Robert Heine-Geldern. Hay en estas construcciones una gracia traviesa, casi una fuga musical, como se mira en Huntichmol, o un poco más circunspectas en Chacmultún, donde la pintura cooperó a la belleza, para testimoniar su maestría serena en Zayil, dejar para enseñanza de los tiempos y de la emoción, el arco de Labná, y en Kabah escribir el prólogo más entrecomillado anunciando la presencia de Uxmal. Esta ciudad insigne salvó poco de su historia. La *Crónica de Maní* sitúa en la etapa nonoalca la llegada de un grupo gobernante, los tutul-xiu; "Cuatro katunes estuvieron los Tutul Xiu, 3 Ahau-10 Ahau, al poniente de Zuyua. La tierra de donde vinieron(es) Tulapan Chiconautlan"; las fechas tentativas pudieron ser en los años 1107 a 1187 que positivamente tuvieron ajustes calendáricos en el ritmo mexicana y esos años, correspondiendo a las veintenas xul (final) y yax-kin (primer día) equivalían a Quecholli, Panquetzaüztli. Pero la *Crónica de Tizimín* ofrece un aspecto más evolucionado: "En el Katún 2 Ahau se estableció Ah Suytok Tutul Xiu en Uxmal. . . Desde que se estableció Ah Suytok Tutul Xiu en Uxmal, diez veintenas de años rei-

naron en compañía de los gobernadores de Chichén Itzá y de Mayapan", lo cual, cotejado con el árbol genealógico de los xiu hace arrancar esta dinastía de los tutul xiu en Uxmal el año 1027, para iniciar el Renacimiento correspondiente a la última etapa en el Templo del Adivino, en tanto la subestructura corresponde al Clásico Tardío. La historia será reconstruida un día. También aquí, el aplauso internacional corea los nombres de la Casa del Adivino, cuya puerta blasonada envidiaría el más grande señor del plateresco; del Cuadrángulo de las Monjas, grandioso logro de utilidad y belleza pese al ocasional recargo de ornamentación; del Grupo del Palomar, aun cuando parezca más habilidad que buen gusto; pero sobre todo, el Palacio del Gobernador, del cual Morley ha dicho: "El complicado y rico mosaico que decora las cuatro fachadas se compone de unos veinte mil elementos de piedra especialmente labrados y ajustados. De todo el Continente Americano, La Casa del Gobernador en Uxmal es, a mi juicio, el edificio individual más espléndido y admirable de los tiempos precolombinos." Uxmal es, no hay por qué negarlo, la ciudad en donde granó el churriguera mesoamericano, pero la etiqueta no le resta méritos; tres, cuatrocientos años más tarde, también se la pegarían a Santa Prisca o a La Valenciana, sin apagar sus oros flamígeros, como no ha empañado las blancuras de las calizas de Uxmal, que trasudan un silabo estético.

Por la parte oriental de Yucatán existen ciudades arqueológicas con suficiente personalidad, como Cobá, de apretado núcleo urbanístico; Acanceh, con influencia muy visible del añoso Uaxactún, pero también con su sello muy propio, en el friso y en las bóvedas del Palacio de los Estucos. Izamal, que se viene dando por lugar de Itzamná o de unos itzaes llegados por el oriente, donde había un gran teocalli, por cuyos restos escribió Marquina: "Es muy importante hacer notar que esta pirámide ofrece en su distribución general gran semejanza con la de Cholula, con la cual puede también compararse por sus grandes dimensiones"; fue una irreparable pérdida para filiar mejor esta rama oriental de los itzaes. Por la grata y severa impresión general, Tulum es un centinela en los acantilados del Caribe, con su muralla protectora y en donde la mano tolteca ya no puede ocultarse, ni en los techos planos ni en las columnas con cabeza y cascabel de serpiente. Pero la ciudad que sigue siendo imán de visitas es Chichén Itzá. Sería interesante rehacer detalladamente la historia de la ciudad; ya George Kubler ha supuesto, con razones atendibles, alguna prioridad en Chichén Itzá sobre Tula. Es evidente la convivencia, el mestizaje de los grupos humanos; lo propiamente maya, del estilo Puuc, y lo indiscutiblemente tolteca. Las crónicas mayas no titubeaban marcando la fecha en que los toltecas (itzaes) llegaron y, descubrieron Chichén. La de *Mani* dice: "8 ahau, fue cuando se descubrió la pro-



El Tajín (maqueta)



Templo al dios del Viento en Zempoala, Ver. (maqueta)

vincia de Siyan Can Bakhallal. 6 ahau, fue que se descubrió Chichén Itzá. 4 ahau, 2 ahau, 13 ahau, se ordenaron la esteras y se ocupó Chichén. Tres veintenas de años reinaron en Siyan Can y bajaron aquí. En los mismos años que reinaron en Bakhallal, la laguna, fue que se descubrió Chichén Itzá; 60 años. . .", sin discrepar la de *Tizimin* ni la de *Chumayel*, en lo fundamental, y esto era cuando más tarde, un año 695 de la Era, fin del mundo clásico de Teotihuacan, pero no el principio. Arqueológicamente se ha encontrado en Chichén Itzá cinco periodos; el primero se había iniciado el año 435, en lugar del 427 de los olmecas; el segundo fue de 695 a 955; el tercero de 955 a 1215; el cuarto de 1215 a 1475; y el quinto de 1475 a. . ., lo truncó la conquista española; con esto, la cronología en Chichén Itzá funciona como la del *Códice Nuttall*, y sus principales jalones pudieron ser: en el primer periodo, las irrupciones toltecas primitivas, desde Bakhallal; en el segundo, su primer asiento en Chichén Itzá; tercer periodo, su vida en la región de Chakanpotón; cuarto periodo, regreso a Chichén Itzá; y quinto periodo, bajo influencia mexicana. Complementariamente irán apareciendo datos. Por cuanto a su justamente célebre Juego de Pelota, parece que no se apartaron de la ortodoxia tolteca, y en lugar de contar desde 695 (9 ácatl), lo hicieron desde 687 (ce ácatl) y a 260 años del 427 de los olmecas; así los frisos del Juego de Pelota resultarían del año 843, Clásico tardío y acorde con la escena, en cierta forma como la de El Tajín; pero aquí claramente relacionada con Venus, para eso el sacerdote luce sobre su pecho el caracol distintivo; la razón astronómica fue que Venus, el planeta cruzó por el disco solar el año 842 (13 tochtli); la fecha inscrita en el relieve fue 843, que ya era ce ácatl; Chichén Itzá, en esta forma, sería un desarrollo paralelo al de Tula, y los toltecas derrotados en la marca norteña vendrían en busca de refugio; al tenor de Lizana, los primeros toltecas resultarían pocos frente a los últimos que, lógicamente, ya serían más; los primeros llegaron por el oriente y los últimos por el poniente.

Todo lo anterior podrá ser historia. En el campo arquitectónico, Chichén Itzá contiene construcciones orgullo de la ingeniería mesoamericana, como el Juego de Pelota; consagración a la ciencia en el observatorio astronómico llamado El Caracol; construcciones utilitarias en su mayor significación, así en El Mercado; teocallis como El Castillo; alardes cual el Templo de los Guerreros, o Las Monjas; casi tratados de filosofía en el tzompantli; cierto cansancio en el Templo de los Dinteles; pero, encima de todo, algo que mantiene a Chichén Itzá en el primer plano del aplauso, es el sabio equilibrio entre los preciosismos de los mayas y la sobria emoción del Altiplano; un equilibrio inestable, ciertamente, y por lo mismo dramático; el espectador la recorre con el sumergido temor de que lo mirará

romperse, predominar alguno, y en la cuerda floja de todas las hiperestesias, el equilibrista resulta siempre un maestro más consumado; la propia ornamentación se mantuvo discreta, pero sin regateos; espléndida, sin derroche; Mesoamérica podría presentar facetas para dividirla irremediabilmente; si en algún lugar es un axioma la unidad mesoamericana, ése es Chichén Itzá, y si en algún sitio los arquitectos unifican el aplauso de todos los gustos, eso sucede diariamente bajo el esplendoroso cielo de la vieja Chichén, la tierra maya, donde germinó maravillas, el esperma de los itzaes.

Bibliografía

- Acosta, Jorge R., "La Cuarta y quinta temporadas de exploraciones arqueológicas en Tula, Hgo. (1943-44)", en *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*. México, 1945
- Alva Ixtlilxóchitl, Fernando de, *Obras históricas*. Secretaría de Fomento, México, 1891
- Armillas, Pedro, "La Serpiente Emplumada, Quetzalcóatl y Tláloc", en *Cuadernos Americanos*. México, 1947
- Códice Chimalpopoca (Anales de Cuauhtitlan)*. Universidad Nacional, México, 1945
- Códice Ramírez*. Ed. Leyenda, México, 1944
- El Libro de los Libros de Chilam Balam*. Fondo de Cultura Económica, México, 1963
- García Payón, José, *La Ciudad arqueológica del Tajín*. Universidad Veracruzana, Xalapa, Ver., 1951
- *Prehistoria de Mesoamérica*. Universidad Veracruzana, Xalapa, Ver., 1966
- Kubler, George, "Chichén Itzá y Tula", en *Estudios de Cultura Maya*. Universidad Nacional, México, 1961
- MacNeish, Richard S., *El Origen de la civilización mesoamericana visto desde Tehuacán*. Instituto Nacional de Antropología, México, 1964
- Marquina, Ignacio, *Arquitectura Prehispánica*. Instituto Nacional de Antropología, México, 1951
- Medellín Zenil, Alfonso, *Exploraciones en Quauhtochco*. Gobierno del Estado, Jalapa, Ver., 1952
- Morley, Sylvanus G., *La civilización maya*. Fondo de Cultura Económica, México, 1947
- Paso y Troncoso, Francisco del, *Papeles de Nueva España*. Madrid, 1905
- Sáenz, César A., *Exploraciones en la Pirámide de la Cruz Foliada*. Instituto Nacional de Antropología, México, 1956
- "Las Estelas de Xochicalco", en *Actas y Memorias*, Congreso Internacional de Americanistas, México, 1962
- Sahagún, Bernardino de, *Historia general de las cosas de Nueva España*. Ed. Robredo, México, 1938
- Tablada, José Juan, *Historia del arte en México*. Ed. Aguilas, México, 1927
- Torquemada, Juan de, *Monarquía indiana*. Ed. Chávez Hayhoe, México, 1943
- Valenzuela, Juan, "Las exploraciones efectuadas en Los Tuxtlas Veracruz", en *Anales del Museo de Arqueología*. México, 1945
- Woolley, Leonard, *Ur, la ciudad de los caldeos*. Fondo de Cultura Económica, México, 1966

9. Escultura

“...el busto sobrevive a la ciudad”.

HA SENTENCIADO Théophile Gautier; y la precede. La escultura fue, sigue siendo, un imperativo. El hombre luchó para crearla. El barro se hizo dócil; más levantisca la piedra, tardó en ser domada; las rocas durísimas fueron un reto contestado por el esfuerzo máximo. En los más viejos restos de cerámica siempre queda un aletear del arte. La historia dice poco en el occidente; pero aun sin ella, y suponiendo tardías aquellas manifestaciones, los escultores del Nayarit produjeron un arte de recia personalidad. Podrá ser defectuosa la tecnología del ceramista y en el pintado y cochura de las piezas no se mirará la gran habilidad característica de otras regiones, pero es inconfundible; sus tipos físicos quedaron bien estereotipados; los datos etnográficos resultan de primera mano; la vida social, espiritual, está informada, reflejada, con el realismo de que se podía ser capaz y aun bajo él, se mira, se presiente, un forcejeo para insuflar espíritu, sople vital, intención. Salvador Toscano captó el mensaje: “La sensación que producen las esculturas nayaritas al espectador es la de encontrarse frente a un pueblo que despierta a la vida artística pleno de emoción religiosa y de alegría. Es el resultado de una cultura tribal en los inicios de la primavera, cuando se entra a la vida preñado de ilusiones”, y quién sabe si a más del momento histórico reflejado por los artistas nayaritas, el observador lejano está frente a una escuela que cumplió de la mejor manera, su propio sino histórico.

Si para Nayarit se puede considerar a un estrato de coras antiguos, desplazados por alguna oleada nahuatlaca mestizada, para formar al grupo huichol, en Colima no hay base para conjeturas, más allá de suponer un recuerdo sudamericano, en la forma de las tumbas, y un horizonte cultural coetáneo de Teotihuacan, como parecen indicarlo esos restos arqueológicos encontrados por Isabel Kelly en Los Ortices; pero aquella gente siguió viviendo, y tanto los tarascos como los mexicas se adjudicaban su conquista, o el usufructo del tributo, años antes de que los españoles irrumpieran por allá. Los arqueólogos habrán de resolver estos problemas. De momento, ahí está el material.

mas evolucionado, con técnicas muy buenas en el cerámico, la raza primitiva en insubordinadas afloraciones; más la maestría del taller imponiéndose; ahora son manos con larga escuela; ya está dominada la pulsación cordial; ya emoción, idea, ejecución, forman un tríptico heroico para los cánones artísticos, y el barro, mansamente, responde; insatisfecho, el artista pule y abrillanta superficies, no se preocupa por el aplauso fácil de la policromía y en la nota monocroma recorre las escalas de la posibilidad. La forma humana, humanizada, es el escape natural de su diapason; el dominio de la forma no es obstáculo para captar el dinamismo del actuar, y en ocasiones, un impulso de recargada ornamentación es frenado enérgicamente. Corretean por su mundo, creencias, fábulas, tradiciones y espiga en esos campos, de manera triunfal en el culto a los muertos, con los perritos, compañeros en el viaje definitivo, legando a la posteridad los más bellos ejemplares mesoamericanos y escurriéndose, por ahí, rumbo a un zoológico lleno de gracia, de cariño, y siguiendo de frente hasta la forma utilitaria de sus vasijas, no exentas de finura, de toques artísticos que transforman al cacharro en una pieza de los museos del arte.

Tal vez la escultura tarasca tuvo su máxima personalidad en el Horizonte Preclásico, aun considerado tardío con respecto a otras culturas mesoamericanas y esté representando a los propietarios del idioma, porque, después, una sucesión de influencias culturales, con sus respectivos grupos gobernantes, fueron yuxtaponiéndose allá, y en el Preclásico, el centro típico de lo hasta hoy conocido es Chupícuaro (Guanajuato). Su alfarería logró piezas extraordinarias, no sólo por su calidad, todavía mantenida en Patamban, sino por las concepciones artísticas, impregnadas de un realismo crudo, casi violento, pero de gran envergadura; cuando se puso en marcha, y avanzó por el camino de la historia, sus excelencias continuaron acentuándose, hasta lograr la integración de un legado de incalculable valor. Sus pipas, cuyos mejores ejemplares corresponden a la etapa nonoalca, son elucubraciones fantásticas en torno a la realidad que debió transfigurar la inhalación sagrada. El exponer de la figura humana parece conservar cierto cordón umbilical que, a lo largo de la costa del Pacífico, lleva sus orígenes a tierra sudamericana, pero rápidamente se afirma dentro de lo esencial mesoamericano, y sus artífices dominan el difícil trabajo de la obsidiana, logrando esas fabulosas orejeras de Tzintzuntzan, o la máscara conservada por el Museo de Morelia; tallando el cristal de roca como en su collar de Jiquilpan, y ya en plena época de los metales, ellos, metalúrgicos primados, dejan, en cobre, la máscara de Xipe-Tótec, cual rúbrica infalsificable de su solvencia desbordada.

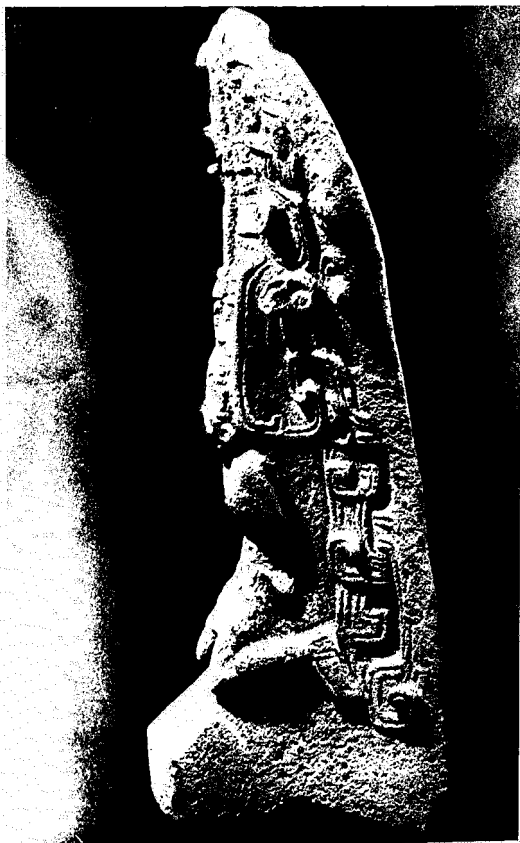
Más al sur, en el área zapoteca, ya son importantes el trabajo en



Máscara teotihuacana



"Yugo" totonaca



"Palma" totonaca



"Palma" totonaca (frente)

cerámica y el de la piedra; ya las etapas históricas quedan bien definidas en sus niveles y sobre la base del material encontrado en Monte Albán. Fue la manufactura de urnas la conjugación del oficio y el arte del ceramista; esta manifestación tan característica del pueblo zapoteca, ha sido estudiada muy bien por Alfonso Caso e Ignacio Bernal en su libro *Urnas de Oaxaca*; ellos han dicho: "Indudablemente la mayor parte de las urnas son representaciones de dioses o bien de sacerdotes ataviados con los vestidos de los dioses; aun cuando, si aceptamos una semejanza con lo que sucedía entre los aztecas, puede tratarse también de la víctima sacrificada al dios, que según sabemos era ataviada en la misma forma que éste." Clasificaron el material por su representación, pero las urnas caracterizan a los horizontes culturales de Monte Albán I a IV. En algunas ocasiones continúa predominando la idea del vaso, pero comúnmente lo absorbe la efigie. Las representaciones del Preclásico se inician titubeantes; la mano tiembla y no puede dar el golpe maestro; para el Clásico, las técnicas, las habilidades, han sido conquistadas y ya sólo preocupa el ideal, quieto, majestuoso en los rostros, en ocasiones, un tanto náufragos en complicada, ornamental hojarasca. Los animales, de simbolismo religioso, fueron plasmados con soltura; el tigre o el murciélago; los braseros de la época tolteca también fueron pretexto a la plástica. El tipo llamado El Acompañante, aparece cual un remanso de aguas cristalinas en su casi desnudez; ahí la escultura estrena galas. El magnífico ejemplar de la tumba 77 (No. 26), policromado, es de un efecto estupendo; cuán lejos han quedado las figurillas de Monte Albán I.

En piedra, el zapoteca trabajó los relieves del Templo de los Danzantes, en la primer etapa constructiva de Monte Albán, cual si la escultura se fuera liberando de los muros, y se ha debatido en torno a esas primitivas representaciones. Eusebio Dávalos Hurtado los considera casos patológicos; Miguel Covarrubias, que sigue de alguna manera esa opinión, hace acotaciones: "El estilo de los 'danzantes' es, esencialmente, más que verdadera escultura, dibujos lineales en gran escala sobre piedra... Al igual que el arte 'olmeca', del cual derivan... Es bastante enigmático el hecho de que una cultura tan temprana, definitivamente provinciana, tuviese rasgos que aparecen más tarde en las grandes culturas: arquitectura con piedra revestida, estelas, y puntos y barras como numerales." La conocida Lápidas Bazán, del periodo Monte Albán III, no puede ocultar la influencia teotihuacana, y la Estela No. 1 de Monte Albán, documento interesantísimo por otros motivos, no es una muestra de arte. La máscara del dios murciélago (Monte Albán II), que reclamó paciencia grande para la ejecución, conserva su hálito artístico por encima del jade.

Tras el apogeo, la cultura zapoteca fue suplantada por la mixteca, en algunas regiones; falta seguirla detalladamente por los lugares donde se hizo fuerte para resistir y llegar a los días de la conquista española.

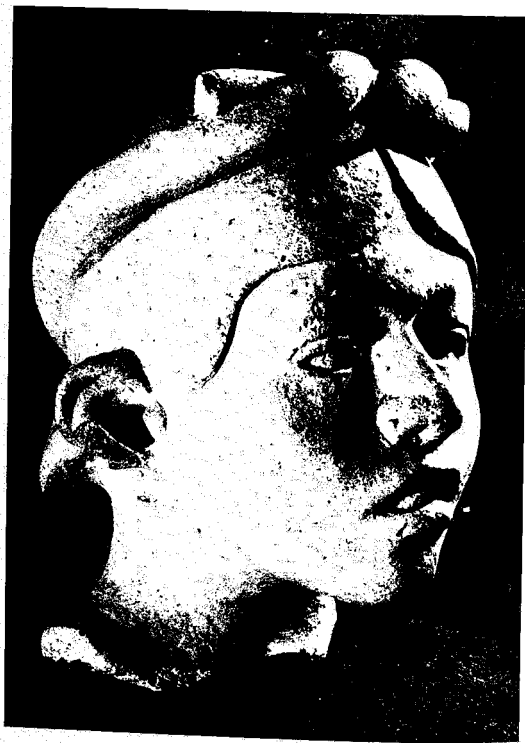
El Preclásico Medio (1500-600 A. E.) contempló la primer expansión olmeca documentada en los vestigios arqueológicos, no sólo en territorios adyacentes, alcanzó lugares lejanos, tales la cuenca del Balsas, Puebla sur, Morelos, y Tlatilco en el hoy Distrito Federal. En esa época ya se miran magníficos escultores en barro. El arte de Tlatilco, seguramente no del todo labor olmeca, sí los tuvo por asesores de su estilo y la realización fue suprema. Miguel Covarrubias ha seguido la vida y pasión de su marca de fábrica, inconfundible hoy, con expresión máxima en los llamados Cara de Niño, desplante bien logrado de maestría plástica, en Gualupita, Morelos; Jalapa o Jáltipan, Veracruz.

Después de la cerámica, emprendieron el esfuerzo contra la piedra, incluyendo al jade, ciertamente profuso en su territorio. Tal vez la Estela de Viejón, Ver., sea el más viejo monumento pétreo de los olmecas, hoy conocido y, quién sabe si de Mesoamérica; pertenece al Horizonte Preclásico medio y ya es en sí una lección para el futuro: los consumados catedráticos de la cerámica son unos principiantes, inseguros, en la piedra, y eso que se trata de un relieve. No sería concebible que para el Preclásico Superior no hubieran progresado, pero tampoco se deberá olvidar, por entusiasmo incontenido, la recesión sufrida por los olmecas, porque los lugares que habían conquistado silenciaron su influencia, de tal manera que la continuidad cultural sólo funcionó en su territorio, cual se mira en la columna estratigráfica de Cosamaloapan, Ver., prolongada en el Horizonte Clásico; y sin embargo, ellos no eran, en el tiempo de Teotihuacan II, la cabeza del Imperio; debieron esperar hasta el III. Resulta muy curioso que siendo una verdad histórica su ocupación de Teotihuacan III, y visible su influencia cultural, en verdad haya tanta pobreza escultórica en la gran metrópoli. En cambio, su territorio hace brotar una escultura en piedra cada vez más vigorosa.

Las tallas rupestres de Chalcacingo, Morelos, tendrían algún argumento para considerarlas del Preclásico Medio, pero no estarían a disgusto en el Preclásico Superior, por su ejecución, su estilo perfectamente definido. Hay en el Museo de Antropología de Jalapa, Ver., una escultura llamada El Sacerdote de las Limas (Veracruz), del Clásico Temprano, pero sosteniendo a una deidad correspondiente al Preclásico Superior; eso permite diagnosticar con bastante seguridad la escultura olmeca de tales épocas, y en ese considerando quedarían las tallas rupestres de San Isidro Piedra Parada (Guatemala) dadas a conocer por J. Eric S. Thompson, y de Chalchoapa (El Salvador) difundidas por Ralph Steele Boggs. Aquí entroncarían, proyectándose



Escultura con huecos para el adorno postizo



Escultura totonaca del Horizonte Clásico tardío



El adolescente, de Tamuín, S. L.P.



"Estela" maya, en Copán, Honduras

al Clásico temprano (0-300) algunas esculturas de La Venta, Tabasco, desde luego las más antiguas. El Sacerdote de las Limas puede ser un ejemplo del más perfecto acabado en este Horizonte que por otra parte corresponde a Teotihuacan II. Ya en esta correspondencia Teotihuacan III iría del año 300 al 600 de la Era, cobijando esculturas cuya edad no presenta problemas, por aparecer las fechas; así la Estatuilla de Tuxtla, con su año 422 y representando a Ehécatl en un estilo con mucho de primitivo, y acaso la razón pudiera estar en el hecho de haber llegado, el año 387 y al corazón del Olmecapan, el grupo tolteca fundador de Huehuetlapalan. Tal vez para esta etapa del Clásico seguían trabajando los relieves. Fue hasta el Horizonte Clásico tardío (600-900) cuando la escultura olmeca logró las alturas máximas: monumental, perfecta, única.

El símbolo escultórico de los olmecas fueron las cabezas colosales, representando al tipo negro, de pelo crespo, venido a Mesoamérica con otros elementos etnográficos importantes de la costa occidental africana. La cabeza número uno de San Lorenzo Tenochtitlán, Ver., custodiada en el Museo de Jalapa, luce la fecha ce ácatl, traducible por el año 635; la debatida Estela C de Tres Zapotes, Ver., en verdad podría corresponder al año 623, aun cuando ya fue hallado el baktún siete, faltante, y la cabeza número cinco de San Lorenzo Tenochtitlán, la más primorosa realización de los artífices olmecas, lleva la fecha 843 y registra, como el Juego de Pelota de Chichén Itzá, el paso de Venus por el disco solar, también anotado, en glosa extraordinariamente ilustrativa, por los *Anales de Cuauhtitlan*. Otras fechas indudables para colocar los productos del arte olmeca son la estela número seis de Cerro de las Mesas, Ver., (727) y la número ocho del mismo lugar (792). En el caso de los encuentros realizados en El Baúl (Guatemala), es evidente la presencia nahuatlaca, de donde podrá corresponder también al Clásico tardío, y el trabajo realizado por Thompson ofrece abundantes pruebas. En La Venta, Tabasco, y más en San Lorenzo Tenochtitlán, últimamente parece haber surgido un problema. Infortunadamente, se quieren ligar las maravillosas esculturas del último lugar, con la cerámica del Preclásico en que fueron sepultadas, en vez de hacerlo con la Naranja Fina, cuyos autores impusieron su nueva religión, destronaron a los viejos dioses, los mutilaron y los enterraron; así el caso del dios trabajado con el esbozo de las figuritas de miembros articulados, tan conocidas por los arqueólogos mexicanos, y en este caso, luciendo su nombre náhuatl en el pecho: Chicomecóchitl. Es la misma situación del Señor del Cerro, la extraordinaria escultura que con proeza digna de aplauso, el personal del Museo de Antropología bajó del Cerro de San Martín para conservar en Jalapa; el testimonio arqueológico, cerámico, abundante, no admite dudas; empero, prescindiendo de lo anterior, queda.

intocable, la exploración realizada por Alfonso Medellín Zenil en Laguna de los Cerros, Ver., donde también fueron encontradas esculturas magníficas, en el estilo y maestría de las otras, perfectamente documentadas por la cerámica del Clásico Tardío. Quedaría, después de todo, abierto el capítulo del final. ¿Murió ese arte supremo por consunción? ¿Fue asesinado? Tal vez las dos cosas. La oleada nooalca lo decapitó; eso es inconcuso; pero no menos es mirarlo cumplir su ciclo biológico, igual a todo gran arte representativo de una gran cultura, en el testimonio de su manifestación última: un estilo modernista, simplista, simbolista, casi abstracto, real canto del cisné, con esas esculturas como la de Acayucan, Ver., o La Imagen de Nuestro Tiempo que Medellín Zenil encontró en Llano de Júcaro, municipio de Acayucan, y que son, a un lado interferencias, expresión decadentista, no sólo en el arte olmeca, porque parece que también los totonacas del Clásico Tardío llegaron a ese sopor, así lo apunta la Palma con rostro humano encontrada en Palmas de Abajo, municipio de Actopan, Ver.

La realización escultórica en La Venta, Tab., ya se ha comentado mucho; ella sola justificaría que los artistas olmecas hubieran pedido la palabra en el foro de la estética, tenían mucho que decir y lo dijeron muy bien; pero no fueron los únicos; en San Lorenzo Tenochtitlan y su comarca, en Laguna de los Cerros, en San Martín, Medias Aguas, Las Limas, Cruz del Milagro, Tres Zapotes, Cerro de las Mesas, dejaron testimonios tan altos, que una sola pieza, El Luchador, del área de Minatitlán, o la cabeza número cinco de San Lorenzo Tenochtitlan, puede bastar para su exaltación. Ya en el Clásico Tardío ejercían un absoluto dominio sobre la materia; el barro, y sea suficiente su Huehuetéotl de Laguna de los Cerros; y la piedra, mírese al Señor de Cruz del Milagro, eran la docilidad en sus manos. Dueños de la técnica, de la concepción grande, gigantesca; de un realismo que de serlo se antoja irreal; de una fantasía nutrida por el trópico, y de una vibración artística en sus más depuradas esencias, los olmecas dejaron a la humanidad una herencia escultórica que hoy el mundo aplaude y coloca en los más honrosos lugares de su admiración. Después... podría formularse una tirada lírica en torno al colapso. Sin embargo, el pueblo continuó su cotidiano, tesonero bregar, aun cuando dividido en dos ramas. El grupo que había ocupado Teotihuacan III fue replegado hacia Chololan y Tlaxcalan; floreció en la cerámica hoy conocida por "Mixteca-Puebla", y a más de infiltrar por la Mixteca Alta y ocupar el ámbito Tepeaca-Tehuacán, volvió también a la costa del Golfo, con centro principal en Cotaxtlá. Se conoce muy poco de aquí; eso poco, en escultura, se funde, sin pena ni gloria, en el arte dominante de su época histórica. Un grupo migró a Centroamérica y ejerció influencia creadora, desde Guatemala

y Honduras, hasta Costa Rica. Quienes permanecieron en el viejo país del hule, no estuvieron inactivos, fueron autores de una bella cerámica, y entre otras cosas, levantaron, en Piedra Labrada, Ver., una estela llena de sabiduría y arte sobrio, cuando el año 1483 cerró el baktún once; de todos modos, la época de oro quedaba lejana.

Para marcar los principales jalones de la escultura maya, es una guía segura la cerámica; siguen las inscripciones, y finalmente las crónicas. El periodo Preclásico, tal vez principiando con el anterior a Yumel, encontrado en el Valle Comayagua, Belice; bien identificado en Kaminaljuyú, donde Manuel Gamio primero y después intensamente Alfred V. Kidder lo relacionaron con el centro de México; en Ocosingo, Guatemala, estudiado por Edwin Shook, y después por Michael D. Coe, e incluso en Chiapa de Corzo (Gareth W. Lowe) y Dzibil Chaltún (E. Willys Andrews). Generalizando; el Preclásico maya (Mamom) muestra figurillas en barro sin consideraciones muy especiales en cuanto al arte; pero ya en Uaxactún, el más viejo edificio maya, va decorado con grandes mascarones, hechos en estuco y bajo inspiración olmeca, cierto, pero mayas. Kaminaljuyú sería ideal como colonia teotihuacana, pero la escultura se mira florecer primero en Tikal; ahí encontró Edwin M. Shook la Estela 29 con la fecha (8.12.14.8.15) 551 de la Era, no sólo deteriorada por el tiempo, sino aún tosca en su manufactura. En cambio, la Placa de Leyden, grabada por un artista de Tikal, es del año 580, y aun siendo arte menor, ya resulta sorpresiva la maestría en el diseño, la fuerza de la línea, sin un solo parpadeo, a golpe de dominio; la inscripción misma, de la Cuenta Larga, ya es clásica, y el personaje no desentonaría en un retablo churriguera, o haciéndole una rebajita, plateresco. Por cuanto a las influencias en Tikal, parecen haberse aceptado tardíamente; uno de los pendientes de jade ilustrados por Shook, lleva en la frente una posible fecha ce ácatl, en cierta forma similar a la de la Cabeza colosal número uno de San Lorenzo Tenochtitlán, Ver., y la Estela 31 de Tikal, donde Shook miró justamente influencia teotihuacana, corresponde al año 705, cuando Teotihuacan tenía diez años de fenecido como capital del Imperio.

Sería pleonástico hablar de la personalidad contenida en la escultura maya y de la evolución al ritmo de su historia; pero se impone considerar la excepción de las influencias extrañas por bien marcadas rutas: la suriana vía Tehuantepec, Chiapas, sur de Guatemala, frecuentada por los popolocas; una central, por Comalcalco, Palenque, Piedras Negras, Tikal, con desviación para confluir a Kaminaljuyú, practicada por olmecas, totonacas, quichés; y la tolteca de Lizana, oriental y occidental en la península de Yucatán. Finalmente, por la ruta de los derrotados en Tula se filtró la influencia mexicana, y la vigorosa personalidad resintió los efectos, no siempre perjudiciales.

En cerámica, los escultores mayas lograron crear obras respetables, tales como las piezas cilíndricas, dadas a conocer por la expedición de la Tulane University of Louisiana, encabezada por Frans Blom y Oliver La Farge, encontradas en la Cueva del Zopo, Tabasco, y posteriormente halladas en Palenque por César A. Sáenz en el Templo de la Cruz Foliada (795) y el ejemplar más estupendo en el bien montado Museo de Villahermosa; no por la ornamentación plural, sino por la maestría consumada, en los rostros humanos. Mas, tratándose de cerámica, la isla de Jaina, Campeche, logró la marca más alta. No es posible, de momento, fechar con seguridad esas figuras, pero, Medellín Zenil ha encontrado unos ejemplares en La Mixtequilla, Ver., asociados a cerámicas diagnósticas del Clásico tardío y ése debe ser su horizonte arqueológico (600-900), aun cuando en Jaina, se ha encontrado una estela con la fecha del año 912 y tanto Hugo Moedano Koer como Miguel Ángel Fernández, exploradores de la isla, encontraron restos anteriores y posteriores a la fecha de la Estela.

Fueron estas figuritas colocadas en la ofrenda con los entierros, y las huecas, a semejanza de sus coetáneas totonacas, eran instrumentos musicales.

Lo cierto es que tanto en las huecas como en las macizas, en las moldeadas como en las modeladas, hay el más alto dominio artístico en su grado de finura, de gracia, válidas por cualquier figurilla de las más apreciadas en el mundo.

Los mayas también fueron excelentes con el estuco. Hay pruebas no sólo del oficio, sino de cómo cuajaron triunfalmente sus anhelos estéticos, ya desde los viejos tiempos de Uaxactún hasta esas magníficas cabezas de Piedras Negras que conserva la Universidad de Pennsylvania, o las del Museo de Guatemala; el Huehuetéotl de Copán, las cabezas de Sayil y muy especialmente las imponderables de Palenque, la conocida entre los arqueólogos mexicanos como Don Benito, la plétórica de vida que decoraba el Templo del Sol, y en grupo, las que Alberto Ruz encontró en la tumba del Templo de las Inscripciones. Eso en una línea; quedan los relieves, y ya Comalcalco, en la frontera maya, es un escaparate del arte dinámico, impetuoso, que sin embargo, no pierde los aplomos de su sabiduría y la esconde bajo una sencillez que lo baña de frescura, de vida, como si la palabra brotara, cantarina, de su plástica; y esos relieves de Palenque, gloria del arte americano, escala de una estética sin orillas, temblor emocional cuyas vibraciones florecen aún, como en sus mejores días, la suprema corola de la belleza eterna.

En piedra, la escultura maya fue muy buena en los relieves. Ya la Estela uno de Tikal, con todo el primitivismo que sagazmente le apuntó Herbert J. Spinden, revela, dentro de la rudeza de la línea, una mentalidad abrumada de ideas que pugnan por expresarse, y tal



Figurita en barro (Jaina, Camp.)



Estuco de Palenque, Chis.



"Estela" olmeca de Viejón, Ver. (Horizonte Preclásico)



"Cara de Niño" (Jalapa, Ver.)

habrá de ser su característica, porque si fue una de las más viejas manifestaciones, ya en el propio Tikal, para el año 971, el cuerpo humano está completamente tapado por una selva inextricable de símbolos y adornos, como se mira en su Estela 16, describiendo la parábola del Clásico y prolongándose con majestad, sin perder ni menguar sus características básicas por los trescientos años (900-1200) que siguieron a la gran reforma, sincrónicos de la cerámica Naranja Fina y Plomiza, para entrar al Renacimiento iniciado en 1155, con una especie de reglandulación, en el arte vigoroso que llegó al siglo XVI, pese a la degeneración política, en la cual, paradójicamente, hervía el metal mesoamericano y de donde brotaría, si la conquista española no lo hubiera modificado y aplazado por otros trescientos años, un México, un mexicano, unificados, es decir, la nacionalidad moderna. Esta marcha histórica de la escultura maya en piedra, también supo desprenderse dramáticamente de la pared arquitectónica, para vivir su propia pasión, sin cordón umbilical; ya se mira el esfuerzo tremendo en esa serie de mutiladas esculturas encontradas por la expedición de Frans Blom en Toniná, del Valle de Ocotzínco, y donde no podría negarse la enseñanza de los preceptores olmecas, tal se observa en el Monumento T-5, en el T-8, T-10 y T-15; para concentrar toda su fuerza creadora en las estelas, donde también Toniná deberá volver a ser examinada. Ya Morley había dicho: "Toniná, el centro más grande en las tierras altas del sudoeste, fue una ciudad de provincia y, por lo que hace a sus monolitos, el menos típico de todos los sitios mayas." La intuición lo había puesto en camino al anotar: "Las estelas... todas son muy cortas en comparación con las otras ciudades mayas... Difieren también de todas las demás por otro concepto: están grabadas en todo su contorno, como las estatuas... las estelas de Toniná se parecen mucho a las figuras grabadas en el frente y dorso de las estelas de Quiriguá y Copán." Si se recuerda que tales obras, Estela E de Quiriguá (la más grande) y sobre todo las estelas A y H de Copán, fechadas los años 991 y 1042; corresponden al instante crítico de la disolución tolteca, para emplear a un testigo muy conocido, y que ya están allá, o van en camino, los olmecas, aparecerá la enorme importancia del hecho, entre las causas modeladoras de una historia de la plástica. Porque a la desfalleciente actividad le fue aplicada una poderosa inyección y en consecuencia, hubo un último verano para la nueva concepción de los mayas, no en los popolocas de los zoomorfos. Quien pueda no mirar los rostros olmecoides en las estelas de Copán y de Quiriguá, tendrá que verlos en el llamado Genio de las graderías (991) y como finiquito, ahí están el Zoomorfo G de Quiriguá. (1045) con tanto aire de familia con los zoomorfos de Misantla, Ver.; el Zoomorfo P (1055), inspirado en los altares de La

Venta o San Lorenzo Tenochtitlan, y la más rotunda comprobación en el texto de Torquemada. Eso fue por el sur; en el norte, la vitalidad corrió a cargo de los toltecas (itzaes) y Chichén Itzá es el exponente máximo. Pero además, los mayas fueron consumados trabajadores de la madera. Miguel Covarrubias ha señalado lo perecedero de la madera en el clima tropical, húmedo, de Mesoamérica, y de lo conservado asentó: "El estilo de los dinteles de madera es el mismo de los relieves de piedra, aunque más delicado y meticuloso, y dan la impresión de que estuvieron pintados en colores vívidos." Esas muestras, del conservado en el Museo de Basilea (Suiza), lleno de fina clase, o el del Templo IV de Tikal, cuya idea cósmica sobrecoge al espíritu porque frente a esas fuerzas telúricas el hombre más encumbrado es un desvalido juguete; póngase pupila en el Vigoroso del Templo de los Jaguares, encontrado en Chichén Itzá, con franco sabor mexicana, todos y cada uno, justifican con creces la opinión de Morley, para quien "Está fuera de toda discusión que las obras de talla más hermosas de los antiguos mayas fueron los dinteles de madera de Tikal"; pero finalizaba un mundo; el Templo IV de Tikal, donde se halló "el más bello grabado completo en madera del área maya", fue dedicada el año 1011, simbolizando el arrobador crepúsculo de un tiempo, de un estilo, de una vida.

Física, lingüística, y etnográficamente, los huastecas resultarían una gran colonia nortaña de los mayas; pero, ya cuando adoptaron o crearon su cerámica, unos tres mil años antes de la Era, se manifestaron en su propia e independiente personalidad. La suerte quiso conservar la estratigrafía completa de Pánuco, explorada por Gordon F. Ekholm y complementada por los arqueólogos mexicanos, con lo cual se tiene una base general para seguir el proceso histórico; desde luego, de la cerámica. En el nivel Pánuco II, correspondiente al Preclásico Superior (600-0), los artistas huastecas aparecen ya con un gran dominio de la forma y la técnica; fue seguramente uno de sus momentos estelares; habían llevado sus armas victoriosas al Valle de México y Cuicuilco era una especie de capital de su virreinato. Ese momento triunfal apareció de nuevo en su nivel Pánuco V (900-1200) cuando si no militarmente, ayudaron a los insurrectos para que triunfaran, y su influencia cultural fue tan grande, que la cerámica de los mexicas era hija directa de la Pánuco V, y que la nueva religión de Tezcatlipoca subió desde la Huasteca e impulsada por el pueblo Cuextécatl; pero entonces junto a la cerámica floreció la piedra; los más bellos ejemplares de la escultura huasteca corresponden a esta época; y a partir del Renacimiento (1155) siguieron produciendo su arte, aun cuando ya no con el feliz éxito del periodo anterior. Un día podrán acometerse amplios programas de trabajo arqueológico en la Huasteca y aparecerán, a no dudarlo, las obras maestras que la tierra



Remate de olla (Catemaco, Ver.)

oculta; mientras, ahí están esas esculturas de Tlazoltéotl (Luna) con el encanto de un sueño, de la grata figura de una mujer surgiendo de la niebla en la línea fina, inconsútil, de lo impreciso y de la irrealidad, seguramente no superada imagen del satélite, de su romántica luz, en el color y en el grano de la piedra; la escultura de Ichcatépec, hoy en el Museo de Jalapa; la estupenda de Amatlán; esa maravilla de arte supremo, El adolescente de Tamuín, SLP, y aun cuando ya con influencia nahuatlaca, la llamada Lápida de San Felipe Tepetzintla que tal vez corresponde a Tziacoac, pero indudablemente huasteca, representando una concepción astronómica, religiosa, cosmogónica; idea difícil, esotérica, realizada con soltura y profunda emoción comunicativa; y los viejitos libidinosos, también desparramados por la frontera norte del Totonacapan, con sus caritas pícaras, como si todavía estuvieran contándole, a los loros de la Huasteca, su anécdota subida de color, llena de sabrosura. Los huastecas fueron indudablemente los mejores artistas haciendo pectorales de concha, con tanta personalidad que no debe titubearse para dar por huastecas al dios o personaje que los lleve; de igual manera como los mixtecos trabajaron los huesos en forma de plegadera. Filigrana, preciosismo, arte menor, seguramente sí; en cualquier caso, igual a los mejores trabajos en marfil de otros pueblos.

La cultura totonaca, tras resistir impasible, las más feroces acometidas del nihilismo arqueológico, es hoy, sorprendentemente, una de las mejor estudiadas en su tránsito por la historia. Ya para el Horizonte Preclásico Medio (1500-600 A. E.) su escultura en barro acusa toda la personalidad que habrá de transmitirse y evolucionar, primero, hasta el Clásico Tardío, y después, hasta la conquista española, como lo ha demostrado Alfonso Medellín Zenil, gran conocedor de la cerámica totonaca. Esta escultura del Preclásico, inconfundible, casi se antoja de aparición milagrosa, por su gran dominio técnico; las proporciones del cuerpo son impecables, y si esto no se cumple comparando el cuerpo y la cabeza, se trata de un criterio muy mesoamericano, pero eso exactamente deseaba lograr el artista y lo conseguía. Desnudez de la carne, reflejo de vida, señorío y aplomo, simplicidad por maestría; en los animales, inconfundible identificación con la naturaleza pero lejos de ser copia servil, se le separa en aras del utilitarismo, de ideas previamente concebidas. Ya en el Preclásico Superior, la gama se ampliaba, destacadamente con las jarras efigie típicas de Remojadas, Ver., hasta producir obras tan connotadas como el Vaso Antropomorfo, donde llega una prematura brisa de modernismo, y por la escultura para fines religiosos, produce la Trilogía del Matriarcado, llegando hasta ese alarde psicologista de la caricatura, nuncio y plenipotenciario de lo que habrá de ser siempre característico del totonaca, del jarocho, del veracruzano, su irreductible alegría de vivir.

En los primeros trescientos años de la Era, el arte imperial de los totonacas tuvo por centro a Teotihuacan II, y sus figuras en cerámica resultan hoy de sobra conocidas; pero en su propio territorio, su abundancia se antoja desbordada, constituyen la primera fase de Remojadas Superior, sencilla, manejando los puros recursos plásticos, y aplazando el subterfugio de la ornamentación para la etapa siguiente, la intermedia, cuando políticamente, los totonacas habían perdido Teotihuacan. Este descabro imperialista resultó fecundo para el arte, porque incitó a producir las maravillas del Clásico tardío (600-900), en el cual se ubican los desplantes mejor logrados. El mundo sigue aplaudiendo, más, continúa riendo con las caritas totonacas, y eso buscaba el artista de hace unos 17 siglos. Estas piezas, codiciadas por los coleccionistas, principiaron a trabajarse desde Remojadas Superior I; eran instrumentos musicales de aliento, calculadas para recibir la luz refleja del suelo, seguramente de la fogata en las noches bullangueras, y razón por la cual no lucen su esplendor en las vitrinas actuales donde las exhiben; sus figuras, masculinas o femeninas, representan al matrimonio de los dioses de la música, danza, alegría (Macuilxóchitl Xochiquetzalli). Medellín Zenil, que incluso ha explorado los vertederos de las fábricas y sus más grandes ofrendas, logró separar, en la fase Remojadas Superior II



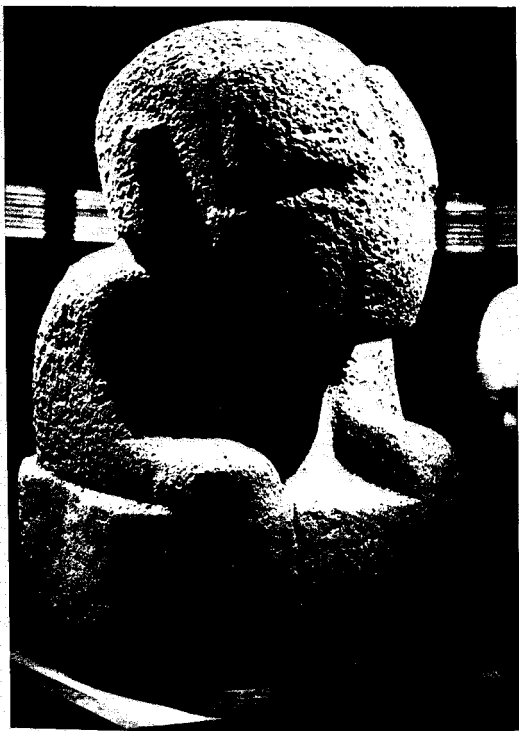
Máscara olmeca de Arroyo Pesquero, Ver.



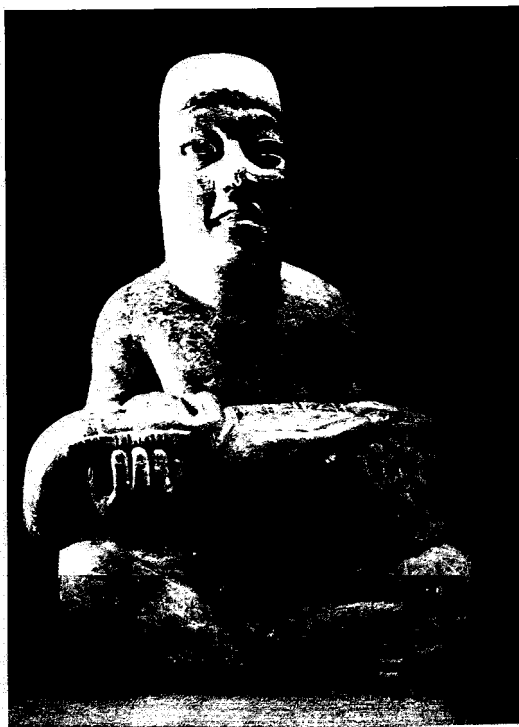
Máscara olmeca sonriente



Máscara olmeca (Horizonte Clásico tardío)



Escultura olmeca (estilo abstracto)



El Señor de las Limas



Una de las cabezas colosales



El Luchador del Uxpanapan



Tigre de Tula, Hgo.



Águila tolteca

(300-600) dos tipos: las "chatas lisas", más antiguas, caracterizadas por "rasgos faciales muy próximos unos de otros y en una superficie casi plana, ojos ovalados y caras anchas; y su expresión, más que sonrisa es un gesto grotesco", amargo; la derrota en Teotihuacan era para más. Las otras, con adorno en el entrecejo: "ya no gesticulan, sino rien con toda plenitud, y los volúmenes del rostro son cada vez más correctos"; los derrotados, al volver al terruño, descubrirían que "sólo Veracruz es bello", y volvieron a reír. La fase del Clásico Tardío (600-900) tiene por características "figuras con tocado de garza, mono, iguana, geométrico de V entrelazada (naollin), xicalco-liuhqui, deformación craneana lisa, vírgulas, serpiente en panel central, serpientes y caras humanas"; es el esplendor; son un tratado de psicología en torno a la sonrisa, la risa, y la carcajada; pícaras, insinuantes, de mala fe, plácidas, discretas, jacarandosas, lástima que monsieur Henri Bergson haya sido un filósofo tan esdrújulo; en el tema no cuajaron, ni los intentos griegos ni la timidez del budismo, y La Gioconda de Da Vinci debió esperar los días del descubrimiento de América para su intento de sonrisa. Las totonacas fueron singulares obras maestras, editadas en serie, inmortales, porque no ha perdido lozanía su alegre cascabeleo, creando al hombre como animal que ríe, según el desesperado esfuerzo de Darwin. No fue todo. Hay en la plástica de la época otras realizaciones de muy gran calidad; así las esculturas de las Cihuatéotl, mujeres muertas en el parto y divinizadas cual guerreros muertos en combate; dos, encontradas en el Cocuite, Ver., captaron este concepto de manera tan completa y con tanta belleza que irán a la posteridad con los máximos galardones; las más antiguas caracterizaciones de Xipe-Tótec y Tlazoltéotl, como dioses agrarios; el perro, del Faisán, Ver., la paloma de Nopiloa, Ver.; el llamado Coro Universitario, conjunto de magníficas obras, encontradas por Manuel Torres Guzmán en La Mixtequilla, y por él mismo, un Tláloc-Huracán; el Huehuetéotl de El Aguacate, Ignacio de La Llave; y sobre tan altas cumbres, Los Jarocho, hombre y mujer de La Mixtequilla, Ver., donde toda exigencia queda cumplida, rebasada, en el campo de arte, y sin embargo, los últimos encuentros en Zapotla, Ver., rebasan toda ponderación.

La escultura en piedra se documenta con firmeza en el Templo a Quetzalcóatl, de Teotihuacan II; con la Estela de La Ventilla y las primeras máscaras funerarias, fieles a su equivalencia física con las figuras de arcilla; de momento no se ha trazado la evolución de las mismas, pero su logro es de la más alta prosapia; José Pijoán, hondamente impresionado por ellas, escribió: "son la definición eterna del hombre de las tierras altas, obligado a respirar con una perpetua disnea. Esto ocasiona concentración, laconismo, saturación de su propio espíritu y, a la larga, sacudidas de espasmódica fiera. . . No todas

las gentes son igualmente capaces de talar materiales duros. . . La razón que ha estimulado a tantos pueblos en algunos periodos de su arte a preferir las piedras duras a las calizas o areniscas, de fácil labra, es que, debido al pulimento, cambian de aspecto de un modo calidoscópico. . . son los más excelsos resultados estéticos del ser humano, de todas las razas, en el Nuevo Mundo. Ni los estupendos rascacielos de nuestras ciudades, ni las estatuas que adornan nuestros parques y jardines pueden compararse en belleza con las máscaras mexicanas de piedras duras", y cada quien opinará en torno a ellas acorde con su idiosincrasia, la obra está firme desafiando siglos, la belleza no aprendió demostraciones en los laboratorios, y Pijoán no conoció ni pudo soñar las máscaras olmecas de Arroyo Pesquero, Ver.

En verdad, se debe llegar al Clásico Tardío, para contemplar el florecimiento escultórico de los totonacas, y el ancla en los arrecifes continúa siendo El Tajín; ahí las columnas esculpidas con esas filigranas de preciosería; el Juego de Pelota del Centro, y encima, los relieves del Juego de Pelota Sur, seis obras de arte singular en la ciudad donde reinó Mictlantecuhlti, bajo el mandato supremo del Sol en su advocación de Chicomexóchtli, fustigada en sus empeños creadores por los relámpagos de Huracán, el viejo dios del océano con rezongos de trueno. Y las obras hechas por ellos en esa época, para saciar las avaricias contemporáneas: los yugos, arbitrariamente llamados así, por su forma de collera o herradura, existiendo el cerrado. Mantienen una gran uniformidad, aun cuando Carmen Cook de Leonard ha dado a conocer, con otros, el pequeño de San Juan Ixcaquixtla, Puebla. Ya en un olvidado estudio, Enrique Juan Palacios reflexionaba que la circunstancia de no mencionarlos las fuentes históricas del siglo XVI, revelan su antigüedad, y no podía ser más correcto el pensar, exceptuando al *Codex Magliabecchiano* que al representar el funeral de un señor dice: "Esta figura primera, es el lugar donde los enterraban, que aquí están los muertos", y la figura del Mictlan es un yugo, de donde las comentadas esculturas eran el arco de triunfo, la puerta del Mictlan piezas funerarias, como lo encontró en Viejón, Ver., Alfonso Medellín Zenil, y en cuanto al tiempo, dentro del Horizonte Clásico, y Clásico tardío, recordándose que todavía se usó uno en la cámara para el Entierro del Siglo, en el Templo de las Caritas de Zempoala (¿1027?), y los fragmentos encontrados en el escombros del Palacio y del Templo de la Cruz Foliada, en Palenque; los más antiguos fueron lisos, los más recientes iban "ornamentados y no niegan su parentela, como lo señalaba Palacios, con los relieves del Juego de Pelota de El Tajín, básicamente por sus accesorios ornamentales, "entrelaces", ya estudiados de primera mano por Tatiana Proskouria-koff, la cual propuso formar los grupos A, B, y C. La decoración resulta variada; sin embargo, domina fuertemente "la representación del

'monstruo de la tierra', que es un ser fantástico, híbrido de tigre y de rana, entre cuyas fauces aparece comúnmente una cara humana, que seguramente alude al individuo ya entregado a la tierra", para usar la conclusión de Medellín Zenil. Estas piezas, misteriosas como la muerte y el más allá, revelan, en muchos de sus aspectos, al más depurado y difícil arte de los totonacas, no sólo en el realismo idealizado de rostros humanos, rivales del mejor taller fotográfico moderno, de animales como el tecolote anunciador de la muerte, o de dioses como Huracán, salvador de quienes morían fulminados por sus rayos, lo más digno de nota, plasmaron la fantasía que combinó al símbolo de la noche y de la tierra, en una plasticidad cuya simbiosis telúrica sublimó todos los pánicos del hombre.

Otro producto con marca estética registrada, fueron las palmas, cuya culminación lograron también para el Clásico Tardío. Están diseñadas para sostenerse sobre un arco parecido al del pie humano y las hay lisas, con simple juego de planos para el escarceo de luz y sombra, y decoradas con relieves, o con verdaderas esculturas. Las famosísimas de la Colección Heredia no pueden ser más bellas; algunas podrían tomarse por maquetas de grandiosos monumentos que nunca se llegaron a levantar y en las cuales, los entrelaces constituyen su tarjeta de identificación. En el Museo de Jalapa existen palmas de gran valor artístico y documental; para la sensibilidad mexicana, sobresale la del águila devorando la serpiente, primera presentación del Escudo nacional, y de la leyenda que los mexicas aprendieron en el exilio, hasta volverla suya.

Exclusivamente totonacas fueron las hachas votivas, desgajadas en dos ramas; una rumbo al retrato, la otra emparentada con los mascarones mayas, en el caso del territorio de los olmecas, donde llevan espiga para ser empotradas al muro y es ejemplo brillante la del del fin, en la colección de Miguel Covarrubias. En cambio, las del Totona-capan mantuvieron su nexo con el busto y el retrato. De las primeras han aparecido ejemplares en los dos territorios, mientras del segundo tipo hay exclusividad; aquí las hay bellísimas, baste la de Xólotl en su más breve periodo de ocultamiento, conservada por el Museo de Jalapa, y si no, la más bella de todas, la del Guerrero Muerto, de Napatecuhtlan (Perote), perfecto, con aristocrático arte. Finalmente, hay otras esculturas en piedra exigiendo su párrafo, y serían, en primer término, los candados; éstos, no llegaron a tipificarse debidamente, y en el tiempo, no parecen llegar al florecer del Clásico Tardío. Tal vez la expresión más definidora sea ese candado en donde resumieron al universo: media esfera maciza, representando a la tierra, en cuyo seno el hombre queda sepultado al morir y lo distingue la funeraria máscara teotihuacana; la otra media esfera corresponde al cielo; del centro de la tierra se levanta el árbol sostén, que como el

del Volador, mantiene la comunicación, el movimiento, simbolizado por el naollin. Otras obras corresponden al orden común de la escultura, y entre todas, tal vez merezca ser destacado el fragmento que de la región de Paso de Ovejas, Ver., conserva el Museo de Jalapa, obra suprema del cincel totonaca, el pueblo creador de más géneros escultóricos, realizados apoteóticamente y en las más duras piedras.

Hoy, cuando se observa el panorama histórico de la escultura mesoamericana, queda el resabio de haber visto morir, con el Clásico Tardío, a las más bellas constelaciones de un viejo estilo gestado por los pueblos del Horizonte Formativo. Hubo un mundo que terminó y se detectan los estremecimientos de otro mundo por nacer en esa noche germinal del 900 al 1200. La raíz es mucho más profunda; la cofia está en el año 387 fundando Huehuetlapalan en el mero corazón del Olmecapan; un vástago emigrante llegará, el año 661, y para quedarse, al más estratégico lugar de la Teotlalpan, donde los viejos otomíes luchaban entre la espada y la pared, las agresiones de las altas culturas y la furia de los recolectores-cazadores; y desde ahí, la humilde y combativa Mamenhí, que llamaron Tollan en su lengua de múltiples articulaciones, por trescientos años, a pulso, levantó un imperio sorpresivo en el viejo país de las leyendas. Tula, y la influencia tolteca fueron, eso que los cronistas boquiabiertos lograron transmitir en sus apollados manuscritos. Del 600 al 900 casi no hicieron arte; no escribieron, hicieron historia; pero, la saeudida fue de terremoto; su espectro fotométrico va del 895 al 985 y resulta sincrónico de aquellos rudos mineros llamados nonoalcas por hablar un idioma ininteligible, porque la tecnología metalúrgica hizo carburar a la economía primero, a la cultura después, y un impulso que se debe a las callosas manos de los obreros, habrá de provocar, y provocó, la insurgencia de las clases populares, y en ellas, el ya para entonces coherente grupo de los otomíes, ocupó un sitio. El chisporroteante crisol del 900 al 1200 aún tuvo tiempo de gozar el arte, tosco, rudo, pero imponente, de la joven metrópoli; los palacios de Tula trasudaban plusvalía; los chaneques adiposos, los atlantes chaparros, eran ahora, frente a la estepa, unos colosos dándole otra dimensión al arte, al poder, a la soberanía.

Volver a empezar, ha sido un ritornelo de la humanidad; es el eterno proceso dialéctico, y la escultura tolteca, en verdad nahuatlaca, se mira recomenzando la marcha mesoamericana desde Tula, en la decoración impresionante del Templo a Tlahuizcalpantecuhtli, Lucero del Alba; en el Coatepantli frontero, tremendo sílabo a los escultores por haber; en los pilares imponentes donde grabaron sus modernistas ruedas de katunes integradores del Gran Ciclo de las teogonías; o en la, un tanto suave, decadente, figura rupestre del ce Acatl, Topiltzin Quetzalcóatl, cual corresponde al año 1051.



Huracán (Tezcatlipoca) en Tula, Hgo.

La etapa siguiente corrió por completo a cargo de los otomíes (chichimecas) y fue un verdadero surgimiento de los primitivos habitantes de la Mesa Central, aun cuando ahora con sello cultural nahuatlaca, y a la cabeza de la consolidación política el caudillo Xólotl, y la ciudad de Tenayucan donde, por desgracia, únicamente sobreviven las esculturas de la Xiuhcōatl, cual una obsesión de la lejana y oriental provincia de Tzicoac, donde había vivido y por la cual, a una de sus hijas llamó Flor de Tzicoac; cuando estuvieron completas, el conjunto sería calador en el sensorio, y en lo individual, no sólo ingenio, maestría probó el artista que del xonecuilli, del rayo flamígero, hizo la cabeza de aquellas culebras de fuego.

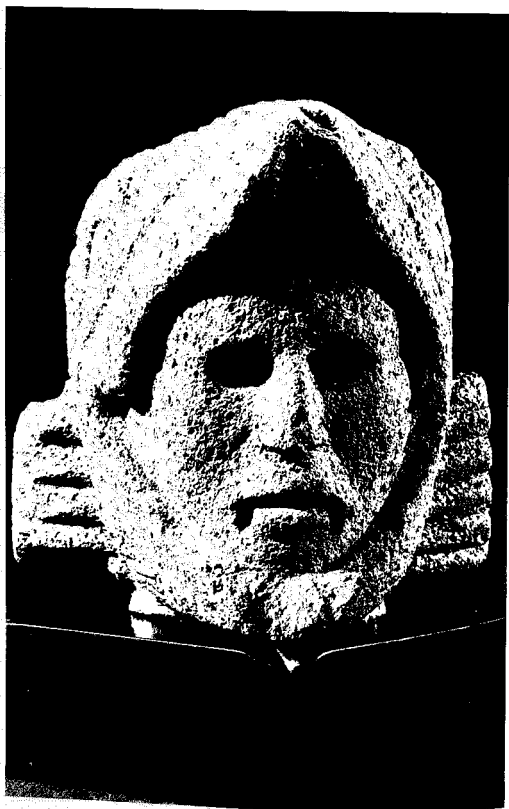
Los impulsos resultaron fecundos; en las provincias del Imperio Tolteca, el arte prosperó; así en Tzapotitlan (Castillo de Teayo) la escuela tolteca-chichimeca dejó esculturas abundantes, notables como el Quetzalcōatl-Ehécatl, la Piedra del Maíz, y la Estela de la Guerra. De igual manera, la repercusión directa o al través de los olmecas de Cholula, en la Mixteca produjo, por encima de todo, la magnífica orfebre-

ría mixteca cuyo triunfal nombre, Alfonso Caso ha regado por el mundo. La orfebrería mesoamericana, de la cual es abanderada la mixteca, impresiona más por el arte que por el valor de su material; ya José Pijoán ha transcrito, en su obra, el asombro de Alberto Dure-ro (1471-1528) frente a un lote de joyas: "Nunca en mi vida he visto nada que me gustara tanto, porque, además de su arte, lo que me sorprendió es la sutil ingeniosidad del pueblo de aquellos extraños países. ... no se cómo expresar mis sentimientos después de haber visto aquellas cosas"; impresión coincidente con la que todavía rubricó Juan de Torquemada en su *Monarquía indiana*: "en fundir cualquier pieza o joya de vaciadizo, hacían ventaja a los plateros de España, porque fundían un pájaro, que se le anda la cabeza, la lengua y las alas, y vaciaban la figura de un mono, u otro animal que se andan cabeza, lengua, pies y manos, y en las manos le ponen unos trebejue-los para que bailen con ellos, y lo que más es, sacan un pez, la mitad de oro y la mitad de plata, una escama de plata, otra de oro". Por cuanto al estudio de la orfebrería, ya Carlos H. Aguilar P., ha publica-do uno. Un elogio más fundado casi es imposible hoy; esa rama del arte regresó a los crisoles, víctima del más grosero materialismo, a raíz de la conquista española.

El arte grande, con matriz en Tula, Tenayucan, Tezcoco, terminó contando sus más resonantes glorias en el área metropolitana, donde los reinos combatientes acabaron reconociendo la hegemonía tenoch-ca. El periodo renacentista encaró todos los materiales, desde los tra-bajos en hueso, tan caros a los mixtecas, el tallado de la madera (Ma-linalco), la paciente labor del mosaico, premiada con el Cráneo ahora en el Museo Británico, hasta el cristal de roca, donde admira también el Cráneo citado y lo teóricamente imposible, la obsidiana, como la vasija con la figura de un monito, de Tezcoco. Pero la piedra mexicana, placenta de su arte, maestra del cincel, dio, en la epidermis de su plebeya carne, lauros eternos. Podría considerarse utilitaria, preocupada por la enseñan-za histórica, la Piedra de Tízoc, porque ciertamente se dice que hicieron prisioneros en varios lugares para la consagración del gran teocalli teno-chca, lo cual fue verdad, y no menos que los años 4 ácatl (1483) y 5 téc-patl (1484) contemplaron cerrar al baktún once y el paso de Venus por el disco solar; esto, no disminuye, aumenta los méritos del artista, para quien Tízoc era el dios Tezcatlipoca y a quien agitaba un sagrado temblor en el campo del arte. Puede considerarse a la llamada Piedra del Ca-lendario como didáctica, cronológica, religiosa, lo que sea; pero no se ha escudriñado, en el campo de la psicología, de la sociología, por qué para el pueblo mexicano es la piedra insigne; ya no saben, y acaso las mayorías no supieron leer nunca, el contenido de sus ins-cipciones, pero invariablemente, frente a ella, el pueblo, aun cuando no lo descifre con lógica gramatical, siente, presiente, un mensaje te-



Atlante de Tula



Caballero Águila (Museo Nacional de Antropología)



La Nueva Coatlicue



Coyotlināhual (escultura mexicana)



Tigre como vaso para la sangre (Tenochtitlan)

lúrico que le sacude la entraña y le hace manifestar, no su comprensión, sino su respeto, su culto, su veneración; y esta manera cómo un hombre transmite a otro su mensaje, será siempre la prueba de fuego para determinar si hay arte o no. La Piedra del Calendario comprendía, en su tiempo, la ciencia, el arte, la moral, y no es ése su defecto sino su epifanía; separar esta esencia del hombre sólo es tolerable para volver sencilla una explicación muy complicada, pero ninguna de las tres actividades quedaría completa si hay deficiencias en los otros campos, y en tal sentido, el pueblo mexicano tiene razón, está en lo justo, y sigue vibrando, reverente, a la emocional contemplación de una de las mejor logradas expresiones de su cultura eterna.

Si para las dos anteriores muestras pudiera considerarse un veto de los artepuristas, deberá tirarse por la borda en muchos otros casos, y de los cuales podría ser suficiente un rápido espigar, iniciado por la Cabeza de Xiuhtlātl, que prolonga los inicios de Tenayucan, ahora, bien cuajados, estupendos, pletóricos de simbolismo trascendente y de patetismo escultórico. Después, con gran señorío, serena, plácida en su desenvoltura, la cabeza de sierpe que adornaba una de las alfardas en el Templo Mayor de Tenochtitlan, obra impecable. Alegre como los cuentos campesinos de tío coyote y tío conejo, donde un coyote

(la oscuridad) y un conejo (la Luna) se hacen travesuras regocijadas, en el espíritu del escultor que hizo al gemelo de la Serpiente Emplumada, con sus aullidos de hombre, cual en la orfandad blasonada de Netzahualcóyotl, y ahora en el famosísimo Coyote Emplumado. Qué realización espiritual más alta podría superar al Cuauhxicalli del Océlotl, el tigre con la barba del dios del fuego, acunando el aplomo de la más consumada ejecución con el expresionismo de todas las fuerzas dionisiacas; y esta tremenda fuerza del arte podría ejemplificarse en el Cuauhxicalli con Serpientes, donde un viento cósmico agita las plumas y un escalofrío de muerte sale de los tremendos colmillos del ofidio. De Tezcocho procede la conocida escultura del Caballero Aguila, tan apreciada por quienes únicamente conocen el arte de la cultura occidental, y sin embargo, con méritos propios en cualquier terreno. Dentro del mismo cánón estético, la Cabeza de Hombre Muerto es digna de los aplausos que la gente y los críticos de arte le han venido brindando a porfía. Tal vez con un leve rumor de barroquismo, producto del entusiasmo para representar a la florida primavera, el Xochipilli, el hijo de las flores, dios de la música, del canto, de la danza, es una obra muy querida por el pueblo mexicano, ahora más, cuando ha elaborado nostalgias de alegrías perdidas o esperanzas rotas.

Para el moderno concepto, la obra cumbre fue la Coatlicue, hallada el año 1790 en la Plaza Mayor de México; es decir, debieron transcurrir más de cuatrocientos años de su contacto con la cultura occidental y más de 150 del reencuentro, para principiar a comprenderla y estimarla. Como lo ha demostrado Justino Fernández, es un verdadero monumento, cuyos integrantes quedan inscritos en la más rigurosa de las ortodoxias para los planos, los ejes, las masas, en la suprema expresión arquitectónica, el cuerpo humano. Esta monumental escultura, de tan esotérico significado, tenía oculta su tarjeta de identificación, pisándola con los pies. En el viejo dibujo del tiempo de Antonio de León y Gama, es muy fácil identificar a su esposo, Tlaltecuhli con el signo téotl (dios) en el centro, las extremidades y las articulaciones que recuerdan, como en algunos códices, a la diosa tierra en la *Histoire du Mexique*: "Dos dioses, Quetzalcóatl y Tezcatlipuca bajaron del cielo a la diosa Tlaltecuhli, la cual estaba llena por todas las coyunturas de ojos y de bocas, con las que mordía, como bestia salvaje. ... y ordenaron que de ella saliese todo el fruto necesario para la vida del hombre. ... Esta diosa lloraba algunas veces por la noche, deseando comer corazones de hombres, y no se quería callar, en tanto que no se le daban, ni quería dar fruto, si no era regada con sangre de hombres." En la parábola bíblica, el hombre ganará el sustento regando la tierra con sudor; en la mexicana, con su sangre. Por eso el collar tiene al frente, o detrás, cuatro manos en cada caso, para computar la veintena del rito en semanas de cinco días. La tarjeta de pre-

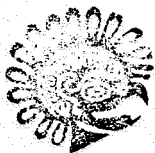
sentación dice únicamente: "Señora Tlaltecuhlti"; el nombre podía ser Tlalcihuatl, Cihuacóatl, o Coatlicue, aquí, propiamente, la de la falda de serpientes y así es; mas, esas fueron culebras comunes y corrientes; ella era representada, en el *Código Borgia*, y en la monumental escultura, por la coralillo, formando la dualidad matrimonial en la cabeza, y el enlace amoroso alrededor de la cintura, en la cópula creadora. "Toda la figura —dice Alfonso Caso— es una síntesis admirable de las ideas de amor y destrucción, que corresponden a la tierra, y el artista indio realizó en su grado supremo, en esta escultura, lo que en nuestro concepto es la característica constante del arte indígena: la realidad en el detalle y la subjetividad del conjunto. La figura no es la representación de un ser, sino de una idea." Nunca perdió su nexo con el cielo, porque los dioses "hicieron de sus cabellos, árboles, y flores, y yerbas", agrega la *Histoyre du Mechique*, por eso sus trece trenzas enlazando con los trece cielos; ni ajena fue al paso del tiempo, que los crótalos marcaron los años. Coatlicue había sido, en Coatépéc, madre de Huitzilopochtli, el sol resucitado del invierno, como se lo dijeron a Sahagún y lo ubicó la *Historia de los mexicanos por sus pinturas*, cronométricamente; Justino Fernández lo ha dicho con el menor número de palabras: "Coatlicue es toda una cosmovisión." Este mismo autor se ha formulado la pregunta más incisiva: ¿es arte? Sí, es grandiosa realización artística en cuanto expresión perfecta de una idea, y ambas, idea y expresión, corresponden plenamente al sentimiento que las originó; y es obra estética porque resume toda una tradición cultural y explica, científicamente, a la belleza y al arte, con el criterio más amplio, con la filosofía más evolucionada. . . pero, ¿al espectador?, al espectador de su época debió causarle un mayor impacto emocional; no fueron escatimados recursos para labrarla, ni hay sospechas para suponer que le faltó admiración, culto. Al espectador contemporáneo se le podría dividir en dos grupos: la gran masa del pueblo que no la razona pero siente la sacudida de su lenguaje subconsciente, instintivo; el culto, el esteta, hoy más que nunca, rendido ante la evidencia; la Coatlicue será un orgullo de la escultórica mundial; no es bonita, ciertamente, y qué bueno; así los campos quedan bien delimitados; es bella, tremendamente bella.

Bibliografía

- Aguilar P., Carlos H., *La orfebrería en el México precortesiano*. Acta Antropológica, México, 1946
 Blom, Frans, y Oliver La Farge, *Tribes and Temples*. Tulane University of Louisiana, New Orleans, 1926
 Caso, Alfonso, e Ignacio Bernal, *Urnas de Oaxaca*. Instituto Nacional de Antropología, México, 1952
 Caso, Alfonso, *El Pueblo del Sol*. Fondo de Cultura Económica, México, 1962

- Covarrubias, Miguel, *Arte indígena de México y Centroamérica*. Universidad Nacional, México, 1961
- Dávalos Hurtado, Eusebio, "Una Interpretación de los Danzantes de Monte Albán", en *Homenaje a Don Alfonso Caso*, 1951.
- Ekholm, Gordon F., *Excavations at Tampico and Panuco in the Huasteca, México*. American Museum of Natural History, New York, 1944.
- Fernández, Justino, *Coatlícue*. Universidad Nacional, México, 1959
- Histoire du Mechique*, en A. M. Garibay, *Teogonía e historia de los Mexicanos*. Ed. Porrúa, México, 1965
- Medellín Zenil, Alfonso, *Cerámicas del Totonacapan*. Universidad Veracruzana, Xalapa, Ver., 1960
- *Exploraciones en Laguna de los Cerros, Ver.* Archivo del Instituto de Antropología, Jalapa, Ver.
- Moedano Koer, Hugo, "Jaina: un Cementerio Maya", en *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*. México, 1946
- Morley, Sylvanus G., *La civilización maya*. Fondo de Cultura Económica, México, 1947
- Palacios, Enrique Juan, *Los yugos y su simbolismo*. Universidad Nacional, México, 1943
- Pijoán, José, *Summa Artis*. Espasa-Calpe, Madrid, 1946
- Proskouriakoff, Tatiana, "Scroll Patterns of Veracruz", en *Huastecos, totonacos y sus vecinos*. Sociedad Mexicana de Antropología, México, 1953
- Shook, Edwin M., "Archaeological Investigation in Tikal, Petén Guatemala", en *Actas y Memorias*. Congreso Internacional de Americanistas, México, 1964
- Thompson, J. Eric S., *An Archaeological Reconnaissance in the Cotzumalhuapa Region, Escuintla, Guatemala*. Carnegie Institution, Washington, 1948
- Torquemada, Juan de, *Monarquía indiana*. Ed. Chávez Hayhoe, México, 1944
- Toscano, Salvador, "El arte y la historia del Occidente en México", en *Arte precolombino del occidente de México*. Secretaría de Educación, México, 1946

10. Pintura



BIBLIOTECA
INSTITUTO DE ANTROPOLOGÍA
UNIVERSIDAD VERACRUZANA
XALAPA, VER.

SI SÓLO fuera porque hoy, la pintura mexicana es avanzada en la pintura mundial y brotó de las más entrañables esencias del país, ya sería imperativo asomarse a ese alucinante mundo de los pinceles y los lienzos antiguos. Habida cuenta de su abundancia, la destrucción fue un cataclismo aniquilador del arte; y sin embargo, las noticias permiten columbrar algo de su categoría, y los pocos ejemplos rescatados ofrecen un destello de su grandeza. Ya del naufragio no quedaban despojos y a principios del siglo XVII, Torquemada dijo: "Pintores había buenos, que retrataban al natural, en especial aves, animales, árboles, verduras y cosas semejantes, que usaban pintar en los aposentos de los señores; mas, a los hombres no los pintaban hermosos, sino feos, y medio monstruos. . . después que fueron cristianos y vieron nuestras imágenes de Flandes, de Italia, y de otras partes de Castilla y las que acá se pintan, no hay retablo, ni imagen, por prima que sea, que no la retraten y contrahagan."

Bernardino de Sahagún, si lo hubiera querido, habría legado a la posteridad un tratado de la pintura, escrito por los indígenas a raíz de la conquista española; ciertamente son valiosas las dos notas que incorporó a su obra, pero nunca se deplorará suficiente lo eliminado, y debió ser buen volumen; el magro resumen para los "que venden colores", así lo sugiere asentando: "El que vende los colores que pone encima de un cesto grande, es de estas propiedades, que cada género de color pónelo en un cestillo encima del grande, y los colores que venden son de todo género; los colores secos, y colores molidos, la grana, amarillo claro, azul claro, la greda, el cisco de teas, cardenillo, alumbre y el ungüento amarillo que se llama axin, y el chapopotli mezclado con este ungüento amarillo se llama tziectli, y el almagre. . . vende también el betún, que es como pez, y el incienso blanco, y agallas para hacer tinta, y la cebadilla, y panes de azul, y aceche y margarita"; es decir, que interrogado ahora por el arte de la pintura, contesta qué hace uno de los mozos de la tlapalería; y ya en el campo artesanal, había bribones: "El que es tintorero tiene por oficio el teñir la lana con diversos colores, y a las veces con colores deslavados

y falsos." La pintura es color, ciertamente, pero ha recorrido la historia constituyendo indisoluble unidad con el dibujo, la forma. En la pintura mesoamericana brotarán características especiales; acercarse a ella significa cierta predisposición para conocerla, comprenderla, sentirla, gozarla, y... si no fuera mucho pedir darle su aplaudida.

Porque la pintura mesoamericana viene surgiendo al golpe del pico y de la pala de los arqueólogos, la cerámica parece guía muy segura para fijar los más importantes jalones de su historia, y ésta, es imperativa en la elaboración de cualquier juicio responsable. La cerámica, y sobran razones técnicas, no podía ofrecer amplias gamas de colorido; pero la combinación de los dibujos y los colores volvió animado el campo. Ya desde niveles tan viejos como el Inferior de Zacatenco, hay un grácil alternar de líneas rectas y curvas y una pintura de rojo sobre blanco, según se mira en la obra de Noguera; el siguiente paso, en Zacatenco Medio, el dibujo ha ganado enorme soltura en la insinuación de las volutas y un gran progreso en el color, ahora, rojo sobre amarillo y rojo sobre negro, sin abandonar el anterior. En el último paso del Preclásico, Zacatenco Superior, aumenta la seguridad en el dibujo, y los esgrafiados acentúan el buen gusto. En la cerámica de Teotihuacan II, la decoración es grabada, pero surge la pintada, rojo sobre café y se inicia también la famosa cerámica con decoración "al fresco". El periodo Teotihuacan III progresa en la ornamentación "campo elevado" (*champ-levé*), de magníficos relieves (Calpulalpan) y el más brillante desarrollo de "pintura al fresco" (*cloisonné*), utilizando colores blanco, gris, verde turquesa y rosa. La fase tolteca primitiva, correspondiente al Clásico Tardío (Teotihuacan IV), representada mejor en Ahuizotlan Amantlan, continuó empleando la "pintura al fresco" en sus grandes braseros ceremoniales. Ya totalmente seguro de las fechas, el proceso histórico siguió, cubriendo la etapa del 900 al 1200 donde son diagnósticas las cerámicas Naranja Fina y Plomiza, con expresión máxima en la Isla de Sacrificios. Medellín Zenil ha publicado algunos de los múltiples ejemplares maravillosos de ahí obtenidos; por muestra, ese vaso de tan elegante forma cuya pintura luce al rayo entre dos copos de nubes; el cajete trípode cuyos soportes representan cabezas de patos pintados de manera naturalista; la estupenda estilización, en otro vaso policromado, del planeta Venus en su tránsito por el disco solar, y en un arranque de señorío, ese delfín que nada, como su antecedente de Remojadas último, entre las olas del mar. El periodo renacentista, final, de 1200 a 1500, es una fiesta del color, pintura lírica en las flores de la cerámica tenochca, o humana, transidamente humana como una pincelada de Diego Rivera, en el rostro del indígena (Isla de Sacrificios III) que se quedó de marca para contemplar el desfile del tiempo.

El indígena tenía pasión por la pintura; pintaba todo, los edificios,

las esculturas, las telas, el cuerpo humano. En México no pudieron conservarse las telas y ha sido una lástima; tanto sus levísimos apuntes en los códices, como lo magramente conservado tras cuatro siglos de abandono indican, que debió haber obras de arte correlativas a la finura de una seda china, de un tapete persa, de un gobelino. En este sentido, todavía en lugares como Huamantla, de Tlaxcala, los indígenas realizan, efímeros, pero maravillosos tapetes. Debió estar destinado a durar toda la vida, el mosaico; en algunos casos esto se logró; en La Venta, de Tabasco, hicieron un mosaico de piedra; pero no esos que corresponden a la escultura, sino los de colores, conectados con la pintura; infortunadamente se han conservado pocos; el pegamento de las máscaras, de los escudos, al perder su eficacia, desintegró el material y no siempre ha sido posible volverlo a su sitio con toda garantía. Torquemada informa: "Otros vasos hacían de ciertas calabazas muy duras y diferentes de las nuestras, y es fruta de cierto árbol de tierras calientes; éstas las pintaban, y pintan al día, de diversas figuras y colores, muy finas, y tan asentadas, que aunque estén cien años en el agua nunca la pintura se les borra, ni quita, y pónenles, a algunas, unos pies como de cálices, de la misma labor, y son vasos muy lindos y vistosos"; las lacas. Todavía los totonacos de la región de Papantla siguen confiándoles cariño y secreto; en Chiapas resultan complemento a la multicolor algarabía de sus atuendos, y los tarascos de Michoacán siguen regándolas por el mundo como la más artística frase de su diccionario; pero en el tiempo autóctono, ataba su cordón umbilical a la cerámica teotihuacana (cloisoné), gradualmente perfeccionada. La excelente descripción de Francisco Rojas González corresponde a la etapa colonial, mas, en cambiando el aceite de linaza por el de chía nativa, queda lo prehispánico: "La laca usada en estos admirables trabajos se fabrica por medio de ciertas secreciones grasas del axe (cocus-axin), pequeño gusanillo, mezclada con aceite de linaza crudo y otras substancias que espesan la preparación, hasta obtener la sisa, especie de fijativo y mordente, sobre el cual se da el color del fondo, que va emparejándose con la palma de la mano, hasta dejar una superficie tersa, que al secar perfectamente después de algunos días, recibe el decorado por medio de un procedimiento de alzado del mismo maque. Tras la decoración, viene otra capa de sisa, lo que da al trabajo mayor duración y brillo parejo." La difusión había llegado a Guasave, Sinaloa, donde arqueológicamente fue hallada por Gordon F. Ekholm en un horizonte comprendido entre los años 900-1200. Lo que no requiere argumentos es la belleza del trabajo en laca, desde luego, con la venia de los artistas de Fu-cheu y los emperadores de la dinastía Ming, a partir del siglo XIV, aun cuando su germen viniera del III anterior a la Era, con el encuentro de Ch'ang-sha.

Por naturales razones, las pinturas realizadas con plumas debieron

ser los más deslumbrantes trabajos. Bernardino de Sahagún pasó al costo la descripción que le hicieron del oficio, y Eduard Seler tradujo el texto náhuatl; su comentario tiene la ventaja de la brevedad: "los mexicanos ejecutaban las obras de plumas de dos maneras muy diferentes. Conforme a una de ellas, disponían las plumas sobre una armazón ensartándolas y anudándolas entre sí con hilo y bramante; y conforme a la otra, las pegaban con engrudo sobre un fino papel de algodón. Aplicaban la primera al hacer las divisas que los jefes y los guerreros mexicanos llevaban a la guerra y con ocasión de las danzas religiosas. Trabajaban del otro modo al hacer los mantos de pluma que servían de adorno a los ídolos y las placas que formaban el lado exterior de las rodela. La última manera, sin duda, era la que exigía mayor destreza y gusto artístico más refinado. Lo particularmente notable es que sabían realzar el vigor de los colores de las plumas por el mismo procedimiento empleado por nuestros pintores, es decir, superponiendo las capas". El informante indígena testificó: "de Motecuhzoma (1441-1469) acá, es cuando ha progresado este oficio, la pintura en plumas; porque fue en la época de su reinado cuando creció y aumentó la importación de plumas de quetzale y otras también preciosas, y el rey alojaba en barrios separados a los obreros en pluma... de donde les vino el nombre de plumistas de palacio... plumistas de los almacenes... plumistas domésticos... (que) fundaron los antiguos amantecas". Pero Sahagún, al tratar el asunto resumiendo el informe, deja comprender que cuando los tenochcas vinieron de la tierra caliente, rica en plumas, fundaron, entre otros lugares, uno llamado Amantla, y quienes ahí quedaron tenían por dios a Coyotlináhuatl, el gemelo de Quetzalcóatl; éstos fueron los primeros amantecas, y seguramente uno de sus nahuales era el Coyote Emplumado. La vieja raimbre aparecía en las dos fiestas; la de Panquetzaliztli y la de Tlaxochimaco, a 260 días de distancia una de la otra. Los amantecas bailaban emplumados y se banquetaban junto con los pochtecas, "porque los mercaderes traían de lejanas tierras las plumas ricas; y los amantecas las labraban y componían... y antes que tuviesen noticia de las plumas ricas... estos toltecas (artistas) labraban plumajes para bailar de plumas blancas y negras de gallinas (huaxolotes) y de garzotas y de ánades". Indudablemente la industria y el arte venían de más atrás; el propio Sahagún, ponderando la grandeza de Tula describe un palacio con cuatro salones; el oriental, tapizado con mosaico de plumas amarillas; el del poniente con plumas azules; el del norte con pluma blanca, y el del sur con roja; para esta noticia, "ellos fueron inventores del arte de hacer obra de pluma". Este arte, anémico, sobrevive por algunas regiones; con la técnica de sujetarla en amazones los tottonacas de la región de Cuetzalan, Puebla, siguen siendo maestros consumados, como para no hacer quedar mal a los viejos amantecas; y en



Pintura en un vaso teotihuacano

la del pegado en papel, si los tarascos no hacen grandes maravillas, es porque carecen de los elementos materiales, no de la sensibilidad, el buen gusto, de todo gran artista.

Sobre su papel, sobre su pergamino, el tlacuilo realizó trabajos artísticos de la mayor calidad. La cultura occidental considera como arte menor al de las miniaturas en los libros, y se desentiende por completo de la escritura; seguramente actúa con justeza dentro de su propia tabla de valores; no fue así para los chinos, de cuya escritura dijo Jean Roger Riviére: "Una hermosa página de caligrafía china se estimó con gran frecuencia mucho más que un cuadro y fue aún más solicitada por los chinos"; "los mahometanos querían que las letras fueran dignas de ser vehículo del espíritu divino manifestado por la revelación", ha dicho José Pijoán. Los libros mesoamericanos debían sus altos quilates artísticos, no a una tipografía mecanizada, sino a la obra pictórica que trascendía tanto el patetismo del escriba.

No ha de ser éste un muro de lamentaciones por la quema de las bibliotecas; todo está perdido, y habrá de ser con melladas herramientas el desbroce del campo, comenzando por ése donde se apiña la más urticante incomprensión, el de la cultura tenochca, motejada de bárbara, y no como quisieran, en los *Códices Telleriano-Remensis*, o en el *Vaticano-Latino*, con méritos en otros anaqueles, pero realizados por los amanuenses más baratos de la Colonia; está, y de la misma etapa decapitada, el *Códice Mendocino*, realizado, tal vez no por una mano mejor, sino por un estómago menos vacío; el dibujo, ya es firme, ya resplandecen los colores, la propia caligrafía lo traduce. Ahí está, prehispánico, el *Códice Borbónico*; cuánto ha caminado la tribu desde la *Tira de la peregrinación* teóricamente concluida con el arribo a Chapultépec, el año 1246, a una rueda de katunes de la reforma de 985, y seguramente, una y otra pictografía sólo estaban separadas por otra rueda de katunes, de 1246 a 1506; pero eso no es lo importante; los tenochcas iniciaban una etapa, nueva, vigorosa como la de todo arte que se inicia; cuán pobre parecía el arte primitivo cristiano para quienes recordaban suspirando, a lo mejor de la pintura greco-romana. Del occidente mesoamericano, sólo impresiona la ensañada desgracia contra sus pictografías; la copia del *Lienzo de Jucutácato* no puede ser peor, pretender usarlo como prueba sería tanto como si los totonacas hubieran querido concursar con el *Códice Actopan* en lugar de hacerlo con el *Misantla*; y el *Códice Azoyú*, tlapaneco, ya en esta tesitura, no es para salir a la calle, principiando por lo españolizado.

Los totonacas no lograron conservar, hasta donde puede saberse, códices prehispánicos, y los tuvieron en abundancia; incluso aquella gran actividad realizada por 1555, cuando intentaron la última gran defensa de sus tierras, únicamente logró transmitir al siglo XX, unos



Pintura en un plato, Isla de Sacrificios

cuantos ejemplares, de los cuales el más bello es el *Misantla*. De la Huasteca nada se sabía, con excepción de unos hipotéticos, llamados por Barlow, *Códices Tamiahua*, que resultaron ser los *Códices Tuxpan*, uno de los cuales fue pintado el año 1499; los indígenas de Tlhuatlán, Ver., los conservaron con fervor, pero se destruyeron mucho; sin embargo, conservan detalles de gran maestría. Los mayas, a pesar de todo, lograron conservar, en ajenas manos, tres códices. Acaso una muestra gráfica de la impresión que los libros mayas causaron a los europeos fuera la escrita por Francisco Ximénez, que conoció los del área Chiapas-Guatemala: "se hallaron escritos libros con unos caracteres que tiraban a hebreos y también a los que usan los chinos". Por cuanto al arte, tan solo la escritura propiamente dicha, tenía una de sus maneras de numerar, con cabezas humanas, que ya requería, para su triunfo, de verdaderos maestros dibujantes. Las páginas 59, o la

51, del *Dresde*, para contraer los ejemplos, dejan la visión de un encaje misterioso, raro; concebidos como libros bellos, miniados, el *Tro-Cortesiano* muestra escenas encantadoras, como esa de su lámina 45, donde un venado ha caído en una trampa; no es el bucolismo romántico ni virgiliano, pero sí es juvenil, rozagante, ahí sólo falta la carcajada de una Carita Sonriente. Véase la composición tipográfica de la página 52 en el *Dresde*, abriendo con su gran capitular, en impecable simetría que sin embargo rompe su juego de claroscuro, y tantas otras, donde las ilustraciones van distribuidas con elegancia, en un desorden muy calculado cuando no se rubrican en colofones artísticos, definitivos. En el *Códice Dresde*, donde menudean los descubrimientos artísticos, Paul Westheim creía ver cómo "las últimas veintinueve hojas son obra de otro artista, como lo revela claramente el tipo del repertorio fonnal, y no es nada remoto que haya colaborado un tercer pintor", lo cual dejaría para el pintor inicial 45 páginas; mas, retraída la pupila en el enfoque plástico, queda por testimonio esa lámina (60) donde los personajes divinizados actúan con violento dinamismo, contrastando con otras, donde tranquilos, en solemne reposo y bajo la presidencia del "dios narigudo" se concentran en silentes filosofías. Eric Thompson, con su fino sentido, ha destacado ya una de las más bellas láminas, la de la profecía para los años Casa (calli, akbal); Xólotl, el Caronte mesoamericano cumple su función de barquero funerario llevando las almas al reino de Mictlantecuhltli, aquí pintado cual era debido a su lúgubre mando, con toda majestad, y pudor.

En la ruleta de la suerte, fue la Mixteca la más afortunada; se le salvaron muchos códices pre y posthispanos; quien los examine, puede permitirse la fruición de seleccionar a su antojo. Un solo ejemplo esquivando al fárrago de pruebas, el *Nuttall*; cuánta precisión en el dibujo, qué belleza de colorido. No hay perspectiva, no hay sombras, es verdad, no lo hay en la pintura mesoamericana y éste podría ser un apartado interesante; se trata de otra característica y no de primitivismo. Vuelta con China, para el ejemplo; pero quien por algún tiempo impregne sus ojos con la sucesión, siglo por siglo, de sus grandes maestros y, por qué no, de los grandes copistas chinos, invariablemente sentirá rechazo, desconcierto, cuando llegue a la pintura de la época Ts'ing y contemple desde los intentos de la perspectiva y del sombreado, la influencia de los jesuitas, y en especial de Castiglione (1715-1764); nada más contra la substancia china; es una intromisión ridícula. Para el mesoamericano, sobrado de imaginación, las muletas resultan ofensivas; la pintura mesoamericana, tal cual era, despertaba en el contemplador mundos integrales, plenos, y eso es el arte, sabiduría para despertar los mundos interiores del hombre; todo gran arte sugiere, no tiene miedo a la libertad; quiere imponer, así sea de manera



Pintura en un plato maya

subconsciente, sus valores. Con transparente lógica, sin contratiempo, sin esfuerzo, el discurso fue brotando y allá en el cielo, en la tierra, entre los dioses o entre los hombres, el tiempo fluía y fluía, manantial de la montaña, cantarino, puro; hay una página, la 36, ecuménica; vale por el mejor de los óleos y el tema es para un gran mural; se trata de la tierra mostrando sus capas geológicas y el agua, sustentadora del árbol de la vida, síntesis de los alimentos para el hombre amasado con maíz; del agua que se filtra por todos los poros de la tierra y de la que se remansa, paridora de peces, con su cerco de tules y de plantas acuáticas donde revolotean las mariposas, los lagos y los ríos de Tláloc, las lagunas ricas en alimentos, con sus ritmos de lunas y en donde haciéndose viejas cuajan en sal; el rito en creciente; dioses de la tierra, del agua llevando a la tierra su veneración y su copal

fragante, la joya más preciada, el rubí, gota de sangre, desenterrada con el punzón del sacrificio; finalmente, para no alargar su muestreo, la pintura de la página 80, donde se relata una partida en el Teotlachtli, entre Tlahuizcalpantecuhtli y Xólotl saliendo el año 1476, al amparo del dios de la noche y navegando por el cielo, cual en mar tempestuoso de olas encrespadas, para culminar, el año 1484, en una escena que no pintaron jamás, cuando Venus, el maravilloso lucero, debía pasar por el disco del Sol como por la legendaria hoguera de Teotihuacan, en la purificación que aseguraría la resurrección humana; y el tema, bello de por sí, fue realizado con desenfado de maestro, en la mente del tlacuilo no hubo una turbación, en la mano, los temblores emocionales fueron guiados por la más depurada técnica, y en la paleta, los colores brillaron con la pureza de los astros. ¿Y el *Vindobonensis*?

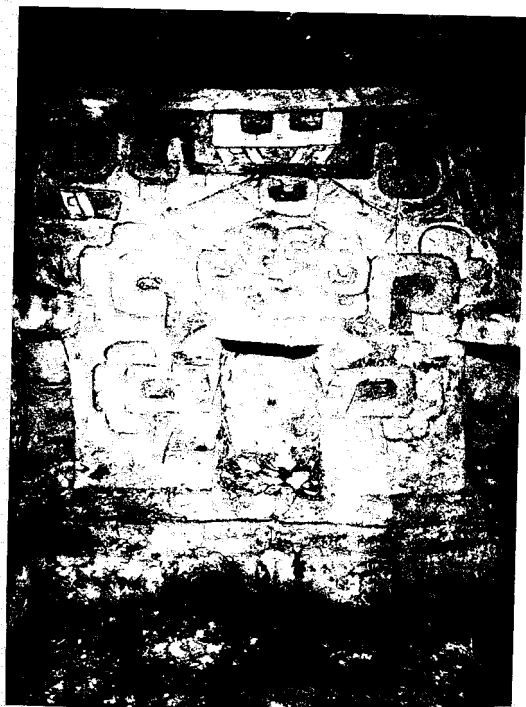
El grupo de códices tlaxcaltecas es ilustrativo. Los capitanea el célebre *Códice Borgia*. Su filiación cultural ya está bien consolidada; son teochichimecas, en lengua náhuatl, pero con poderosa influencia cultural olmeca histórica y, artísticamente, son distintos, porque fueron distintos los pintores. Una muestra en cada renglón. El *Códice Vaticano B* (3773) fue realizado por un pintor que había ido a la escuela, sacado buenas calificaciones y, al recibirse, había logrado jugosos contratos; era un buen pintor, pero se le sentía dura la mano, áspera la idea, tosco el sentimiento comparándolo con los otros tlacuilos, no con los macehuales que se pasaban la vida escarbando las magueyeras. Qué distinto el artista del *Códice Laud*, se diría el mejor; qué dibujo de línea tan clásica; los bien concebidos contrastes cómo le inyectan vida, luz, a sus colores; qué sentido de la proporción; cuán llenas de movimiento, energía, sus acciones; sus figuras trabajan, luchan, lloran, descansan, duermen, están preocupadas, piensan, reflexionan o, se colocan al margen, dejan pasar, miran sin ver, oyen pero no escuchan, como si no existieran, como si no vivieran. Qué gran simpatía puso en los animales, humanizados, graciosos, representando su papel en la comedia humana, con toda propiedad; la suave pinacoteca del maestro se siente, a la hora del crepúsculo, acariciada por un hálito, como para ser firmada con ese lápiz oloroso al que se acaba de sacar punta bajo el pupitre del colegio. El *Códice Borgia*, consenso general, es el códice insignia de la escuadra tlaxcalteca; fue pintado a fines del siglo XV por un maestro sin regateo, que no dejó su nombre a la posteridad porque la cultura mesoamericana era espíritu de comunidad, no escaparaté del yo; la individualidad estaba implícita en el estilo propio, inconfundible, armonizando con la vida toda del pueblo. La obra consta de 76 láminas, agrupadas en 15 cuademillos. El plan del artista consistió en adecuar la trama para cada uno sin perder la unidad en el conjunto. Con qué buen gusto, armonía decorativa, los

primeros ocho cuadros informan los ritos en la liturgia de los templos y en el año agrícola; sobre su canevas fue bordando la milagrería colorista. En el conjunto de la veintena, qué vuelo tan sereno el de su pincel; nada falta, nada sobra. Cuán vívida es la escena de la pesca con redejón. Conmueve la ternura paternal en la que Tláloc, el dios de la lluvia, con sus propias manos, trata de ayudar a su hijito para que suba por la voluta de la nube y destape las puertas del aguacero; la escena del ciervo herido, casi un verso de Martí; esos diez cuadros agrícolas, de lucha contra los riesgos de la milpa, desesperantes, en asomos de impotencia, de imprecación, de apostasía, resueltos en la resignación ilimitada por la paz interior; y en sus mitos cosmogónicos, esa manera trascendente de un mundo surgido del cosmos primigenio que fue la nada, un vientecillo impalpable, una nubecilla por el azul infinito, casi la idea, el verbo, hecho sol, y astros, aire y fuego, agua y tierra, para culminar en la epifanía de los gemelos preciosos en la fiesta embriagadora de músicas y danzas. El pintor del *Códice Borgia* no debió ser distinto a otros grandes artistas, ni su obra, desde los fríos exámenes del raciocinio, superior a otras obras maestras; pero hay algo en su trabajo que se trasuda en el aire impalpable y sacude al espectador; para no inventar otro lenguaje, será su espíritu diluido en el pincel y los colores, el alma, puesta entera en su ejecución, como si esta obra fuera la única oportunidad, cual si su propia vida hubiera dependido de su labor. Miles de personas ignorarán el contenido científico, moral, del *Códice Borgia*; será difícil encontrar un indiferente si alguien, además de abrir los ojos, lo contempla con el alma.

Si el escepticismo sistemático no considera lo anterior, la pintura mural mesoamericana logró salvar algunas muestras que van surgiendo, lenta, progresivamente, al paso de las excavaciones arqueológicas. Ayudadas en su conservación por el clima menos húmedo, las de Teotihuacán son, además, de las primeras en el tiempo; corresponden al Horizonte Clásico, en los niveles II y III, cubriendo los primeros trescientos y trescientos años de la Era, para morir finalmente cuando el año 695 se apagó ahí definitivamente su etapa clásica. Son pinturas al fresco, murales precursores de la pintura mexicana contemporánea. La técnica del Teotihuacán Clásico ha sido justamente descrita por Ignacio Marquina: "sobre el muro que había sido construido con piedras y barro, se extendía una gruesa capa de barro de unos diez centímetros de espesor mezclado con pequeños fragmentos de tezontle; sobre ésta se aplicaba un nuevo aplanado de mezcla, muy fina, con una gran porción de cal de dos a cuatro milímetros de grueso, y cuando estaba fresco dibujaban, a veces rayándolos, los motivos principales de la composición, corrigiendo después este dibujo con una línea roja de un color muy suave; a continuación se llenaban los campos con tintas planas, usando colores seguramente de origen mineral,

entre ellos el rojo oscuro, rojo más claro, amarillo, gris azulado y verde; parece que se pintaba solamente el espacio en que era posible hacerlo, mientras el aplanado estaba húmedo, de un modo semejante a lo que en el procedimiento llamado al fresco, se dicen tareas; los colores se aplicaban con agua, eran absorbidos por el aplanado y después contomeados con una línea roja oscura que, lo mismo que las partes verdes, se pintaban cuando ya estaba seco el aplanado. En algunos casos parece que la pintura todavía fresca se bruñía con una piedra muy fina, hasta que adquiría gran dureza y brillo, que la hacía muy resistente a los agentes exteriores; este procedimiento ha persistido hasta hace muy poco tiempo en las construcciones que se hacen en las ciudades pequeñas de México, sobre todo en los braseros de cocinas". Falta realizar una muy cuidadosa investigación para seguir el orden cronológico de las pinturas. La tarea no será fácil, porque también deberá separarse lo correspondiente a los totonacas (II), del patrimonio popoloca (III), tanto por la interacción cultural como por los gustos arcaizantes de los nuevos artistas, como se puede ya ejemplificar en la Cabeza de Serpiente Emplumada, reproducida por Laurette Séjourné y el Cuerpo de Serpiente, del Palacio de Zacuala; no podrá negarse la sangre familiar de la Cabeza de Serpiente con las esculturas del Templo a Quetzalcóatl, construido en la época II, y en cambio, el cuerpo ilustrado en su libro no sólo es de la etapa III, podría, tentativamente, fijársele por fecha el año 583, que tantas resonancias históricas dejó en las más viejas crónicas indígenas. El trabajo será delicado y alguien lo acometerá en el futuro.

Al explorar Batres (1884) en el llamado Templo de la Agricultura, encontró grandes lienzos pictóricos que no pudieron conservarse, y de los cuales quedaron copias. Marquina reproduce pinturas del Templo; lo más notable son los frisos de flores; un dios en estilo ciertamente primitivo, que contrasta con la dulzura de líneas en las flores, y en cuyo rostro inscribieron precisamente la palabra Téotl, dios; Marquina señaló: "coronando la decoración siete triángulos amarillos con puntos rojos a manera de rayos solares", lo cual empuja para teorizar con Chicomecóchitl. Sobre las copias del trabajo de Batres no puede opinarse sin temor, y con él, sí puede columbrarse un cuadro de composición magnífica: en la orilla de la costa que las olas besan, el hombre construyó dos teocallis para sus dioses, que aún conservan su misterio irrevelado, pero que posiblemente sean las dos divinidades del agua, como si pudiera decirse dos Tlálocs, exactamente los del templo a Quetzalcóatl; el Tláloc culebra de nubes y la culebra de agua; en ambos casos, cargan en la cabeza grandes recipientes con agua. La ofrenda sería conmovedora; los hombres de la derecha ¿con yelmo de pez? ofrendan y rezan sus oraciones; las mujeres también, pero, una, de rodillas, ofrece un ave domesticada, tal vez un loro. Escena seme-

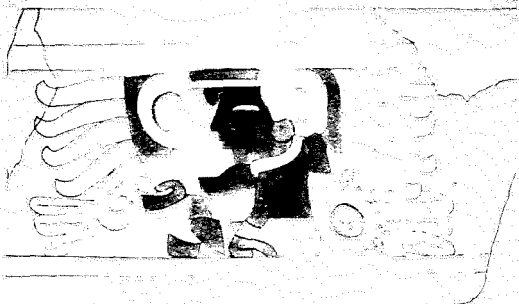


Pintura mural en Monte Albán, Oax.

jante ocurre a la izquierda y en ambos lados, ofrendan bolas de chapopote o de hule para sahumar. Tal vez era una fiesta religiosa porque las mujeres andaban muy atareadas haciendo tortillas. Habría sido gran oportunidad haber conservado bien esa representación del ave preciosa que después habría de saturar el arte mesoamericano. En los llamados Edificios Superpuestos, es de gran importancia documental esa pintura con entrelaces que después los totonacas habrán de ampliar a su máximo y en piedra. En Teopancalco, el atuendo sacerdotal habla de una bonanza no nada más en la liturgia, sino en la estructura, en la economía metropolitana; no cabe duda, era el apogeo en manos olmecas; los teopizques cubrían sus cuerpos con la piel del tigre de la noche y en esa piel, en lugar de manchas, había flores, pero no las de los campos de labranza, sino las corolas de los astros; tal vez el pueblo, cual coyote, aullaba en la serranía, o por las noches del hombre, inspirando lúgubremente a los pintores de Atetelco; el vaticinio seguramente hallaba cerrados los muros de Tetitla, donde la riqueza borboteaba ornamentaciones y el señorito regresaba del salón de belleza con manos ducales, finas, perfumadas, no las feas manos de los labriegos.

En Zacuala, Séjourné puso al descubierto un palacio profusamente decorado con pinturas murales; pudo pertenecer a un distinguido miembro de la nobleza rural a juzgar por una de las deidades bajo cuya protección vivía el opulento propietario; desde luego no cuesta esfuerzo identificar a Tláloc, el dios de la lluvia, pero lleva una carga de mazorcas de maíz, de donde resulta un antecedente del esculpido en la llamada Piedra del Maíz, que procedente de Castillo de Teayo, conserva el Museo de Jalapa. La obra pictórica es buena; un mucho geometrizable, como si en esto también el tlacuilo se hubiera querido adelantar a los cubistas; frenó en la segunda dimensión. No debe haber pena; si se quiere malorear un rato a los modernistas, ahí está la Biznaga, que no es biznaga pero tampoco puede ser otra cosa. Si, al contrario, se busca el realismo, ahí está ese rostro de Xipe-Tótec, cuya muerte no podría testificar mejor el acta del notario, aun cuando quedara pendiente la fecha.

Las alusiones anteriores ya podrían ser suficiente prueba del valor artístico de aquellos lejanos pintores; mas, queda Tepantitla, explorada por Pedro Armillas y José R. Pérez, habiendo estado el capítulo de murales a cargo de Agustín Villagra. Por cuanto a la interpretación de la pintura, con todo acierto la hizo Alfonso Caso; es el Tlalocan, el paraíso que los pueblos del Altiplano situaban en el sur de Veracruz, la tierra de los olmecas, y precisamente fueron ellos quienes lo dieron a conocer desde Teotihuacan; sus pintores lograron una obra ciertamente notable; "Hay (dice Caso) una composición de la escena y un modo de expresar lo que se quiere en un estilo más popular que



Pintura mural en las Higueras, Ver.

hierático. . . La pintura mexicana ritual, era inteligible sólo para los iniciados. . . pero esta pintura teotihuacana, llena de alegría y de realidad, nos representa algo bien humano, puesto que es un anhelo universal. Por medio de sus gráciles y casi etéreas figurillas, está expresando la ilusión y el deseo de alcanzar por encima de la muerte, un lugar de delicias y descanso"; Teotihuacan, la ciudad para los dioses, era humana, y en un descuido, con mérito más alto. En Cholula se han encontrado esas magníficas pinturas murales de Los Bebedores, con gran maestría dentro de su simplicidad.

En Monte Albán, Alfonso Caso encontró pinturas murales decorando las tumbas 103, 104, 105; la técnica del fresco; la ejecución, especialmente de la número 104, establece contemporaneidad con Teotihuacan, de donde llegó la inspiración a los pintores zapotecas, aun cuando mantuvieron la característica de su grupo. La diferente calidad artística en esta tumba es atribuida por Caso a la premura; piensa que fue pintado el mural "cuando el individuo que iba a ocuparla estaba muerto y tenían urgencia de enterrarlo"; pudiera ser, aun cuando también podría tratarse de una fecha más temprana, cuando la técnica o el estilo no estaban bien digeridos, o por un tlacuilo de menor valía estética. No podría decirse de los murales en las tumbas

103 y 105 todo lo contrario; son producto de una escuela y de una época; sin embargo, el artista se ve más dueño de su pulso, más cuajado en el manejo del color y, quién sabe, si no, más joven; hay, por ejemplo en los cantores de la tumba número 105 un algo de mayor evolución; tal vez agonizaba el Clásico.

Entre los años 600 a 900 ocurrió el Horizonte Cultural llamado Clásico Tardío y en él, seguramente la ciudad con más ebullición artística, fue Tajín. José García Payón, su explorador durante muchos años, ha resumido así su impresión en tomo a la pintura: "puede asentarse que todos los edificios estaban cubiertos de pintura sea de un solo color, como por ejemplo el edificio 5 que era todo rojo, o con líneas paralelas de distintos colores que seguían los contornos de los motivos arquitectónicos, entre los que sobresalen los colores rojo, azul en distintos tonos, el amarillo y el negro. . . En los tableros de los edificios A y B y las columnas, se hallaban representadas escenas de la vida. . . Estas pinturas, tanto en su colorido como en su técnica, demuestran una afinidad con las de la Casa de los Barrios de Teotihuacán". Nunca se deplorará debidamente la pérdida. Lo poco que logró conocerse, del escombros retirado en El Tajín, dejó la impresión de un dibujo muy fino, de gran maestría colorista que se traducía en suaves elegancias; arte de pequeña dimensión, en verdad, mas, no preciosista ni de miniatura; estéticamente, grande. Pese a la bárbara destrucción causada por un pésimo sistema de albañilería, por el clima, y por saqueadores, en Las Higueras, municipio de Vega de Alatorre, Ver., se ha encontrado una verdadera historia de la pintura en el Clásico Tardío (600-900), alarde maravilloso del pincel totonaca, cimero tesoro del arte mesoamericano.

La suerte tampoco favoreció a Tula con el encuentro de pinturas. De seguro sus templos iban decorados y una reconstrucción del B, o de Tlahuizcalpantecuhli, hecha por Marquina, ofrece una idea cierta, sin dejar de ser una reconstrucción. En la construcción llamada El Pórtico existe, y Alberto Ruz Lhuillier lo describió, "un muro de adobe que estuvo decorado al fresco. . . La banqueta lleva un friso vertical esculpido y policromado. . . Este hermoso friso sólo se ha conservado intacto en la esquina. . . Representa una procesión de personajes, guerreros o sacerdotes, armados de escudos y dardos, y que llevan en una mano un bastón. . . A pesar del tamaño reducido de las lápidas, se aprecian diferencias tanto en el atavío como en los rasgos fisonómicos. Algunos de los personajes ostentan el pectoral de mariposa estilizada de las cariatídes. . . Los colores con que fue pintado el friso, se conservaron con toda su brillantez; son el rojo, azul, amarillo, blanco, ocre, anaranjado y negro, este último usado para perfilar las figuras y destacarlas sobre el fondo. Una réplica casi exacta de este friso se encuentra en el altar del pórtico del 'Mercado' de Chi-



Personaje, de las Higueras, Ver.

chén Itzá"; y es todo por el momento. Sin embargo, en Ixtapantongo, México, a donde llegaba el Imperio Tolteca y el acantilado de la Barranca del Diablo, Agustín Villagra pudo copiar unas pinturas rupestres, identificándolas con toda seguridad como toltecas. Resultan interesantes; él ha dicho: "El relieve encaja más en la tradición tolteca y es sabido que en Tula los bajorrelieves son muy frecuentes y en cambio, hasta la fecha, no se habían encontrado pinturas de esa cultura. . . Las figuras están bien proporcionadas a la manera indígena y aunque la superficie es rugosa, están delineadas con precisión. Las escenas de sacrificio y las de los músicos son tan armoniosas como las de las páginas de los mejores códices." Todo es interesante, pero en acatamiento a la brevedad, no se debe dejar sin subrayar eso de "proporcionadas a la manera indígena", porque con infalible frecuencia lo ignoran los estetistas occidentales. Con todo en contra, lograron y se ha conservado muy bien ese Tonatiuh, al cual, jalándolo a fecha más reciente, saludaría con afecto el del *Códice Borgia*; el guerrero con átlalt, vestido de azul, hermano de los grandes atlantes de Tula y que sólo por llevar el arma en la mano derecha no es Huitzilopochtli sino el Tezcatlipoca Azul; ese Xiuhtecuhtli, extraordinario, con el petate a la cara (Napatecuhtli) y el ave azul del cielo bajando por su tocado; el artista debía, quería expresar esa reunión de dioses y lo consiguió plenamente, no tenía obligación de más.

Al explorar la ciudad arqueológica de Tamuín, San Luis Potosí, Wilfrido du Solier encontró, en el adoratorio, las banquetas, y los altares, las pinturas al fresco; pero había tres etapas constructivas con sus correspondientes pinturas, urgidas de un estudio comparativo, porque la primera etapa, según el arqueólogo, corresponde al fin de Teotihuacan III; la segunda le ofreció nexos con el Horizonte Tula-Mazapa; y la tercera con Azteca II, es decir, Pánuco V. No hay duda para fechar a Teotihuacan III entre los años 300-600, ni a Pánuco V entre 900-1200. El futuro afinará fechas; las pinturas dadas a conocer por Du Solier ornan los muros de la segunda etapa constructiva en Tamuín y para él "Representan estas figuras del Tamuín una serie consecutiva de personajes ataviados con diversas y hermosas indumentarias, en actitudes variadas y, a la vez, desarrollando una sola idea, una composición completa, con un principio y un fin". Covarrubias miraba estos personajes "pintados en un estilo fuertemente influido por el arte mixteco"; pero el explorador afirmaba: "tienen un estilo muy propio en la interpretación de manos, pies, ojos, y en general un carácter étnico en los personajes netamente regional que nos induce a aceptar de una manera categórica que son el producto de artistas huastecos"; algo más, los dioses mismos resultan huastecos; ahí están con sus dientes limados como se los describieron a Sahagún, y actuando como huastecas; testigo, ese guerrero que ha cortado la cabeza de

su enemigo y en un descuido, la reducirá de tamaño, como le hicieron a los primeros españoles invasores del Pánuco. Hay algo que golpea muy fuerte al espectador; un hálito de rudeza, de primitivismo, ciertamente; pero acaso sería más exacto el término fortaleza, o personalidad; el huasteca no pudo ser hombre plácido, entregado a los deleites del placer; debía montar guardia perpetua en la frontera mesoamericana, frente a las constantes acometidas de los recolectores-cazadores; sus hermanos del sur podían dormir tranquilos y recrearse con sus obras de arte, para eso el cuextécatl velaba las armas, y en su puesto de vigía se pasó la vida, esperando el relevo.

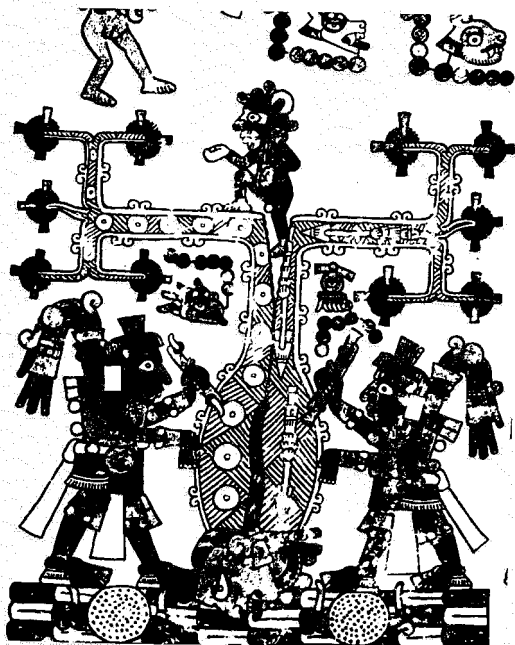
El renacimiento mesoamericano principió el año cabalístico de 1155; quién sabe si el Templo de las Caritas, en Zempoala, Ver., se hubiera construido desde 1027, por quedar fuera del núcleo arquitectónico central, que conoció Hernán Cortés, y porque sus estaciones únicamente ajustan en la corrección del 23 de septiembre del citado año, así como la tabla de predicción de los eclipses de Sol. Como sea; en sus muros, los totonacas pintaron al fresco, el día con sus horas, las lunaciones, y a Venus, en sus combinaciones múltiples; lástima que sean ilustraciones científicas, didácticas. Esta falta de pinturas renacentistas entre los totonacas, podrá irse supliendo con futuras excavaciones.

En el Cuadrángulo Norte del llamado Grupo de la Iglesia Católica, de Mitla, se conservaron unas pinturas, que según Marquina "están hechas sobre un finísimo aplanado de cal bien pulido. El fondo en general es de un rojo oscuro y las figuras conservan el fondo blanco ligeramente gris del aplanado. El resto del dibujo está hecho con diversos tonos que resultan de la mezcla del blanco y el rojo. . . Las representaciones son muy semejantes a las de los códices mixtecos y a las que aparecen en muchas vasijas de esta misma región"; lo cual ubica, cronológicamente a las pinturas. Arqueológicamente se ha calculado que a partir de 1350 principia el periodo V de Monte Albán, con poderosa influencia mixteca, y las crónicas hablan de conquistas mixtecas en Mitla y Titicpan. Como en las pinturas está registrado un paso de Venus por el disco solar y lo hace Xólotl, personaje bien identificado en la pintura, con el agregado del cómputo; este fenómeno correspondió al año 1362 y las pinturas lo marcan; fue el año ce ácatl, 1363. Aquí debían repetirse las opiniones ya vertidas en la cerámica y los códices; la lección es trascendente; no influía tanto el material donde se pintaba, la escuela tenía una preceptiva inflexible; la individualidad emocional del pintor debía, dentro de tales límites, construirse los campos ilimitados de que su talento fuera capaz.

En el caso de Tizatlan, Tlaxcala, donde se han encontrado pinturas murales, el fechamiento está bien documentado. Los teochichimecas fueron derrotados en la gran guerra de Quinatzin el año ce tochtli

(1350) y trastumbando los volcanes cayeron al valle de Tlaxcalan, expulsando, no sin fieras luchas, a los olmecas, para ocupar las tierras a partir del año 1376 (ce técpatl) que había de ser, si no era, el de sus Fuegos Nuevos. Con los datos de la exploración realizada por Hugo Moedano se sabe cómo el año 1428, es decir, tras cumplimentar en 1427 al cierre del gran ciclo, inauguraron el primer teocalli de Tizatlan y 52 años después, cubriendo al primero, consagraron el segundo, el año 1480. Las pinturas corresponden a la primera etapa constructiva, es decir 1428. Los triunfos militares de los tlaxcaltecas les abrieron el comercio costeño del Totonacapan, como indirectamente lo informaron los historiadores de Tlacolulan, Ver., y su auge financiero los convirtió en nuevos ricos, prontos al ridículo en el campo de la cultura. Paul Westheim, que aún conservaba pupila, escribió de las pinturas de Tizatlan: "comparándolas con Teotihuacan parecen más primitivas, tanto en su modo de expresión como en su actitud espiritual. Es distinto el estilo, es distinto el grafismo. Los colores son más vivos, los contrastes más enérgicos"; y habían transcurrido ya, ocho siglos. Propiamente, los murales de Tizatlan son un momento germinal; se diría infantiles; la cenefa que los delimita se trasudará por el caliche de sus lomeríos para brotar en la cristalina fuente de policromías que son los actuales sarapes de Santa Ana Chiautempan o en el perdido vástago saltillense. Fueron guerreros vencidos. Un día, el sol pegó de frente y se volvieron rudos comerciantes; pero los hijos fueron a la escuela, pudieron cultivarse; sobre la terca burla que despertaban sus padres, pudieron sublimar los amargores del pasado afrentoso; y cuando para 1450, Moctezuma Ilhuicamina les arrebató, de fea manera, las llaves del comercio costeño, cayeron en la más desabrida postración material; pero entonces, el espíritu tendió las alas en busca de infinito y su escuela de pintura se puso a la cabeza de todas las academias del Altiplano, y uno, el más genial, rubricó la obra máxima, el *Códice Borgia*, inscribiendo el único nombre que contiene, no el suyo personal, el nombre de su pueblo, de su Tizatlan querido.

En la zona maya, de momento la noticia con visos de mayor antigüedad, puede ser para la pintura encontrada en la Estructura B-XIII de Uaxactún, considerada por Morley la fase más vieja en el llamado Viejo Imperio, calculándola para el siglo VI de la Era, fecha que podría resultar muy temprana. Para Morley es "la pintura mural más hermosa del Viejo Imperio. . . Hay en ella las figuras de tres mujeres sentadas en un estrado en el interior de un edificio de techo plano y afuera se ven otros veintitrés individuos, hombres y mujeres, de pie. . . Este fresco está pintado de rojo, anaranjado, amarillo, gris y negro sobre fondo blanco"; sin embargo, el mundo cultural se ha sacudido con el nombre de Bonampak, desentendiéndose de las elegancias de aquella corte aristocrática, toda refinamientos.



Pintura en un libro (C. Vindobonesis)

La ciudad arqueológica donde por el año de 1946 fuera encontrado un mural cuya noticia todavía llegó a conocimiento de Morley, ha sido bautizada; el gran mayista dijo: "a este nuevo sitio arqueológico se ha dado el nombre de Bonampak, que en maya significa 'paredes pintadas'..." Después, hay toda una literatura en torno al sitio, destacando por la seriedad científica, el trabajo publicado por la Came-

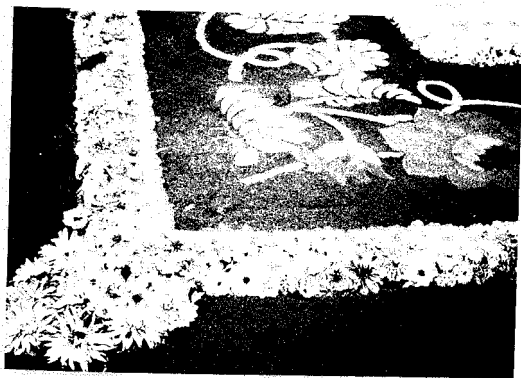
gie Institution of Washington, realizado por Karl Ruppert, J. Eric S. Thompson, y Tatiana Proskouriakoff. El sitio queda en el Estado de Chiapas, cerca del río Lacanha, que por la corriente de Lacantón s une al caudaloso Usumacinta. El Templo de las Pinturas consta de tres departamentos decorados, y ahora, cómodamente se puede tener una fiel imagen por su reproducción exacta en el Museo Nacional de Antropología. Thompson considera la dedicación del Templo, y seguramente la ejecución de las pinturas, en la fecha 9.18.0.0.0, es decir el año 1050, perfectamente acorde con la cerámica; en la cabecera donde fueron pintadas las mujeres hay un recipiente diagnóstico de periodo tolteca-nonoalca que comprendió los años 900-1200; pero deberían considerarse, para futuras investigaciones, las posibilidades a fechas claves, como el año 1064 de la disolución tolteca, o la para ellos más trascendente de 1090 en que cerró el baktún diez.

En este caso, el tiempo cuenta. Las pinturas de Bonampak resultar un parteaguas, entre los viejos tiempos que terminan definitivamente y el Renacimiento, cuyas claridades, un olfato sutil podía presentir. La primera reacción de Tatiana Proskouriakoff fue para la rareza de la pintura realista en Mesoamérica, como para Salvador Toscano lo fue la presencia de acciones bélicas entre los mayas del llamado Viejo Imperio; es decir, el cambio vibra en los lienzos y una persona tan distante del enclaustramiento arqueológico, pero tan camal de las emociones artísticas, como es Horacio Quiñones, recientemente ha concebido la idea de tres maestros actuando en la "Sixtina" que arrojó la selva, diferenciaciones que Proskouriakoff también había detectado, sin que se puedan atribuir a tiempo distinto. Tal vez podría señalarse a la escultura en piedra, número dos, para volverse a examinar, porque su rostro guarda relación con otros bien fechados en Copán y Quiriguá; la Estela 3, en su nexa con Santa Lucía Cotzumalhuapan, porque debería recordarse una irrupción olmeca recogida por Torquemada y en esta época, seguramente la de la Estela K de Quiriguá, la última (9.18.15.0.0.) correspondiente a 1065, aun cuando sería 1064 (ce técpatl) y disolución tolteca de su Imperio.

Canto del cisne, o preludio, los murales de Bonampak, independientes de su información antropológica, son una de las más altas manifestaciones pictóricas de la humanidad. El más insignificante aspecto no fue desatendido. En el cuarto número uno, y en el triángulo alto del techo de la cabecera, donde ya nada importaba, el artista puso el arranque del árbol de la vida, con sus raíces mordiendo la tierra y en figura de cipactli, como se mira en los códices del centro de México; pero este cipactli es único, es árbol de manera indiscutible, y sin asomo de duda es cipactli; en el otro triángulo correlativo, al maíz germinando en el seno de la tierra; hunde la raíz, y la espiga de las primeras hojas brotan al sol. En los otros lados largos y a ese mismo



Pintura con aserrín (Huamantla, Tlax.)



Pintura con flores (Huamantla, Tlax.)

nivel pintó, con imaginación sin alambradas, las cuatro fases de la Luna girando por el cielo. Debajo, sobre fondo amarillo de los días, viene la fila de la más alta nobleza, vestida y adornada con boato deslumbrante; parece que todos llevan inscrito su nombre y en algunos parecen calendáricos. Acaso sea más importante señalar la existencia de dos niveles; el superior para los dioses y el inferior para los hombres, pero en el mismo lienzo, y son 28 personas y cuatro divinidades; no menos curioso resulta que los 28 personajes van en grupos de a siete y que 14 son muy luminosos con sus blancas vestiduras y 14 con luminosidad menor; de donde se puede pensar en la lunación de 28 días, el rito lunar a las cuatro fases. Exactamente debajo, una franja, también sobre fondo amarillo, seguramente mostraba los registros lunares, hoy en parte destruidos, apuntalados por los nueve guardianes de las horas. Más abajo, la última fila de personajes, con fondo azul, agrupada en tres jerarquías: al centro tres deidades o personajes con la indumentaria de los dioses del tiempo, ya no reconocibles, pero muy posiblemente fueron Sol, Luna, Venus; otro grupo, el musical, se integra con 18 personajes para representar a cada una de las veintenas y en las cuales debían hacer la fiesta respectiva; y el tercer grupo constituido por los representantes de la trecena. También aquí había sus inscripciones y en gran parte se han borrado. De aclararse una solución muy ingeniosa; en el grupo de músicos, en verdad hay 20 personas, para complementar los días de la veintena, pero como éstas eran 18, a esos dos no se les ven los rostros, ni son músicos, cargan los estandartes del Sol y de la Luna.

En el cuarto número dos, tal vez representaron el reino del Sol, a donde iban los muertos en batalla para formar su séquito, y quién sabe si la patética escena de los prisioneros, del herido, una de las más conmovedoras y bellas del arte pictórico, sea Tonatiuh, el joven guerrero, presidiendo el tribunal para decidir quiénes podían tener el privilegio de acompañarlo en su diaria batalla, y quiénes, cual macehuales cualquiera, debían ir a la fosa común de Mictlantecuhlti. También es presumible, aquí la destrucción fue mayor, que hubieran dedicado el cuarto número tres a Venus. Está lleno de plumas de quetzal en penachos, bajo la presidencia flamígera del Sol, de cuyas llamardas van saliendo cuatro serpientes de jade, que si aludieran al tránsito del planeta por el disco solar, en cada caso serían los dos pasos consecutivos con intervalo de 8 años y esto repetido, con espacio de 130 años, haría los 260 años de una rueda de katunes, y el ejemplo sería perfecto, porque aquí la conmemoración habría ocurrido el año 1094 y 260 años antes, había sido el que Chichén Itzá registró el año 834 en su Juego de Pelota; deberá buscarse una fecha como 10.0.4.1.0. No hay seguridad en los detalles, pero en el sitio destinado a las horas, ahí están los nueve protectores, y en el campo de la orquesta

todos enseñan el rostro y son ocho, incluyendo a los abanderados, quién sabe si aludiendo a los 8 años en que se hacía fiesta muy especial porque Venus, había realizado exactamente cinco revoluciones sinódicas. Los personajes con penachos de quetzal tendrían relación con el planeta, y la composición resultaría de gran originalidad. Los marcados por los numerales dobles representarían a Xólotl y Quetzalcóatl montando guardia en la entrada del santuario y por ahí, en alas del quetzal entraría el octavo año, que como un sacrificado habría de purificarse para subir en lucero; mientras tanto, siete más, extienden sus insignias en la fila del frente.

Lo anterior podrá ser un esfuerzo comprensivo; en este rubro importa la belleza, y el conjunto del cuarto número uno es de plenitud, aplomo, maestría, casi para usar el término apolíneo en el sentido moderno de la palabra clásico. En el número dos el dramatismo es patético, la vida como batallar es de violencia electrizante, fiera y humana, pese a la serenidad en el cielo; para el campo artístico, a semejanza del anterior, podría considerarse dionisiaco, por la tremenda fuerza de sus pasiones; y en el número tres, el más dañado, la imaginación probando sus capacidades, con un eclecticismo de sabiduría ponderada. Lo mejor será escuchar a un gran artista y gran conocedor, Miguel Covarrubias: "Los frescos de Bonampak revelan un concepto considerablemente complejo de la composición, conocimiento del dibujo realista y exquisito sentido del color, que en todo lo conocido con anterioridad en el arte maya. Las figuras están dibujadas con soltura poco común, con seguridad. . . Bonampak es uno de los clásicos tesoros del arte mural universal, junto con Ajanta en la India, Tunghuang en China, y Knossos en Creta", y en el terreno de la estética, momentos hay en los cuales, pueden hacerse a un lado las fronteras y los tiempos.

Por lo visto queda la impresión, en Mesoamérica, de que su arte, a lo largo de 25 siglos, nació, se desarrolló, y floreció para morir. La etapa renacentista sería inferior; algo así como las manifestaciones artísticas de la cultura occidental después del colapso grecorromano. La humanidad está renovándose, superándose constantemente. Sin los viejos prejuicios puede iniciarse la busca de la pintura peninsular, en donde ya no es verdad que sus elementos culturales hayan sido recientes, y se podía comenzar en Santa Rita Corozal, Belice. La sorpresa no puede ser mayor; la escena del mural, llamada "Códice", podría pasar por una lámina de códice nahuatlaca, pese a los personajes mayas o cifras ahau tan insubstituíbles; marca el año 1363; dos personajes van bien caracterizados, Quetzalcóatl, entre las dos culebras, y Xólotl dispuesto al sacrificio de la purificación por el fuego. El pintor era bueno, aun cuando su línea se siente un tanto rígida, fría, lo cual puede achacarse a la escuela de pintura, más impuesta por la moda o

la conveniencia que por un gusto interior; naturalmente, se puede hablar más de habilidad, de virtuosismo, que de inspiración creadora, pero quién sabe si para sus contemporáneos mayas, introducir la exótica corriente significaba genialidad.

Se han encontrado pinturas en Chacmultún y en Santa Rosa Xtampak; tal vez la ruta histórica fue Santa Rita Corozal, Bakalar, Tulum, Chichén Itzá, los que procedían del sur en el informe de Lizana. Las de Tulum fueron bien estudiadas por el acucioso arqueólogo y magnífico artista que fue Miguel Angel Fernández. En el Templo número 16: "Las pinturas fueron hechas en mano libre sobre un revoco muy fino de cal, acusan gran maestría y están hechas con pincel redondo. El fondo es negro y las figuras llevan filetes negros y verde-cobalto; el conjunto presenta un aspecto de códice maya, igual a las pinturas del Templo número 5, no así las pinturas de los edificios de la primera época, que son verdaderas pinturas murales." En la galería sur del edificio, también llamado Templo de los Frescos, y "en el muro que corresponde al edificio interior o primitivo... La parte dibujada por nosotros, como el resto de los frescos, acusa influencia y procedimientos de códice nahua. Otros investigadores han reconocido esta influencia". Sin un trabajo arqueológico más pormenorizado, no es posible precisar aspectos complementarios; mas, ya puede advertirse un fenómeno: hay separación clara de dos escuelas o nacionalismos; en la construcción más vieja, la influencia nahuatlaca realizando el concepto de la pintura mural; en la más reciente, lo maya se desquita pero cayendo en el maniaturismo de los códices. En el tablero del Templo número 5, la faja celeste donde gira el planeta Venus, aun cuando con estilo muy propio, es de la escuela nahuatlaca y ni hablar de las escenas, tan hermanadas, para no viajar lejos, con las de Santa Rita Corozal; pero aquí se conservó un personaje realizado a base de azul, con máscara de turquesa. En el centro de México y dejándose guiar por el color, ya se podía ir enrollando el hilo a partir de Huitzilopochtli, Tezcatlipoca Azul, Tezcatlipoca, Huracán, y efectivamente, se mira el sacerdote, cuando el cuarto de la Luna, propiciando al símbolo de Huracán, en cuyo maxtli relampaguea, como el oro del Sol, en el azul espejo de las aguas, el símbolo de Tezcatlipoca; belleza en la plástica, belleza literaria. Si después de lo anterior, la pintura de la construcción más antigua tiene clara influencia nahua, forzosamente debe ser la tolteca primitiva, y para 695 ya estaban en Bakalar, según testimonio de las crónicas mayas.

Era plácido, seguro, el conocimiento en torno a Chichén Itzá. Hoy se deben ajustar las cronologías, porque resultó sincrónica de Tula; su fecha de serie inicial 10.2.9.1.9, corresponde al año 1138-39, y mantuvo su actividad en el allá denominado periodo mexicano truncado por la conquista española. En un relieve del Juego de Pelota se ha

podido leer la fecha 843, y en los del templo adosado al de los Tigres, los pectorales hablan también de la contemporaneidad tolteca; una, confrontando la resistencia maya, la otra explayándose por la Teotlalpan inhospitalaria. De momento sólo se puede recurrir al estilo, entendido aquí como la impronta de la evolución histórica y en ese caso, las pinturas del Templo de los Guerreros y las del Templo de los Tigres, deben corresponder al periodo mexicano. Se ha machacado tanto en el carácter simbólico, esotérico, del arte mesoamericano, que ya huelga mencionarlo, y qué renovado aire se respira cuando en la cerámica del último periodo totonaca, o del "azteca", se vuelve a la naturaleza sin complicaciones ni cerebralismos, brotando porque sí, como las cristalinas aguas del manantial, cuando se abandona la seriedad solemne para humanizarse; porque ciertamente, la retina pecadora se aburre de tanto dios, de tantos astros que no pueden permitirse la voluptuosidad suprema de retrasarse un minuto, y ésta es la gloria de los pintores mayas de Chichén Itzá, lanzar, desde los muros pictóricos, el violento panfleto de la renovación; buscar, con entusiasmo, briosamente, otro camino, abandonando sin rubores, los atascaderos de la rutina, tachonada de condecoraciones, pero infecunda ya; y no fueron castrados teorizantes, al contrario, garrones en brama, convencidos de que todos los días es posible descubrir mundos no poseídos.

Bibliografía

- Caso, Alfonso, *Exploraciones en Oaxaca. Quinta y sexta temporadas 1936-1937*, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, México, 1938
 — "El paraíso terrenal en Teotihuacán", en *Cuadernos Americanos*, México, 1942
- Covarrubias, Miguel, *Arte Indígena de México y Centroamérica*. Universidad Nacional, México, 1961
- Solier, Wilfrido du, "Primer fresco mural huasteco", en *Cuadernos Americanos*, México, 1946
- Ekholm, Gordon F., *Excavations at Guasave, Sinaloa, México*, The American Museum of Natural History, New York, 1942
- Fernández, Miguel Angel, "Exploraciones arqueológicas en la isla de Cozumel", de Tulum, en *Anales del Instituto Nacional de Antropología* México, 1945
- García Payón, José, *La Ciudad arqueológica del Tajín*. Universidad Veracruzana, Xalapa, Ver., 1951
- Marquina, Ignacio, *Arquitectura prehispánica*. Instituto Nacional de Antropología, México, 1951
- Medellín Zenil, Alfonso, *Exploraciones en la Isla de Sacrificios*. Gobierno de Veracruz, Jalapa, 1955
- Moedano Koer, Hugo, "Tizatlán, asiento del señor Xochipilli", en *Cuadernos Americanos*, México, 1943
- Morley, Sylvanus G., *La civilización maya*. Fondo de Cultura Económica, México, 1947

- Noguera, Eduardo, *La cerámica arqueológica de Mesoamérica*. Universidad Nacional, México, 1965
- Rojas González, Francisco, "Los Tarascos en la época precolonial", en *Los Tarascos*, Universidad Nacional, México, 1940
- Ruppert, Karl; J. Eric S. Thompson; Tatiana Proskouriakoff, *Bonampak, Chiapas, México*, Carnegie Institution, Washington, 1955
- Ruz Lhuillier, Alberto, *Gufa arqueológica de Tula*. Ateneo Nacional de Ciencias y Artes, México, 1945
- Sahagún, Bernardino de, *Historia general de las cosas de Nueva España*. Ed. Robredo, México, 1938
- Séjourné, Laurette, *Un palacio en la Ciudad de los Dioses*. Instituto Nacional de Antropología, México, 1959
- Seler, Eduard, *La orfebrería, el arte de trabajar... y de hacer ornamentos de plumas... en Sahagún*, Ed. Robredo, México, 1938
- Torquemada, Juan de, *Monarquía indiana*. Ed. Chávez Hayhoe, México, 1944
- Villagra, Agustín, *Pinturas Rupestres (Ixtapantongo, Mex.)*. Instituto Nacional de Antropología, México, 1954
- Westheim, Paul, *Ideas fundamentales del arte prehispánico en México*. Fondo de Cultura Económica, México, 1957
- Ximénez, Francisco, *Historia de la Provincia de S. V. de Chiapas y Guatemala*. S. de Geografía e Historia, Guatemala, 1929-1931

11. Música y danza

MÚSICA sideral es, en la cultura de occidente, una metáfora ribeteada con leyenda; en Mesoamérica, fue un momento estelar de la humanidad, la epifanía del más bello lucero. Contaban los viejos abuelos de Tizatlán, que cuando tras largo periodo de ocultamiento, Venus reaparecía, era el instante de la fiesta, porque desdoblado en los gemelos preciosos, Xólotl, con su flauta, desgranaba el florilegio de sus melodías acompañadas por el ritmo del cántaro en su restirado parche de piel que tocaba Quetzalcóatl, y en aquella embriaguez musical, sancionada por los dioses nocturnos, danzaban las doncellas de la Luna y como si las matemáticas también vibraran en acordes exactos, preludiaban las cronologías; así el inicio de la música y la danza, en la rapsodia del códice tlaxcalteca.

Para los informantes de la *Histoyre du Mechique*, del seno de la noche nació el aire, y era un aire negro que al crecer, se hizo viento, y el viento se decía Ehécatl, y a éste dijo Tezcatlipoca: "Viento, vete al través del mar, a la casa del Sol, el cual tiene muchos músicos y trompeteros consigo, que le sirven y cantan... y una vez llegado a la orilla del agua, apellidarás a mis criados Ayopachtli (tortuga) y a Acíhuatl (mujer del agua) y Atlcipactli (catán) y dirás a todos que hagan un puente a fin de que tú puedas pasar, y me traerás de la casa del Sol los músicos con sus instrumentos para hacerme honra... Entonces el dios del aire se fue a la orilla del mar y apellidó sus nombres, y vinieron incontinenti e hicieron un puente, por el que pasó. Cuando el Sol vio que llegaba, dijo a sus músicos: He aquí al miserable; nadie le responda, pues el que respondiere, irá con él. Estos dichos músicos estaban vestidos de cuatro colores: blanco, rojo, amarillo, y verde... habiendo llegado el dios del aire, los llamó cantando, al cual respondió en seguida uno de ellos y se fue con él y llevó la música, que es la que ellos usan ahora en sus danzas en honor de los dioses". Así la música fue haciendo su historia. Primero era nada más para los dioses; después, para los hombres, y hubo un Prometeo que peregrinó hasta la casa del Sol para encender y traer a la tierra, la flama del canto; así descendió, seguramente, Macuixó-

chitl, aun cuando el cronista se dejara en el tintero su nombre. Otro simbolismo aparece: los músicos regían en los cuatro puntos cardinales, rústico tropo para indicar el valor universal de la música, y la bella figura literaria, cuando sugieren que la música flota en el viento; y si hubo necesidad, para ir a la casa del Sol, de llegar hasta la orilla del mar, eso debió ser en el oriente de las mitologías, porque tras de la noche silenciosa, la brisa de la madrugada estremece los follajes y la rama se vuelve sonora por la canción del ave, la selva se hace orquesta y el mundo queda envuelto en músicas errabundas, todo el día, en tanto la noche, nuevamente, no ponga, su silencio final.

Se ha supuesto, con mucha razón, haber sido Andrés de Olmos quien obtuvo la pasada conseja y seguramente fue más amplia en su libro, consultado por Gerónimo de Mendieta, pues al referirla en su *Historia eclesiástica indiana*, da como causa del viaje, la tristeza en la cual vivían los hombres, y al regreso, no uno, sino dos músicos traía Ehécatl, "a los cuales trajo con el atabal que llaman huéhuatl y con el teponaztli". Complementariamente, la *Leyenda de los Soles*, con ubicación segura en Teotihuacan y en el momento creador, dice Quetzalcóatl, acompañado de su nahual, fue al reino de los muertos a buscar los huesos de sus antepasados para formar la nueva generación; interrogado por Mictlantecuhltli, respondió: "Tratan los dioses de hacer con ellos quien habite sobre la tierra. De nuevo dijo Mictlantecuhltli: Sea en buena hora. Toca mi caracol y tráele cuatro veces al derredor de mi asiento de piedras preciosas. Pero su caracol no tiene agujeros de mano. Llamó a los gusanos, que le hicieron agujeros, e inmediatamente entraron allí las abejas grandes y las montesas, que lo tocaron". La primera moraleja señala música incluso en el reino de los muertos, Mictlantecuhltli, para consentir la salida de los huesos exige oír música, o sea que aun siendo grave una solicitud, puede accederse a ella si se pide con musical idioma. El caracol marino terminó siendo símbolo del sacerdocio y de la Luna. Por cuanto a lo marino, vuelve a la costa el elemento cultural y, con la Luna, ya está completa la trilogía sabeísta: el Sol gusta la música del huéhuatl y del teponaztli; la Luna el ronco sonido del caracol marino; Venus, la floritura de la flauta y acompañamiento con tambor de cántaro. Los nexos astronómicos quedan reforzados cuando Mictlantecuhltli exige cuatro vueltas del caracol sonoro, que pueden aludir a las cuatro fases de la Luna, o a que siendo gemelos aquellos peticionarios, hacían los 224 días de la revolución sideral de Venus. El momento, desde otro ángulo, es germinal; porque todavía no era un instrumento musical, debieron taladrarle sus huecos los gusanos, el xonecuilli, símbolo del rayo, y sólo así, cual una colmena de sonidos, pudo escucharse la música ligera de las abejas, "el vuelo del abejorro".

Para la historia, el campo fue más reducido. Alva-Ixtlilxóchitl,



Músico de Los Voladores

resumiendo la cultura de los toltecas, escribió: "y en las fiestas que tenían se juntaban todos los señores, hacían una danza que duraba casi todo el día". El *Popol-buj*, tras relatar en la segunda tradición la lucha de los gemelos (Venus) con los 400 mimixcóhuatl, entra en terreno esotérico, sin embargo, cuenta lo permitido, como la biografía de unos hijos de Ajup, el cerbatanero equivalente de Mixcóatl, e Ixbakiyaló, en funciones de Quilaztli; dice: "les enseñaron a cantores, oradores, joyeros, escritores, cinceladores, entalladores en piedras preciosas y en metales", lo cual sitúa, para la época 900-1200, generalizada la enseñanza musical. Un tercero y último ejemplo de historia indígena puede ser Hemando Alvarado Tezozómoc; en una ceremonia tan imponente como la coronación de Tízoc, el trascendente año nahui ácatl (1483), al cerrar el baktún once: "Vinieron los cantores al cuarto del alba con el Teponaztli y Talpanhuéhueli, atabal de asiento todo dorado. Comenzó la música solemne... comenzaron ellos a halar y cantar al estilo mexicano, y luego comenzaron a apagar las lumbres y luminarias e incensarios que los mayordomos traían ardiendo en el baile y areito y así que los enemigos entraron en el areito a bailar, luego apagaron los incensarios, señal de paz con ellos; cesado el baile general, dejaron los comunes en el baile y canto, y solamente los señores principales mexicanos bailaron, y cantaron cuatro géneros de canto, el uno era el llamado melahuacuicatl, el canto verdadero y derecho; segundo, el canto de Huexotzinco; tercero, el canto de Chalco; y el cuarto, el canto de Otomí... Duró el baile y canto cuatro días..." Para finales del siglo XV había cuatro estilos o escuelas musicales: la recta, verdadera, o mexicana; la huexotzinca; la chalca; y la otomí; si lo anterior se intentara ligar con estratos históricos, podría sugerir las etapas Preclásica (otomí); Clásica (chalca); Tolteca-nonoalca (huexotzinca); y Renacentista (mexica).

Los españoles del siglo XVI transmitieron algunas noticias. Diego de Landa, observó en Yucatán: "Tienen atabales pequeños que tañen con la mano, y otro atabal de palo hueco, de sonido pesado y triste, que tañen con un palo larguillo con leche de un árbol puesta al cabo; y tienen trompetas largas y delgadas, de palos huecos, y al cabo unas largas y tuertas calabazas; y tienen otro instrumento (que hacen) de la tortuga entera con su concha, y sacada la carne tañenlo con la palma de la mano y es un sonido lúgubre y triste. Tienen silbatos, hechos con las cañas de los huesos de venado y caracoles grandes, y flautas de cañas, y con estos instrumentos hacen son a los valientes". No es mala síntesis del instrumental mesoamericano. En Oaxaca, Francisco de Burgoa reflejó un aspecto del choque cultural, en el campo de la música; elogiando al sacerdocio católico dice: "qué perseverancia tan llena de caridad ardiente pondrían en práctica para

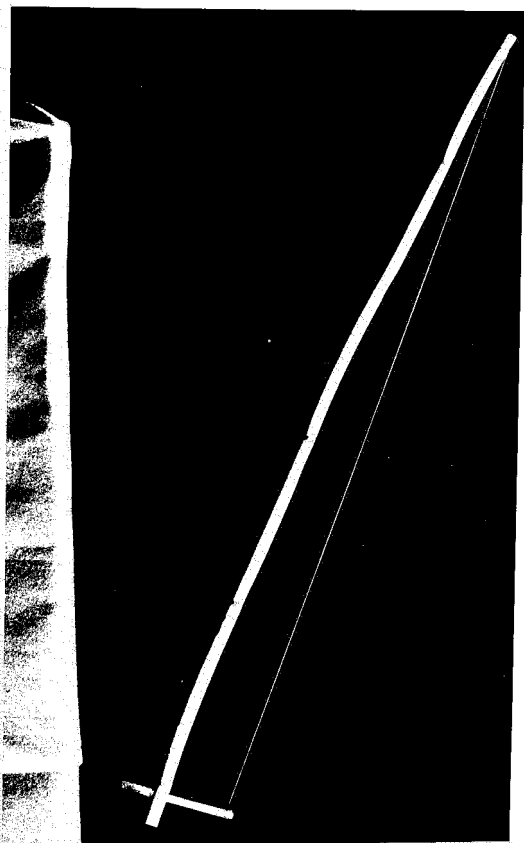
disponerlos a que aprendiesen (los indígenas) la música del culto divino así en canto llano, como de órgano con todo lo ceremonial de las iglesias, y tanta variedad de instrumentos graves, y sonoros como órganos, ministriles, sacabuches, flautas, trompetas, y chirimías, cantos y tonos devotos en sus lenguas para cantar en sus bailes y festivos y hacerles olvidar sus cantilenas fabulosas llenas de superstición... pues en instrumentos de alegría y diversión como arpas, vigüelas, cítaras, rabeles, y sonajas para la celebridad honesta y decente... pues ¿qué afanes pasarían aquellos varones apostólicos para pulir y reducir a esta forma a unos gentiles criados como fieras al son trágico y funesto de un madero hueco como sus teponastles? qué trabajos experimentarían para hacerles mudar al oído los acentos espantables de caracoles, y ecos de una invención de tristes y destempladas flautas con que invocaban al demonio... Haga cotejo cualquiera... con lo que hoy pasa en las aldeas de España y sus curatos, y recorra la música ordinaria con que se sirve en sus iglesias, repare lo que suele haber entre el beneficiado y sacristán en las misas de días festivos, con el rumor popular...". La parrafada tiene mucha miga, para quien examine la interacción musical del siglo XVI, con miras al mestizaje y a la formación de la música mexicana. Para los fines de la historia queda iluminado el escenario y los personajes; mas, aun rehuyéndolo, el acicate obliga y es fuerza buscar la razón más poderosa por la cual ningún fraile, ningún español de cierta cultura, transmitió escrita la música de una sola melodía mesoamericana. Burgoa, marginando la crítica, informa del órgano como instrumento más evolucionado y del canto llano como la más elevada forma del arte musical. El órgano tiene larga historia, pero sólo pudo ser práctico y difundirse con las mejoras finales del siglo XVI; si temprano vinieron a la Nueva España, serían los viejos, estorbosos órganos, y vendrían muy pocos. Por cuanto a un progreso musical, sería el de la música flamenca, que hubiera llegado a España en el reinado de Felipe I (El Hermoso), si el infortunado no hubiera tenido la oposición vigorosa de Fernando el Católico, y pudo llegar con Carlos V, pero había nacido con el siglo XVI y tanto Palestrina como el papa Marcelo II actuarán hasta mediados de siglo. En la escritura musical, ciertamente había la vieja manera de la Edad Media y se iniciaba la del Renacimiento europeo, pero no se mira que alguien, de los llegados a la Nueva España, la supiera usar. Venían precisamente de Flandes, y llegaron a Veracruz el 13 de agosto de 1523, fray Pedro de Gante, Juan de Tecto y Juan de Aora; estos dos últimos murieron en el desastrado viaje a Hibueras; fray Pedro enseñó a los indígenas la nueva manera de cantar.

La falta de música escrita imposibilitaría cualquier intento por conocerla en su horizonte aborigen. Algo deberá procurarse. Los

restos arqueológicos ofrecen testimonio de música y danza, en el Horizonte Preclásico; se han encontrado huesos con ranuras, tal vez en función de omichicahuaztli, sonajas, silbatos y flautas. Hay figuras nayaritas tocando un instrumento de aliento; raspando el omichicahuaztli para obligarlo a lanzar su sonido; el tamborilero que con sus propias manos golpea en el restirado parche; un pueblo amante de la música. En la cultura colimense, un danzante hacía sonar un raro instrumento, ¿especie de gongo hecho con barro?; un mono canta de manera impresionante; pero sobre todo, el alfarero transmitió a sus descendientes la fiel imagen de un conjunto de danzantes bailando en torno a su majestad: el músico. Y en Monte Albán; los danzantes, de seguro no bailaban en silencio, porque si era para no levantar sospechas, llevaban su música interior.

Para el Horizonte Clásico (0-300-600) no quedan dudas; el sacerdocio que actúa en el mural del Templo a la Agricultura pretende ablandar los oídos de la divinidad con el canto, y no caben confusiones porque los de Teopancalco lucen dos glifos del sonido; uno habrá de llegar al siglo XVI como símbolo del canto, y el otro como símbolo de la palabra florida, metafórica. También podría tratarse ya de dos géneros de canto, uno terrestre y otro celestial, música humana y música sacra. En el Tlalocan de Tepantitlan, una enseñanza más; ahí cantan, pero un personaje no canta sólo una estrofa, es todo un himno, una sucesión de asuntos, floridos, fragantes, como para obligar a las mariposas que revolotean sobre sus ondas melódicas cual sobre las corolas; y canta el viador a la sombra del árbol donde toma su descanso; el que juvenilmente gasta en el juego su demasía vital; el grave cronólogo; el hombre solitario bajo el bosque, y el rapaz nadando en la corriente de los ríos. Los tlacuilos que decoraron el palacio de Zacuala, casi grabaron el canto de un sacerdote vestido con los arreos de Tláloc, entonando un canto divino: de las volutas musicales penden las palabras dios (téotl); no sucede así con el Tláloc-pochteca que trae a los hombres el cargamento de maíz. En el área de Remojadas, desde la etapa equivalente a Teotihuacan II, el instrumental, y la música misma, se miran en plenitud; dieron el paso del silbato a la flauta en las primeras Caritas Sonrientes, donde por encima de señalar a Macuixóchitl y a Xochiquetzalli como dioses de la música, seguramente con su respectivo culto, tradujeron el más esplendoroso efecto de la música en la risa, y acaso, con toda razón, la risa debe ser alto florecimiento musical del hombre. La evolución del Clásico al Clásico Tardío fue curiosa. La Carita Sonriente creció en tamaño pero su sonido se hizo grave, de bajo profundo, y desapareció; las últimas ya no eran instrumentos musicales, únicamente perduraba el símbolo.

El Horizonte Clásico Tardío, en el sur de Totonacapan, era



El arco musical (Zongolica, Ver.)

trascendente; se habían mestizado (300-600) popolocas y totonacas de manera total, desde los tipos físicos a los más impalpables arpegios musicales; de la profusa silbatería olmeca y de las primitivas Caritas Sonrientes, habría de tomar vuelo la flauta mestiza. Este balanceo es ilustrativo. Una flauta de Cosamaloapan, Veracruz, ya sólo lleva el rostro y ahora de Xiuhtecuntli, con una ornamentación envidia de El Tajín; dominaba la sangre totonaca. Otra, de Corte, Ver., que Samuel Martí llama "doble tipo etrusco", luce un gran adorno circular y encima, una figurilla con un pie sobre cada tubo; ahí predominó la popoloca; pero en ambos casos, es incuestionable la presencia de caracteres recesivos; la flauta, y especialmente las múltiples, al margen de los adornos, fueron alto triunfo musical de Mesoamérica. Charles Lafayette Boiles W., estudiando la flauta triple de Tenenexpan, Ver., hija directa de las de Remojadas, esbozó el plan de trabajo del Instituto de Antropología de la Universidad Veracruzana, en esta materia: "Las tabulaciones de escalas halladas en estos instrumentos nos indican, con indiscutible realismo, el origen y el fondo de lo que sin hipérbole puede llamarse la teoría musical precolombina. Además, los resultados proporcionan una base concreta para analizar lo autóctono de la música tanto indígena como mestiza de nuestros días." Boiles, quien junto con José Luis Franco llevan la vanguardia de la musicología mesoamericana, dice de la flauta triple de Tenenexpan: "Los tubos pueden llamarse respectivamente, según sus posibilidades melódicas, cantor, segunda voz, y bourdon, o sea, tiple, tenor, y barítono." Nada más este análisis ya presenta por conclusiones que "los giros señalados se prestan para tocar la flauta en el estilo conocido con el nombre de organum que surgió en Europa en los siglos IX y X, precisamente cuando en Tenenexpan dicho estilo desapareció".

Entre los años 895 y 985 tuvo lugar en Mesoamérica el cambio importante por algo nuevo, mas, no sucedió de súbito. La nueva modalidad, el arte nuevo, iniciaría su ascenso después de 1155, por eso el periodo 900-1200 es una especie de sistema colonial prehispánico. Esta etapa, seguramente caracterizada mejor en Isla de Sacrificios, incorpora, junto a la sonaja de barro, el cascabel de cobre, con sonido distinto al de los viejos cascabeles de barro y de los cuales, uno de El Tajín, con el rostro de un olmeca, no sólo debe su sonido al gran tamaño, sino que por la materia prima empleada, está muy cerca del bronce sonoro. El mundo ha conocido a Pierrot, el enamorado de la pantomima francesa, cantándole a la Luna, y sin embargo, en el siglo XI y en Bonampak, el mayor conjunto y el mayor entusiasmo era precisamente para cantar a la Luna; tocan las maracas, el huéhuetli, los caparazones de tortuga con cuernos de venados, el teponaztli, las grandes trompetas de madera, y el tamboril. No era la única nota



Sonaja de la costa del Golfo



Flauta de tres tubos (centro de Veracruz)

romántica; también llevaban serenata bajo el cintilar de los luceros, en el culto a Venus.

El Renacimiento surgió de un crisol donde se fundieron las mejores tradiciones; empero, no se les dio hecho a los pueblos, debieron irlo forjando día con día, sudor con sudor, llanto con llanto, sangre con sangre. Se iniciaría torpe y errático; no pudo llegar a la meta, otros hombres y otra cultura lo cortaron de manera inmisericorde; pero la raíz a cercén, después de trescientos años bajo tierra, hizo brotar, en el pueblito de Dolores, un renuevo, lógicamente más vigoroso, el de la mexicanidad. Cuando los mexicas, el grupo más desvalido, dejan en Aztlan la vertiente del Golfo, es el canto de un ave quien los pone sobre la ruta de su futuro, y la música terminará con su dios propio, Macuixóchitl, viejo conocido, ahora perfectamente caracterizado. Hugo Moedano Koer exploró en San Esteban Tizatlan, Tlaxcala, el templo de Macuixóchitl, y en su ofrenda encontró flautas, ocarinas, carapachos de tortuga. En Tenochtitlan había un edificio, refiere Sahagún, llamado Mecatlan, "ésta era una casa en la cual se enseñaban a tañer las trompetas los ministros de los ídolos", algo así como el conservatorio; porque también existía, en el conjunto de los edificios del gobierno, una especie de sala para conciertos, llamada Cuicacalli, si no era la ópera; en ocasiones "no bailaba, sino estando sentados cantaban cantares a loor de sus dioses", aun cuando lo común era que al anochecer, los alumnos del conservatorio iban al Cuicacalli "para cantar y bailar". Había una flor amarilla, muy fragante, llamada macuixóchitl; pudiera ser la esculpida en la formidable representación del dios, custodiada con orgullo justificado por el Museo Nacional de Antropología. El dios Macuixóchitl tenía su fiesta llamada Xochilhuitl, induciéndose lo concibieron a semejanza de una flor del cielo si no del propio Sol. Sahagún dio a Xochipilli por equivalente de Macuixóchitl, era el hijo de las flores. En su himno aparece teniendo por escenario la cancha del Juego de Pelota y hace dúo con el dios del maíz, cual si se tratara de los dos jugadores, en canto matutino, y crepuscular; canto para la tierra y la vegetación; el dios enseñoreando el Tlalocan, donde los dioses de la lluvia parecen amanuenses, aun cuando en el Teotlachtili ocupa Macuixóchitl-Xochipilli la quinta posición: "Llegué al lugar donde los caminos se juntan, yo, dios del maíz" (Seler), lo cual ya es claro, cinco posiciones del Sol, era la quinta el punto del encuentro, por eso también era la deidad en el Juego de Pelota. Su esposa fue Xochiquetzalli. Al decir de Diego Muñoz Camargo, esta diosa fue mujer de Tlaloc, y Tezcatlipoca, más joven, se la quitó, lo cual resulta lógico en el verso diazmironiano, debe llorar el cielo para ver a la pradera cubierta de flores y, reina de la primavera, lo será su esposo bajo el hombre de Xipe-Tótec, el Tezcatlipoca Rojo; por eso

en su alabado, el novicio dice: "Mi canto debe oírlo el Señor del Crepúsculo, el dios con la pintura facial de muslo", como era representado en Remojadas. Ya no hay duda cuando se le canta con su exacto nombre: Macuilxóchitl ícuic, aun cuando se diga nieto y no hijo de Tlazoltéotl, ubica su principio en Teoculhuacan y es un astro, descendiente de Mixcóatl: ambivalencia: Sol y Venus; ya era retórica para consumo externo.

Con las obligadas limitaciones, puede irse reconstruyendo el inventario de su instrumental músico. Entre los de percusión sobre parche de piel figuran el huéhuetl, gran tambor colocado en el piso para tocarse de pie; los tambores más chicos, incluyendo al tamboril que todavía usan Los Voladores, en la cúspide; y el de cántaro, con el cual aún bailan algunos campesinos del Sotavento norteño. El teponaztli, cuyo sonido se obtenía golpeando sus lengüetas de madera con una especie de martinete donde la esfera batidora era de hule y con lo cual, si no intentaron la marimba, tenían ya los elementos básicos. Las maracas, o sonajas, hechas de barro cocido, cuando no de jícaras. El caparazón de la tortuga, golpeado con el cuerno de venado, que Raúl G. Guerrero encontró en pleno uso para las fiestas de Juchitán, Oaxaca, y constituyendo el primer escalón en el aprendizaje musical; el segundo es el de tambor, y el tercero la flauta de carrizo. Unas especies de gongo formados con planchas de cerámica, o ¿de metal?; existe la noticia de un instrumento que sonaba como campana. Fernando de Alva Ixtlilxóchitl dice que Netzahualcóyotl puso en el templo del Tloquenahuaque (Tezcatlipoca invisible) varios instrumentos musicales "y un artesón de metal que llamaban tetzilácatl que servía de campana, que con un martillo asimismo de metal le tañían, y tenía casi el mismo tañido de una campana... y en especial el llamado chililitli se tocaba cuatro veces cada día natural".

Los de aliento se iniciaron en silbatos, ocarinas, y en la leyenda, con los caracoles marinos a los cuales hicieron agujeros los gusanos; las flautas de carrizo, simples, hechas en cerámica, y múltiples, así como las grandes flautas, o las trompetas de madera, tocadas por los músicos de Bonampak e informadas por Diego de Landa, todavía en el siglo XVI. Debe anotarse la presencia, en el material arqueológico, de algunas flautas de Pan, zampoñas, o siringas, acaso venidas de Sudamérica, y también la posibilidad para que hubieran inventado alguna especie de órgano, partiendo del jarro silbador en Cholula, por ejemplo; el agua expulsaba el aire y éste producía su silbo. Adelantándose a las modernas clasificaciones en la orquesta, se habría podido hablar de los metales, por los cascabeles de cobre, de diversos tamaños y sonidos, que los danzantes ponían en sus piernas, fundamentalmente para reforzar el ritmo. Maderas, no sólo en la flauta de carrizo, barro, madera, sino también con el teponaztli; y ¿cuerdas?

El problema del arco musical se ha debatido desde cuando Carl Lumholtz lo encontró entre los tepehuanes, coras, y huicholes, confundiéndolo a la distancia con una tambora; "una gran calabaza redonda y hueca, con un arco de inusitado tamaño puesto encima. El que lo toca lo detiene por medio de un barrote en que apoya el pie derecho y con dos palillos hiere la cuerda. . . el arco musical que los coras siempre adhieren con pagadura en el bule, uniendo las dos partes para formar un instrumento". La impugnación fue rápida, violenta; Lumholtz razonó: "Se ha asegurado que el arco musical no es originario del hemisferio occidental, sino que lo introdujeron los esclavos africanos. Sin dar más valor del que merece al hecho de que apenas se encuentran negros en el noroeste de México, parece sumamente fuera de lo posible que un instrumento religioso extranjero haya alcanzado tan principal papel en el sistema religioso de varias tribus." Aun cuando tomando la noticia de Ralph L. Beals, Atanasio Saravia describió uno en el norte de Durango: "un largo arco formado por un quiote seco de maguey silvestre, ahuecado en diversos lugares, y que teniendo una clavija en su parte más gruesa, se enrollaba a ella una cuerda rudimentaria hecha de tripas de animales, para fijarla en el extremo más delgado del quiote, y esa cuerda se hacía vibrar con un arco tosco, semejante al que se usa para tocar los contrabajos, aunque muy ancho en el cerdal y muy corto de tamaño; y a veces con sólo ágiles golpes dados con los dedos de la mano derecha. El músico se colocaba en la boca el arco de quiote, para que, oprimiéndolo con ésta más o menos, hacer variar su sonido, combinando estos movimientos con la mayor o menor distancia a que oprimía la cuerda con el índice y el pulgar de la mano izquierda, mientras la hacía vibrar con el arco que sostenía en la derecha. . . era conocido en la región en que vi usarlo con el nombre de arpa de pastor". A lo antedicho se agrega el estudio que Boiles realiza en torno al arco musical encontrado en Zongolica, Ver., el Nonoalco de la literatura nahuatlaca. No es prudente adelantar noticias de un trabajo no concluido, pero no apuntan posibilidades para creerlo posterior a 1521 en su principio. La consideración africana, ya rebatida por Lumholtz, tiene dos aspectos en Veracruz: los negros africanos traídos por los españoles, y los llegados mucho antes, retratados por los escultores olmecas; y aquí surgirán otros problemas; el investigador de la Universidad Veracruzana encontró gran similitud musical entre un baile de Cosoleacaque, Ver., llamado Malila, y la música de la Danza Ormeza de la sierra de Papantla y Sierra Norte de Puebla. Estas graves consideraciones complican la existencia de una bien documentada población prehispánica en la Huasteca, llamada Malila, y el hecho de que Boiles nota cierta obligación para incursionar por la música del Malí africano.



El huéhuetl de Malinalco, Mex.

La música indígena, siempre, se ha transmitido de generación en generación, de manera ortodoxa, lo cual no excluye la creación de nuevas composiciones ni el mestizaje o adopción de formas extrañas; ellos fueron hombres y no eran distintos a los otros hombres; lo importante será mantener la vigilia perpetua para diagnosticar en cada caso de qué se trata; ir a la música sin prejuicios, con el más abierto espíritu. En el arranque ya surge la pregunta chocante: ¿la música por la música? Nunca tendrá razón de ser; el más intrascendente acto del hombre tiene una causa y persigue un determinado fin. En Camocuauhtitlan, sierra norte de Puebla, Vicente Lombardo Toledano recogió la canción llamada *Quin talapaxquiyauh* (Nos amamos) que cantaban las muchachas como un canto de amor, y de amor es, fundamentalmente, la canción tan extendida como el propio idioma náhuatl, llamada *Xochipitzahua*. Había cantares bélicos y religiosos; históricos y filosóficos; la temática del hombre; y todo se fue perdiendo en el acoso implacable del hombre blanco, primero, del mestizo después. Disfrazadas, en la ilegalidad, anémicas libraron su guerra patriótica en los túneles de las infraestructuras espirituales, un conjunto de danzas; muchas murieron por consunción o entre las hogueras de los inquisidores, y cuántos músicos expiraron clavados al madero antes de abjurar de lo suyo. Las obras intelectualistas nunca pudieron enraizar en el alma del pueblo; así aquellas danzas compuestas a ruego y encargo de Acapioltzin, y Xochiquetzaltzin, hijos de Netzahualpilli, para dirimir su discordia por las conquistas en la Huasteca y en el Cuextlan de la región de Huatusco: "y como este negocio estaba indeciso, todas las veces que se hacía fiesta en memoria de esta conquista, los músicos y ministriles del uno y del otro en el palacio de cada uno, cantaban y regocijaban la solemnidad de ella, y después salían en público a la plaza principal a hacer una danza casi en competencia el uno con el otro, de tal manera que se movían grandes pasiones entre los dos hermanos, sus amigos y aliados, con que vino la cosa a tanto extremo que ainas vinieran a rompimiento y sucedieran muchas muertes en la ciudad". El drama musical, una especie de ópera nativa, desencadenaba tremendas pasiones; pero seguía de frente por el fluir de la historia; el popular se quedaba, se quedó.

Con el cordón umbilical en la etapa de los recolectores-cazadores, han sobrevivido algunas danzas con sus músicas nativas, como las de Los Mecos en el norte de Veracruz, evocando las incursiones padecidas por los cuextecas; cambiando de nombre, según el grupo, estas danzas corrían a lo largo de la frontera mesoamericana, y los primeros informes dan como instrumentos musicales las maracas, omichicahuaztli, y el teponaztli entre los indígenas coachichiles y guamares. Lumholtz ha descrito algunas danzas entre los tepehuanes y los

tarahumaras, que podrían representar a este viejo estrato cultural mas, convendrá expurgar el campo, habida cuenta de un territorio donde floreciera la cultura de Casas Grandes y que hay filiación idiomática nahua-tarahumara. En cambio, la danza del Venado, entre los yaquis, no presenta esa dificultad, ni siquiera fue secularizada, se quedó para la libre inspiración del ejecutante, con disfraz de ciervo herido, agonizante, muerto por la flecha del cazador.

Al iniciarse la vida sedentaria y agrícola, brotarían cantos propiciatorios; tal vez esa melodía que Robert Redfield y Alfonso Villa Roja obtuvieron en Chan Kom, usada por los mayas para evitar el perjuicio de los cuatro vientos en la milpa, fuera una de tales antigüedades, o la que advirtió Lumholtz entre los tarahumaras para sembrar el maíz. El progreso agrícola hizo proliferar en tal forma la música y la danza para esta finalidad, que a principios del siglo XVI, tan sólo las veinte festividades del año agrícola tenían tal origen fundamental. Este proceso fue lento e incorporado al contexto de la historia; sería tarea saturada de graves riesgos y con los actuales conocimientos, acometer la empresa de separar, en los ritos agrarios, música, indumentaria, coreografía, de siquiera cada uno de los niveles cerámicos. Una poca de seguridad se inicia cuando los toltecas aparecen en el tablado de la Mesa Central, y en lugares donde las llamadas canchas para el Juego de Pelota dejan testimonio material de su presencia o de su influencia. Estas construcciones, originalmente pudieron haber sido el foro para la representación de un drama cósmico, degenerado en deporte, y con apuestas. Terminó presidiéndolo Macuixóchitl, el Sol en su más bella representación terrestre, la flor, cuando única (*ce xóchitl*) y al moverse por el cielo, florecía en los cuatro puntos de los equinoccios y solsticios, pero era infalible cuando tenía la quinta posición, es decir, al pasar por el cenit de cada sitio intertropical, o por sitios clave cual Copán o Teotihuacan; se abrían cinco flores, era Macuixóchitl el joven, ágil, deportista, rey de la música, la danza y las alegrías. Un día maduró, fue solemne, se hizo dios, y bajo su augusta mirada, ojo estelar, sus hijos, gemelos preciosos, desdoblamiento del planeta Venus, representaron su historia con el drama; Quetzalcóatl y Xólotl eran los actores. Ocurría que a veces, el Sol como dios de los mantenimientos negaba sus dones, el maíz, la carne, la sangre del pueblo; y al tinglado subía un tono de tragedia. Los agricultores angustiados tocaban el último recurso, la salvaje lluvia de Huracán, e iban hasta su morada en el fondo del océano, para pedirle que salvara la milpa. El viejo dios, borracho, hacía venir a su tonelero mayor que atronaba los ámbitos, y cojeando, con su pie único, de tromba, flagelaba con sus rayos el vientre de la tormenta y los campos quedaban convertidos en un mar. Al menos los escultores no dispusieron de una tramoya tan compleja y se concretaron a represen-

tar el Sol en forma de un jugador de pelota caracterizando a Chicomecóchitl, dios de los mantenimientos y sacrificado entre la música de las maracas y el teponaztlí, en El Tajín, o decapitado en Chichén Itzá para que de su robusto cuello broten siete culebras de sangre, una de las cuales habría de transfigurar el árbol de la vida. Esta vieja danza fue sufriendo sucesivos cambios, y en algunos casos, ya eran los Tezcatlipocas quienes tenían a su cargo la representación, así como en la vida prosaica, lo hicieron los reyes, los nobles, e incluso los truhanes, pillos de la legua.

Hoy no es posible saber bajo qué modalidades alcanzó el Juego de Pelota su difusión más norteña, porque sólo se han encontrado testimonios arqueológicos de sus construcciones, en el área de los indios pueblos. Tal vez por otro camino el de Xólotl, nahual de Quetzalcóatl, hubiera un rastro de influjo tolteca en los tarahumaras, cuando le contaron a Lumholtz que los animales los habían enseñado a bailar. Los coyotes, al intervenir, en la Danza del Venado, representarían al nahual por excelencia, Nahualtzin.

Durante su primer etapa, los toltecas impusieron al dios Quetzalcóatl; mas, a partir del año 895 fue substituido por el Tezcatlipoca negro de los nonoalcas. El triunfo no fue fácil, y el drama impresionó al pueblo vivamente, surgiendo la representación en la Danza de los Negritos, donde los cofrades oscuros matan a la serpiente-quetzal. Esta música se ha conservado con decantada limpieza y aun cuando la destañada indumentaria causa lástima, es posible mirar en ella destellos de la grandeza telúrica lograda en sus mejores días; en ocasiones los danzantes aún llevan el espejo humeante del dios triunfador; la Luna, cual una pobre campesina, presencia la lucha de la obscuridad con el mágico lucero, y a veces también llevan el zacualli donde podrá esconderse la perseguida culebra, como un día, cuenta la crónica, desapareció en el río Coatzacoalco, para irse a la zona Pipil de Centroamérica, o al área de Chichén Itzá. En el norte de Yucatán había una fiesta llamada Chic-Kabán (nombre señalado); en un tiempo debió ser fin de año, finalizaba la veintena xul, y Landa marcó bien los últimos cinco días de nemontemni. Seguramente ahí se originó la Danza del Chul, que sus hermanos huastecas conservaban en el distrito de Oxuluama, según testimonio de Angelo L. del Angel y las vivencias presentes. Diego de Landa dice: "Queda dicha la ida de Cuculcán, de Yucatán, después de la cual hubo entre los indios algunos que dijeron se había ido al cielo con los dioses, y por eso le tuvieron por dios y le señalaron templo en que como a tal le celebrasen su fiesta, y se la celebró toda la tierra hasta la destrucción de Mayapán. Después de esta destrucción, dicha fiesta se celebraba sólo en la provincia de Maní; y las demás, en reconocimiento de lo que debían a Cuculcán, presentaban a Maní, una un año y otra en el



Macuixóchtli-Xochipilli (Tenochtitlan)

otro año, o a las veces, cinco muy galanas banderas de pluma... y sacada la lumbre nueva", es decir, cerraba un ciclo, y cinco estandartes de plumas eran las cinco revoluciones de Venus iguales a ocho años. Entre los quichés, Franz Termer encontró aún el Baile de la Culebra "y es allí el único baile en el que el diálogo se desarrolla todavía en lengua indígena". Las notas en torno a esta danza, en diferentes lugares guatemaltecos, tienen cierta relación con la fecundidad y en este caso, la Maringuilla es Tlazoltéotl, pero invariablemente se usa la culebra, comúnmente llevada no en zacualli, sino en jarro, y puesta en libertad, lo cual es lógico tratándose de pipiles, o de quichés, compañeros de viaje. 2.

Ya en el periodo Pánuco V (900-1200), al fijar los huastecas las directrices generales de su cultura, crearon el tipo conocido entre los arqueólogos por "viejitos libidinosos"; continuaron esculpiéndolo, y uno, encontrado en Sombrerete, municipio de Papantla, Ver., lleva inscrito el eclipse del Sol ocurrido en el año 1496. La escultura es la representación de un viejecito, encorvado por el peso de los años, con el rostro enjuto pero con los ojitos vivarachos, reflejando su picardía interior; se apoya en un bordón, pero en el Horizonte Pánuco V era un falo, que a veces disfrazaban de culebra, y seguramente correspondió a una danza en el ciclo de la fertilidad, una de cuyas últimas formas pudo ser la escena del *Códice Borbónico*. Por la edad puede husmearse a Huehuetéotl, y ciertamente no estaba desconectado de la danza el viejo, casi anacrónico dios; brillaba su espíritu en la fogata y en torno a ella se había danzado; su canto (Yxcozauhquicui) lo sugiere, y habla de la danza con máscara "en el chicueyocan, casa de los disfraces". Bernardino de Sahagún describe al dios del fuego: "A este dios le hacían fiesta cada año, al fin del mes que se llama izcalli", en enero, cuando hace más falta su calor "y los... que estaban diputados al servicio de este dios que los llamaban yhuehueyóuan, que quiere decir sus viejos, todo el día hacían areito o danza en su presencia, cantando y bailando a su modo"; es decir, ya se había modificado mucho, si no le ocultaron al franciscano la parte sexual, porque al describir su representación anotó: "La imagen de este dios se pintaba (como) un hombre desnudo". Estos viejitos con máscara y bordón eran, seguramente, lejano recuerdo de las teogonías que hablaban de un hombre con tres pies, como en el enigma de la Esfinge; seguramente los indígenas de la época de Sahagún ya no comprendían todo el significado pero afloraban sus vivencias, así en la fiesta de Izcalli se habló de "cuando salían a orinar" o de una costumbre huasteca, "cortábanles los cabellos de la coronilla de la cabeza, delante del fuego, para guardar por reliquias"; en la danza "llevaban en las manos unos palos a manera de machetes, la mitad de ellos teñidos con colorado y la mitad blanco".

La historia debe volver a su cauce. Cuando los michuaques abandonaron las pesquerías de la Laguna de Tamiahua, por el año simbólico de 1090, y en compañía de los mexicas, entre otros, encumbraron a las vegas de Meztitlan, habían aprendido la vieja danza huasteca. Cuando en 1155 abandonaron ese lugar y el grupo llegó a la Mesa del Centro, en Quetzaltépec se dispersaron (1168) y los michuaques fueron a la tierra de los tarascos, llevando la danza que allá en la cuenca del Pátzcuaro alcanzó el máximo desarrollo artístico, la más bella policromía, y el encanto, la gracia picante que los mexicanos hoy aplauden frenéticamente cuando son testigos de sus ejecuciones.

Debió ser pródigo en creación de danzas el periodo de la reconquista, sujeto a evolución para lograr la plasticidad siglo XVI. Hoy se presentan en la reconstrucción sin poder separar sus estratos. Podría considerarse prioridad en el tiempo a las del nuevo culto, el nuevo dios, Tezcatlipoca, cuyo drama sublime corrió a cargo del Mensajero del Sol; ya Quetzalcóatl no era quien marchaba en busca de su padre, sino el espíritu de la noche, casi otro sol, el nocturno, ahora diferenciado de la Luna en forma total. Ortega, el Paje de Cortés, relató la firmeza de los totonacas en Zempoala, manteniendo a Venus como mensajero; en Tenochtitlan ya lo era el joven Tezcatlipoca. Este apogeo sin contradicción pudo llegar hasta 1350; en Tezcoco, tras la muerte de Quinatzin, su hijo Techotlalatzin había sido educado a la manera tolteca y hubo una reacción a favor de Quetzalcóatl. Precisamente un grupo derrotado en la gran guerra de Quinatzin, los teochichimecas, iban a ejercer, como un relámpago, el dominio del comercio. Forcejeando bravamente, se hicieron un lugar en Tlaxcalan, expulsaron a un fuerte núcleo de olmecas que buscó refugio entre los totonacas de los hoy límites de Puebla y Veracruz; y en esa región se conserva la danza llamada Olmeca, informada, primero, por Vicente Lombardo Toledano. Su origen es muy anterior al poblamiento de los olmecas en Tlaxcalan, por el evidente nexo musical con el sur de Veracruz, aun cuando la "relación" ahora la recitan en el idioma olmeca-mexicano. Ya es un problema que sean doce bailarines, porque la docena no tiene sabor indígena e incuestionablemente hay la insistencia de un ritmo de doce por varios cuadernillos del *Códice Borgia*, también con gran influencia olmeca histórica, pero prehispánico. Lombardo Toledano pensó que representara "la exaltación del sol, divinidad creadora: el gorro con el que se presentan tocados los danzantes está adornado con pequeñas ruedas de papel amarillo brillante; los jefes de grupos portan grandes escudos con un sol en medio; las máscaras — todos las llevan — son rostros humanos de color rojo: una de ellas tiene bigote y barba — ¿Quetzalcóatl? — y parece ser la que mayores consideraciones recibe del grupo". Es una

lástima no haberla podido estudiar a fondo. Con los pocos datos recabados, los cuatro jefes con escudo solar podrían hacer alusión a la *Leyenda de los cuatro Soles* y la llegada de los olmecas, cuyo distintivo era, es, el rojo; las amarillas y resplandecientes flores que adornan los gorros, representan al Sol, pero ¿cinco de Macuilxóchitl? ¿siete de Chicomexóchitl?, y la presencia de Quetzalcóatl fijando el momento germinal del drama. Según los *Anales de Cuauhtitlan*, las Cuatro Edades correspondieron a cuatro bien conocidos niveles arqueológicos, el último cuando los olmecas mandaban en Teotihuacan (III), terminado precisamente con el arribo de los toltecas, adoradores de Quetzalcóatl; es decir, la danza surgió por 695, cuando el Imperio Teotihuacano moría; y se conservó.

Lo había señalado Walter Krickeberg; resulta muy curioso que sólo Torquemada hubiera mencionado El Volador y sólo se pintara en los códices *Porfirio Díaz* y *Fernández Leal*, entre la literatura de principios de la Colonia; en Centroamérica, Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, y Francisco A. de Fuentes y Guzmán lo refirieron; en tanto su área de distribución parece muy amplia; sin embargo, pudiera tratarse de una difusión tardía, lenta, como en el caso de la ciudad de México, y a la cual corresponden los datos de Torquemada: "y en una fiesta que se celebró, de Santiago, en la parte de Tlatelulco, este año pasado de 1611, que es la segunda que hace despues que acabé aquella iglesia, cayó de lo alto de él un indio, y murió de la caída"; por ello se suprimió, y ya era sólo espectáculo.

En el caso de Oviedo y Valdés, resulta importante su informe de Tecoa-tega, en Nicaragua, porque los elementos culturales del centro de México encontrados por allí, corresponden, generalmente, a los años 1050-1150 para usar número redondo y riman con la invasión olmeca o el regreso de los toltecas, conocidos por pipiles. Habida cuenta de interpolaciones, debe haber propensión a considerarlo en etapa más antigua, o fosilizado: "y era acabando de coger el fruto del cacao. . . algunos llevaban máscaras de gestos de aves. . . y en medio de la plaza estaba un palo alto hincado, de más de ochenta palmos, y encima en la punta del palo estaba un ídolo asentado e muy pintado, que dicen ellos ques el dios del cacaguat o cacao; e había cuatro palos en cuatro puestos en torno del palo, e revuelto o eso una cuerda de bejuco tan gruesa como dos dedos (o de cabuyas) e a los cabos della atados dos muchachos de cada siete u ocho años, el uno con un arco en la mano y en la otra un manojo de flechas; y el otro, tenía en la mano un moscador lucido de plumas, y en la otra un espejo; y a cierto tiempo del contrapás, saltan aquellos muchachos de fuera de aquel cuadro, e desenvolviendo la cuerda, andaban en el aire dando vueltas alrededor. . . y en tanto que bajaban esos muchachos, danzaban los sesenta un contrapás". Los toltecas que regresaron



Volador de Papantla, Ver.

llevaban una transacción, habilitar a uno de los gemelos con el espejo de Tezcatlipoca; pero seguían siendo los gemelos preciosos, Quetzalcóatl y Xólotl en busca de su padre, por las cuatro casas; por eso en la fiesta de tóxcatl en Tenochtitlan, el mensajero tenía cuatro esposas, cuatro residencias. Otro viejo aspecto en el informe de Oviedo y Valdés lo constituyen más de sesenta bailadores en torno al árbol antes y después del vuelo de los gemelos; debieron ser 65, porque 65 revoluciones sinódicas de Venus igualan a 104 años trópico. Trascendente sería también saber cuándo cosechaban el cacao los de Tecoteaga, y a falta del dato será bueno conformarse sabiendo la relación del árbol del Volador con el cacao, el árbol de la vida, representado muy bien por un escultor de El Tajín.

Para la época de Fuentes y Guzmán, después de 1650 lo había en Antigua Escuintla, por entonces, ambas pipiles. Ya participaban cinco personas, cuatro que volaban y uno sentado en la "manzana"; por noticias curiosas están: llamarle "mico" al quinto y central personaje, o sea ce ozomatli, conocido símbolo en algunas caritas sonrientes y, al decir de Sahagún, "en el signo llamado ce ozomatli decían que descendían las diosas llamadas Cihuapipiltzin a la tierra", es decir, una contrapartida femenina. Los voladores imitaban pájaros y máscaras de pájaros. Franz Termer, investigador en Guatemala por los años 1925-1929, localizó la existencia del Volador entre los quichés, cakchiqueles, tz'utujiles y pipiles, aun cuando en algunos lugares ya lo habían abandonado; él pudo contemplarlo en Joyabaj y la búsqueda del árbol se hacía 20 días antes de la fiesta; curiosamente le llaman los quichésixoc-chaj, también oc-chaj que traduce por pino hembra; las mujeres, en cambio, no deben intervenir para nada; los bailarines guardan abstinencia sexual durante 40 días previos, y son en total veinte participantes; en la indumentaria predomina el color rojo; vuelan cuatro, dos voladores propiamente dichos y dos disfrazados de monos. El ritual es muy acentuado en esta descripción y las creaciones ya están bien caracterizadas, por la destrucción anterior, donde los intentos para crear al hombre solamente lograron hacer a los monos. Debe recordarse cómo soplaba Ehécatl para barrerlos y cómo resistieron ayudándose con su cola prénsil. De parte de la nueva generación, la de los hombres verdaderos, actúan los gemelos, Xólotl y Quetzalcóatl.

Juan de Torquemada que lo vio como diversión a un siglo de la llegada de los españoles, ofrece para puntos clave: "los principales que hacían el Juego eran cuatro, los cuales se vestían en figuras diversas de aves... llevaban tendidas las alas... era una recordación de los cincuenta y dos años que contaban de su siglo... esto se verifica en las trece vueltas que daban... consideradas en los cuatro cordeles... hacían cincuenta y dos"; esta información ha sido más



La Danza del Venado, en Sonora

conocida en la obra de Francisco Javier Clavijero. Se han hecho, recientemente otras observaciones. El año 1943, la profesora Cecilia Bretón Fontecilla, en Papantla; lo primero interesante resulta, que oyó cómo al árbol llamaban xócotl, por flotar en el ambiente la liga con la fiesta en la veintena xocohuetzin, a honra de dios del fuego y cuando caen las frutas. Después, "los forman jóvenes solteros que hacen promesa por siete años, durante los cuales no pueden tener novia". Dar de comer a la tierra frutas, tamales, una gallina (guajolote) y aguardiente (chicha). Advirtió: "Visten trajes parecidos al de los guaguas; la diferencia está en los gorros, pues el de los voladores tiene el disco más pequeño formado con plumeritos". Es el ojo de la culebra emplumada, "ojo de reptil" de los arqueólogos, en ocasiones, de la Xiuhcóatl. Los números tres, cuatro, siete, trece, cobran importancia. Por su parte, Bodil Christensen obtuvo en Xicotepec, Puebla, un antiguo poblado totonaca, dos oraciones frente a El Volador, fiesta que celebraban el día de San Juan Bautista (Tlálloc), patrono de la población; en ellas destaca la ofrenda del ave, a la tierra; la

castidad en los ejecutantes; el simbolismo de las flores; la invocación al viento (yeyécatl) para que no sufran desgracia los voladores; la presencia del chocolate, del mole, y la periodicidad anual de la fiesta. Guy Stresser Péan, que lo estudió en Tancanhui, San Luis Potosí, fue informado por los huastecas que se llama Danza de las Águilas y éstas representan las almas de los guerreros muertos acompañando al Sol rumbo al occidente, razón por la cual hacen su primera representación al mediodía, y la otra en el crepúsculo vespertino. Como se advierte, sí representaron al Sol y a los guerreros muertos en combate; pero quienes acompañaban al Sol, de medio día, en que supuestamente moría, rumbo al occidente, eran los espíritus de las mujeres muertas en el parto, y sería ésta, otra de las líneas por investigar e incorporar.

El Volador fue, antiguamente, un complejo; de sus integrantes han sido conservadas las danzas llamadas Cuetzalines (guaguas, lakas) y la de Las Aspas. Estas representan el Naollin o Cuatro Movimientos. Cuatro cuetzalines ocupan su sitio en cada una de tales aspas, e impulsándose, las hacen girar sobre un eje, sostenido por soportes. El naollin es el cruce de los caminos del Sol, como lo explicó José Corona Núñez; cada uno de sus rumbos conduce a una de sus casas y por esos caminos lo buscan sus hijos gemelos, en verdad uno, Venus. Los Cuetzalines llevan la explicación en su nombre, guacamayas, las aves del Sol, ésa es la tonalidad roja en su indumentaria; son voladores en tierra, ya bajaron. El árbol es el de la vida; para los mayas podía ser la ceiba, sostén del cielo, nexo entre la tierra y el cielo. Cuando eran dos voladores, fueron Quetzalcóatl y Xólotl; después, cuatro serpientes de fuego, Xiuhcóatl, formaron el yelmo de cuatro guerreros del Sol, muertos en combate y glorificados como guacamayas, sus naturales. El simbolismo general, hoy roto en muchos fragmentos, perdidos irremediablemente, debió ser un rito de la creación del mundo, del hombre, de sus cronologías y, al menos para los totonacas de Papantla, representado año con año, a manera de un drama sacro, cuando el Sol hacía su primer paso por el cenit de Teotihuacan, en la fiesta de tóxcatl, primera veintena del año totonaca.

Este caminar errático, doloroso, tal vez infecundo, ha mostrado los peligros de aplicar metodologías inadecuadas en los campos de la cultura, y sobre todo, del arte. La disección científica podrá redactar un excelente tratado de anatomía, pero ni en el cadáver, ni en el anestesiado, encontrará el alma. Con su balanza sin platillos, el moralista podrá tasar la conducta de los otros en relación con sus prejuicios. En el caso de la música y la danza, tal vez lo mejor pudiera ser olvidarse del mundo y ponerse a contemplar, todo pupila; oír, toda vibración, al adolescente solitario, en el fondo del barranco, tocando su flauta de carrizo; a la muchacha nativa cantándole su

canción a los luceros; acudir, al reclamo de los viejos tambores, a la fiesta del pueblo y embriagarse de color entre las danzas aborígenes de la Pluma, de los Concheros, del Bolonchón, sintiendo un calofrío de muerte cuando el yaqui finge los estertores del venado moribundo, y tender las alas del espíritu en el ritmo concéntrico, matemático, del Volador. Cuando se han escuchado esas músicas transmitidas en la pauta de corazón a corazón, cuando, no importan las tecnologías, un alma se desgarran en musicales notas y canta su alegría la vida de los pueblos; cuando los jóvenes, en el atrio de las iglesias "menesterosas", en las plazoletas de los villorrios olvidados, bailan transfigurándose, mecidos en el columpio de la brisa, y bordan el encaje milagrero de sus coreografías y con ellos la tribu desintegrada; la sociedad que se desangra en desesperanza, puede soñar un país donde, los más grandes tesoros espirituales del hombre, habrán de ser encontrados por los más audaces gambusinos.

Bibliografía

- Alva Ixtlilxóchitl, Fernando de, *Obras históricas*. Secretaría de Fomento, México, 1891
- Alvarado Tezozómoc, Hernando, *Crónica mexicana*. Ed. Leyenda, México, 1944
- Boiles W., Charles Lafayette, "La flauta triple de Tenenexpan, Ver.", en *La Palabra y el Hombre*. Xalapa, Ver., 1965
- Bretón Fontecilla, Cecilia, "Las fiestas del corpus en Papantla, Ver., en *Anuario de la Sociedad Folklórica*. México, 1944
- Burgoa, Francisco, de, *Palestra Histórica*. Archivo General de la Nación, México, 1934
- Christensen, Bodil, "Oraciones del Culto del Volador", en *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*. México, 1950
- Fuentes y Guzmán, Francisco A., de, *Historia de Guatemala*. Madrid, 1882
- Guerrero, Raúl G., "La fiesta tradicional de Juchitán", en *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*. México, 1939
- Histoire du Méchique*, en A. M. Garibay, *Teogonía e historia de los mexicanos*. Ed. Porrúa, México, 1965
- Landa, Diego de, *Relación de las cosas de Yucatán*. Ed. Robredo, México, 1938
- Lombardo Toledano, Vicente, "Geografía de las lenguas de la sierra de Puebla", en *Revista de la Universidad*. México, 1931
- Lumholtz, Karl, *El México desconocido*. Scribner's Sons, New York, 1904
- Manuscrito de Chichicastenango (Popol buj)*. Talleres Sánchez, Guatemala, 1927
- Martí, Samuel, *Canto, danza, y música precortesianos*. Fondo de Cultura Económica, México, 1961
- Mendieta, Gerónimo de, *Historia Eclesiástica Indiana*. Ed. Chávez Hayhoe, México, 1945
- Oviedo y Valdés, Gonzalo Fernández de, *Historia general y natural de las Indias*. Academia de Historia, Madrid 1851-55
- Sahagún, Bernardino de, *Historia general de las cosas de Nueva España*. Ed. Robredo, México, 1938

- Saravia, Atanasio, "La Nueva Vizcaya, Durango Oriental", en *el Norte de México y el Sur de Estados Unidos*. Sociedad Mexicana de Antropología, México, 1943
- Stresser-Péan, Guy, "Les Origines du Volador et du Comelagatoaste", en *Actes du Congrès International des Americanistes*, París, 1948
- Termer, Franz, *Etnología y Etnografía de Guatemala*. Seminario de Investigación Social, Guatemala, 1957
- Torquemada, Juan de, *Monarquía Indiana*. Ed. Chávez Hayhoe, México, 1943

12. XXXXXXXXXX Literatura

TAL VEZ la oratoria pudiera ser el más añoso género literario, al menos, fue puente inicial en las relaciones humanas. Para el *Popolbuj*, así surgieron los primeros hombres, "y se pusieron de acuerdo, deliberando al reunirse, y manifestándose lo que pensaban y lo que sentían"; y fue su Primera Tradición. Cuando Hernán Cortés decidió penetrar la tierra y tuvo su primer contacto con el primer gobernante aborigen, Chicomácatl de Zempoala, según Bernal Díaz del Castillo, el totonaca "le respondió muy concertadamente"; y al marchar sobre Tlaxcalan, en el concejo teochichimeca, hubo un verdadero duelo de oratoria que don Antonio Solís y Rivadeneira reconstruyó sobre la base de su retórica grandilocuente. Todavía el indígena mexicano es grande, incansable orador; para una sola muestra: los nativos de Amatlán de los Reyes, Ver., cultivan todos los géneros de oratoria, y no andaría desencaminada la sospecha de si hubieran inventado algunos.

A Bernardino de Sahagún le impresionó tanto la oratoria indígena del valle mexicano, que pensó no creerían lo por él divulgado "porque lo que en este libro está escrito no cabe en entendimiento de hombre humano fingirlo, ni hombre viviente pudiera fingir el lenguaje en que él está. Y todos los indios entendidos, si fuesen preguntados, afirmarían que este lenguaje es propio de sus antepasados, y obras que ellos hacían". El mismo informó la importancia de la oratoria entre los indígenas: "los sabios retóricos, y virtuosos, y esforzados, eran tenidos en mucho; y de éstos elegían para pontífices, para señores, y principales y capitanes por de baja suerte que fuesen. Estos regían las repúblicas y guiaban los ejércitos, y presidían los templos".

El muestreo de Sahagún comprendió a la oratoria política. En el instante de la toma de posesión de tlacatecuhtli, una especie de diputado le decía entre otras cosas: "Hoy, día bien aventurado, ha salido el sol, hanos alumbrado, hanos comunicado su claridad y su resplandor. . . hásenos dado una hacha muy resplandeciente, que ha de regir y gobernar nuestro pueblo y ha de tomar a cuestras los negocios y trabajos de nuestra República"; lo cual no defeciona frente a la cortesanía mundial, aun cuando para fortalecer la conciencia

cívica en el seno de aquella democracia, ponía gravedad a su acento, dirigiéndose al dios mayor: "Hacedle, señor, como verdadera imagen vuestra, y no permitais que en vuestro trono y en vuestro Estado se ensoberbezca o altivezca; mas, antes tened, señor, por bien, que asosegadamente y cuerdamente rija y gobierne a aquellos de quien tiene cargo, que es la gente popular, y no permitais, señor, que agravie ni veje a sus súbditos, ni sin razón y sin justicia eche a perder a nadie; y no permitais, señor, que mancille y ensucie vuestro trono y vuestro estrado con alguna injusticia y agravio, que haciendo esto pondrá también mácula en vuestra honra y en vuestra fama." El poder embiaga, la soberbia se filtra desde los veneros de las adulaciones constantes y el hombre amable se transforma en tirano. Había oradores que lo denunciaban, aun cuando sólo fuese ante dios: "veis y sabeis sus cosas, y la causa de su altivez y ambición, que tiene un corazón cruel y duro, y usa de la dignidad que le habeis dado así como el borracho usa del vino, y como el loco de los beleños, esto es, que la riqueza y dignidad y abundancia que por breve tiempo le habeis dado, que se pasa como el sueño. . . le desatina y altivece. . . la prosperidad le hace que a todos menosprecie y a ninguno tenga en nada. . . que ninguna cosa hace ni dice que dé contento a nadie; no cura de nadie, ni toma consejo con nadie, vive según su parecer y según su antojo. . . castigadle de tal manera que sea escarmiento para los demás, para que no le imiten en su mal vivir; véngale de vuestra mano el castigo, según que a vos pareciere, ora sea enfermedad ora otra cualquier aflicción, o le privad del señorío para que pongais a otro de vuestros amigos, que sea humilde". Como se mira, no es el verbo de Jeremías, tiene más acento de Isaías.

Eran agradecidos con el buen gobernante; a su muerte, un orador dijo bellamente: "No es posible que vuelva, para siempre se fue y le perdió su reino; en ningún tiempo le verán acá los que viven, no los que nacerán; para siempre se fue a su recogimiento; para siempre nos dejó; apagada está nuestra candela, fuésenos la lumbre; ya está desamparado, ya está a obscuras el pueblo." Los gobernantes, ya está dicho, fueron grandes oradores. Al recibir la noticia de su elección, uno dijo: "Hágase, pues, lo que manda y quiere nuestro señor dios; hágase así mismo lo que ordenaron y votaron los señores que me eligieron. . . conozco que me habeis hecho gran merced en lo que me habeis dicho." Asuntos había tantos, que a veces era comisionado un político importante para contestar a nombre de quien gobernaba y entonces era posible una cerrada defensa del poder público: "el estado de los señores es muy peligroso, y los tronos y estrados reales tienen grandes resbaladeros y grandes dificultades, por razón de las palabras duras de los envidiosos y de las saetas o dardos de palabras que arrojan los ambiciosos"; era la crítica venenosa de los mentideros.

políticos, forcejeando para volverse cuarto poder. El orador aceptaba el reto, el gobernante no era cobarde: "ya está puesto en el juego de la pelota, y le han puesto guantes de cuero y cincho de cuero, para herir a la pelota, para que la vuelva al que se la arrojó en el juego, porque el negocio de regir es bien semejante al juego de la pelota". En aquella época, no tan lejana de las teocracias, era natural que los oradores políticos invocaran constantemente a los dioses; o, en pleno militarismo, procuraran ser gratos a la fuerza bélica; lo notable resulta encontrarlos preocupados por la cultura y especialmente por el arte y la moral; no deben ser sólo patrimonio de minorías cultivadas; un gobernante lo reclamaba: "oíd con atención vosotros, los nobles y generosos. Principalmente enderezo mis palabras a tí, que eres ilustre y de sangre real. Tened cuidado del ejercicio de tañer y cantar en coros, porque es ejercicio para despertar los ánimos de la gente popular, y huélgase dios de oírlo, porque es lugar y ejercicio para demandar a dios cada uno lo que quisiere, y para provocarle a que hable al corazón".

Cabe sospechar, si no un movimiento pacifista, sí resistencias populares a la guerra, dada una oratoria belicista, inflamada, grandilocuente, de acentos telúricos: "El dios de la tierra abre la boca, con hambre de tragar la sangre de muchos que morirán en esta guerra. Parece que se quieren regocijar el sol y el dios de la tierra llamado Tlaltecuhltli; quieren dar de comer y de beber a los dioses del cielo y del infierno, haciéndoles convite con sangre y carne de los hombres que han de morir en esta guerra. . . de lo cual están ignorantes los padres y madres nobles cuyos hijos han de morir; asimismo lo ignoran todos sus parientes y afines, y las amas que los criaron cuando niños y les dieron la leche. . . Tened otro sí por bien ¡oh señor nuestro! que los nobles que muriesen en el contraste de la guerra, sean pacífica y jocundamente recibidos del sol y de la tierra, que son padre y madre de todos, con entrañas de amor." Estos oradores lograban acordarse del pueblo: "a los demás soldados bajos, dadles algún abrigo y buena posada en este mundo, y hacedlos esforzados y osados, y quitad toda cobardía de su corazón, para que con alegría y no solamente con alegría reciban la muerte, sino que la deseen y la tengan por suave y dulce"; un algo así como ayudar a bien morir, sin perjuicio de hallar en otra parte algún asomo de generosidad: "también por todos los demás soldados, que son afligidos y atormentados en su corazón y claman en vuestra presencia, llamándoos, que no tienen en nada sus vidas. . . concededles siquiera alguna partecilla de lo que quieren y desean, que es algún reposo y descanso en esta vida?" Más que lógico, dialéctico; si el pueblo nada tenía en este mundo, anhelaba un algo de los bienes terrenos; la nobleza todo lo tenía sobre la tierra, soñaba los bienes del cielo.

Si la pobreza no despierta insurgencias, al menos escurre su llanto en el pañuelo de la caridad o afila el sarcasmo de la demagogia. El orador mesoamericano tenía presto el verbo "por la necesidad que tienen los pobres populares y gente de baja suerte y de poco caudal en hacienda, y menos en el entender y discreción; que cuando se echan a la noche no tienen nada, ni tampoco cuando se levantan. . . los hombres no tienen una manta con que se cobijen, ni las mujeres alcanzan unas naguas con que se envuelvan y tapen sus carnes, sino algunos andrajos por todas partes rotos. . . andan tan flacos y tan descaecidos que traen las tripas pegadas a las costillas, y todo el cuerpo repercutido; andan como espantados en la cara y cuerpo, como imagen de muerte. . . asiéntanse muy tristes cerca de algún seto, o de alguna pared, o en un rincón; allí están relamiendo los labios y royendo las uñas de las manos con el hambre que tienen; allí están mirando a una parte y a otra, están mirando a la boca de los que pasan esperando que les digan alguna palabra. . . y los hijos. . . traen la cara amarilla, y todo el cuerpo de color de tierra, y andan temblando de frío. . . puéndenles contar todos los huesos. . . no pudiendo andar, andan llorando y suspirando y llenos de tristeza; toda la desventura junta está en ellos".

La ignorancia, la pobreza, la insalubridad, ya eran atávicas en los trabajadores, y con cierta periodicidad el flagelo de la epidemia barría pueblos enteros. En su impotencia, el hombre levantaba la voz al contemplar los estragos, "y lo que más es de doler, que los niños inocentes y sin culpa, que en ninguna otra cosa entendían, sino en jugar con las pedrezuelas y en hacer montoncillos de tierra, ya mueren como abarrajados y estrellados en las piedras y en las paredes. . . porque ni quedan los que aún no saben andar, ni hablar, pero tampoco los que están en las cunas. . . el fuego de pestilencia muy encendido está en vuestro pueblo, como el fuego en la sabana que va ardiendo y humeando. . . ejercitais vuestros colmillos despedazadores y vuestros azotes lastimeros sobre el miserable de vuestro pueblo, flaco y de poca substancia bien así como una cañeja verde. . . Es gran dolor decir que ya todos estamos en tinieblas, y no hay seso, ni sentido, para ayudar el uno al otro, ni para mirar el uno por el otro. . . ya los niños chiquitos perecen de hambre. . . acontece por sus padres y madres haber muerto, y los dejaron huérfanos y desamparados. . . padecen por los pecados de sus padres". La oratoria levantaba también su tono de plegaria cuando un mal año agrícola mostraba el espectro del hambre: "¡Oh dolor de los tristes macehuales y gente baja! , ya se pierden de hambre, todos andan desencejados y desfigurados: unas orejas traen como de muertos. . . Hasta los animales y las aves padecen gran necesidad por razón de la sequedad que hay; es gran angustia ver las aves, unas de ellas traen las alas caídas y



Una oradora (Cultura de Remojadas, Ver.)

arrastrando de hambre. . . otras abiertas las bocas de sed y hambre. . . y los animales. . . andan las lenguas colgadas y las bocas abiertas carleando de hambre y sed. . . y la gente toda. . . todos perecen sin quedar nadie. . . toda la haz de la tierra seca, ni puede criar ni producir las yerbas ni los árboles, ni cosa ninguna que pueda servir de mantenimiento; solía, como padre y madre, criarnos y darnos leche con los mantenimientos y yerbas y frutos que en ella se criaban, y ahora, todo está seco, todo está perdido." En esta crítica situación la oratoria resonaba su lúgubre Apocalipsis: "es cosa espantable sufrir el hambre. . . Hágase, señor, lo que muchos años ha que oímos decir a los viejos. . . caiga sobre nos el cielo y desciendan los demonios del aire llamados tztzimites, los cuales han de venir a destruir la tierra con todos los que en ella habitan, y para que siempre sean tinieblas y obscuridad en todo el mundo y en ninguna parte haya habitación de gente"; sólo faltaba el amén.

La confesión de los pecados era un pequeño certamen de oratoria; los olmecas y los mixtecas, cuando enfermaban, sintiéndose graves, confesaban sus pecados a un sacerdote, daban satisfacciones a quien hubieran ofendido y pagaban sus deudas por hurto, fraude, usura. Los totonacas, tras recibir tantos golpes a lo largo de su historia, confesaban sus pecados y cuitas a los árboles, en el secreto de los bosques; los huastecas recurrían, con gran liberalidad, a Tlazoltéotl; los otomíes a Mixcóatl; y el sacerdocio, tras escuchar las confesiones, adoptaba el tono de quien está perdonando la vida, para engallarse: "este es lugar de justicia muy recta y de estrecha judicatura; es como una agua clarísima con que vos, señor, lavais las culpas de los que derechamente se confiesan . . . ha recibido el perdón de ellos en que había incurrido como quien resbala y cae en vuestra presencia, ofendiéndoos en diversas culpas y ensuciándose a sí mismo y arrojándose a sí mismo a una sima profunda y en un pozo de agua sin suelo . . . y su corazón y su cuerpo reciben gran dolor y descontento de lo pasado. . . ya está muy pesante de haber hecho lo que hizo, ya tiene propósito muy firme de nunca más ofenderos".

Había una elástica literatura didáctica fortalecida en el hogar; el padre sermoneaba con frecuencia: "oíd otra tristeza y angustia mía, que me aflige a la media noche. . . mi corazón piensa diversas cosas y anda subiendo y descendiendo como quien sube a los montes y desciende a los valles, que ninguno de vosotros me dais contento, ninguno de vosotros me satisface. . . ¿qué ha de ser de nosotros en este mundo? . . . Todas estas cosas procuraron de saber y hacer nuestros antepasados, porque aunque eran hidalgos y nobles, siempre tuvieron cuidado de que sus tierras y heredades fueran labradas y cultivadas, y nos dejaron dicho que de esta manera hicieron sus antepasados, porque si solamente tuvieses cuidado de tu hidalguía y

de tu nobleza, y no quisieres entender en las cosas ya dichas, en especialmente de las de la agricultura ¿con qué mantendrás a los de tu casa? ¿con qué te mantendrás a ti mismo? En ninguna parte he visto que alguno se mantenga por su hidalguía, o nobleza, tan solamente... no hay en el mundo ningún hombre que no tenga necesidad de comer y beber... no hay ningún señor ni senador que no coma y beba, no hay en el mundo soldados y peleadores que no tengan necesidad de llevar su mochila... y tú, muchacho, ¿no deseas fruta? ¿dónde la has de haber si no la plantares y criares en tus heredades?". Y a la hija, con transida ternura, decía el padre: "nota bien lo que te digo, hija mía, que este mundo es malo y penoso, donde no hay placeres sino desencantos. Hay un refrán que dice, que no hay placer sin que no esté junto con mucha tristeza; no hay descanso que no esté junto con mucha aflicción... y si por ventura ya fueres diestra en tu oficio como soldado en el ejercicio de la guerra, entonces, donde estuvieres, acordarse han de nosotros y nos bendecirán y honrarán por tu causa... mira que no desees algún hombre por ser mejor dispuesto; mira que no te enamores de él apasionadamente. Si fuere bien dispuesto el que te demandare, recíbele; y si fuere mal dispuesto y feo, no le deseches... mira que no te des a quien no conoces, que es como viandante que anda bellaqueando y es bellaco; mira que no te juntes con otro, sino con sólo aquel que te demandó; persevera con él hasta que muera; no le dejes aunque él te quiera dejar, aunque sea pobrecito labrador, u oficial o algún hombre común de bajo linaje".

Por las noticias conservadas, el teatro debió ser un género de la mayor importancia y profusión en Mesoamérica; sea suficiente considerar a las danzas, resaca del grama lírico, y la obligación de realizar, al menos una vez cada veinte días, el correspondiente drama religioso establecido por su calendario, sin contar los de carácter profano, agrícola, de caza, pesca, bélicos, amorosos, históricos; era una de las maneras más prácticas para transmitir enseñanzas al pueblo, y la herencia cultural a futuras generaciones. Infortunadamente, la retacearía de tales obras, comedias, tragedias, pantomimas, no permite ni la más osada reconstrucción; únicamente se ha venido comentando el ejemplo del *Rabinal Achi*. Los nativos de San Pablo de Rabinal, en la Baja Verapaz, conservaron, de generación en generación, la pieza, para finalmente, ser escrita por Bartolo Zis: "el día 28 de octubre de 1850, he transcrito el original de este baile de Tun, propiedad de San Pablo de Rabinal, para dejar un recuerdo a mis descendientes, que perdure siempre con ellos"; desde por 1821 ya no se representaba; el célebre abate Carlos Esteban Brasseur de Bourbourg, lo tradujo del quiché al francés, dándolo a conocer, el año 1862. De ahí arranca su fama contemporánea. Francisco Monterde ha sintetizado el argumen-

to: "El asunto del drama se limita a la captura, el interrogatorio y la muerte de un guerrero que cometió actos reprobables. El pasado del guerrero se va revelando a medida que avanza el diálogo, en el cual intervienen, como principales figuras, el Varón de los Queché y el Varón de Rabinal."

En una volandera nota, tal vez convendría ceñirse a su belleza literaria, no escasa por cierto: "Eleva tu vigor, tu valentía, bajo el cielo, sobre la tierra, el hijo de mi flecha, el hijo de mi escudo; torna pronto a la vertiente de la montaña, a la vertiente del valle." La lucha comprendía movimiento de fronteras: "yo me habí marchado; ponía señales de las tierras, allá donde se recuesta el sol, donde comienza la noche, donde el frío tortura, donde la helada tortura, en Pna-Tzahaxak, llamado así". Hay una imprecación esquiliana, patética en extremo: "¡Ah cielo; ah tierra! Era preciso que estuvierais iracundos para abandonar, bajo el cielo, sobre la tierra, a mis hijos." Cuando la danza parece formar un remanso, la voz del guerrero se levanta: "Que nuestra frente, nuestra cabeza, se doblegue, cuando demos vueltas golpeando con el pie; cuando bailemos, cadenciosos, golpeando el suelo, con los servidores, con las servidoras, aquí bajo el cielo, sobre la tierra... ¡El cielo, la tierra, estén con ustedes, oh flautas, oh tambores!" El final podría tener por escenario el Tártaro: "¡Oh águilas! ¡Oh jaguares! Vengan, pues, a cumplir su misión, a cumplir su deber; que sus dientes, que sus garras, me maten en un momento, porque soy un varón llegado de mis montañas, de mis valles."

Dentro de la narrativa, el cuento lleva la ventaja de la brevedad. Los indígenas fueron, siguen siendo, apasionados del cuento, del cual han logrado constituir episodios en serie, como los de tío coyote y tío conejo; es uno de los más ricos filones literarios de México, de los cuales ya se han obtenido triunfos resonantes, aun cuando están esperando al cardumen de buceadores. Para la historia, el cuento es inagotable manantial de información; en ocasiones los más preciosos datos escapan en sutiles, imperceptibles relaciones; así Andrés Henestrosa, en su bellísimo libro *Los hombres que dispersó la danza*, ofrece una moderna redacción del cuento zapoteca del murciélago, desnudo, desvalido, cubierto con una pluma de cada una de las aves, en un gesto de conmiseración; pero, en cuanto se vio cubierto de aquellas galas, el humilde se volvió soberbio y por castigo, regresó a su desnudez. Un cuento semejante dicen los huastecos, de la puchuaca y el pavo real.

Walter S. Miller, entre sus *Cuentos mixes* incluye dos, el de "La muchacha que tenía un rayo por marido", y el titulado "Los rayos", ambos muy relacionados con las tradiciones popolocas del sur de Veracruz. Mixes y popolocas fueron vecinos, la interacción cultural



La metáfora (Estela de Castillo de Teayo, Ver.)

fue intensa y prolongada. En la narración obtenida por Miller, la muchacha guardaba, tal Pandora, en un xicapextli, un grupo de culebras; la mala madrastra de los cuentos, y de la realidad, al destapar el xicapextli, las dejó escapar y ya no pudieron recapturar a todas; esas liberadas fueron los rayos (xonecuillis) y la muchacha casó con uno; es notable que la residencia natural de las culebras fuera la Cueva del Mar, porque los rayos, el símbolo de Huracán, brotan, inicialmente, del mar, y en alas de las nubes flagelan a la tierra, porque los totonacas, en los relieves de El Tajín, representaron a Huracán en el fondo del mar, y así lo sorprendió Roberto Williams en los actuales relatos.

George M. Foster sólo destapó una esquina del cofre de cuentos popolocas y ya se columbra el tesoro: cuentos en torno a Huracán, del rayo, del maíz, de los negros, e incluso de Moctezuma, lo cual ya casi es historia; porque cuando los españoles llegaron, Cuilonia era la línea donde combatían popolocas y mexicas, y lo más extraordinario, ligán a la invasión tenochca con Piedra Labrada, cosa cierta para el año 1483.

Roberto Williams García comentó y reprodujo, en *La Palabra y el Hombre*, de la Universidad Veracruzana, un cuento de los tepehuas bajo el rubro "Los negros del espacio"; interesantísimo. Se refieren a los bólicos que conciben como carbones encendidos, cruzando por el cielo, en busca de los antípodas. El sucedido se ubica en Pahuatlán, y junto al río, remansado por dos culebras que tenían las cabezas de oro; ellas estaban socavando la roca sobre la cual se levanta el pueblo y al derrumbarse lo destruirían. Con carbones encendidos, arrojados a la cueva, lograron sacar una, la otra desapareció. El metal en las cabezas ya está marcando la etapa nonoalca, y Williams ha establecido correctamente la relación con los xochihuas de Zongolica, también por él estudiados, nexo de metalurgia en el viejo Nonoalco. Entre 900-1200 lucharon dos culebras: la de cascabel (Quetzalcóatl) y la prieta (Tezcatlipoca); triunfó la segunda; la de Quetzalcóatl desapareció, y la negra, dicen los campesinos, es buena, carece de veneno, es reina de las culebras, cuando lucha contra otras, las vence; la negra gusta del agua, con frecuencia está en ella o en la orilla; la de Quetzalcóatl también fue culebra de agua, como se mira en Teotihuacan, era hermana de Tláloc, pero este dios terminó volviéndose iracundo, fue Huracán, Tezcatlipoca, la culebra prieta. Los bólicos, las brasas que al apagarse son carbón, resultan vivencias de la guaira, de la fundición de los metales, en la tierra o en el cielo, y los del cielo van al mar, en busca de Huracán, el dios de la metalurgia, porque un día, por mar, él y sus hombres, hombres negros, llegaron a Chalchihuitlapaxco para trabajar y poblar en el país. El cuento es el documento inextinto de una vieja sabiduría; su gracia rústica embelesa

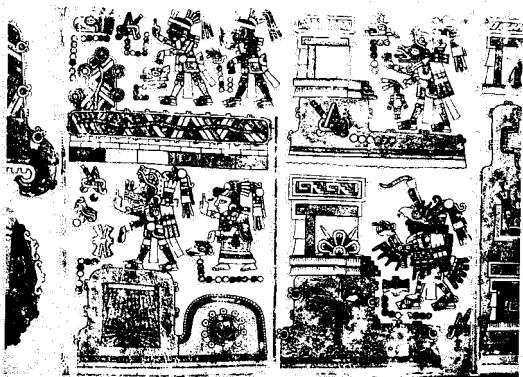
poblaciones campesinas; el impensado brillo de sus metáforas relampaguea, iluminando la noche cultural de los pueblos vencidos.

Las teogonías parecen un primer alumbramiento en el sendero de la historia; la urgencia de una idea en torno a cómo surgió el mundo, cómo se formaron los dioses; todos los pueblos han formulado sus contestaciones. En Mesoamérica, se salvó más completa la teogonía de los quichés, conocida por el nombre de *Popol buj*; pero el *Manuscrito de Chichicastenango* está integrado por once tradiciones; de la séptima en adelante ya el relato se refiere a los hombres. En el tiempo de la primera tradición, "aún no estaba visible la superficie de la tierra; solamente existía el mar tranquilo y todo lo que hay en el cielo... solamente existía la tranquilidad de las aguas y el silencio del mar... existía el cielo y también el Corazón del Cielo... el agua no se retiraba aún; que se vacíe el agua para labrar la tierra y que aparezca la superficie de ella como un plato... únicamente nubes y neblinas llenaban el espacio sobre ella... era cosa sobrenatural, extraña y maravillosa, cómo fueron formándose los montes, las costas y los valles... luego pensaron cómo hacer el camino de las aguas, y comenzaron éstas a deslizarse al pie y entre las montañas... después llenaron con sus animales montes y montañas... entonces los grandes y pequeños pájaros comenzaron a fabricar sus nidos... concluida la creación... les fue dicho... no permanezcáis en silencio... ahora decid nuestros nombres para que seamos honrados en el cielo... pero no pudieron hacerlo... y entonces manifestaron a sus criaturas que serían substituidas por otras, por no haber podido hablar... Probaremos, pues, de nuevo a crear un ser grande, que se mueva y que sea impulsado por nosotros; así lo dijeron. Entonces principiaron a formar de barro húmedo sus carnes; pero al momento comprendieron que no serviría porque se desleía, era sólo un montón de cieno... Inmediatamente formaron muñecos de madera con parecido de gente, como gente que hable también... pero no tenían corazón... por eso fueron luego destruidos... se llenó de agua la tierra... y cayó una lluvia negra como las tinieblas... y sólo quedaron, según lo dice la tradición, como señal de su existencia, los micos que ahora viven en los bosques y guatales". Para la cuarta creación ya interviene, como en Teotihuacan, Venus, en su doble aspecto de Quetzalcóatl y su nahual Xólotl; en la ciudad de los dioses el hombre surgió de los huesos de sus antepasados; en el *Popol buj*, los dioses lo hicieron con masa de maíz amarillo y de maíz blanco. Por cuanto a la creación de los dioses, un documento del Altiplano conservó algunos aspectos: la potestad suprema, según la *Leyenda de los Soles*, correspondió a los astros, y ellos crearon a los dioses, para que a su vez formaran éstos a los hombres. Pero sucedió que una vez hubo mortandad de dioses en Teotihuacan, porque también los dioses

caían en pecado, y para purificarse debían arrojarse a la hoguera; dos dioses lo hicieron; uno se volvió Sol, el otro fue la Luna.

Tuvieron toda una mitología en diversos niveles; desde luego la referente a los viejos dioses mesoamericanos, del panteón sabeísta que concibió al Sol como padre, dispensador de vida, mantenimientos, poder, dicha y alegría, para concluir a manera de un joven y hermoso guerrero ya magníficamente caracterizado en el mural de Bonampak. La Luna, vieja madre de los dioses, ella, diosa del amor, de la procreación, de la medicina, de las cosechas, y transfigurada en diosa de la vegetación, de las flores. Venus, en torno al cual se desbordó la fantasía y el cariño de los indígenas, pero sobre todo, concebido cual una culebra voladora, cubierta de jade o de plumas de quetzal. Otros mitos fueron alumbrando los dioses de las progresivas etapas históricas, hasta integrar el abigarrado panteón de rancio politeísmo, curiosamente, como caída de las religiones, porque todas han principiado con un dios único y todas han muerto en la más abundante hojarasca barroca del politeísmo, así juren un monoteísmo naufragado. Los mitos de la Xiuhcóatl debieron ser deslumbrantes, como lo eran, en la imaginación aurora, esas culebras de fuego lanzadas por el Sol; pero, con vigorosas raíces en el alma popular, los mitos del nahualismo, y a la cabeza, el rey de los nahuales, Xólotl, transformado en coyote, por las noches, para cumplir los deseos de Quetzalcóatl, en ocasiones trabajos más peligrosos y heroicos que los de los héroes griegos, como cuando fue al Mictlan para robarle a Mictlantecuhtli los huesos de sus antepasados y fecundados con la sangre de su sexo, crear una nueva humanidad; o más alto aún, cuando valiente, se arroja en la hoguera en el momento de la creación de los propios dioses. Todavía por múltiples comunidades aborígenes de Mesoamérica, el nahualismo es una realidad, en el concepto de aquellas mentalidades aparentemente fosilizadas en un pasado que nunca fue substituido por nada nuevo. Esta humanización de los animales, el trato y el cariño del hombre para con ellos, hizo brotar la fábula, pintoresca, graciosa, infantil de limpia, sin descontar aquellas adobadas con picardía. No se pretende fortalecer a los mitos; no lo permitiría la verdad, sino salvarlos como tesoro literario, artístico, de una cultura nunca bien comprendida en tanto no se tenga un conocimiento integral. Un oído atento descubrirá, en la narración de los mitos, el hálito de la belleza, la fragancia suave de una moral enseñanza.

La leyenda es la recién talada selva de la historia, olor de machacadas cortezas, claridad en la cual un pulcro jardinero habrá de cultivar los más bellos rosales. Francisco de Burgoa transmitió una hermosa leyenda. Sucedió en el oriente misterioso del Zapotecapan y en los dorados tiempos del emperador Ahuizotl. En vano los más



Una página del Códice Vindobonensis

hábillosos capitanes y las tropas más fogueadas chocaban con ímpetu y mantenían las alargadas vías de aprovisionamiento; la resistencia zapotecana menguaba, por lo cual concibieron los estrategas el casamiento de Cocijoeza con la hija de Ahuizotl, Copo de Algodón, la más bella princesa de la corte mexicana. El rey zapoteca rechazó el intento; pero los hechiceros de Ahuizotl, tenían sus recursos y cuando Cocijoeza se bañaba en los claros remansos de su pueblo, reflejada en las aguas miró la extraordinaria belleza de Copo de Algodón. Sorprendido el joven monarca, la interrogó quién era, qué deseaba. "Soy la hija de Ahuizotl, con quien trata de casarte, y aficionada de tu fama, pedí a mis dioses me trajeran a verte" y quitándole los instrumentos del baño prevenidos, sacó jabón del que usaba su padre, y una jícara como suya, y por su mano empezó a lavarle. Recapitulando las bodas, y concertando la resolución del rey, de enviar sus embajadores al emperador, y aparato decente para traer a la desposada; ella, al despedirse, le mostró en la mano un gracioso lunar, orlado de vello. . . desapareció la infanta. . . Dispuso luego el rey escoger grandes a su satisfacción, con homenaje de ricos presentes. . . y remitiólo al emperador en demanda de su mujer. . . y mostrándoles otras hijas en

que escogieran la desposada; muy al descuido, con cuidado, sacó la mano para componer el cabello y descubrió la seña del lunar." En la *Relación de Michoacán* y en el rodar del tiempo, Tariácuri se volvió un personaje de leyenda; y lo fueron la princesa Donaji o Eréndira; el pueblo todavía estremece sus emociones con la leyenda de Xóchitl, y es personaje de leyenda Tlahuicole, y Tzilacatzin, porque los herederos de aquella cultura saben, que cuando el pesado rigor de la historia se atasca y chapotea inútilmente sin encontrar el atajo de las pruebas, la leyenda tiende sus alas majestuosas y salva los peligrosos desfiladeros en donde se queda, temblando su impotencia, la lógica del hombre.

Hubo una vigorosa literatura histórica, ceñida, en par a la de cualquier pueblo, a la verdad científica, y ahí están, para muestra, desafiando a la incomprensión, las cada día más reivindicadas páginas de Alva Ixtlilxóchitl, o las de Alvarado Tezozómoc. Mas, aquí se pretende un espigar de la historiografía en el campo literario, y ahí están las crónicas mayas, ese *Chilam Balam de Chumayel*, en traducción, obligadamente, de Antonio Méndiz Bolio. El cambio religioso, político, anunciador del renacimiento, fue dicho con poesía: "Los sacerdotes de Uxmal reverenciaban a Chac, los sacerdotes del tiempo antiguo. Y fue traído Hapai-Can en su barco. Cuando éste llegó, se marcaron con sangre las paredes de Uxmal." Finalizaba el siglo XV; para el nacionalismo de los mayas, la historia era muy amarga: "He aquí que vienen abundantes soles, decían. Y ardieron las pezuñas de los animales, y ardió la orilla del mar. Éste es el mar de la amargura, decían. . . y fue mordido el rostro del Sol; y se oscureció y se apagó su rostro"; era, seguramente, 1483; "y entonces, introdujeron días al año". Había cerrado el baktún once, principiaba otra cuenta: "El Once Ahau Katún se asienta en su estera, se asienta en su trono. Allí se levanta su voz, allí se yergue su señorío; el rostro de su dios despidе rayos"; y es lo más árido de la historia, la cronología. Pero también ocurrió la catástrofe, de la cual todavía no se puede levantar el maya: "Ésta es la memoria de las cosas que sucedieron. . . ellos hablan con sus propias palabras y así acaso no todo se entienda en su significado; pero, derechamente, tal como pasó todo, así está escrito"; cierto, ellos veían en la obscuridad; rechinando los dientes, tragándose su bilis, escribieron esta página vitriólica: "Solamente por el tiempo loco, por los locos sacerdotes, entró a nosotros la tristeza. . . ese fue el principio de la miseria nuestra, el principio del tributo. . . la causa de que saliera la discordia oculta." Cuán amarga es la palabra del vencido: "Toda luna, todo año, todo día, todo viento, camina y pasa también; también toda sangre llega al lugar de su quietud. . . Había en ellos sabiduría. . . No fue así lo que hicieron los Dzules cuando llegaron aquí; ellos enseñaron el miedo, y vinieron a marchitar las

flores; para que su flor viviese, dañaron y sorbieron la flor de los otros."

Ejercitaron la crítica; fueron polemistas. Los historiadores de Cuauhtitlan dejaron brillante muestra de su amor a la verdad científica y de cómo metían el diente, de manera incisiva, destruyendo falsedades que circulaban como ciertas, y presentando el testimonio de la verdad. Por fortuna, Sahagún (tradujo León Portilla) salvó una página de oro de la crítica en el terreno del arte, llena de luz constructiva, de valentía y de actualidad: "El pintor: la tinta negra y roja. Artista; creador de cosas con el agua negra. Diseña las cosas con el carbón, las dibuja, prepara el color negro, lo muele, lo aplica. El buen pintor: entendido; dios en su corazón; diviniza con su corazón las cosas; dialoga con su propio corazón; conoce los colores, los aplica, sombrea; dibuja los pies, las caras, traza las sombras, logra un perfecto acabado, todos los colores aplica a las cosas; como si fuera un tolteca, pinta los colores de todas las flores. El mal pintor: corazón amortajado, indignación de la gente, provoca fastidio; engañador, siempre anda engañando; no nuestra el rostro de las cosas, da muerte a los colores, mete a las cosas en la noche, pinta las cosas en vano, sus creaciones son torpes, las hace al azar, desfigura el rostro de las cosas."

Ya dentro de la literatura, en todos los pueblos, en todas las épocas, ha funcionado la división de prosa y verso, e igualmente se ha distinguido, sin problema, cuando el verso es únicamente renglón corto y cuando contiene poesía. Seguramente se puede prescindir de la rima; no es novedad el verso blanco; pero hay algo consubstancial a la poesía: la belleza; y al verso: el ritmo; esto determina, en literatura, separar sin dudas, la prosa, e incluso, lo prosaico. Los pueblos mesoamericanos fueron creadores, y recitadores, de poesía; tuvieron una literatura en verso. El problema, para un examen actual, es reconstruir la música del verso; y ya lo había sido para Bernardino de Sahagún, que sin saber escritura musical, ni haber a la mano quien lo hiciera, intentó marcar el ritmo de la poesía con onomatopeyas, imitadoras del ritmo de los instrumentos musicales aborígenes. El maestro Vicente T. Mendoza, con ese gran cariño que puso en la investigación de lo mexicano, procuró llevar al papel pautado los ritmos contenidos en la obra de Sahagún. Todo idioma puede ser manejado, si es poeta quien lo hace, de manera que las palabras tengan su propia musicalidad, independientemente de si resulta música fina, o vulgar.

En los poemas conservados por la Biblioteca Nacional, escritos en náhuatl, o en los cantares a los dioses, obtenidos por Sahagún, la rima no aparece; ya lo había señalado Rubén M. Campos: "no existe la rima propiamente dicha, ya sea que esté compuesta de pies dáclicos y

espondeos como en los hexámetros latinos, o que esté compuesta de sílabas que obedecen a determinada acentuación rítmica y a la yuxtaposición de hemistiquios, como en la poesía española. Pero el hecho es que la musicalidad existe". Inconcuso, ahí está el ritmo, y están las estrofas. Problema largamente debatido es el de la traducción de la poesía. Hoy se ha perdido la conciencia del mismo, porque abundan los genios ayunos de cultura y atentos únicamente a la inspiración divina, y siendo su preocupación imitar a los triunfadores de lenguas extranjeras, cuya obra se traduce a prosa, cuando no sea prosa, no han percibido el cambio. Seguramente drástica, mas no falsa es la conclusión: la poesía no debe traducirse; y el hombre siempre ha procurado contestar al reto de las prohibiciones; por eso existen traducciones, magníficas, pésimas, o falsas, aun cuando mejoren al original. Aquí se trata sólo de un material que pueda ir a manos del pueblo. En fino examen, Bernardo Ortiz de Montellano ha escrito: "Estas propiedades de encantamiento de los ritmos se pierden o se transforman en la traducción al español de la poesía indígena, pero la omnipotencia de la imagen y de la sensibilidad creadora persiste en la traducción."

Hoy también puede sonar a herejía, con el sentido del siglo XVI, la palabra metáfora; pocas personas cual Ortiz de Montellano, han penetrado la esencia metafórica de las lenguas mesoamericanas; cierto que los pueblos primitivos hablan por metáforas, y cuando el paso del tiempo han fortalecido sus alas para vuelos mayores, lo hacen con parábolas, pero no podrá negarse que hay su más y su menos poético, su más y su menos musical en las lenguas del hombre, y que la metáfora no radica en el primitivismo, sino en la capacidad creadora, en la percepción de relaciones ocultas, en la sensibilidad a la belleza. Puede parecer anacrónico el adjetivo, tan amorosamente cultivado por los poetas mesoamericanos; acaso la palabra correcta fuera: difícil; así actualmente, quienes por no tener dominio del idioma, lo suprimen; saben que a un sustantivo sólo acomoda bien un adjetivo y sólo uno específico; no lo encuentran en el magro repertorio, y se levantan en armas. Los mesoamericanos lo usaron, y ante las posibles opciones, tomaron el mejor, poéticamente hablando. Hay desfallecimientos en la poesía indígena; fue obra de hombres, en un momento de su historia.

En Tepepulco, añejo contorno metropolitano de Teotihuacan, Bernardino de Sahagún consiguió la letra de veinte cantos en lengua náhuatl, los cuales agregó a su obra monumental con esta inscripción: "de los cantares que decían a honra de los dioses en los templos y fuera de ellos". Por ser veinte y habiendo existido veinte festividades al año, sin contar las movibles, o las de circunstancia, cabe suponerles tal destino. Ciertamente son veinte; pero, el que cantaban cada ocho



Un pensador (Clásico tardío)

años, no puede formar en este caso, sin otra explicación. En primer lugar, cotejando los cantares con las festividades en las veintenas, del propio autor, no concuerdan las denominaciones, de donde pueden sospecharse discrepancias de forma entre Tepepulco y Tenochtitlan; en cuanto al número no hay problema, sólo eran 18 veintenas y agregaban dos fiestas más para Huitzilopochtli, en consecuencia, ese cantar ya señalado era para Venus, y así está claro en el texto; era hijo de la Luna: "Ha venido nuestra madre, ha venido la diosa tlazoltéotl"; también era hijo del Sol simbolizado por la flor: "La flor, mi corazón, se ha abierto; él, el señor de la media noche", utilizando la traducción de Seler. Quetzalcóatl era héroe civilizador, había dado el maíz a los hombres: "Ha nacido el Dios del Maíz, en el lugar de la lluvia y de la niebla"; no dice Tamoanchan, pero lo describe. Bien dibujado queda el perfil de Venus: "levántase la aurora", y su tarjeta de presentación: "yo, el príncipe Quetzalcóatl". En el *Códice Borgia*, cuando reaparece Venus, Quetzalcóatl y Xólotl, tocan, bailan, cantan; y en el *Popol buj* son cerbataneros; aquí el poeta dice: "Debe reinar la alegría entre los árboles floridos. . . no se debe disparar a tu hermano, nuestro muerto; no debe tu hermano ser cazado con la cerbatana." Hicieron al hombre de maíz blanco, y amarillo; el poema dice: "yo traeré mis flores, la amarilla flor del maíz, la blanca, tostada flor de maíz". La pareja divina, jugaba pelota en el Teotlachtlí; el verso confirma: "Juega pelota, juega pelota el viejo Xólotl." No será necesario ejemplificar más en torno a la importancia documental, pero tampoco se descubre algo nuevo afirmando que son esotéricos y no los entendían plenamente los hombres del pueblo, en su época; el propio Sahagún, escribió: "Esta espesura y este intransitable camino espinoso son los cantos que inducía él (el diablo) a la gente a hacerle y a usar en servicio suyo. . . cantos compuestos con tal arte, que dicen lo que quieren y predicán los mandamientos de él, y sin embargo, sólo los entienden aquellos a quienes él se dirigía. . . se oyen los cantos y salmos que él compuso y que son cantados sin que uno pueda entender lo que en ellos se contiene, excepto los nativos del país y los familiarizados con ese lenguaje."

Sea primer ejemplo de poema religioso el dedicado a Mixcóatl, en la traducción de Angel María Garibay K., con el intento de una explicación previa: La serpiente de nube simbolizó a Mixcóatl, Iztacmixcóatl, el cazador del norte; fueron cuatro y eran advocaciones de Tezcatlipoca; dos habrán de ser mencionados: Xiuhnel y Mimich. Mixcóatl tenía por demarcación el cielo nocturno del norte, donde quedaba Chicomóztoc, comprendiendo hasta el Valle del Mezquital, páramos a los cuales, con sus áreas vecinas, llamaron La Teotlalpan; tierra de cactus y biznagas; en una biznaga tuvo lugar el flechamiento de Itzpapálotl (mariposa de obsidiana) o Venus, el

planeta, por las estrellas o guerreros de Mixcóatl. Los cazadores comían el corazón del venado y éste era el mensajero del Sol, criado por la tierra (Quilaztli), que a la sequía quedaba descolorida, moribunda, color de tiza. Lo anterior no desarrolla el tema, enumera símbolos; el iniciado los completaba por un procedimiento casi, o surrealista. He aquí, ahora el poema llamado Mimixcoua in cuicatli: "De las Siete Cuevas provino... De la región del cactus provino... Yo nací, yo nací; nací con mi flecha de cactus, nací, con mi flecha de cactus.— Yo nací, yo nací; nací con mi morral de varillas.— Lo cojo con la mano, lo cojo con la mano; ah, lo cojo con la mano, lo cojo con la mano, y ya ha sido cogido.— Ah, se mostró cual diosa sobre la biznaga, nuestra madre, la Mariposa de Obsidiana.— Ah, ya la vimos en los nueve desiertos. Con corazones de ciervos se alimenta nuestra madre, la diosa de la tierra.— Ah, hace poco se pintó de tiza, hace poco se atavió de plumas; por los cuatro vientos quedaron rotas las flechas.— Ah, convertida en ciervo te vieron en el páramo aquel Xiuhnel y aquel Mimich." Ahora, sólo atenido a su belleza, el canto a Xipe-Tótec, dios de la primavera: "Oh bebedor de la noche, ¿por qué ahora te disfrazas? Ponte tu ropaje de oro, revístete de la lluvia.— Oh mi dios; dádava de piedras preciosas tu agua, que al bajar por los acueductos, trueca en plumas de quetzal a los sabinos. La preciosa serpiente de fuego al fin me dejó.— No vaya yo a perecer, yo, la tierna mata de maíz. Mi corazón es cual esmeralda; he de ver el oro. Mi corazón se refrigerará: el hombre madurará; habrá nacido el caudillo de la guerra.— Oh mi dios, haya abundancia de maíz. La tierna mata de maíz se estremece ante ti, tiene fija en ti la vista, hacia tus montañas, te adora.— Mi corazón se refrigerará: el hombre madurará; habrá nacido el caudillo de la guerra."

De la poesía bélica, puede ser muestra un Canto Chalquense, reconstruido por Bernardo Ortiz de Montellano sobre la traducción de don Mariano Jacobo Rojas: "Como escudo humeante, el remolino levanta el polvo y lo retuerce en giros rápidos y estrepitosos silbos sobre México-Tenochtitlan.— Rodelas abandonadas entre los incendios, en el sitio de los odios y lugar de las enemistades, en donde se extienden las vigorosas Águilas y los esforzados Tigres. ¡Sólo así se encuentran abandonadas las rodelas! — Hermanos, amigos míos, ¿cómo será mi pena, que me ha hecho llorar delante de vosotros! Mi corazón comprende bien la causa de mi llanto, porque todos los hombres que pueblan la poderosa tierra son nuestros hermanos, sí, nuestros hermanos verdaderos.— Dirigid los ojos al oriente y al medio día. Animaos, que hacía allá se encuentra el agua excelsa, acrisolada; allí la deliciosa mansión florida, en donde no son vanos los cantos que caen sobre las aguas, en donde, al fin, se aquietan los escudos y las mazas que sólo para la guerra sirven en el mundo."

La poesía lírica, la más personal y humana, casi una liberación del hombre, fue sentida muy hondamente por los poetas y por los amantes de la poesía, y aquellos liridos tenían conciencia de su exacto lugar, en lo individual y dentro de la comunidad. En breve poema, uno dijo: "Sólo venimos a llenar un oficio en la tierra, oh amigos; tenemos que abandonar los bellos cantos, tenemos que abandonar también las flores, ¡ay! .— Por eso estoy triste en tu canto, oh tú por quien se vive; tenemos que abandonar los bellos cantos, tenemos que abandonar también las flores. Brotan las flores, medran, germinan, abren sus corolas: de tu interior brota el canto florido que tú, poeta, haces llover y difundes en otros", para la traducción de Garibay; o aquella especie de obertura: "Consulto con mi propio corazón: ¿Dónde tomaré hermosas, fragantes flores? ¿a quién lo preguntaré? ¿Lo pregunto, acaso al verde colibrí reluciente, al esmeraldino pájaro mosca? ¿lo pregunto, acaso, al áurea mariposa? Sí, ellos lo sabrán: saben en dónde abren sus corolas las bellas, olientes flores. Si me interno en los bosques de flores color de llama, allí se rinden a la tierra cuajadas de rocío, bajo la irradiante luz solar; allí, una a una, llegan a su total perfección."

El peregrinar, seguramente fue tedioso. Ya es tiempo del silencio definitivo. Cuán grato hubiera sido alfombrar el camino de la patria; pero, ya fue dicho (Tochiuhitzin) "Yo sólo soy un tejedor de grama".

Bibliografía

- Burgoa, Francisco de, *Geografía descripción*. Archivo General de la Nación, México, 1934
- Campos, Rubén M., *La producción literaria de los aztecas*. Secretaría de Educación Pública, México, 1936
- Cantares en Idioma Mexicano*. Reproducción facsimiliaria, Secretaría de Fomento, México, 1904
- Foster, George M., *Sierra Popoluca Folklore and Belief*. University of California, 1945
- Garibay K., Angel María, *Poesía indígena de la Altiplanicie*. Universidad Nacional, México, 1940
- Henestrosa, Andrés, *Los hombres que dispersó la danza*. Universidad Nacional, México, 1946
- Manuscrito de Chichicastenango (popol buj)*. Guatemala, 1927
- Médiz Bolio, Antonio, *Libro de Chilam Balam de Chumayel*. Universidad Nacional, México, 1941
- Mendoza, Vicente T., *Panorama de la música tradicional de México*. Universidad Nacional, México, 1956
- Miller, Walter S., *Cuentos Mixes*. Instituto Nacional Indigenista, México, 1956

- Monterde, Francisco, *Prólogo al Rabinal Achí*. Universidad Nacional, México, 1955
- Ortiz de Montellano, Bernardo, *La poesía indígena de México*. México, 1935
- Sahagún, Bernardino de, *Historia general de las cosas de Nueva España*. Ed. Robredo, México, 1938
- Seler, Eduardo, *Los cantares de los dioses*, en *Sahagún*. Ed. Robredo, México, 1938
- William G., Roberto, "Los negros del espacio", en *La Palabra y el Hombre*. Universidad Veracruzana, Xalapa, Ver. 1965

Índice

1. Escritura	7
2. Ingeniería	23
3. La familia	37
4. La comunidad	51
5. Jurisprudencia	66
6. Religión	83
7. Filosofía	125
8. Arquitectura	139
9. Escultura	170
10. Pintura	215
11. Música y danza	243
12. Oratoria	269

Este libro se terminó de imprimir el día 10 de febrero de 1976, en la Imprenta Madero, S. A., Avena 102, México 13, D. F. Se tiraron 5 mil ejemplares numerados, más sobrantes para reposición. La edición fue supervisada en la Dirección General de Divulgación, de la Secretaría de Educación Pública.



En el presente tomo, tercero y último de la *Antigua historia de México*, José Luis Melgarejo culmina su recorrido totalizador por el mundo prehispánico, con el estudio de las más altas manifestaciones de las culturas aborígenes. Después de concluir el análisis de la actividad científica mesoamericana, con capítulos dedicados a la escritura y a la ingeniería, el autor examina los conceptos indígenas sobre la familia, la comunidad y la jurisprudencia. Finalmente indaga en el universo de las artes y del espíritu, al través de la revisión de las realizaciones nativas en los campos de la arquitectura, la escultura, la pintura, la música y la danza; la filosofía y la religión.